ALBA SEOANE

PINCELADAS DE UNA TRAICIÓN



ALFAGUARA

ALBA SEOANE

PINCELADAS DE UNA TRAICIÓN

ALFAGUARA

Para quienes alguna vez sintieron que
no pertenecían a ningún lugar.
Nos vemos al otro lado del Velo

1

El primer golpe no me lo veo venir.

—Estás distraída —me dice Sia.

Tan teatrera como siempre, sacude el guante en el aire como si acabara de noquear a la campeona del mundo, pero nada más lejos de la realidad. A quien se enfrenta es a una chica pelirroja de metro sesenta que se está arrepintiendo de todas las decisiones que ha tomado en su vida. En especial de haberle salvado la vida aquel martes de noviembre.

Resoplo, me aparto un mechón de la cara y la fusilo con la mirada.

—Y tú te estás pasando un poco hoy, ¿no?

Me froto la mandíbula con una mueca.

—Venga, va, ¡no me seas…! —sonríe prepotente—. Normalmente tienes mejor perder. ¿Qué te pasa hoy?

A Sia le encanta ganar. A mí no es que me haga gracia perder, pero lo llevo mejor cuando soy consciente de que mi contrincante es casi invencible. Sia me saca media cabeza y tiene el doble de fuerza que yo. No sé cómo he acabado sometida a esta tortura diaria.

Debo de tener algo de masoquista.

—¿Sigues teniendo pesadillas? —insiste Sia en posición de defensa.

Me vuelvo a colocar en la posición inicial. Intento volver al

combate en cuerpo y alma. Si es que me queda alma después de la semana que llevo.

Lanzo un golpe como respuesta.

—Céntrate en el combate —protesto.

No debería haberle dicho nada de las pesadillas, porque ahora no deja de preguntarme por ellas.

No quiero hablar de eso, quiero ganar el combate al menos una vez en la vida.

Sia parece leerme la mente y no insiste más. Me esquiva ágil y se ríe cuando le pongo mala cara. Cuando pasa por debajo de mi brazo, siento el tenue aroma a vainilla y caramelo mezclado con el de su sudor.

A veces me pregunto si es su colonia o su olor natural.

—¡Estaba dispuesta a ponértelo más fácil…! —canturrea—. Pero, si prefieres guerra, también te la doy, ¿eh?

Me vuelvo rápida y bloqueo su siguiente golpe justo a tiempo.

—Esa es mi chica —suelta.

Alzo una ceja, sorprendida por la osadía, pero lo dejo pasar. Ella es así. Es su carácter. No digo nada porque me falta el aire. A duras penas me las apaño para defenderme. Mientras, Sia me estudia con atención.

Siempre lo hace. No me quita los ojos de encima. Busca un resquicio, un gesto, la brecha. En ese instante, entre el sudor, el silencio y las luces frías del gimnasio, nuestras miradas se cruzan; y yo intento hacer lo mismo. Intento encontrar el espacio en el que encajar un golpe.

Pero entonces ella sonríe, orgullosa, y el mundo entero se detiene.

Veo esa chispa en su mirada, la que podría hacer que todo cuanto pretendemos ignorar explote de un momento a otro. Me mira

de arriba abajo, como si ya supiera que va a ganar. Tiene los ojos negros como el ónix. Siento que podría tropezarme y caer dentro de ellos como en un pozo.

La anticipación me está matando.

Lanzo un derechazo, estoy convencida de que puedo salirme con la mía. Ella lo esquiva con una agilidad felina y contrataca sin despeinarse. Uno dos, y el golpe de gracia. Siento el puñetazo en el abdomen y retrocedo un paso sin aire. Trato de recuperar el equilibrio o de encontrar las cuerdas con las manos, pero no lo consigo. De hecho, apoyo mal el pie y caigo al suelo con un golpe seco.

Ahogo un gruñido de dolor que se convierte en algo que más bien está entre la agonía de un gato avergonzado y el mohín de un perro dolorido.

Me rindo.

Me seco el sudor con el suelo del ring y después ruedo hasta quedar bocarriba buscando el aliento.

«Bandera blanca», pienso.

No puedo seguir.

Sin embargo, Sia no me da tregua. Siento su sombra sobre mí cuando tapa las luces del techo. Se me sienta en la cadera y se inclina hasta quedar a apenas milímetros de mi cara.

—Levántate —exige.

—Quítate —protesto.

—Quítame tú.

Coloco las manos en sus hombros para empujarla y ella se deshace de mí con un simple golpe.

—Defiéndete de verdad, Emma —pelea—. Vamos.

Levanto la cadera y ella hace fuerza contra el suelo con todo su peso. A toda velocidad, me encuentra las muñecas y me las coloca

por encima de la cabeza. Siento su cuerpo contra el mío.

—¿Y ahora qué?

Sé que sonríe sin necesidad de verla.

—Me… —jadeo—. Me rindo.

—¿Cómo? ¿Qué dices? Si hablas tan bajito, no te oigo.

Siento su respiración entrecortada y el calor que emite tras el combate. Lo intento una vez más, pero no consigo moverme: me tiene inmovilizada contra el suelo. Los ojos le brillan con una mezcla de triunfo y diversión.

Y luego está su boca.

Bueno, su boca está peligrosamente cerca.

—¿Emma?

Pero Sia es mi amiga.

Somos amigas.

Le aguanto la mirada y no me dejo achantar, pese a esa condenada sonrisa que tiene. Bajo la mirada un par de centímetros, hasta su boca.

—Que me rindo —digo un poco más severa—.Tú ganas.

Parece meditarlo un par de segundos antes de decidirse. Sin embargo, al final, se pone en pie de un salto.

—No ha estado mal —dice. Me tiende la mano y me ayuda a levantarme; y yo me dejo, claro.

Me incorporo y cojo aire. Me quito los guantes y los lanzo al suelo.

—No, ha estado peor que mal —me quejo.

Me agarro a las cuerdas del ring con las manos y cierro los ojos otra vez. Inclino el cuerpo hacia delante y me escondo contra el codo, mareada.

Me falta el aire.

—Oh, venga, Em…

Sia me acaricia la espalda con suavidad y murmura algo que ni siquiera logro escuchar, pues estoy perdida en el vórtice de ideas y sensaciones que me provoca estar tan cerca de ella. Su pelo oscuro, su mirada, el nudo en mi pecho.

Es mi mejor amiga.

Pero luego tenemos momentos como ese. O como este otro. En que me aparta el pelo de la cara, me mira con cuidado y dice algo y luego yo asiento y me quedo mirando su boca de nuevo.

Son momentos en los que el concepto parece que se nos queda pequeño.

«Amigas».

Es como una etiqueta mal pegada, a punto de despegarse con el más mínimo roce.

Solo amigas.

Sia tiene ese no sé qué. Uno que se te mete bajo la piel. Es embriagadora como un café de especialidad y lo sabe. Lo usa en mi contra todo el rato.

Tiene la piel morena y el cabello negro azabache, largo hasta la cintura. Cuando entrena, se lo recoge en una trenza de espiga que se hace estirando los brazos por encima de la cabeza y moviendo los dedos con destreza.

Al final de cada entrenamiento, se deshace la trenza y se suelta el pelo. Es lo que hace ahora, mientras la observo desde las cuerdas.

—Venga, va —me apremia alejándose del ring—. No estás tan mareada. No ha sido para tanto. ¡Está todo en la mente…! Arriba, arriba. ¡Alehop!

Pfff. «Está todo en la mente», dice. ¡Cómo se nota que es psicóloga!

—¡Vamos, Em!

Hay días en los que pienso que la seguiría a cualquier lugar con

los ojos vendados. Hoy me quedo contra las cuerdas, mirándola y recuperando el aliento.

Ese andar seguro que tiene, esa mirada. Todo compone ese magnetismo que hace que cada persona con la que se cruza se la quede mirando. Es como si el aire se hiciera más denso cuando entra en una habitación y todo el mundo la ve.

Yo, en cambio, podría ponerme a gritar y nadie sabría que estoy aquí, excepto ella. Sea por la razón que sea, Sia me considera su persona favorita del mundo. Puede ser por el pelo encrespado y pelirrojo, o puede ser porque ella ve algo en mí que yo no veo. Aunque a veces me encantaría preguntarle qué es, me da miedo descubrirlo.

Sia se da la vuelta con la toalla sobre los hombros y abre los brazos como si yo estuviera cometiendo un crimen por no seguirla.

—Que ya voy…

—No te estás moviendo.

—Ah, ¿no? —bromeo, apoyando la frente contra las cuerdas—. A mí todo me da vueltas. ¡Será por el puñetazo que me has soltado…!

—No es para tanto. ¿Quieres un besito para que se te cure?

—¡Pfff!

Hay una línea que no cruzamos. No sé si por miedo o por respeto. Y no me refiero a la del ring. El problema es que, a veces, cuando la miro, siento que esa línea tiembla. Serpentea como si tuviera vida propia y supiera lo que en realidad queremos hacer con ella.

A estas horas, el gimnasio está casi vacío. No creo que nadie nos esté prestando demasiada atención.

—Camila sigue aquí —comento haciendo un gesto con la cabeza.

Señalo a la muchacha que corre en la cinta de la esquina y Sia se cruza de brazos con el ceño fruncido.

—Le sale a cuenta el mal de amores, hija —murmura—. Se le va a poner el corazón de un toro como siga así.

Sonrío de lado y asiento.

La vecina del ático es uno de nuestros temas de conversación favoritos: sabemos que se llama Camila y que tiene tan mala suerte con los hombres como buen gusto musical. Si nuestras sospechas son las adecuadas, tan pronto como encuentra un ligue, deja de aparecer por el gimnasio de la comunidad.

En cuanto el ligue desaparece de su vida, vuelve a tope y se centra en correr para no llorar.

Es como nuestra Carrie Bradshaw personal, pero, en vez de comprar zapatos y cigarrillos por encima de sus posibilidades, compra conjuntos deportivos y proteína en polvo.

—No sé qué decirte. Me parece que Cupido ya ha hecho de las suyas.

—¿A qué te refieres?

Señalo con un dedo, todavía dolorida.

Sia se acerca de nuevo al ring, se cuelga de las cuerdas y se pone de pie frente a mí, desde fuera. Se coloca a mi altura para descubrir qué estoy señalando, mejilla contra mejilla.

—¡Hummm! Bueno, bueno… Camila, no está mal. Nada mal.

Suelto una pequeña risa.

—¿Te gusta?

—No es mi tipo, pero entiendo por qué le gusta —responde ágil.

En la esquina opuesta a Camila Bradshaw, un chico intenta practicar sus derechazos con un saco de boxeo que ha visto mejores días. Pero como no hay nadie que se lo sujete, tiene que frenarlo él mismo tras cada golpe.

El pobre no deja de volver la cabeza para mirar a Camila, que ahora sube el ritmo de la cinta porque debe de haber llegado a

alguna de las canciones más intensas de su lista de reproducción.

—No sé si es muy buena idea que se líe con alguien del gimnasio —murmuro.

—Bueno, siempre puede sacarla a cenar. El chico no vive en el bloque. —Cuando la miro, Sia me dedica una sonrisa traviesa—. Créeme, lo sabría.

Pongo los ojos en blanco. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Que ya tiene fichados a todos los tíos del edificio?

—¿Qué pasa si el ligue es del gimnasio? ¿Y si lo deja? ¿Cómo vamos a saber que…?

—Pues supongo que nos quedamos sin cotilleo. Pero el que no arriesga no gana, nena. Camila es más valiente que tú.

Hago un puchero y Sia suelta una carcajada.

Es un poco tonto, pero sé que nunca podré hacer algo así. Algo como mirar a alguien en el gimnasio y creer que tengo alguna oportunidad de nada. Pero Camila sí puede o sí cree que tiene derecho a encontrar a esa persona. Al parecer, que le rompan el corazón una y otra vez no le ha quitado las ganas de volver a intentarlo.

—Bueno, quizá vengan juntos si la cosa sale bien —cedo.

—Sí, y también nos invitarán a la boda —resopla Sia—. Anda, no seas pava. De todas maneras, él la está mirando a ella, pero Camila sigue en su mundo de Poeta Torturada —dice columpiándose un poco con las cuerdas.

—No le quita ojo de encima, eh.

El chico del saco lo hace lo mejor que puede, pero disimular no es lo suyo. Se sube las gafas con el guante y el corazón me da un vuelco de lo más ridículo.

¿Cómo debe de sentirse uno cuando te miran así?

—¿Hum? ¿Qué es eso que huelo?

Vuelvo el rostro hacia Sia, ruborizada.

—¿Huelo mal?

—Hueles a sudor y a… ¿envidia?

Abro la boca ofendida, pero solo emito un ruido gracioso.

—¿Quieres que le pida el número al pardillo? —insiste con malicia—. No pongas esa cara. ¿Cuánto hace que no sales por ahí y te das un viaje?

Le arranco la toalla del cuello y la golpeo con ella.

—¡Eres una sinvergüenza! —protesto.

Escucho su carcajada y salto fuera del ring para seguirla. Esquiva el golpe que le lanzo agarrando su bolsa con destreza. Agarro la mía y la sigo, las puertas de cristal se cierren a nuestra espalda.

Nos vamos entre risas, empujándonos como niñas que no han aprendido a crecer. Por un instante, entre estos codazos y pasos torpes, el mundo no puede alcanzarme. Solo somos eso: dos cuerpos cansados, dos voces sueltas en el pasillo, una promesa muda de que, mientras podamos reírnos así, todo lo demás puede esperar.

Nada puede tocarme.

Si estoy con Sia, nada puede hacerme daño.

Fuera, Madrid atardece bajo un cielo encapotado que amenaza con estallar en cualquier momento. La previsión de lluvias para esta semana es tan intensa que no dejan de anunciar las alarmas del estado.

Las luces de neón de las paredes del pasillo del sótano parpadean a nuestro paso. El ventilador en la esquina emite su zumbido habitual. Las puertas del ascensor se cierran y nosotras, dentro, pasamos de una chorrada a la siguiente.

Lo del boxeo fue idea de Sia.

—Está muy bien que sepas cómo curar animalitos, pero a ti lo que te falta es aprender a defenderte de verdad —me dijo—. O se te van a comer viva.

Yo acepté, aunque no tuviera ninguna esperanza de conseguirlo. Acepté porque me gustó que Sia quisiera pasar tiempo conmigo y porque me parecía emocionante la idea de convertirme en alguien que supiera cómo lanzar un puñetazo sin morir en el intento. Pero la verdad es que apenas he mejorado desde que empezamos.

Sia y yo nos conocemos desde hace casi dos años.

Digamos que nos conocimos por accidente.

Aunque no me quejaría si tuviéramos un segundo accidente de otro tipo encerradas en este ascensor…

—Qué ojitos me has puesto —suelta Sia de la nada—. ¿Tu estrategia de hoy era darme pena? Porque no ha estado nada mal.

Chasqueo la lengua, apoyada en la pared del ascensor.

—Estás muy subidita para ser alguien que casi se ha caído de morros al principio del entrenamiento.

—Pero ¡si la que se ha caído al final has sido tú!

Podría contestar, pero creo que no me llega la sangre al cerebro. La miro con descaro. Está sudada. Lleva unos pantalones cortos y un top deportivo con cremallera. Y, como siempre, la lleva medio subida. Bajo la mirada de su escote hasta el costado y ahí está: la cicatriz de aquel día.

Me distraigo y lo más humillante es que Sia se da cuenta.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta como si nada.

Me aclaro la garganta y le lanzo una mirada al panel del ascensor: todavía nos quedan dos plantas para llegar a casa.

—¿Día de recordarme que no sé boxear?

—Queda una semanita para tu cumpleaños —dice con una

sonrisa traviesa.

Murmuro un par de quejas y después me sirvo de un más que ensayado:

—Ya te he dicho que no quiero celebrarlo.

—Cumples 25 años, no 92. ¡Mereces celebrarlo por todo lo alto!

—No, gracias. —Me cruzo de brazos—. No lo soporto.

Ella aprieta los labios como si fuera una cría y me mira con ese brillo en los ojos.

—Sia… —le advierto severa—. Te tengo dicho que no me mires así.

Puedo sentir esa suave presión en el pecho.

—Sia —insisto.

Ella alza las manos y la presión desaparece.

—¿Qué? Solo digo que sería divertido. Quizá en el Palacio de Linares. Una sesión nocturna, una visita guiada —dice sugerente—. A menos que tengas planes románticos con Kevin, claro.

Kevin es la única otra persona con la que hablo.

Él es fruto de otro accidente, aunque ese fue mucho menos doloroso.

El chico estudió Historia y trabaja de guía en el Palacio de Linares. Cuando me vine a vivir a Madrid, me quedé prendada del lugar y voy bastante a menudo. En algún momento, él se dio cuenta de lo mucho que voy y empezó a dejarme pasar sin cobrarme entrada.

Sia está convencida de que tenemos algo, pero no es cierto.

Tampoco me gustaría que eso cambiara. Mi vida no es agradable y no tengo demasiado futuro. Kevin es un buen chico y sabe muchas cosas.

Bueno, vale: es posible que quiera algo más, pero nunca voy a ofrecérselo. De hecho, ni siquiera sabe mi nombre de verdad.

Me llama «Pecas».

—Que sepas que Kevin no es tan fácil de convencer como parece —me defiendo, aunque intento sonar graciosa.

La puerta del ascensor se abre cuando llegamos al cuarto piso. Sia retrocede y sale del ascensor de espaldas, mirándome con intención.

—Dudo que haya una sola persona en el mundo que pueda resistirse a ti, pelirroja.

Me la quedo mirando.

Un segundo.

Tal vez dos.

Al final, aparto la mirada y no digo nada.

Podría haber contestado algo mordaz, algo que nos salvara de estar de pie en el ascensor mientras ella me mira desde el otro lado de la puerta, pero ya no puedo ser esa persona con ella. No importa cuánto lo intente: Sia destroza todos los muros que levanto. No tiene ni que intentarlo, pero, cuando lo intenta, me tiemblan hasta las rodillas.

Trago saliva y me obligo a sonreír con suficiencia.

—Buenas noches, Sia —digo rápida.

Aprieto el botón del ascensor que cierra las puertas, suplicando llegar al tercero antes de que se le ocurra algo más que decir.

—Buenas noches, Em.

Cuando se cierran las puertas, me veo reflejada en el metal.

Me recojo un rizo traicionero y suspiro. Por fin estoy a solas. Es tan extraño saber que hubo un momento en el que Sia no existía en mi vida. Su aparición dejó una marca indeleble en mi vida.

En mi vida y en mi pelo.

Cuando entro en casa y arrojo la bolsa del gimnasio al suelo, junto a los zapatos, me veo en el mismo espejo en el que me miro todas las mañanas antes de salir a trabajar. En el reflejo, el rizo blanco me recuerda a la primera vez que vi a Sia.

Nos conocimos un martes.

Yo estaba de camino a la clínica para ayudar con una emergencia: un cachorro que se había tragado una piedra. Me acuerdo porque acababa de volver del permiso que me había cogido para ir al entierro de doña Marta. Caminaba por la calle como un fantasma, con ansiedad, dando tumbos y esquivando a la gente.

No podía dejar de pensar en el pobre animal y en que la mujer que me había ayudado a conseguir una vida ya no estaba viva.

Hay una razón por la que siempre relaciono a Sia con una cierta violencia.

—¡Cuidado!

Primero escuché el grito. Después oí el frenazo y el consecuente golpe seco de la carrocería al doblarse. El sonido del claxon, las luces de emergencia, la gente de la calle y sus gritos ahogados, pero ninguna de esas cosas me impidió ver la silueta de una muchacha encogida contra el bordillo, lejos de la que sería su moto.

Corrí sin pensarlo dos veces. La encontré tendida en el asfalto, con el casco destrozado y una mancha de sangre extendiéndose bajo su cuerpo como tinta derramada.

—Estoy aquí —le dije sin saber muy bien por qué—. ¿Me escuchas? No estás sola. Estoy aquí, ¿vale?

Más tarde, Sia me contó que aquella moto había sido su primera gran compra. Siempre le había gustado la velocidad. Me contó que era lo más parecido a montar a caballo que podría volver a tener. Pero, después del accidente, guardó el casco en el fondo del armario y jamás arregló la moto.

Recuerdo su pelo negro, mojado por la lluvia, y su respiración, tan frágil. Recuerdo el sonido inconfundible del miedo abriéndose paso en mi pecho. Recuerdo que me arrodillé junto a ella y dije aquello.

Sin saber muy bien qué hacer, me quité los guantes y cerré las manos alrededor de la suya con la esperanza de llegar a tiempo.

Fue instintivo: algo se activó. Algo antiguo, enterrado. O al menos, eso había querido creer. Las manos me brillaron contra su piel. Una luz tenue blanca, leve y temblorosa, se filtró a través de mi piel y la sangre dejó de brotar de su herida.

Los paramédicos llegaron a tiempo y se la llevaron, pero yo pensé que no volvería a verla jamás. Además, con ella, se llevaron la evidencia de lo que había hecho.

Después de eso, me quedé bajo la lluvia un par de minutos.

Llegué tarde al trabajo y, cuando le conté a mi jefa lo del accidente de moto, me mandó de vuelta a casa.

Tardé tres días en salir del piso y solo lo hice porque el taladro de los nuevos vecinos del cuarto me estaba volviendo loca. Subí por la escalera, encogida y asustada, y llamé a la puerta, dispuesta a pedirles si al menos podían parar veinte minutos. Tenía la cabeza como un bombo. Me sentía enferma.

Al abrir, Sia me miró de arriba abajo. Tenía algo de pintura en la cara. Yo me quedé de piedra y ella, como si nada, soltó una risita sincera.

—Llegas justo a tiempo para salvarme la vida otra vez. —Me tendió el taladro como si me conociera de siempre—. ¿Sabes por qué demonios no atraviesa esta pared? Llevo tres horas intentándolo. Ven, entra. ¡Mira qué desastre! No le hagas caso a eso de allí, que todavía no lo he ordenado. ¡Este va a ser mi despacho! Tengo que acabar cuanto antes porque tengo clientes la semana que

viene y…

Llevaba una muleta y tenía la pierna escayolada.

—¿No deberías estar descansando? O por lo menos de baja.

—Descansaré cuando me muera —respondió como si nada—. ¿Tú sabes montar esta cosa? Me está volviendo loca. ¿Qué demonios es un *sklesge*?

No tengo ni idea de por qué acabé montando esa estantería yo. Supongo que a veces la vida no sabe ser sutil y, si un accidente de tráfico no es suficiente, decide que tu alma gemela tiene que ser tu vecina.

Nos hicimos amigas más rápido de lo que me gustaría admitir. Siempre me he considerado una persona reservada y desconfiada, aunque solo sea por necesidad, pero Sia siempre ha sido mucho más arrolladora.

De hecho, con la tontería, pasé esa misma noche en su sofá. Como vivía sola y aún estaba coja, había cosas que no podía hacer. Aunque eso no la detuvo a la hora de montar los muebles de su nuevo piso.

Sia siempre ha sido cabezota.

La primera noche dio paso a la segunda y la comida china dio paso a la pizza. Fue como si algo hubiera estado esperando a que nos encontráramos. Como si hubiéramos sobrevivido a la misma tormenta en barcos distintos, como si aquel lugar fuera tierra firme para ambas.

Hablábamos el mismo idioma; de todo y de nada, de lo más importante y en cualquier momento. Y, cuando quisimos darnos cuenta, Sia y yo éramos más que desconocidas sobre el asfalto un desafortunado martes.

Pero también éramos más que simples vecinas.

Pronto, Sia se reía de mis comidas a deshora e insistía en

adivinar el origen de mi obsesión por el arte. Yo empecé a reírme de ella porque solo quería ver pelis de miedo, pero nunca la he dejado sola contra los terrores de la pantalla.

Un mes después del accidente, empezamos a ir al gimnasio para practicar boxeo. Fue idea suya.

—Y tú tienes rabia acumulada —dijo para terminar de convencerme—. Lo veo. Por eso te va a gustar boxear.

—No tengo ninguna rabia. Tengo horchata en las venas, eso tengo.

—Entonces supongo que lo que veo es miedo —sentenció ella—. Pero no te preocupes, eso también se supera a golpes.

Y tenía razón.

Para mi desgracia, siempre la tiene.

2

Mi cuerpo entero vuelve a la vida como si alguien me hubiera dado un bofetón y me giro para comprobar que estoy sola. En cuanto la luz se enciende, la silueta que estaba de pie bajo el marco de la puerta se desvanece.

Sé que solo es mi imaginación.

Sé que no es real y que en el umbral no había nada.

Sé que estaba soñando.

Pero en mis retinas sigue atrapada su silueta.

Con el corazón acelerado, me llevo una mano al pecho y trato de controlar la respiración. La lamparita parpadea. Compré una táctil para no tener que rebuscar el interruptor a lo largo del cable. Desde que la tengo, me he ahorrado esos segundos de agonía, aunque la violencia de despertarme de golpe sigue siendo igual de horrorosa.

Sia siempre ha tenido razón: si algo tengo en esta vida, es miedo. Y haga lo que haga, tiene que salir por algún lado.

La pesadilla es siempre la misma.

Estoy en un campo.

Estoy de pie en un campo sin límites.

El campo está seco, agrietado. Donde quizá en su día hubo flores ya no hay rastro de nada. El viento se levanta y arrastra palabras consigo, pero no logro entenderlas. La arena me araña los párpados y me escuecen los ojos. Intento taparme la cara y me

resguardo de lo que sea que ese lugar quiere de mí mientras el cielo se tiñe de gris, cada vez más profundo, hasta convertirse en negro.

No importa si intento correr o si me cubro los oídos. No importa si me entierro a mí misma en el suelo árido. Haga lo que haga, en cada una de las versiones de esta pesadilla, esa cosa siempre aparece frente a mí.

Se trata de una figura hecha de sombras, alta y majestuosa. Flota, casi como si alguien hubiera olvidado definir los límites de su cuerpo. A través de las grietas puedo ver galaxias en movimiento, ríos de estrellas. No tiene rostro, pero sé que me ve.

No tiene boca, pero sé que intenta decirme algo.

Lo siento.

Por mucho que le haga preguntas, es incapaz de contestar. En lugar de eso, siempre extiende una mano. Sé que en cuanto me toque, el dolor va a ser inmensurable. Sin embargo, también sé que es inevitable: al final, la silueta siempre me atrapa. Me agarra de la muñeca, del tobillo, de la mano o del hombro. Y, cuando me toca, las imágenes fluyen como un torrente: sangre, mi ciudad atrapada en una nube de roya y raíces que sale de entre los adoquines, de debajo del asfalto. Sombras, humo, un incendio.

Mi hogar consumido hasta las cenizas.

Fuego.

Grito y grito, pero la figura solo inclina la cabeza como si lamentara algo. O como si deseara poder hacerlo, no lo sé.

Cuando despierto, entre jadeos y empapada en sudor, la pesadilla ha acabado, pero su presencia permanece. Aunque solo sea durante un instante, siempre estoy segura de que esa silueta me observa desde el umbral de la puerta abierta de la habitación.

En especial porque jamás me acuesto sin cerrarla y hoy vuelve a estar abierta.

3

Me anudo los vendajes mientras Sia castiga al saco de boxeo con una intensidad casi insultante. Sus movimientos son precisos, gráciles. Letales.

Se detiene en un momento dado y me mira sosteniendo el saco.

—Vuelves a estar supercallada —dice—. ¿Has tenido pesadillas otra vez o es existencialismo matutino?

Chasqueo la lengua porque me he olvidado de vendarme un dedo, así que tengo que volver a empezar. Debería haber desayunado antes de bajar a entrenar.

En realidad, no soy nadie sin café.

—Cualquiera diría que soy un libro abierto.

Hoy tengo el turno más largo de la semana y creo que he dormido un total de veinte minutos.

Sia me mira en silencio. Solo me doy cuenta cuando han pasado un par de segundos. Creo que he sonado más borde de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo.

—Perdón —murmuro, atareada con los vendajes.

Ella lo deja pasar.

Hace tres días que no consigo dormir una noche entera. Nunca se me ha dado demasiado bien dormir, pero no descansar me está empezando a pasar factura.

Cuando me doy cuenta, siento un dolor punzante en el hombro.

—¡Au! —me quejo.

Sia levanta el dedo al instante.

—Esto no es de boxear —dice sin más—. ¿Has soñado que peleabas con un lobo de dos metros o se te ha olvidado que tienes el mueble ese horrendo en el pasillo?

Me miro el hombro. El moratón está ahí, púrpura e irregular. Parece una nube de tormenta a medio formar.

—No es un mueble horrendo.

—No, solo está puesto en esa esquina a traición —protesta—. Recuérdame que te busque algo mejor para tu cumple.

—Debe de ser del entreno de ayer.

—Ayer no entrenamos —contesta rápida.

—¿No?

—No, ayer nos lo saltamos porque te quedaste sobada, ¿no te acuerdas? —se ríe.

No sé ni en qué día vivo. Me acaricio el hombro con suavidad y siento el moratón con más intensidad. Frunzo el ceño, contrariada.

«Ni de coña», pienso.

—Pues no tengo ni idea de con qué ha sido —miento.

Sí se me ocurre algo que me haya tocado el hombro, pero me niego a alimentar esa idea. Lo que ocurre en las pesadillas se queda en las pesadillas.

La imagen de la puerta abierta de mi habitación regresa y siento que se me eriza la piel al instante.

—Con lo negro que está, igual tengo que llevarte al médico para que te miren el hierro —añade Sia con un mohín—. ¿Te has hecho análisis este año?

Me río por no llorar. Si le contara que no he visto a un solo médico en mi vida, ¿qué pensaría? Cuando le echo un vistazo al gimnasio, como queriendo escurrir el bulto, descubro que hoy no

está el chico de los rizos.

—¿Has visto a Camila? —pregunto.

Sia sonríe altanera. Las dos sabemos por qué ninguno de los dos está en el gimnasio.

Dos y dos son cuatro.

—Qué tía… Donde pone el ojo, pone la bala —se ríe Sia, colocando bien el saco—. No ha tardado ni una semana.

Después del entreno, la jornada en la clínica se me hace tan eterna como era de esperar.

Me paso la mañana deseando acabar. Como sola en una de las salitas, en silencio, pero no puedo acabarme el táper ni esforzándome. Me pesan las manos y me molesta el moratón. Tiene latido propio. Me duele la cabeza y soy incapaz de centrarme en nada de lo que hago. Llamo a todo el mundo por el nombre equivocado, se me bloquea el programa de datos de los clientes y el datáfono decide no funcionar.

Me paso el día muriéndome de ganas de volverme a la cama. Sin embargo, justo antes de irme, una pareja llega con una gata naranja y negra que maúlla como si la estuvieran matando.

Está temblando.

—Ha saltado desde el balcón —dice uno de ellos, sin levantar la vista del transportín—. Pensábamos que la puerta estaba cerrada. No nos dimos cuenta de que…

La pobre gatita respira con dificultad y está asustada, pero lucha con rabia.

Cristina, mi compañera, les toma los datos e intenta hacerles la admisión mientras el animal nos bufa. Antes de que busque a otro veterinario que la ayude, le hago un gesto y me pongo manos a la

obra.

No puedo evitarlo.

No puedo irme sin ayudar.

Al final me quedo el tiempo suficiente como para asegurarme de que Kaia, la gata escapista, se despierta después del sedante que han tenido que darle para poder ponerle la escayola y está bien.

Tiene una fractura limpia en la pata delantera. Nada que no se pueda arreglar con un poco de paciencia, aunque ya esté mayor.

La historia de su accidente es la parte más horrorosa.

—Vas a estar bien —le susurro a la gata, acariciándole el lomo—. Te lo prometo. Pero tienes que prometerme que no harás más excursiones para ir a buscar a tu hermanita, ¿vale? Ya sé que la echas de menos, pero se ha ido.

La gata ronronea ante el calor de la luz que emana de mi mano.

Al final, salgo de trabajar tres horas más tarde de lo habitual y camino sin necesidad de pensar adónde voy.

Vuelvo al piso.

¿Adónde más podría ir?

Dejo que la memoria muscular haga el trabajo y me pierdo en los recovecos de mi mente.

Así pasa toda la semana sin pena ni gloria. Un turno, el siguiente. Al final, Kaia se queda en supervisión un par de noches para que podamos hacerle análisis. Los dueños se la llevan a casa el miércoles, con el corazón en un puño.

Yo arrastro los pies, con el mío en la garganta.

¿Y mi casa? ¿Qué habrá sido de ella?

El barrio de Recoletos se desdibuja frente a mí, como si se desvaneciera.

Casi como si la ciudad supiera lo que busco. El aire mece un olor familiar a pigmento seco y aceite de linaza que me lleva a un paisaje

completamente diferente. Casi como si pudiera sentirla en la piel, recuerdo la luz que se colaba por las cortinas de lino: dorado sucio, color siena.

El tiempo la ha teñido con esa paleta de colores cuando evoco mi casa. Por aquel entonces, mi mundo se reducía a las pinturas que papá mezclaba sobre la suya: ocres quemados, azules marinos densos, verdes esmeraldas.

Siempre recuerdo a mi padre pintando. Recuerdo cómo, enamorado, se perdía en el proceso durante horas y horas. El cabello castaño oscuro le caía desordenado sobre la frente y contrastaba con su piel pálida y sus dedos finos.

Suelo recordarlo como a un noble en el exilio.

Otras veces, sin embargo, se transforma en un loco al borde de un ataque; una sombra que sostiene su pincel como si blandiera un cuchillo.

—¿Por qué nunca me pintas a mí? —pregunté una vez, mientras se limpiaba las manos con un trapo manchado de rojo y ocre—. ¿Por qué no me pintas un retrato?

Tardó en responder.

—¿Y para qué ibas a querer quedar atrapada en un solo cuadro cuando ya vives en todos ellos desde fuera? —respondió risueño.

Así quiero recordarlo: mitad ternura, mitad caos. Sin embargo, ese delicado equilibrio no duró mucho tiempo.

Yo debía de tener doce años, no más, cuando todo empezó.

Primero dejó de dar clases de pintura. Pronto mandó al aprendiz de vuelta con su padre. Después dejó de pintar por completo. Lo siguiente que hizo fue dejar de hablar y de dormir. Las voces en casa pasaron de ser susurros tensos para transformarse en gritos ahogados. Yo era demasiado pequeña como para entender todo lo que estaba ocurriendo. De hecho, ni siquiera lo entiendo ahora. Solo

sé que, con el tiempo, mi padre se deterioró y desapareció del todo. Dejó atrás una carcasa cuyo papel era gritar, destrozar lienzos y maldecir.

Recuerdo los portazos, los golpes, las risas, los años de peleas contra figuras que jamás existieron. Pero lo peor de aquella época siempre fue el silencio. El peso de las cortinas pasadas y el polvo sobre los muebles.

Por suerte, en casa teníamos una doncella que nos ayudaba. Ella se encargó de mí. Y, en ausencia de una madre a la que obedecer, decidí dejar que ella tomara las decisiones importantes por mí.

—Cuando esté así de confundido, señorita, déjelo estar —me decía cuando me encontraba esperando frente a su puerta cerrada —. Vaya al jardín, vea el sol. ¿Y si lo que corre por sus venas corre también por las suyas? A veces la grandeza es una maldición. Que La Fuente os guarde, chiquilla.

Remugaba y remugaba sobre La Fuente, siempre La Fuente.

—Si oís los susurros, señorita, jamás se lo digáis a nadie —advertía—. Ni siquiera los susurros deben saberlo, ¿lo entendéis? La Fuente os protege, no lo olvidéis.

—Recordadlo —apuntaba de vez en cuando con el dedo—: una señorita debe saber cómo distinguir lo que es verdad. Que La Fuente te guíe siempre, Emma.

La doncella aguantó conmigo hasta que cumplí los diecisiete años. Tuvo la delicadeza de esperar dos días más, después de hacerme soplar las velas. Pero aquella misma noche, después de verla partir, me dormí abrazada a mi propia maleta.

Yo misma solo aguanté dos meses más.

En contra de todas las advertencias de la doncella, cuando ya despuntaba el sol, decidí entrar una última vez en el taller de mi padre antes de irme.

Recortada frente a un lienzo completamente negro, la silueta de mi padre se asemejaba más a la de un títere que a la de un artista. Le temblaban las manos, llenas de pintura. Parecía estar peleando consigo mismo, como si no supiera si seguir pintando fuera el remedio o la enfermedad.

—¿Papá?

Él no respondió. Era como si pudiera ver algo en el lienzo que nadie más podría haber visto. Mantuvo la vista clavada en el cuadro y apretó el pincel, como si sopesara dónde clavarlo.

No sé qué fue de él después de eso. Me fui y creo que no he dejado de irme desde entonces.

Estoy en el mismo lugar en el que estaré toda la vida, ¿verdad?

En ningún sitio.

Me dirijo a ningún lugar.

Sigo preguntándome qué vio mi padre en aquel cuadro o qué historia intentaba explicar con él. No puedo evitarlo, pero cada pregunta solo engendra tres más. Por complicado que suene, y pese a todo lo que ha pasado desde entonces, me hubiera gustado poder entenderlo.

Quizá porque yo también la veo.

La silueta.

También los oigo.

Los susurros.

No he dejado de oírlos desde aquel último amanecer y, pese a que han pasado casi ocho años, tal vez me hayan alcanzado. No importa lo lejos que haya ido, ni cuánto haya intentado ignorar su insistencia. En cuanto me despisto, los susurros inundan cualquier habitación en la que esté. Y desde lo que ocurrió con Sia, desde aquella mecha de pelo blanco, parecen estar aún más cerca, si eso es posible. Con cada paso que doy, oigo el chapoteo de los ríos de

sangre y siento su presencia y su aliento en la nuca.

Primero es una voz distante. Luego otra. El murmuro crece y pronto cientos de voces que no reconozco me llaman por mi nombre. Hablan de mí y de algo que no entiendo. Lo llenan todo, hasta que ni oigo ni veo nada más.

Incluso despierta, siento la arena sobre la piel, como en el sueño, y veo la silueta por el rabillo del ojo.

Quizá veo en ella lo mismo que mi padre: el cuadro negro, las pinceladas, su puño cerrado alrededor del pincel y el mío alrededor de la tira de la bolsa que llevaba cruzada en el pecho.

Un dolor horrible me trae de vuelta a mi propio cuerpo. El hombro me arde justo donde está el moratón. Siento los dedos que se me hunden en la piel y la visión, con su sangre, su roya y su ciudad decrépita, me llena la cabeza hasta el punto en el que creo que me va a explotar. Me siento desfallecer. De hecho, mi cuerpo cae hacia delante como si me arrojaran por un precipicio.

Pero justo entonces, alguien tira de mí hacia atrás.

El murmuro y los susurros cesan. El mundo empieza a girar de nuevo y el sonido regresa de golpe: el ruido de un frenazo, el claxon, los gritos ahogados de sorpresa. Un coche pasa a apenas un centímetro de mí y se aleja calle abajo a más velocidad de la necesaria. Los neumáticos chirrían sobre la calzada cuando el conductor intenta frenar, pero sigue de largo.

Alguien me sostiene contra su pecho, me ha salvado del peligro.

Tardo un instante en entender lo que ha pasado: alguien que me ha sacado de la carretera antes de que fuera demasiado tarde.

Siento sus brazos a mi alrededor, como una especie de escudo.

—Vale que no te apetezca celebrar tu cumpleaños —dice dándome la vuelta—, pero tampoco hace falta que te mates.

El olor a vainilla y caramelo es inconfundible: Sia me sostiene por

los hombros y me dedica una mirada cargada de preocupación. Con un gesto rápido, revisa si estoy bien. Busca un rasguño, algo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—¿En nuestra calle? Acabo de bajar del bus, igual que tú. ¿Es que no me has oído llamarte?

Miro a la calle. El bus sigue ahí parado y la gente nos mira. Yo la miro a ella. ¿He llegado aquí en autobús? ¿Desde dónde? Trago saliva, no sé dónde estoy ni qué ha ocurrido exactamente. Llevo el uniforme del trabajo. ¿Adónde quería llegar?

Casi me atropellan.

Casi me tiro a la carretera.

Me tiemblan las manos.

No sé qué está pasando.

¿Cuándo he llegado a nuestra calle? ¿Cómo?

No lo sé. Solo sé que me arde el hombro. Me llevo una mano al moratón y hundo los dedos en él hasta que el dolor se hace insoportable y se me saltan las lágrimas.

—¿Emma? —Oigo a mi amiga de fondo, pero no puedo contestar. Tan solo logro aferrarme a su mano, asustada—. Emma, ¿qué pasa?

Dejo que Sia me abrace con cuidado.

Al otro lado de la calle, por el rabillo del ojo, veo una sombra que se desvanece.

Temo que la doncella siempre tuviera razón. Lo que acosaba a mi padre también vive dentro de mí y jamás voy a poder escapar.

Da igual la distancia o cuántos mundos atraviese para huir de ello, va a encontrarme una y otra vez.

Siempre.

4

Una de las mejores cosas de vivir en Madrid es que puedes pedir lo que quieras de comer y te lo traen en menos de treinta minutos. A veces siento que eso compensa muchas otras carencias. O quizá no soy más que una facilona que se puede comprar con comida caliente a domicilio.

Hoy ha tocado comida china: tallarines fritos, *gyozas* y un arroz tres delicias que, siendo honesta, tiene el mismo sabor que el cartón empapado, pero sirve para quitarme el hambre.

Lo he elegido por Sia, no por mí.

El salón huele a salsa de soja y jengibre, y el sofá ha quedado sepultado en cojines mal puestos. La luz cálida de la lámpara del salón proyecta nuestras sombras alargadas sobre la pared en la que Sia me hizo colgar su dichosa estantería hace más de dos años.

Ella come en silencio, con la mirada perdida en el fondo del táper de arroz. Yo también. No sé si es el cansancio, la tensión o que esta tarde he estado a punto de morir, pero todo me pesa más. En el fondo de mi cabeza, ese rincón en el que no quiero ni mirar, sigo dándole vueltas a la pesadilla, a la silueta y al moratón que tengo en el hombro. ¿El sueño está conectado con las voces que escuché? ¿O tan solo me estoy desmoronando?

Podría parecer una noche cualquiera, pero no lo es: acabo de cumplir veinticinco años. ¿Qué edad tenía mi padre cuando empezó

a escuchar las voces? ¿Cuánto tardó en perder la cabeza?

¿Cuánto tiempo más puedo seguir fingiendo que soy alguien normal?

—Oye, Emma —empieza Sia con un hilillo de voz—. Creo que deberíamos hablar de ello.

Levanto la mirada.

Hay algo en sus ojos. Es una chispa de preocupación que me incomoda más de lo que debería. Suelto una risa seca mientras rebusco en el fondo del táper de comida china.

—Solo me he comido una *gyoza* de más. No voy a explotar, te lo prometo —respondo en un intento por aligerar la atmósfera.

Sia suelta una risa corta, pero no se rinde.

—Estoy hablando en serio, tía. Llevas días como en babia. El otro día, en el entreno, te dejaste ganar. Cada vez que te veo es como si tu mente estuviera en otra parte. Y lo de hoy… —Duda—. No dejo de pensar en qué habría pasado si no llego a estar allí para agarrarte.

—Pues que hubiera acabado bajo las ruedas de un Peugeot gris —respondo con una mueca—. Una mierda de final, si lo piensas. Chica de veinticinco años muere atropellada frente a su casa —anuncio, teatrera, el titular de mi propia muerte.

—Emma…

—Encima por un coche que seguramente no ha pasado ni la ITV —sigo— y con la música a todo volumen, las ventanillas bajadas y un conductor a la fuga. De telenovela, si lo piensas.

—Emma.

Cierro la boca, sé que me está aleccionando. Sia me estudia con esos ojos que parecen querer arrancarme algo que ni yo sé si puedo dar. La veo debatirse entre seguir insistiendo o dejarme respirar.

—Estoy bien —miento—. Te prometo que no es nada importante.

Remuevo los tallarines fríos con toda la intención de ignorarla, pero, cuando alzo la mirada, Sia sigue esperando una respuesta.

Desisto.

Dejo la caja a un lado y decido darle lo que quiere.

—Es solo que he tenido unos días duros en la clínica —empiezo —. Mucho trabajo. Esta semana estuve intentando salvarle la pata a un perro que encontraron en un contenedor. Tenía la pierna casi comida. Sepsis. Las falanges al aire. De todo. Una amputación era lo más lógico, pero intenté…

Sia alza la mano, con una mueca.

—No hace falta que me cuentes eso mientras como.

Le sonrío divertida, pero creo que agradece la sinceridad. Por eso le ofrezco todo cuanto puedo darle.

—Y también he tenido que atender a una gata que resulta que se escapa porque perdió a su melliza por culpa del cáncer… —sigo—. Se rompió un hueso saltando del balcón. La escayolamos y todo.

—Uf. Bueno, seguro que consigues curarla. Es más fácil curar un hueso que el cáncer, ¿no? —Se zampa un bocado de arroz—. Aunque yo creo que podrías curar las dos cosas.

Ladeo la cabeza y le sostengo la mirada. Ella sonríe y mastica, mientras yo digiero el extraño cumplido.

—Ya la he curado —respondo altanera—. Eso fue hace… ¿A qué día estamos hoy?

Sia me mira como si me hubiera acabado de volver loca, pero lo deja pasar.

—Emma, ¿en serio?

—¿Es jueves? ¿Sábado? Hum, no. He ido a trabajar, ¿verdad? Es… martes.

Ella suspira, como agotada. Supongo que el tono bromista no me ha llevado a ningún puerto, pero solo porque Sia no me deja atracar.

—A veces me pregunto cómo lo haces —suelta de pronto.

—¿Hum?

—¿Cómo lo hiciste? El día que nos conocimos. En el hospital dijeron que tenía la costilla bastante mal puesta, ¿sabes?

Se hace un silencio tenso. La televisión sigue encendida, escupiendo ruido sin sentido. No la estamos mirando. Solo está ahí, como una excusa.

—¿Cómo hice el qué? —pregunto fingiendo inocencia.

Sia deja el táper sobre la mesa.

—Estoy segura de que nadie te conoce como yo —dice—, pero a veces ni siquiera yo te conozco. Tienes tus secretos y yo tengo los míos. Pero ¿no te resulta agotador vivir así?

Me quedo con las manos congeladas en el aire. Recupero mi caja de comida con movimientos lentos, casi estudiados. Trato de sonreír, pero sé que la expresión se me resquebraja por las comisuras.

Pongo los ojos en blanco para venderle el numerito.

—No empieces con eso otra vez —le digo.

Ella resopla, casi como si la hubiera insultado.

—Como quieras.

Sia aparta la mirada. La televisión sigue haciendo ruido, pero el silencio que se asienta en el salón es la antesala de algo.

De una confesión.

De una caída.

Podría contárselo a Sia. He notado que ella también tiene ciertas habilidades, aunque no sé si es consciente de ello. Muchos humanos no lo son, pero a veces tienen ciertos dones. Siempre hay gente con más suerte o gente que puede predecir la lluvia. Sia tiene su propio efecto en la gente.

Podría contarle lo de la pesadilla.

Podría preguntarle si alguna vez se ha sentido así.

Pero al final no digo nada. En lugar de eso, me hundo contra el respaldo del sofá y me lleno la boca de tallarines. No digo ni una palabra más y ella tampoco insiste: agarra el mando de la tele y busca una peli de miedo.

Su género favorito, por supuesto, y su excusa favorita para acurrucarse conmigo en el sofá.

Yo no nací en Madrid, donde hay clínicas y autobuses y comida a domicilio. Donde puedes ser veterinaria e ir al gimnasio por las mañanas. No nací en una ciudad con coches, carreteras y accidentes de moto, ni en un lugar donde haya ascensores y vecinas que te invitan a cenar y te preguntan si sabes lo que ella cree que tú sabes sobre lo que ella sabe que tú sabes.

Yo nací en otro lugar.

Le echo un vistazo a Sia desde mi rincón del sofá. Recuerdo su cuerpo cubierto de sangre y su respiración, se rompía como un cristal fino. Está apoyada en mi pecho, como si nada, tapada con la manta.

No quería que se muriera.

No quería que le pasara nada.

Pero no quiero tener que contarle de dónde vengo o de qué estoy huyendo.

Lo único que sé con certeza es que puse mis manos sobre ella y la energía me atravesó como un incendio. Curé el hueso, curé la herida. Cerré la carne. No debería haber sido capaz de hacer algo así, pero lo hice.

Y sigo haciéndolo en la clínica veterinaria en la que trabajo.

Kaia está bien.

Sia dejó de sangrar y los paramédicos no daban crédito, pero

pudo volver a su casa y ahora está abrazada a mis costillas porque le da miedo el Pescador de *Sé lo que hicisteis el último verano*.

La cuestión es que por salvarle la vida a Sia tuve que pagar un precio mucho más alto del habitual. Un mechón de cabello se volvió blanco. No ha vuelto a su color original. Lo escondo lo mejor que puedo. Lo disfrazo con tintes, trenzas, excusas. Pero, cada vez que me miro al espejo y creo que lo tengo olvidado, reaparece y yo me acuerdo de lo que significa.

Ese mechón representa todo lo que quiero olvidar: que no pertenezco ni a un universo ni a otro.

—Quédate a dormir, anda —me pide Sia.

Niego con la cabeza, de pie bajo el marco de su puerta, cuando la película ya ha acabado.

—Estoy cansada.

—Pero si estás en la flor de la vida… —suelta ella divertida.

Se le escapa un bostezo, porque es tarde, y yo suelto una risilla tonta. Lo que quiere es que me quede a dormir en su casa para no tener que pasar miedo por culpa de la peli de terror que ella misma ha decidido poner.

—Buenas noches, Sia —murmuro y me pongo en marcha.

Sé que ella se despide y que me da las buenas noches, pero no les presto demasiada atención a sus palabras. Pulso el botón del ascensor y dejo que las puertas se cierren hasta separarnos.

Eso no se lo puedo contar a Sia.

No quiero.

Porque no quiero que sea verdad.

A la mañana siguiente, de camino al trabajo, me parece ver a alguien al final de la calle. Cambio la ruta para llegar a la clínica y,

aunque se lo comento a Cristina, no me quito de encima la sensación de que alguien me observa. Porque sí hay algo que me observa desde el final del pasillo cuando apago la luz del almacén.

Por eso mismo, la dejo encendida cuando vuelvo a la zona de la tienda y no vuelvo a acercarme.

El jueves estoy sentada en el bus cuando todo empieza a oler a humo. Me inclino para ver si el conductor también lo nota, aunque no lo parece. Le echo un vistazo al resto de la gente de la cabina: a ninguno parece molestarle ese olor a ceniza y polvo.

Cuando el bus se detiene en un semáforo en rojo, a través de la ventana solo veo una gigantesca mansión en llamas.

Se me acelera el corazón y me pongo en pie justo cuando el vehículo arranca de nuevo.

Me caigo hacia atrás y causo una escena.

Una mujer me ayuda a ponerme en pie y alguien me pregunta si estoy bien. Avergonzada y con la mirada puesta en el ventanal, descubro que seguimos en las calles de Madrid.

El conductor del bus se asegura de que estoy sentada en mi asiento antes de arrancar de nuevo.

Sia Entreno después del trabajo??
9:45

No contesto.

Todo empeora mucho más rápido de lo que esperaba.

Echo la cortina del salón para evitar el sol de mediodía.

—No, no he podido tramitar la baja aún —le cuento a mi jefa a

través del teléfono—. Es que no dejo de vomitar. No sé qué es… Será algo pasajero, pero no me dan hora para que me vea el médico.

Me dejo caer en el sofá soltando un gruñidito y su voz cambia. Sé que no lo estoy haciendo bien. Sé que me estoy aprovechando de ella. Estoy mintiendo: ni he vomitado ni necesito un médico humano que no sabría ni qué hacer con algo así.

Jessica me contrató hace casi cuatro años, recién salida de la universidad. Desde entonces, a excepción de los días que me pedí de permiso para el funeral de mi madre de acogida, no le he dado ningún dolor de cabeza.

Eso tiene que contar para algo.

—Muchas gracias, Jessica.

Oigo el trajinar del resto de la gente en la clínica.

—Te escribo en cuanto pueda, sí. Me voy a echar otro rato, a ver si consigo pasar la comida —miento.

Cuando cuelgo la llamada le echo un vistazo a la cocina desde el sofá. Está hecha un cuadro. Llevo encerrada en casa desde lo del ventanal del bus y he pedido comida para llevar dos veces al día desde entonces. ¿Cuántas bolsas hay?

En algún momento, después de la llamada y por primera vez en casi dos días, me quedo dormida. Tan solo me despierto cuando la luz de la luna me toca los pies y, por alguna razón, eso hace que me entre frío. Una sospecha me hace que me incorpore de golpe. Entonces descubro que la cortina y la ventana están abiertas. Con rabia y miedo a partes iguales, me incorporo y las cierro de nuevo. Ris, ras. Me apoyo en la tela y trato de controlar la respiración.

En la oscuridad del salón, me parece oír una voz.

Rápida, desbloqueo la pantalla del móvil e ilumino la sala. Nada. No hay nada. Me apresuro y, medio a tientas, encuentro el

interruptor para comprobar que es cierto: con la luz encendida veo que sigo estando sola en casa.

Llevo sola en casa todo este tiempo.

Aun así, la sensación de que alguien me observa no hace más que aumentar y aumentar, me siento igual de enferma que ayer o antes de ayer. No, de hecho, me siento peor. Y, además, no puedo contárselo a nadie. Parece que nadie más huele el humo o ve las siluetas. Sé que son falsos. Son fabricaciones de una mente enferma.

Toso incómoda y compruebo la hora: las tres y cuarto de la mañana.

Haga lo que haga, no voy a poder volver a quedarme dormida. De hecho, ya me parece extraño haber dormido tanto rato.

Tienes 27 mensajes sin leer de Sia.

Sia Emma, te he dejado algo de comida
en la puerta.
21:21

Sia Solo dime que estás viva.

Suspiro y bloqueo la pantalla de nuevo.

No sé cómo contestar. En especial porque sé que no debería hacerlo. Debería esperar a que Sia abandone, a que me considere una persona horrible y siga con su vida. Tengo la sensación de que todo está perdido y de que el tiempo que he compartido con ella ha llegado a su final.

Suena tan dramático, patético.

Pero es la única certeza que tengo: estoy perdiendo la cabeza y me niego a arrastrar a Sia conmigo. Ha sido mi felicidad todo este tiempo y no podría hacerle pasar por lo que pasé yo. La idea de convertirme en algo así para ella hace que se me hunda el pecho. Nada me gustaría más que correr escaleras arriba y volver a llamar a su puerta, pero sé que no debo.

Me seco las lágrimas de la cara y abro el grifo de la bañera. Cuando alquilé el piso, lo que me convenció fue precisamente la bañera. Es caro, pero al menos tengo un rinconcito en el mundo en el que todavía puedo encogerme y sumergirme en agua caliente.

Y eso hago.

Dejo que el vapor llene el pequeño cuarto de baño y que el agua caliente me irrite la piel. Apoyo las mejillas en las rodillas, con el pelo recogido, y escucho el silencio. He echado el pestillo, así que ahora mi mundo no es más que un bloque de tres metros cuadrados de azulejos. Nadie puede entrar y nadie puede salir.

Aunque parece un poco tonto, estar encerrada me ayuda a sentirme más segura. Suspiro y controlo la respiración.

Dejo de llorar antes de que me dé dolor de cabeza y recupero el control de mis emociones: no puedo contestarle a Sia. No voy a dejar que nada de esto le salpique. Es por su bien y por el mío. Después de todo, voy a tener que huir de Madrid, ¿verdad? ¿Y adónde puedo ir?

Cuando abro los ojos de nuevo, hay algo escrito en el espejo.

«Vuelve a casa».

La luz de la habitación parpadea y cuatro letras más aparecen en la superficie del espejo del mueble tocador del baño.

«Vuelve a casa, Emma».

—No.

La luz parpadea de nuevo, a la vez que mis pies descalzos

empapan la toalla que hay en el suelo.

Escucho el golpeteo de los salpicones de agua contra el suelo de baldosas.

—No, no, no…

Estiro la mano para envolverme con una toalla, aunque solo sea para no sentirme tan indefensa. Rápida, avanzo hacia el espejo y, con la otra, borro el mensaje escrito en el vaho.

Lo hago con rabia, de un zarpazo.

En la pincelada, me veo reflejada: mis ojeras, mi piel pálida, el mechón blanco. Mis ojos, mi nariz. La silueta que está justo detrás de mí.

Grito.

Lo siguiente que sé es que la luz parpadea y algo sale del espejo. Son manos. Cientos, oscuras como el universo y fuertes como el carbón. Una legión inacabable de manos me rodea. Me defiendo, pero nada las amedrenta. Retrocedo y pierdo el equilibrio, aunque no llego a tocar el suelo. Siento que me agarran por los tobillos y las corvas. Siento los cientos de dedos contra la piel y las tormentas de moratones que empiezan a formarse.

Huele a humo, a fuego.

Noto las falanges en la raíz del pelo, pero no llego a tiempo de coger aire antes de que lo que sea que me ha atrapado me lance de cabeza a través del espejo.

5

Siento el golpe contra el suelo y, aunque intento poner las manos por delante, no lo consigo.

Por acto reflejo, acongojada, tomo una bocanada de aire que me deja sin respiración. Los pulmones se me llenan de humo y ceniza al instante. Toso, escupo. Me arde la garganta y me quema la piel. Siento una arcada. Pero necesito aire, así que me tapo la boca con las manos empapadas y sigo tosiendo. Me doblo sobre mí misma buscando refugio. ¿Habrá algún lugar donde el aire esté limpio?

Me lloran los ojos. Se me cierran las vías respiratorias. No consigo respirar. La cabeza me da vueltas y vueltas.

Estoy sola.

La prisión de manos se ha disipado, pero me ha dejado caer en el último círculo de mi propio infierno. Ya nada me retiene, pero tampoco encuentro fuerzas para moverme. Me rodean las llamas, la luz y las sombras bailan a mi alrededor como si fueran mis carceleros. Cuando apoyo las manos en el suelo para encontrar algo de equilibrio, veo las estrellas: trozos de cristal se me hincan en las palmas y ahogo un grito de dolor. Tengo piedrecitas clavadas en el costillar y en las piernas, cortes en los antebrazos y moratones en las muñecas. También estoy cubierta de marcas de carbón.

En posición fetal en el suelo, siento los tablones de madera que hay bajo mi cuerpo y los latigazos de las llamas que me rodean.

El fuego consume la gigantesca sala donde he acabado cayendo al atravesar el espejo. Las nubes de humo lo llenan todo y se arremolinan contra el techo abovedado de cristal. Hay un agujero, como si algo lo hubiera roto al caer, y justo debajo estoy yo, como un meteorito.

El aire nocturno que se cuela por el agujero de la bóveda hace que se me erice la piel. Sin embargo, la brisa también me da un pequeño momento de paz para respirar un poco. Entre toses y casi ciega, intento descubrir dónde estoy.

Fuera, en el cielo nocturno, las tres lunas de mi infancia brillan entre la humareda.

La sala arde conmigo dentro, desnuda e indefensa. Intento salir del perímetro de los cristales rotos a rastras, pero no lo consigo. La falta de aire me sacude y mis pulmones protestan. La madera ha empezado a ceder. La tos es cada vez más intensa. Le echo un vistazo al lugar como buenamente puedo y…

Reconozco las arcadas y el piso superior que da a esta especie de claustro. Reconozco las estanterías, las estructuras para los lienzos y el olor a químicos.

Cierro los ojos para evitar que el humo me obligue a llorar, aunque no puedo dejar de hacerlo. Intento gritar, llamar a alguien, pero ¿a quién?

Nadie sabe que estoy aquí.

Gimoteo, me temo lo peor: las manos, las pesadillas, el espejo. Han vuelto a por mí, ¿verdad? He regresado al punto de salida. Las llamas, los cortes, la falta de aire. Quizá alguien sabe dónde estoy y es quien me ha traído aquí.

Solo hay otra persona en el mundo que conozca este lugar y ese es mi padre.

La doncella tenía razón, he hecho lo correcto al alejarme de Sia.

Pero eso no evita el miedo que siento ahora, tirada en el suelo del taller de mi padre, a apenas unos metros de aquel cuadro horroroso.

Toso e intento hacerme a la idea de que este es el final.

Este siempre fue mi destino.

—¡¿Emma?!

Algo se mueve ágil a través de las llamas. La sombra del recuerdo me llama por mi nombre.

Debe de ser él y debe de odiarme por haberlo dejado aquí.

—¡No te muevas!

El taller de mi padre arde y yo, como su hija y sangre de su sangre, he regresado para consumirme con él de una vez por todas.

Oigo sus gritos del pasado derramándose en la sala y, aunque no son lo suficiente intensos como para apagar las llamas, sí lo son para doblegarme y mantenerme pegada a los tablones del suelo, tosiendo.

Me tapo los oídos, siento la calidez de la sangre fresca de mis manos contra las sienes. El techo de cristal va a venirse abajo en cualquier momento. Siento el lametazo de las llamas acercándose. Entre morir aplastada o consumida por el fuego, elijo la primera. ¿Cuánto tiempo voy a tener que vivir así?

Voy a morir en este incendio.

Me han traído justo para eso.

Jamás voy a poder escapar.

¿Por qué intentarlo?

Escucho un chasquido en el aire y siento el frío de algo sobre mis hombros.

—Solo podías ser tú, ¿eh? —dice una voz. Y sea quien sea, se nota que sonríe con cierta satisfacción.

Una tela empapada cae sobre mí. Alzo la vista y me encuentro con unos ojos marrones, mientras unas manos diestras se aseguran

de cubrirme con lo que parece una capa. Con rapidez, el chico anuda algo a la altura de mi cintura. Es ágil: me viste como puede y me ayuda a ponerme en pie.

—Voy a sacarte de aquí —dice convencido.

Tiene el pelo mojado, negro como el tizón, y los ojos marrones como el café.

Antes de que pueda darme cuenta, mis manos están en las suyas y él me guía los brazos hacia su cuello. Quizá no soy muy consciente de ello, pero entiendo lo que está ocurriendo cuando siento que mis pies dejan de rozar el suelo.

Es alto y lo bastante fuerte como para cargar conmigo.

Casi de forma instintiva, escondo la cabeza en el hueco de su cuello. Desde ahí, aferrada a él, veo la cicatriz que se esconde tras su oreja: larga, honda, marcada. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Las llamas nos asedian, pero cada vez él corrige la dirección con maestría. Unos tablones se desprenden, parte de la estructura se viene abajo. Oigo la bóveda partirse y el ruido del cristal impactando contra el suelo de madera del taller.

Mi salvador alza la voz y siento que afianza mi peso entre sus brazos antes de tomar lo que parece un camino arriesgado. ¿A quién llama? ¿Quién le espera? ¿Me lo estoy imaginando?

No.

Su voz no es la única que escucho.

Los susurros han cesado en cuanto él ha aparecido.

El extraño me saca de entre las llamas y nos adentramos en la oscuridad de la noche. Las tres lunas son testigos de que no me deja tocar el suelo. Cuando levanto la cabeza, veo que nuestras siluetas se desdibujan bajo la tenue luz enredadas en la huida. Los astros también son testigos de mi cara cuando, al verle fuera de las tormentas de humo, pese a la ceniza que le mancha el rostro, lo

reconozco.

El frío de la noche me hace estremecer.

«Puede que sea embrujo de la luna», pienso, pero sus ojos marrones me miran como si él también me conociera de toda la vida.

Tiene que ser él.

Poco a poco voy siendo consciente de lo que me rodea. Estamos en el jardín trasero. Los gritos de la gente que intenta extinguir el fuego me atolondran. No somos los únicos que hemos salido de entre las llamas, cuento al menos otras cuatro personas que se pasan cubos en cadena. Visten ropa militar, con corsés y espadas. Parpadeo confusa.

Todo está ocurriendo demasiado rápido. Cojo aire y lo suelto, mareada por la bocanada de oxígeno. La escarcha del suelo se levanta obedeciendo el gesto de una de las sombras del jardín.

Tirito de frío y me aferro al aprendiz de mi padre.

—Mi casa —murmuro sin pensarlo. Me retuerzo entre sus brazos —. Mi casa está en llamas. Papá… ¡Mi padre sigue dentro! ¿Dónde está? Tenemos que…

—Dame un momento, por favor —pide él sin aliento.

Me carga mejor en brazos y camina decidido.

—Por favor —le suplico—. ¿Y si sigue dentro? Mi padre está enfermo. No está bien. Necesita ayuda y yo… ¡No puedo dejarlo solo!

Pero ya lo hice.

Lo hice hace mucho.

Lo dejé solo.

El joven empuja la puerta del granero con la espalda, nos alejamos del bullicio de las llamas y de los gritos del resto de la gente que rodea la casa que arde. No la veo con nitidez, pero la

recuerdo: la mansión que arde es la misma que vi a través de la ventanilla del bus aquella tarde en Madrid. Al darme cuenta, me aferro más al joven. Pero ¿le recuerdo de verdad? ¿O le estoy confundiendo?

Han pasado muchos años desde entonces.

Siento la tierra bajo los pies y trato de encontrar el equilibrio. Él me sostiene por los hombros y me sienta sobre lo que puede ser paja. Me aferro a la capa con la que me ha vestido y siento el frío como si estuviera en la propia tundra.

—Aquí tienes.

Se mueve con soltura, como si conociera el lugar.

«Tiene los mismos ojos», pienso.

Ni en mis mejores sueños podría haberle imaginado así. El niño al que un día conocí, con su colmillo afilado y su hoyuelo, es ahora un hombre adulto y preparado. Es el hombre que me ha sacado de las llamas.

¿Por qué viste una armadura de cuero? ¿Por qué carga con una espada en el costado? ¿Adónde han ido sus blusas y sus gafas? ¿Por qué ya no huele a pintura? ¿De verdad es quien yo creo que es?

—¡Mi padre…! —sollozo entre toses.

—No está dentro, Emma —repite él una vez más—. Coge esto, toma.

Siento que me aparta el pelo de la cara y me arrulla, aunque solo sea por cordialidad. Me coloca algo en las manos y descubro que es un vaso de agua. Me ayuda a acercármelo a los labios. De hecho, incluso diría que casi me obliga a beberlo.

Sollozo, toso y aguanto la respiración el tiempo suficiente como para intentar hacerle caso. Bebo algo de agua. Me mojo los labios. Él desaparece durante apenas un instante y regresa de nuevo.

Siento sus manos a mi alrededor. Se deshace de lo que sea que

ha atado alrededor de mi cintura con la misma soltura que antes.

No me opongo.

—¿Dónde estoy?

Siento el frío de la noche, aunque solo sea durante un instante. Entiendo que estoy desnuda. La conmoción que siento es mil veces mayor que la vergüenza que podría sentir en cualquier otro contexto, pero él se encarga de devolverme a mi propio cuerpo.

—En el granero del jardín, ¿lo recuerdas? —murmura—. Levanta los brazos, venga. Vamos, Emma.

No sé por qué le hago caso.

—Pero es imposible —sollozo—. Es… Yo estaba en casa. Estaba sola, ¡y las manos…! El espejo…

—Tengo tus manos —dice él haciéndose cargo de ellas—. Tus manos están bien. Hum. Bueno. —Frunce el ceño—. Más o menos. Solo son unos pequeños cortes, no sufras. Los curaremos en el castillo.

—¿En el castillo?

Él continúa vistiéndome.

—¿Recuerdas las gallinas, Emma? ¿Cómo se llamaban?

El granero era mi escondrijo favorito.

—Maggie, Cathy y Joana —digo sin pensar.

¿Lo recuerdo bien? Todo aquí es abrumador, existe de nuevo y de golpe. Pero claro que recuerdo mi granero y también recuerdo mis gallinas.

Yo les puse nombre.

Mi amigo de la infancia insistía en que estaban endemoniadas porque siempre se escondían para saltarnos encima. Ese amigo es el mismo que me está vistiendo e intentando que no me dé un golpe de calor.

Si no, ¿cómo lo sabría?

—Ah, Maggie era una bruja, ¿verdad? —dice él.

Siento la tela de una camisola que me pasa por los brazos y meto la cabeza por el cuello sin pensarlo demasiado. Pronto, otra tela me rodea: es una manta de raso. Me cae sobre los hombros. En la ausencia del vaso de latón, que el joven retira, me aferro a ella y tirito.

Y ahí está él, con una sonrisa.

Con las piernas al descubierto, sentada sobre la capa mojada y rodeada con lo que parece una manta de picnic, lo miro bien: alto, moreno, decidido. Va vestido con armadura, reconoce el granero y recuerda a Maggie.

No estoy equivocada.

Es él.

—¿Respiras bien?

—Sí, es…

—Respira. ¿Te duele algo?

—Los cristales y… ¡El espejo estaba…!

—Ah, ya veo. Hay más, ¿verdad?

Se agacha frente a mis rodillas descubiertas. Chasquea la lengua. Me advierte de que va a doler, pero me saca un pequeño cristal de la piel. Hago un mohín y él maldice. Me mira desde abajo, con el ceño fruncido de la preocupación.

Yo lo miro a él sin saber si lo que veo es un fantasma o un castigo. Cuando se me escapa un sollozo estúpido, su nombre vuelve a mí.

—¿Eres tú de verdad, Sebastián?

Al oírlo, su rostro cambia. El joven sonríe y asiente, sucio y empapado tras haberme sacado de entre las llamas. Su pelo negro, lo alto que es: todo se rinde a la sonrisilla que se le forma en la cara.

—No sabía si te acordarías.

Los recuerdos vuelven a mí de golpe, tan asfixiantes como el humo, pero mucho menos mortales.

Fuimos niños a la vez, en otro tiempo.

En otro mundo quizá.

Por extraño que parezca, la idea es reconfortante. Vuelve a cogerme de las manos, me acaricia los nudillos con el pulgar.

—Respira —me pide al oírme sollozar—. Ya estás fuera. No es necesario que sigas llorando. No seas dramática —bromea—. No tienes ni una quemadura, ¿ves? Además, me haré cargo de que te curen los cortes y estarás bien.

Le dedico una mirada cargada de protesta.

—Mi padre…

—Emma, te aseguro que tu padre no está ahí dentro —insiste—. Esa casa ha estado vacía mucho tiempo. Pero… ¿cómo has acabado tú entre las llamas? Pensé que…

Niego con la cabeza, no quiero contestar, y creo que Sebastián entiende que no puedo encontrar la respuesta o que no quiero dársela.

—¿Has estado aquí todo este tiempo…? ¿Sola?

—No… —No logro centrarme—.¡Sí, sí…! Estaba en casa, y…

—Entonces sabrás cómo ha empezado el fuego y qué…

—No, no en esta casa. Estaba en *mi* casa.

—¿En tu casa? ¿Dónde?

Vacilo.

—Estaba en la bañera y alguien ha escrito en el espejo empañado. Ponía: «Vuelve a casa».

Él frunce el ceño y me escucha con atención. No sé qué más decir o cómo explicarle lo que acaba de ocurrir.

Por suerte, el aprendiz de mi padre es capaz de recomponer las

piezas por mí.

—¿Alguien te ha traído de vuelta a la casa? —pregunta avispado.

Yo asiento: es lo único que tiene lógica. Algo ha querido traerme de vuelta a este lugar. Algo lleva intentando hacer que regrese desde que me fui.

Los susurros.

—Debe de ser él.

—¿Quién?

—Mi padre. La cosa de mis sueños. ¡La figura! Lo que sea que hizo que mi padre se volviera loco. Me va a atrapar. ¡Me va a alcanzar y…!

Sebastián se incorpora y me sostiene el rostro entre las manos intentando hacer que me centre. Siento tanta vergüenza. Me siento tan ridícula, tiritando contra sus manos firmes, reflejada en sus ojos oscuros.

—Eh, Emma, no. Aquí no hay nadie —dice—. Aquí, ahora, estamos solos tú y yo.

Claro que lo recuerdo.

Lo recuerdo al final de las escaleras, huyendo de las gallinas. Lo recuerdo en el taller, junto a mi padre, prestando atención. Recuerdo cuando éramos pequeños y nada de esto existía. Recuerdo cuando me estiraba de las trenzas y salía corriendo y entonces yo lo perseguía para darle con el cuaderno de bocetos en la cabeza y él se reía.

Pero no puedo volver a ese lugar.

—No, no —insisto aterrada—. No me entiendes: no está aquí, no de verdad, pero está en todas partes y…

—Eh, escúchame. Sigue mi voz, Emma —insiste y la cadencia de sus palabras es todo cuanto tengo para guiarme—. Emma, aquí. Mírame.

—No lo sé, yo…

—Estás a salvo conmigo —dice.

Y, aunque suena a una locura, lo creo.

Sostiene el peso de mi cabeza en sus manos, buscando mis ojos. Sin embargo, lo único que yo veo es el cuadro negro en la sala, la sombra de mi padre, el incendio. Las visiones lo nublan todo y las lágrimas vuelven para empañarlas.

—Sebastián —suplico—, ¿qué me está pasando?

Justo entonces, las puertas del granero se abren de par en par.

El hombre que aparece en el umbral no es más que una sombra. Mi cuerpo entero reacciona y estoy a punto de salir corriendo. De no ser por Sebastián, que me agarra por la cintura con una familiaridad que no recuerdo haberle concedido.

Dos sensaciones me atraviesan al mismo tiempo: la primera, una protesta silenciosa por las libertades que se toma al sujetarme así; la segunda, un escalofrío que me recorre de arriba abajo y que no tiene nada que ver con el frío que llevo acumulado en los huesos.

En lugar de huir, me pongo detrás de él.

No porque confíe, sino porque, en ese instante, es lo único que reconozco de mi pasado. Lo único conocido en medio de todo este humo.

—¡Ser Kergalot…! —protesta Sebastián risueño.

El hombre lo fusila con la mirada, mientras se limpia la ceniza y la nieve de los hombros de su armadura de cuero.

—¿Habéis perdido la cabeza? —brama con rabia.

—No seáis quisquilloso. Sabía que encontraríais la forma de salir de la casa sin mí.

—Por supuesto —responde ofendido—. La pregunta era si lo haríais vos. No soy yo el niño insolente que se ha metido en un incendio sin pensárselo dos veces.

—Dejemos la regañina para más adelante. Me pilláis en un momento un tanto íntimo —interrumpe Sebastián altanero.

El hombre da un paso al interior confuso, Sebastián me cubre por completo con su cuerpo y no debe de verme. Es obvio que quiere saber qué oculta.

El chico no le deja.

—¿Puedo pediros un poco de decoro? Daos la vuelta, la muchacha está…

Por encima del hombro del aprendiz, veo al tal ser Kergalot suspirar hasta vaciarse los pulmones. ¿Significa «ser» que es un caballero?

¿Un caballero de qué exactamente?

—Ya veo —responde el hombre cansado.

Sea como sea, es lo bastante educado para darse la vuelta y se mantiene erguido.

—Mis disculpas, alteza.

—No os preocupéis por eso —responde Sebastián arrogante—. No podíais saberlo.

Espera, ¿ha dicho «alteza»? Ser Kergalot coloca las manos a la espalda y continúa hablando, aunque solo sea para el aire que entra a través de la puerta del granero. La luz de las llamas recorta su silueta.

—Tenéis razón. Debo admitir que, de haber sabido que los planes que tenía vuestra alteza para esta noche eran adentrarse en las llamas y rescatar a una extraña, se lo hubiera desaconsejado. Claro que tampoco me habría hecho caso entonces, ¿cierto? —Puedo oírlo poner los ojos en blanco—. Ah, su reputación le precede… ¡Va a arruinarme, en cuanto a paciencia se refiere, eso desde luego!

Encuentro la muñeca de Sebastián e intento llamar su atención, pero él hace un gesto con la mano y escapa de mí casi sin darse

cuenta.

—Oh, vamos —protesta—. ¿De verdad crees que me están echando de menos en el castillo? Deja las formalidades, Alaric. La joven no sabe ni dónde está.

—Mis disculpas a la muchacha —corta el otro quisquilloso—. Traeré un mapa la próxima vez que vuestra alteza decida rescatarla. Así podremos estar ambos en el mismo punto en cuanto a lo que sus locuras suponen.

«No va a haber próxima vez, pero gracias, ¿Alaric?», pienso.

—Además, estoy seguro de que Pietro no va a notar mi ausencia. ¡Si no se encuentra la nariz sin ayuda!

—Sigue siendo vuestro primo y le debéis cierta…

—Lo decís como si su padre no hubiera intentado acabar conmigo desde antes de nacer siquiera, ser Kergalot.

—Pensaba que habíamos dejado las formalidades a un lado, mi príncipe —contesta el hombre rápido.

¿Su qué?

Me aparto un poco de Sebastián, como queriendo verle la cara. ¿Qué está ocurriendo? ¿Quién es ese hombre?

Cuando mi amigo de la infancia me ve, me concede una sonrisa traviesa.

—Debéis regresar al castillo de inmediato —insiste cortante el tal ser Kergalot.

Sebastián me está mirando con una sonrisilla. Parece que está conteniendo una carcajada. Observo su pelo mojado, sus ojos y su pelo oscuro. Se muerde el labio, aguantándose, y no puedo ni imaginar la cara que se me está quedando.

—Por supuesto —responde Sebastián, que consigue no soltar una risotada—. ¿Queréis presentaros vos a la cena de nombramiento mañana, Alaric? Así podréis seguir dándome órdenes si tanto os

agrada.

—La arrogancia no os favorece tanto como creéis, alteza.

La mirada de ser Kergalot se posa en mí cuando se vuelve para mirar al joven príncipe y me parece ver algo extraño en ella. No es solo el hecho de que me acaba de pillar medio desnuda en un granero con… ¿el príncipe heredero?

Hay algo más.

Me estoy mareando.

—Yo…

—Disculpa, Emma —me interrumpe Sebastián—. ¿Veis? Tenía una cita mucho más importante con mi vieja amiga Emma.

Ser Kergalot no me quita ojo de encima. Sin embargo, antes de que pueda hablar, Sebastián vuelve a tomar la batuta.

—Me temo que mis modales brillan por su ausencia —bromea—: Emma, te presento a ser Alaric Kergalot, mi mano derecha y el más fiel de los caballeros de la Guardia Real. Tiene el mal vicio de comportarse como si me hubiera criado él mismo.

—Será porque lo he hecho —masculla el aludido.

El hombre saluda con una inclinación de cabeza, pero con la mirada clavada en el horizonte para evitar verme desnuda. Yo sostengo bien la capa, niego con la cabeza y me vuelvo hacia Sebastián.

—¿Te ha llamado «príncipe»?

Él hace un gesto divertido.

—Me pasa a veces, sí.

Ser Kergalot pone los ojos en blanco y alza las manos por encima de la cabeza con fastidio.

—Permíteme que me presente al fin —sigue el que fue aprendiz de mi padre. Se lleva una mano al pecho y hace una reverencia—: Soy Sebastián, aspirante al trono de Valemir, hijo de lady Basira de

Pyrramiede y heredero del ascendido rey Gael de Amira.

«Flipa».

Cuando me doy cuenta, mi mano está en la suya. La sostiene con delicadeza, en el aire, entre nosotros. Me mira y siento sus labios contra los nudillos, entonces habla de nuevo:

—Bienvenida a casa, Emma.

EL PRÍNCIPE

6

Justo a esto me refería cuando dije que yo no nací en un lugar con comida a domicilio. Pero, si soy del todo sincera, esta parte de Valemir a mí también me pilla por sorpresa.

Este no es el mundo que recuerdo.

Los bosques y las paletas de ocres de mi infancia se han desvanecido de un soplo y ahora parecen solo la ensoñación viciada de una niña pequeña. Los eventos de hoy han reemplazado los dorados con los grises de las paredes de piedra. Los verdes y rojos de los tapices y el aroma a incienso han emborronado todos mis recuerdos. Hay un príncipe y un castillo. Valemir tiene una vida completamente ajena a la que yo recuerdo haber vivido en estas tierras.

Sigue siendo de noche, pero ahora parece muy distinta.

Camino de un lado al otro de los aposentos en los que me han dejado a solas, descalza sobre la alfombra. Intento hacerme a la idea de todo lo que ha ocurrido en las últimas horas. Intento poner en orden mis pensamientos y todo lo que siento al respecto. Tengo tantas preguntas que creo que, si intentara hacerme la primera, todas saldrían de golpe y me aplastarían.

Por suerte, al menos ahora puedo respirar. Puedo moverme. Tengo ropa con la que cubrirme. No hay llamas ni manos ni espejos empañados con mensajes misteriosos. Estoy sola en mitad de la

habitación.

Cierro los ojos y le presto atención al ruido que hacen los guardias al cambiar de posición en el pasillo del ala oeste del castillo, que es donde estoy.

«En el ala oeste. En el castillo de Valemir», me repito.

El miedo no ha desaparecido, pero ahora que estoy conmigo misma por primera vez en horas también puedo analizar lo surrealista que es la situación. De hecho, es lo único que puedo hacer: darle vueltas al asunto.

Intento revivir las escenas de lo sucedido como si pudiera entenderlo todo si encuentro el detalle que se me escapa. Tiene que haber una respuesta en alguna de esas imágenes. En algún momento, ha ocurrido algo que lo ha cambiado todo. ¿Dónde está la clave? ¿Cuál es la solución?

La casa, el granero, el aprendiz.

Me veo a mí misma subir al caballo de Sebastián, el ahora heredero del Reino de Valemir. ¿Heredero o regente?

No lo sé.

No me ha quedado claro.

¿Y cuál es la diferencia?

Eso tampoco me importa demasiado ahora mismo: sea quien sea, Sebastián es la única persona a la que recuerdo de este lugar. Es la única otra persona con la que hablé durante mi infancia. Porque mi padre jamás me dejó salir de la casa o de nuestros terrenos. ¿Cómo es posible que nunca hubiera pensado en ello?

¿Por qué no me pareció obvio lo aislada que crecí? ¿Qué razones tendría mi padre para hacer algo así?

De niña, mi mundo era una cuadra comparado con este castillo, incluso con esta estancia. Donde aquí hay una puerta que lleva a un atrio, en mi casa había una puerta que llevaba a otro largo pasillo, a

las escaleras y del pasillo de la planta inferior llegabas al taller, al salón de baile que jamás usamos y después a las cocinas y de ahí al jardín trasero. Allí estaba el granero, con mis gallinas, y los terrenos por los que Sebastián y yo jugábamos a perseguirnos como hacen todos los niños.

Está claro que mi amigo es aquel mismo chico torpe. No me cabe la menor duda. Aunque ahora parece pertenecer a un mundo del que, por mucho que me esfuerce, no podría recordar ni un solo detalle.

El príncipe, el castillo, la corte.

Ser Kergalot.

El Reino de Valemir.

Me recuerdo de pie en el límite de los terrenos de mi padre, con la bolsa cruzada sobre el pecho, tantos años atrás. ¿Cuántos años han pasado de eso? ¿Qué edad tenía cuando me fui? Todo está borroso. No sé si es porque no quiero rememorarlo o porque no puedo. Recuerdo a mi padre frente al cuadro teñido de negro, apretando el puño alrededor del pincel. Recuerdo acelerar el paso a través del bosque, desesperada, hasta que sin más pisé las baldosas de doña Sol.

Pero ¿cómo supe que llegaría hasta ella? ¿Hasta Madrid? ¿Por qué lo hice? ¿Y cómo me aceptó ella sin más? Quería irme de casa, sí. Pero ¿por qué me dirigí hacia el bosque? ¿No vi la silueta de los pueblos que he visto esta noche? ¿O la del castillo?

Mi vida ahora mismo parece un cristal roto en el suelo, solo tengo reflejos y fracciones de mí misma.

La visión del incendio, la magia con la que curo… Los cientos de manos que salieron del espejo regresan a mí como un soplo de aire frío. Algo me ha traído de nuevo a este mismo universo. Todavía tengo los cortes para demostrar que ha sido real, que no estoy

soñando.

Madrid, el mensaje.

«Vuelve a casa, Emma».

¿Quién o qué ha sido?

Solo puede haber sido mi padre. Nadie más podría echarme de menos. Nadie más podría estar esperándome a este lado del espejo. Pero ¿cómo? ¿Y qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Valemir se encuentra más allá del mundo real? ¿O es Valemir el mundo real?

Cojo una bocanada de aire y trato de controlar la respiración.

Me detengo en medio de la habitación y me miro en el espejo de pie, sigo sin saber cómo he acabado aquí.

«Aquí» siendo el ala oeste del castillo de Valemir, temblando de miedo y desprovista de absolutamente todo cuanto conozco.

«Aquí» siendo en un contexto que jamás podría haber predicho.

¿Es esto parte de la maldición? ¿Es así como se sentía mi padre en cualquier otra habitación? ¿Por eso gritaba? Debe de ser horroroso no encontrar estabilidad ni en un solo aspecto de tu vida.

Lo es.

Tengo que esforzarme por mantenerme dentro de mi cuerpo, por no desaparecer en el interior de mi cabeza. Desesperada, hundo el rostro entre las manos intentando no torturarme. Por mucho que me esfuerzo, no recuerdo nada de esto. ¿Qué puedo hacer ahora mismo sino esperar a que Sebastián regrese? ¿Correr? No me faltan ganas, pero ¿adónde iría? ¿De vuelta a casa? ¿Acaso me aguarda algo en Madrid? ¿Y cómo podría regresar? ¿A través del bosque? Si corro lo suficiente rápido, ¿apareceré en casa de doña Sol de nuevo? ¿Y quién era esa mujer?

Pero, aunque no sé cómo volver, sí sé que no puedo quedarme aquí.

Sia debe de estar esperándome.

No he leído sus mensajes.

Debe de estar muy preocupada.

Por otro lado, si lo que sea que aparece en mis sueños es lo que me ha traído de vuelta a Valemir, ¿qué oportunidad real tengo de escapar?

—¿No os molesta el olor a humo?

La veo primero a través del reflejo: tiene el pelo negro y largo y una sonrisa sincera. Me vuelvo al instante para comprobar si la persona es real.

—Es insoportable —sigue la joven—, una nunca se lo quita de encima, ¿verdad? Se pega a la ropa, a la piel, al pelo… ¡Por no hablar de las cenizas!

Retrocedo asustada para poner distancia entre nosotras. Ella, sin embargo, avanza sin miedo y revisa la estancia con confianza, como si lo hubiera hecho mil veces. Se mueve con soltura, sin sospechar absolutamente nada.

Tomo nota de cada detalle de su silueta. Viste como una de las doncellas que he visto de camino desde las caballerizas hasta esta misma habitación: lleva un delantal sobre la falda y carga con un cubo de madera contra la cadera.

El cubo suelta vapor.

Bueno, el contenido del cubo lo hace.

¿Es agua caliente? ¿Y quién es ella? ¿Por qué me mira así?

—¡Oh! —dice llevándose una mano al pecho—. Os he asustado, ¿verdad?

«Sí. Es real», me digo.

—Lo siento, no era mi intención.

Avergonzada, niego con la cabeza y trato de encontrar la voz. ¿Qué clase de alucinación se disculparía conmigo?

—No, no, perdona —digo azorada—. Es solo que estoy un poco

tensa y no te he oído llegar. Soy Emma, ¿y tú eres…?

La joven doncella me observa con atención.

—Os he preparado el baño, señorita Emma —dice amable—. Veo que también es cierto que necesitáis unas curas. ¿Me dejaríais ver sus heridas? Quizá pueda ayudarla.

Se refiere a mis manos, supongo. Se acerca, todavía sosteniendo el cubo contra la cadera. Se las muestro y ella las observa con cuidado. Ambas vemos que están llenas de cortes, aunque ya no quedan trozos de cristal bajo la piel.

Los he sacado todos mientras daba vueltas.

La doncella ronronea con cierta desaprobación, con la vista puesta en las heriditas. Siento un pequeño rubor en las mejillas. ¿Qué pasa?

—¿Te ha mandado el príncipe? —vacilo.

Ella me ofrece una sonrisa más.

—Venid conmigo, por favor.

Cuando se pone en movimiento, la sigo. Su seguridad me ofrece cierto consuelo y es más fácil seguir sus órdenes que cuestionármelo todo.

La doncella me guía hasta un rincón de la habitación, detrás del biombo. Tras él, descubro una bañera antigua. Cuando está lo suficiente cerca, vierte el agua de su cubo en el interior y, con un gesto simple, me indica que me acerque.

Yo la miro, perdida y fuera de lugar. Ella parece dudar. Se lleva una mano a la cadera intentando leerme la mente.

Me pregunto qué encuentra y si no le parece increíblemente hueca.

—Cleia.

Parpadeo.

—¿Qué?

No sé qué debo hacer ni qué decir.

—Si deseáis saberlo, mi nombre es Cleia —aclara—. Aunque no es necesario que lo recordéis, ni siquiera que lo uséis. En el castillo nadie recuerda los nombres de las doncellas.

Arrugo la nariz.

—Eso suena ridículo. Y cruel —respondo—. Es tu nombre. Claro que voy a acordarme y claro que voy a…

Ella suelta una carcajada.

—Será cierto que venís de otro mundo —ríe.

Me ruborizo de nuevo. Sin embargo, al oírla reír también a ella siento que he encontrado un punto de apoyo, algo que puede ayudarme a hacer que la habitación deje de dar vueltas.

El hecho de que haya otra persona aquí, conmigo…

No es tan terrorífico como podría haberlo sido.

—Es cierto —admito—. No soy exactamente de aquí y, de donde yo vengo, todos recordamos los nombres de todos. Así que me parece lo propio, Cleia.

Ella asiente con decisión y su risa llena la estancia.

—Está bien. Recordad mi nombre entonces, señorita Emma.

—Y tú deberías llamarme Emma a secas.

—¿Emma?

—Exacto.

—¿Queréis que os tutee?

—¡Por favor!

Me mira durante un momento largo otra vez, como si dudara de lo que digo. Sin embargo, sea cual sea el resultado de sus cavilaciones, lo único que hace es asentir.

—Si así lo deseas, Emma —concluye haciendo un gesto para colocarse detrás de mí—. Déjame que te ayude a quitarte la túnica y a entrar en la bañera.

Dejo que haga lo que crea necesario. No quiero ofenderla. En lugar de protestar, presto atención a cómo se mueve y a cómo habla. Siento sus manos y escucho la tela de la túnica caer al suelo, pero me siento como si todo esto le estuviera ocurriendo a otra persona diferente.

Este lugar parece sacado de una novela de fantasía y estoy intentando hacerme a la idea de lo que eso supone para mí. ¿Qué parte desempeño yo? ¿Cuál es exactamente mi posición?

—Dame la mano —insiste la doncella—. Te ayudaré a entrar en la bañera. ¡A veces son traviesas!

No sabe cuánto.

La última vez que salí de una acabé en este circo.

Me agarro a la mano de Cleia y dejo que me ayude a entrar en la bañera de porcelana. Es extraño, pero permitir que me atienda una doncella no es lo más surrealista que me ha ocurrido en las últimas horas. Después de todo, en su día, yo misma tuve una. Supongo que en ese sentido ambas tenemos suerte y la memoria muscular hace el resto.

Y parece ser que mi memoria muscular sigue intacta. ¿El resto de mi memoria? Ahora mismo es un colador. No sabría empezar a distinguir lo que son recuerdos de lo que son historias que me he contado a mí misma.

Por eso dejo que la joven me guíe. Doña Sol lo hizo en su día de la misma manera, cuando me acogió en Madrid, me enseñó qué era una ducha y me explicó cómo poner leche en el microondas. Mi doncella también me enseñó lo básico en casa, mientras mi padre gritaba en su habitación y yo lloraba en silencio.

Cleia actúa de la misma manera que lo hicieron aquellas otras dos mujeres en su día: con paciencia y dedicación, como si supiera más que yo.

El agua me tranquiliza de inmediato.

Sentarme en la bañera me devuelve a la infancia, a la doncella que en su día me alimentó y me aconsejó que saliera a ver el sol. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Podría encontrarla en este mundo tan extraño? ¿Sabría ella más sobre mi padre? ¿Podría explicarme qué está pasando? ¿Quién podría hacerlo si no? ¿Quién tiene todas las respuestas?

Cleia coge un trapo. Imagino que la intención de ambas era llenar el silencio y que yo no me pierda. Para que sepa lo que está ocurriendo. ¿Parezco asustada?

Cuando la joven arroja unas hierbas en el agua, insiste en que lo hace para que las heridas se cierren pronto y cicatricen mejor. Después coge una toalla, se arrodilla junto a mí y me sujeta las manos.

Siempre me hace saber cuál va a ser su próximo movimiento.

—¿Cleia?

Me está limpiando el hollín de debajo de las uñas con cuidado. El agua se ennegrece a marchas forzadas.

—Dime.

—¿Qué está ocurriendo?

La joven alza la mirada sorprendida y suelta una risilla.

—¿No te has bañado nunca antes, Emma? —bromea.

Me ruborizo de golpe, pero también me río como una idiota. Ella sonríe con orgullo cuando me oye reír y sigue limpiándome las palmas de las manos con dedicación. Pese a lo bondadosa que se muestra, sigo asustada. Es imposible no estarlo, ¿quién no lo estaría?

Pero la carcajada ayuda.

Más de lo que Cleia cree.

—Me refiero a qué está ocurriendo en el castillo —respondo—.

Sebastián me ha traído hasta aquí, pero me ha dejado sola para ir a atender un…

—¿La cena de nombramiento?

Asiento.

—Es un momento de ajetreo en el castillo —comenta tranquila—. Y, en mi más humilde opinión, el príncipe no debería andar fugándose con doncellas desconocidas para traerlas al castillo en mitad de la noche en un día como este.

Me encojo algo azorada.

—Aunque, viéndote, lo entiendo —ofrece traviesa.

—¡Cleia!

La joven suelta otra risita que alivia el peso de la escena tras el biombo. Después se incorpora y va a buscar algo. La veo volver con una pastilla de jabón y un pequeño cántaro.

—¿Podrías contarme en qué consiste esa cena?

Asumo que Cleia sabe mil veces más que yo sobre el mundo en el que he ido a parar. Ella ha crecido en él, vive en él. Necesito tener algo a lo que aferrarme antes de volver a entrar en bucle.

Su voz es el remedio perfecto.

—No sabes lo que son las cenas de nombramiento —deduce.

Sus ojos negros me miran con atención. Niego con la cabeza con sinceridad.

—Como tú bien has dicho: no soy de por aquí.

—Está bien, ya veo —sigue arrodillándose de nuevo junto a la bañera—. Verás, Emma, el rey Gael se ha sumido en su letargo antes de lo esperado. Y eso supone que debemos elegir un nuevo rey entre los Herederos de Valemir.

La observo con la atención de una alumna recién llegada. Intento no parecer idiota, seguir sus explicaciones.

—Entonces ¿no ha muerto?

—Oh, no —ríe de nuevo—. Los reyes de Valemir no mueren. Tienen el don de la vida eterna. Sin embargo, cuando les llega el momento, La Fuente los reclama y los asciende.

«La Fuente».

Mi doncella siempre hablaba de La Fuente, pero nunca llegué a descubrir qué era. Imaginé que era literal, una fuente a la que le tenía mucho aprecio.

—¿La Fuente ha reclamado al rey? ¿Qué significa eso?

—Que Amira sigue librando su batalla, por supuesto —dice ella con un deje de diversión—. Amira requiere ahora de la ayuda del rey Gael para guardar el Velo que nos protege y mantener los sellos que nos nutren a nosotros y a Valemir, y ahora ya forma parte de sus paladines.

La observo con el ceño fruncido. ¿El Velo y los Sellos? ¿Amira? ¿La Fuente? ¿Paladines? ¿De dónde salen todas esas ideas? Intento seguir su explicación y aguardo en silencio mientras ella hunde el cántaro en el agua de la bañera. ¿De qué los protege? ¿Y qué son los Sellos? ¡¿De qué habla?!

Con el cuerpo hundido en la bañera de agua sucia, me quedo callada y Cleia entiende mi silencio como una pregunta más.

Sostiene el cántaro lleno de agua sucia contra el borde.

—Dicen que fue algo súbito —explica—. Gael dio un paso en los jardines y su cuerpo dejó de responder. Nunca antes se había visto algo así. Los Luminares no llegaron a avisarlo, como avisaron a tantos reyes antes que a él…

Frunzo el ceño, igual que ella.

—Eso no suena bien —murmuro.

—Solo hay una razón por la que un rey de Valemir sería ascendido tan de sorpresa como dicen que ha ocurrido, Emma —sigue Cleia—. Y las leyendas auguran días difíciles si son ciertas. Me

temo que has regresado en tiempos muy complicados para Valemir. No eres la única que está confusa y asustada.

Cuando al fin la doncella vierte su cántaro en la bañera, de este mana agua limpia. El resto del agua de la bañera se aclara por completo. Parpadeo sorprendida. Me muevo para comprobar que no es una visión.

Cuando alzo la vista para ver la reacción de Cleia, esta me está mirando con total impasividad, como si pudiera beberse mi sorpresa.

—Valemir necesita a su rey tanto como nosotros necesitamos alimento —explica sin más—. Y sí, el agua está limpia porque yo la he limpiado.

—¿Eres capaz de…?

La joven asiente.

—De eso y de mucho más —sonríe—. Igual que tú. Así que dime, Emma: ¿por qué no te has curado aún tus propias heridas?

Mi corazón se acelera de golpe. ¿Cómo sabe que…?

Pero la imagen del agua aclarándose me lleva de vuelta al modo en que la escarcha salió volando en el jardín trasero de la casa. Recuerdo las siluetas de los caballeros, las gentes que intentaban apagar el fuego. Recuerdo a mi padre pintando y que siempre creí que había algo mágico en ello.

¿Es posible que…?

—¿Cómo lo has sabido?

—Pura intuición.

No sería tan disparatado, ¿verdad?

—No le diré a nadie que eres capaz de hacerlo si así lo deseas —sigue Cleia—. Sé guardar un secreto. Pero debes saber que en esto Valemir es completamente normal. Todos podemos acceder a La Fuente y todos podemos hacer uso de nuestras afinidades a voluntad.

Frunzo el ceño y ella sonríe, encantadora.

—¿A-afinidades?

«Magia».

La palabra que mi cerebro no quiere registrar es magia.

—Así es, todas las personas de Valemir pueden acceder a La Fuente y hacer… magia. Creo que así es como lo llamarían en otros lados. ¿Eso también lo desconocías?

Asiento, me encuentro demasiado vulnerable como para hablar.

—Ya veo. No sabéis nada de nada entonces —asume con un suspiro—. Cúrate las heridas, Emma. No me da miedo tu poder y quiero ver de lo que eres capaz. ¿Lo has hecho antes alguna vez?

Asiento.

—¿A ti misma o a los demás?

—Una vez le salvé la vida a una chica —susurro—. Y he curado a animales en la clínica, pero…

—Oh, entonces esto será fácil. Es mucho más fácil —dice Cleia colocando un pulgar en el centro de la palma de mi mano. Les echa un vistazo a las líneas de mi mano, las lee pese a las heridas—. Céntrate en la piel y ciérrala. Da la orden sobre ti misma, venga. Es mucho más sencillo hacer que tu cuerpo te obedezca, ¿no crees?

Aunque dudo, supongo que han ocurrido cosas que parecían mucho más imposibles que esta. ¿Por qué no debería poder curarme a mí misma?

Ya lo he hecho antes.

Con las manos por encima del agua, me concentro y trato de usar mi don tal y como Cleia me indica. Esta vez, en lugar de curar el hueso roto de un gato o de ayudar con el latido de una cotorra, me centro en sellar los cortes de mi propia piel.

Es como moldear arcilla.

Cuando la piel se cura y alzo la vista, Cleia me observa con una

sonrisa de orgullo.

—¿Puedes guardarme otro secreto? —digo enseguida.

—Por supuesto.

—Nunca he sabido por qué puedo hacerlo —explico—. Pensé que era una locura. De niña… Y después, cuando la que iba a ser mi amiga casi muere… Lo usé, pero me salió un mechón blanco y… Mira, está aquí. Pensé que era un horror, que había hecho algo mal, que…

Cuando lo separo del resto del cabello, siento el alivio de saber que no soy la única que conoce su existencia.

—¡Oh! —La joven sonríe y me pellizca la mejilla con deleite—. La magia siempre tiene un precio, por supuesto. Pero no pasa nada, Emma: es completamente natural. Salvar a alguien de la muerte es un gran esfuerzo. Cerrar unas heriditas como esas no es nada. Es como… Cansarse después de un paseo. Hoy dormirás genial, después de todo esto. Y puede que mañana tengas un pelín más de hambre. Pero eso será todo.

Cleia encuentra el rizo con su dedo y se asegura de peinármelo tras la oreja con cuidado. Lo esconde y, con él, guarda mi secreto.

No me aparto, no me asusto.

Ella me mira con dulzura.

—Hazme todas las preguntas que necesites hacer —concluye—, intentaré contestarlas. Te advierto que no soy experta en todo, pero algo sé. Yo sí he vivido aquí muchos años.

—Mucho más que yo, seguro —suspiro.

—¡Oye! No soy tan mayor.

—No, ¡no me refería a eso! —respondo ruborizándome de pronto —. Quería decir que yo no sé cómo limpiar el agua de la bañera, Cleia.

Ella se ríe de nuevo, es una risa cercana.

No sé cómo es posible. No sé si es el susto, la conmoción, o todo lo que ha pasado. No sé si es porque estoy desesperada por tener a mi lado a alguien como ella, pero es capaz de hacerme sentir mejor solo con su presencia. Con una pequeña sonrisa y el tono de su voz, Cleia se gana mi confianza al instante, y yo me aferro a esta extraña nueva amistad para sobrevivir.

Intento recopilar la información que ya tengo y encontrar las preguntas adecuadas que hacer para resolver mis dudas.

La noche y el día se mezclan, los dos mundos se atraviesan entre sí. Pero, si me esfuerzo, soy capaz de separarlos y de encontrarme en ellos.

El rey de Valemir ha sido ascendido porque La Fuente le necesita para que Amira siga luchando, ha dicho Cleia.

—Entonces ¿por qué no han coronado aún a Sebastián ?

Cleia sonríe de nuevo con algo de malicia.

—Ah, por supuesto. Si no sabes nada sobre el reino, tampoco conoces los rumores. Bueno, Emma, verás… El rey Gael no pudo nombrar a Sebastián como sucesor de forma legítima antes de ser ascendido.

—Pero es su hijo, ¿no?

—No más que el resto.

—¿A qué te refieres?

—Es adoptado y, por lo tanto, todos los Herederos de Valemir tienen el mismo derecho al trono que él —explica Cleia.

—Entonces ¿Sebastián tiene hermanos?

La joven parece divertirse con cada una de mis respuestas. Sin embargo, me obliga a inclinar la cabeza y me lava el pelo con el cántaro de agua limpia. Como soy incapaz de quedarme quieta, me froto las manos con la pastilla de jabón que me ofrece.

Huele a romero.

—No son sus hermanos, no —explica Cleia, intentando quitarme la roña de detrás de las orejas—. No más hermanos que él y yo.

Cleia sonríe con cierto retintín. Entiendo que la doncella vendrá de una familia pobre, ¿verdad? Por eso es una doncella. Asumo que no estaría aquí ayudando a lavarme si no fuera porque…

La cuestión es que no sé cómo articular la siguiente pregunta y el tiempo sigue corriendo.

Abrumada, suspiro con pesadez. Cleia me peina los rizos con cuidado, asegurándose de empaparlos con agua limpia.

—Cada una de las Casas de Valemir tiene permiso a solicitar el nombramiento de uno de sus herederos —explica— y he ahí donde se encuentra el príncipe esta noche, Emma. En una de las cenas que se organizan en audiencia con la corte y los Luminares.

Me va a explotar la cabeza.

¿Casas de qué?

¿Y qué tienen los Lunis que ver con todo esto?

—No entiendo nada de nada —protesto con un chapoteo—. ¿Quiénes son los Herederos? ¿Y los Luminares? ¿Qué quieren? ¿Qué Casas? ¿Por qué no tenéis agua corriente? ¿Por qué tenéis poderes mágicos? ¿Y qué tiene que ver todo esto con mi familia?

Cleia suelta otra carcajada y trata de controlarse mientras responde.

—Ah, Emma. No te frustres. ¡Si intentas comer demasiado de a una te atragantarás! Creo que deberíamos centrarnos en la bañera y en que te metas en la cama y descanses. Puedo volver mañana y contarte más sobre…

—No —resuelvo cortante—. Sebastián ha dicho que volvería a verme en cuanto acabara la dichosa cena. Y voy a esperarlo despierta.

—Ah, ¿sí?

—Me merezco que responda a mis preguntas, ¿no?

No le digo que la otra opción es intentar dormir y que la sombra me atrape.

—Está bien. Entonces supongo que puedo explicarte que la razón por la que las siete Casas de Valemir tienen derecho al trono es porque todos son descendientes de los Paladines de Amira.

Suspiro.

—Me parece que tenemos un problema mucho más grande de lo que imaginé —me quejo.

—¿Hum?

—Tampoco sé quién leches es la tal Amira.

—La reina Amira de Valemir, ¿la primera de su nombre…?

Niego con la cabeza y Cleia me mira incrédula.

—Pero sí conoces la leyenda, ¿verdad? —insiste.

Supongo que le basta con verme la cara para entender que no, ya que se ríe de nuevo. Esta vez, en protesta, decido salpicarla. Ella alza las manos para protegerse y se ríe aún más mientras me devuelve el chapoteo.

—¿Acaso te criaron en un sótano, Emma? —sigue divertida.

—¡A lo mejor!

Me cruzo de brazos y me hundo un poco en el agua. Ella sigue riendo.

—Cleia, asume que no sé nada y todo será más fácil para las dos —suspiro—. Estoy descubriendo que mi padre nunca fue muy honesto conmigo.

Aunque, ¿es cierto? ¿Cuánto recuerdo de él? ¿Y de mi infancia? Las imágenes van y vienen: Sebastián, las gallinas, el granero, los cuadros, un sótano. La voz de mi padre, sus intenciones.

Sus pinceles.

Su cariño, sus gritos.

El cuadro negro.

Pensar en él es el equivalente a que me atraviesen el estómago con una motosierra. La comparación solo hace que me sienta aún más sola. Porque eso es algo que Sia podría entender, pero no está aquí.

No creo que vuelva a verla jamás.

Pero es lo mejor para ella, ¿verdad?

Tras un instante de silencio, Cleia se pone en pie. Acto seguido, me ayuda a mí a incorporarme. Siento sus manos en las costillas y dejo que haga lo que considere porque sé que estoy fuera de lugar y no entiendo sus costumbres. Me roza el costillar, como si comprobara algo. Quizá busca heridas. No lo sé. Lo que sé es que después me tiende una toalla. Me envuelvo con ella.

—Emma, ¿puedo hacerte yo una pregunta?

—Qué menos. Parece que yo te estoy haciendo un examen. Dime, ¿qué quieres saber?

—¿Qué interés podría tener tu padre en mantenerte lejos del Reino de Valemir? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Por qué iba a ocultarte todo esto?

Aprieto los labios.

El trayecto a caballo ha sido largo. ¿Está la casa en los confines del reino? ¿En el muro? ¿Es así como logré llegar a Madrid? Supongo que sí. Después de todo, mi antiguo hogar está casi escondido en un bosque o más bien en el inicio del Bosque de los Marcos.

Esas historias sí las recuerdo.

Respecto a la pregunta de Cleia, se me ocurren varias razones por las que mi padre evitó hablarme de este mundo que existía al otro lado de la cerca del jardín.

La primera es la maldición que se llevó su cordura.

—¿Y tu madre? —insiste Cleia al ver que no contesto—. ¿Ella no

te explicó nada?

Siento un escalofrío.

Mi madre.

No quiero plantearme la segunda razón, así que corto ese hilo de pensamiento tan rápido como aparece. Evito tener que responder con maestría: encuentro una pregunta que hacer para cubrirme las espaldas y se la lanzo mientras me seco con la toalla.

—¿Quién era Amira? —pregunto.

En vez de responder, Cleia me hace un gesto para que me siente en un taburete. No se queja por no haberle respondido y me ayuda a secarme los pies. Me resulta curioso que le eche un vistazo a las plantas de mis pies mientras prepara sus respuestas.

Lo hace como lo haría una de ellas.

Una madre.

Aunque yo no sé qué es exactamente lo que hacen las madres, dado que jamás he tenido una.

—Amira es la madre de Valemir, la primera reina de este castillo —empieza a explicar—. La leyenda cuenta que ella formó nuestro reino. Antaño, cuando un mago se alzó y trató de drenar La Fuente para su propio beneficio, ella fue quien lideró la batalla contra él.

—Entonces ¿un mago intentó drenar La Fuente y Amira dijo: «Ni de coña»?

Cleia ríe de nuevo mientras me seca los pies.

—Si eso significa que se negó a dejarse vencer, supongo que sí. La joven reina Amira reunió a los más valientes caballeros, a quienes nombró sus paladines, y se lanzó a la guerra para detener al mago antes de que pudiera drenarlo todo y destruir nuestro mundo en el proceso.

Hay gente que toma drogas psicotrópicas para sentirse exactamente como yo me estoy sintiendo ahora.

—¿Una reina se lanzó a la guerra contra un mago malvado que quería robar la magia de La Fuente y causar el apocalipsis? —repito incrédula.

Cleia asiente, algo más severa.

—No finjas que no te lo crees —protesta—. Sí, es una leyenda. Pero yo misma acabo de verte usar la magia de La Fuente para curar tus propios cortes. Tú me has visto limpiar el agua, ¿no?

Aprieto los labios y decido no meterme en terreno farragoso. Asumo que el tal Corruptor es el «Mago Malvado». Aunque, si soy sincera, todo está empezando a sonar un poco sectario.

—¿Es de ahí de donde mana esa energía? De la Fuente. ¿Por eso…?

—Exactamente por eso es. Por eso puedes usar tu afinidad y yo la mía. Manan de La Fuente y nosotros la usamos.

—¿Qué es exactamente «la afinidad» de la que hablas?

Con un gesto, Cleia me ayuda a ponerme en pie de nuevo.

—No todos podemos hacer lo mismo —explica sin más—. Hay quien puede limpiar el agua, pero no puede cerrar heridas, ¿cierto? Piensa en las afinidades como… ¿doctrinas? Sí. O facciones.

Me da algo de ropa limpia: un camisón blanco y unas zapatillas. El camisón me viene algo grande y roza el suelo cuando me lo pongo.

Me visto sola, mientras ella espera.

—Para evitar que el Corruptor extinguiera el poder de la Fuente —explica Cleia—, Amira creó el Velo y aisló Valemir del resto de mundos. Así detuvo su avance. Tan solo sus herederos pueden acceder a Valemir.

—¿Significa eso que yo…?

—Bueno, hay algunas excepciones —suelta, divertida—. Tu padre fue una y muy famosa.

Arrugo la nariz. ¿Mi padre? ¿Y cómo sabe ella quién es mi padre?

—¿Mi padre?

—Ciro de Valemir, ¿correcto?

Frunzo el ceño.

—Supongo, sí.

—Todo el mundo lo conoce.

No entiendo nada.

—¿Y dices que cruzó el Velo?

—Así es: Ciro era humano, Emma —explica—. Tú deberías serlo también. Pero asumo que naciste aquí, ¿verdad? Sin embargo, no sois Herederos de Valemir.

Cada vez que Cleia me pregunta por mi pasado, esa sensación en el estómago regresa. No quiero seguir por esa vía, así que vuelvo la conversación al cauce que más me interesa: la leyenda de Amira.

—También has dicho que además de crear el Velo, Amira selló la magia —sigo—. ¿Cómo? O… ¿para qué?

—A eso iba —ríe divertida—. Amira selló la magia para evitar que nadie más pudiera intentar lo que el Corruptor intentó en su momento. Por esa misma razón, cada uno de nosotros está limitado a una afinidad. Existen varias y se expresan de maneras diferentes, pero no te aburriré con eso ahora. Lo importante es que al hacerlo, Amira pretendía limitar el acceso que tenemos a La Fuente.

Me aparto el pelo mojado de la cara, intentando encajar todo lo que me ha explicado hasta ahora.

—Entonces ¿Amira derrotó al Corruptor y dividió la magia para repartirla entre todos los herederos?

Cleia hace un gesto gracioso, como si quisiera corregir parte de la historia. De fondo, oigo que las campanas dan la medianoche.

¿Solo son las doce?

—Casi, casi.

—¿Cómo que «casi, casi»? Has dicho que Amira luchó contra el Corruptor, con sus paladines, y que…

—Según las leyendas, Amira sigue luchando —suelta contundente—. Jamás llegó a derrotar al Corruptor, porque no pudo sellarlo como al resto. Amira y sus paladines estarían luchando mientras nosotras hablamos. Seguirán luchando mañana. Esa es la razón por la que el rey Gael ha sido ascendido, ¿recuerdas?

No, pero supongo que me haré a la idea en algún momento.

O no.

Con suerte, estaré fuera de aquí en cuanto pueda.

—¿Y las cenas de nombramiento? —pregunto algo mareada—. Son para elegir al nuevo rey, ¿cierto? A menos que lo haya entendido mal.

Ella asiente.

—La de esta noche es la del joven Pietro de Pyrramiede, primo consanguíneo del joven Sebastián —explica la doncella recogiendo las toallas—. Pero jamás será elegido. Solo tiene doce años. Sería ridículo nombrarlo en estas circunstancias.

—¿Y quién decide quién va a ser coronado?

—De nuevo, Emma: La Fuente —dice cargando con la cesta de ropa sucia—. A través de los Luminares, claro, que son quienes la representan.

La Fuente.

La Fuente es como… la magia en sí.

—Ah, entonces los Luminares son como… ¿monjes?

—Sea lo que sea que es un monje —responde ella encogiéndose de hombros—. Los Luminares sirven a La Fuente y son capaces de traducir sus deseos.

Suspiro frustrada.

—Supongo que sí son como monjes… ¿Si La Fuente es como

Dios?

Cleia vuelve a reírse. Parece que le hace tanta gracia mi frustración como todo lo demás, aunque a mí ya no me resulta tan divertido.

—Estoy intentando entenderlo —protesto.

—Emma, me temo que lo mejor será que descanses y dejes reposar toda la información.

—¡Soy consciente de ello! —resoplo—. Pero no entiendo por qué Sebastián no se presenta si es el candidato más obvio: es adulto y ser Kergalot lo llamó alteza y…

—Puede parecer el más obvio para vos, pero no en Valemir —responde Cleia ágil—. No hay nadie que tenga peor reputación en todo el reino. Aunque sí lo ha criado el rey Gael y ha recibido muy buena educación, se cuentan muchas historias crueles sobre el joven Sebastián.

—¿Cuáles?

Cleia parece dudar, pero insisto con la mirada y, tras un instante, ella cede.

—Muchos creen que el rey Gael siempre estuvo hechizado por su madre, lady Basira, y que en realidad no es hijo legítimo del monarca, sino de un espíritu arcano —cuenta.

—¿Qué es hijo de un qué?

«Un espíritu arcano», dice. ¿Y qué es lo siguiente? ¿Que está encantado? ¿Hay que darle un besito para que se libere? ¡Venga ya!

—Hum —continúa Cleia a la suya—. Bueno, Emma, muchos le llaman la Ruina de Valemir. Deberías andarte con cuidado. No puedo hablar mal de él, pero…

Frunzo el ceño.

—No le diré nada, tranquila.

Tampoco sé si tomármelo muy en serio, dado que ni ella misma

parece hacerlo.

—Gracias.

Sonríe algo caprichosa al ver mi reacción. Pero ¿cómo va a considerar nadie que Sebastián es la ruina de nada? Si es carismático y bueno. Me ha sacado de las llamas, me ha dado ropa. Me ha traído a su casa y, cuando éramos niños, siempre me daba la mitad de sus mandarinas.

Por no hablar de que cuando tenía ocho años era incapaz de distinguir la izquierda de la derecha. Nos sentábamos en la escalera mientras mi padre recogía los bártulos de sus clases. Me tiraba de las trenzas cuando se enfadaba.

Supongo que podría ser, porque ha pasado mucho tiempo, pero…

Justo en ese momento, la puerta se abre de par en par y alguien entra de forma airada.

—¿Emma?

Es él.

Sebastián.

Los ojos de Cleia se posan en los míos con un brillo extraño. Aunque aguarda para ver mi reacción, parecen pedirme que tenga cuidado, pero también parecen encontrar mi posición algo… ¿divertida?

—¡Estoy aquí! —respondo, alzando un poco la voz—. Estaba saliendo de la bañera. Dame un segundo…

Salgo de detrás del biombo en busca del joven príncipe.

—¿Estabas sola? —pregunta sorprendido—. ¿Y si te abres la cabeza?

Me vuelvo, casi como si esperara que el cuerpo de la doncella fuera suficiente respuesta a su pregunta.

Sin embargo, detrás de mí ya no hay nadie.

Cleia ha desaparecido.

7

Jugueteo con la tela del camisón, nerviosa.

Cleia ha desaparecido, pero yo tengo el pelo mojado y ropa limpia. Me he bañado. El olor a romero sigue en el aire. La joven ha estado aquí. Ha ocurrido. Recuerdo su pulgar contra las palmas de la mano, su mirada curiosa mientras me rozaba las costillas.

Me digo a mí misma que debe de haber salido por alguna puerta escondida, de esas que dan a algún pasadizo para el servicio. Sin embargo, mi corazón se acelera. ¿Y si…?

Cojo aire.

Ha sido real.

Al otro lado de mis miedos, Sebastián le echa un vistazo al rincón de la sala, como si intentara ver lo que yo veo. O lo que no veo.

Cuando me vuelvo para mirarlo, tiene las manos en las caderas y actúa como si le estuviera haciendo perder el tiempo. Alzo ambas cejas sorprendida por su posado. Él me mira a mí, como si no entendiera qué me propongo. Nos quedamos en silencio un segundo que dura una eternidad: «¿Qué es lo que ve?».

—¿Y bien? —pregunta airado.

—Has sido tú quien ha entrado en la habitación —respondo—. Imaginaba que tendrías algo que contarme después de tenerme aquí esperando todo este rato. ¿Algo que explique por qué te dedicas a

rescatar a chicas de incendios quizá? O algo sobre la cena, el ascenso del rey, el… ¡¿De verdad eres príncipe?!

Él se recoloca en el sitio, anonadado por mi respuesta.

Parece tan confuso como yo.

—¡Siempre lo fui!

Dicho eso, hace un gesto y empieza a pasear por la habitación como si intentara encontrar algo. ¿Y ahora por qué abre ese armario? ¿Qué busca?

—Yo no lo recuerdo así. En mi cabeza eras más bien un niño de esta altura y con…

Yo lo sigo con la mirada. ¿Qué demonios le pasa? ¿Está loco?

—Tampoco podía presumir de serlo —resopla, echándole un vistazo a la bañera—. Asumí que lo sabrías. ¡Todo el mundo sabe quién soy!

Ahora soy yo quien se lleva las manos a las caderas.

—Ah, ya veo. Eres tan famoso… —dramatizo divertida—. Y también estás muy ocupado, por lo que veo. ¿Encuentras lo que buscas? ¿O necesitas ayuda?

Sebastián se vuelve tras abrir uno de los baúles.

—No sé lo que busco.

—Ah, genial. Bueno, ¿y qué tal tu primo el preadolescente? —insisto. Sebastián sigue a lo suyo.

Entonces, como si se hubiera dado cuenta, se incorpora para mirarme. Sus ojos se deslizan sin querer por mi cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo. Jamás me había sentido tan observada. Trago saliva y aguardo hasta que nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—No tienes ni un solo corte —dice.

Desvío la conversación.

—¿Has cenado bien? Porque yo me muero de hambre. Atravesar

un espejo para llegar hasta aquí y casi morir en un incendio me tienen canina.

Sebastián deja que la tapa de otro baúl caiga con un ruido seco y me mira como si hubiera cometido un crimen.

—¿No has cenado?

—No, no he cenado. Tú has ido a la cena y yo me he quedado aquí esperándote, ¿recuerdas?

Sonrío algo traviesa y él parece ofenderse.

—Haré que te envíen a una doncella con algo de comer tan pronto como sea posible —dice algo azorado—. Mis disculpas, lady Emma.

Su expresión cambia de repente. En sus ojos aparece un brillo travieso y yo no puedo evitar sonreír.

Es tan extraño.

El Sebastián que yo recuerdo no vestía ropas de gala ni usaba formalidades como esas. ¿Quién demonios es lady Emma? Mi Sebastián vestía camisolas y estaba mellado. Llevaba unas gafas grandes, con montura de hierro, y tenía un colmillo muy afilado. De hecho, el colmillo sigue ahí, ¿verdad?

Si logro hacerle sonreír, ¿me devolverá el gesto?

—Mis disculpas por no haberte dado de cenar. Ha sido una noche muy larga —concede.

Cuando él me mira a mí, ¿le ocurre algo similar? ¿Ve a la niña de las trenzas y las botas de montar? ¿Recuerda los escondrijos y los juegos?

—Y solo acaba de empezar, asumo —bromeo con un suspiro—. ¿Es esta tu vida ahora?

Él asiente y suspira también, parece agotado. Yo me muevo para sentarme en el borde de la cama de la habitación que me ha prestado y lo observo desde ahí.

Se vuelve despacio hacia la puerta que ha dejado abierta. Veo que da un par de pasos y la cierra bien, quizá para que no se escape el calor de la chimenea que no recuerdo haber visto a nadie encender.

Las llamas son lo que mantiene la habitación a una temperatura agradable.

—¿Entiendo que Pietro no ha sido elegido? —murmuro intentando llenar el silencio.

Él vacila, aunque solo sea un instante. Parece dudar, aunque no sé exactamente por qué. Quizá esté intentando sopesar cuánto sé y cuánto no.

Tal vez sea lo mismo que estoy haciendo yo.

—Por supuesto que no —responde quitándole peso al asunto—. Pietro es solo un niño. No puede ser rey. Y, si hubiera sido elegido, ¡yo mismo me postularía a las filas del Corruptor para acabar con semejante estupidez!

Ladeo la cabeza, no acabo de entender la exageración. Asumo que no es algo bueno. El Corruptor es el mago villano de la historia que me ha contado Cleia, ¿cierto?

Nos quedamos en silencio de nuevo.

—Ha pasado mucho tiempo —dice él, casi sorprendido por su propia honestidad.

—Casi diez años, creo. No recuerdo exactamente cuándo fue la última vez que nos vimos.

Él parece calcularlo durante un instante y asiente.

—Ya no pareces tan enclenque —añade en un intento por romper el hielo—. ¿Sigues torciéndote los tobillos tan a menudo como entonces?

—Ah, mira quién habla —resoplo—. ¿Te siguen dando miedo las avispas? ¿Haces que la Guardia Real las saque de la habitación por

ti? ¿O te has buscado a otra muchachita que lo haga?

Él finge estremecerse y lo hace para hacerme reír. Lo consigue, por supuesto, y ambos negamos con la cabeza.

—También te recordaba más alta.

—Supongo que porque la última vez que nos vimos aún no habías dado el estirón —respondo divertida.

Sebastián va a por una silla que hay en la esquina de la habitación y la arrastra hacia la cama para sentarse cerca de mí.

—Es extraño —digo.

—¿Qué exactamente?

Se deja caer en el asiento esperando mi respuesta como si nada.

Lo observo por un instante, convencida del todo de que es un príncipe. Tiene el pelo y los ojos oscuros, con una mandíbula marcada y las manos grandes. Lleva la ropa entallada y se le ajusta por completo al cuerpo. Sin embargo, aún hay algo en él del muchacho que se dejaba caer en los prados y ese algo es lo que le hace juguetear con lo que parece una pluma que ha sacado del cojín de la silla.

Sonrío.

—Que estuvieras en la casa justo cuando te necesitaba —admito.

Su mirada se posa en la mía durante un instante que se me antoja eterno y, por un momento, se me olvida todo el enredo de afinidades, magia, sellos, reyes y cenas.

Por un momento, el mundo somos mi amigo de la infancia y yo, perdidos en la sonrisa que aparece en la comisura de sus labios.

—¿Eso es lo que más extraño te parece de todo esto?

—No —suelto con una risotada—. Estaba asustada y confusa, y sigo sin entender cómo he llegado hasta aquí, pero… Me alegra que fueras tú quien me haya encontrado. Nadie podría haberme ayudado más que tú.

No me cabe la menor duda de que tiene otro comentario gracioso en la recámara. Se lo veo en la cara. Sin embargo, decide morderse la lengua. En lugar de decir nada, su rostro cambia. Se endurece.

De repente, se vuelve un adulto de verdad.

—Cuando vi que las llamas venían de tu casa, supe que tenía que ir —explica—. Después de todo, ese lugar era lo único que quedaba de ti y de tu padre.

Mi corazón se detiene durante un instante ante esa última afirmación.

¿Solo esperaba salvar la casa de las llamas? ¿Por qué lo dice así, como si se hubiera aferrado a ella todo este tiempo?

—¿Cómo sabías que mi padre no estaba en la casa? —pregunto.

Sebastián se encoge de hombros, mal sentado en la silla: los pies le cuelgan por un lado y tiene la cabeza apoyada en un puño, con el codo en el reposabrazos.

La pluma la tiene frente a los ojos y ahora parece el objeto más importante del mundo. Le da vueltas y vueltas.

—Ciro siempre fue un misterio —dice tras dejar que la pluma caiga al suelo—. Los humanos suelen serlo. Cabía la posibilidad de que estuviera escondido en algún sótano, pintando. No dudo que pudiera tener una red de túneles en la que podría sobrevivir al fin de los tiempos, la verdad. Por eso cogí el caballo y fui. Una parte de mí siempre ha creído que él estaba todavía en la casa, pese a los rumores de que…

—Entraste buscando a tu maestro, pero me encontraste a mí —digo cuando lo entiendo.

Eso tiene más sentido que creer que pudo llegar a echarme de menos, supongo.

Además, sería injusto que él me hubiera echado de menos

cuando yo no había vuelto a pensar en él en todo este tiempo, ¿no?

Sebastián sonríe travieso.

—Fue una sorpresa la mar de agradable, la verdad —bromea—. No es por ofender al viejo Ciro, pero tú eres más mi tipo.

Suelto una risa y niego con la cabeza. Sebastián parece orgulloso de su proeza. ¿Desde cuándo tiene esa labia? Chasqueo la lengua. Recuerdo que solía esconderme en las esquinas y saltar para asustarlo. Era tan efectivo que hasta se enfadaba conmigo de la vergüenza que sentía.

Y ahora…

—Pero cuéntame, Emma —sigue risueño—, ¿qué estabas haciendo desnuda y entre las llamas?

Suspiro divertida.

—Pues no lo sé.

—Entonces deberías beber menos.

Lo fusilo con la mirada.

—No estaba borracha.

—Es cierto: has hablado de una bañera, ¿un espejo…?

Lo corto rápida.

—¿Recuerdas cuando éramos pequeños?

—Por supuesto. Eras la niña más petarda de todo el reino, pero también la única que no me tenía miedo.

Frunzo el ceño. ¿Por qué le tendría miedo nadie al Sebastián?

—Nunca salí de la casa, ¿verdad? No dejo de darle vueltas a eso, a que nunca fui más allá de la valla.

Él asiente.

—Es una cosa que siempre me resultó la mar de curiosa —añade Sebastián—. Eras muy aventurera, pero nunca… De hecho, tu padre siempre me daba lecciones sobre que debía tener cuidado contigo. Imaginé que por eso de que eras una chica y yo el bastardo del rey.

Ahora no estoy tan seguro de que solo fuera eso.

¿Ha dicho «bastardo»?

—¿No te duele nada? —suelta como queriendo cambiar de tema.

Pero yo no quiero hablar de mí y contrataco:

—Entonces ¿qué sabes de mi padre?

¿Sabe lo de las visiones? ¿Lo de su locura? Sebastián se incorpora y se inclina hacia delante con los codos apoyados sobre las rodillas.

Clava su mirada en la mía con intención.

—Era mi maestro, eso es todo —explica—. Y la última vez que lo vi fue la última vez que te vi a ti. Como ya hemos dicho, ha pasado mucho tiempo desde entonces, así que dudo que pueda contestar a tus preguntas. O que tú puedas contestar a las mías. Me temo que los dos tenemos la misma información sobre él.

Lo dudo mucho.

—¿Por qué era tu maestro? ¿Te enseñaba a pintar para encandilar a las muchachitas?

—Más o menos —sonríe divertido.

Creo que los dos estamos igual de cansados. Y, con sinceridad, la cama empieza a parecerme demasiado cómoda.

Quizá deberíamos dejar esa conversación para otro momento.

—Quiero volver a mi casa —digo levantándome—. No quiero estar aquí. No sé cómo existir en este mundo y no creo que sea bueno para mí. Sea lo que sea que me ha traído hasta aquí…

Sebastián se incorpora de pronto, me corta el paso y dice tajante:

—No.

—¿No? ¿Cómo que no?

—No puedes irte, Emma. ¿Qué clase de…? ¡Es más de medianoche!

Hago un gesto con la mano.

—Entonces me iré por la mañana.

—No, ¡tampoco!

—No veo el problema. ¿No puedes ayudarme a volver a Madrid? Tiene que haber alguna manera de…

Me mira como si hubiera asesinado a su familia delante de él y me hubiera hecho caldo con sus entrañas.

—¡No puedes salir de Valemir! Todos los espíritus están como están.

—¿¡Los espíritus!?

Parpadeo sorprendida.

—Y mucho menos tras un incendio como ese —sigue él sin más —. ¡Tengo al Corruptor en el cogote! Si intentaras cruzar el Velo ahora, te molerían. Harían pan contigo. ¡Mírate!

Me ofendo.

—¿Crees que soy una inútil?

—Bueno, acabo de salvarte la vida en tus primeros segundos de vuelta en Valemir —resopla molesto—. Los hechos hablan por sí solos…

Me pongo de pie enfadada.

—Pero ¿de qué vas?

—No, no, espera.

—¡Llevo tres horas esperándote en esta habitación creyendo que…!

—Espera, no es eso… —Suspira recomponiéndose—. Emma, escucha…

—Y entras, me llamas inútil y me retienes aquí cuando…

—¡No puedo dejar que te vayas!

—No te estoy pidiendo permiso, guapo.

Sebastián da un paso hacia mí decidido.

—Necesito tu ayuda, Emma.

Antes de que pueda volver a quejarme, su mano encuentra la mía. Sebastián tira de ella para colocársela en el pecho.

Pum. Pum.

Puedo sentir el latido de su corazón.

—¿Para qué me necesitas?

Oigo mi voz suavizarse, la forma en la que el aire sale de mis pulmones como si de repente fuera idiota. ¿Qué acaba de pasar?

Sus ojos buscan los míos, suplicantes.

Sebastián me mira y no me deja escapar. Parece pedirme que lo vea, a él. Quiere que vea al chico de mi infancia, no al príncipe al que llaman la Ruina de Valemir.

Pum, pum.

Mierda.

—Sebastián, responde —le pido—. ¿Para qué podrías necesitar mi ayuda?

—No lo sé. Lo cierto es que lo único que sé es que mi madre cree que la respuesta para recuperar el trono estaba entre las llamas —confiesa.

Parpadeo confusa.

—¿Recuperarlo? ¿C-cómo? ¿Tu madre…?

—Te lo explicaré mejor en otro momento. Solo necesito que…

Sebastián le lanza una mirada a la puerta. Me pregunto si tiene miedo de que alguien nos vea o si le teme más a la idea de que alguien nos oiga. Intento recuperar mi mano, pero él la mantiene contra su pecho, como si quisiera hacerme saber que habla desde el corazón que siento bajo las telas, bajo su piel.

—Necesito que te quedes —me pide.

Siento su piel sobre la mía, la caricia de sus dedos. Vacilo, pero decido dejar de resistirme. ¿Qué podría necesitar un príncipe de una

huérfana con mala suerte?

—Sebastián…

—La razón por la que tu padre era mi maestro es porque mi padre así lo quiso —empieza.

—¿El rey Gael quiso que fueras su aprendiz?

Dejo de resistir el roce y acepto su mirada sobre la mía.

—Gael y Ciro eran amigos —explica y una sonrisilla le aparece en sus labios—. De hecho, tu padre era famoso también, que lo sepas.

—¿Mi padre? —respondo divertida—. ¿El hombre que tenía que tomarse el té en silencio porque según él «se le cortaba la leche» era famoso?

Sebastián ríe con suavidad y yo me apunto el tanto.

Ahí está ese colmillo suyo.

—Un prodigio para muchos, sí. Humano, también —responde—. Los humanos sois un poco más aprensivos que nosotros. Vuestra cercanía a La Fuente es peligrosa, por eso se mantenía aislado en aquella casa.

Tomo nota de eso, pero soy consciente de que hay demasiada información en el aire. Cuando Sebastián parece tranquilizarse, recupero mi mano.

—Sigues diciendo que es humano como si tú no lo fueras —protesto.

Él no se retira del todo, pero me devuelve parte de mi espacio dando un paso atrás.

—No lo soy.

—Entonces ¿qué eres?

—El aspirante al trono de Valemir y el futuro rey —responde obtuso. Y, sin darme tiempo a seguir hablando, continúa—: Mi padre nombró a Ciro caballero y le dio esa casa. Debe de haber una razón por la que lo hizo. Nunca fue un hombre que hiciera nada porque sí.

—¿Y qué razón crees que es?

—Ciro debe de saber dónde están las reliquias de Amira —responde rápido.

Amira es la reina de la leyenda. ¿Ahora también tiene reliquias?

—¿Crees que tu padre se las dio al mío?

—No hay otra explicación —continúa Sebastián—. Y ahí es donde entras tú y todo esto: él, su hija, la casa. Haga lo que haga, todo me devuelve a esos momentos —resopla frustrado.

—¿Estás buscando unas reliquias y crees que están en mi casa?

Por eso quiere que me quede, claro.

Retrocedo un paso para alejarme de él como si me hubiera dado un bofetón. Le doy la espalda. No sé por qué me siento así, pero se me hace un nudo en el estómago.

Alzo las manos en el aire.

—Quieres que te ayude a encontrar las reliquias —deduzco.

—Sí, Emma, sí. —Cuando me ve alejarme, Sebastián me sigue como si quisiera apelar a su inocencia—. Y, si mis investigaciones son correctas, son lo único que necesito para acabar con esta ridícula campaña que el resto de las casas han montado en mi contra. Si consigo las reliquias, probaré mi valor. ¡Puf! Se acabaron los tejemanejes y los intentos de asesinato.

Me vuelvo de inmediato.

—¿Intentos de asesinato? Sebastián, echa el freno.

—¡Larga vida al rey Sebastián!

—¿Quién está intentando asesinarte? —insisto completamente fascinada por la ligereza con la que se toma el asunto.

—¿Todo el mundo? —responde mordaz.

Tras eso, me sostiene la mirada. Suspira algo apesadumbrado y retrocede. Vuelve a sentarse en la silla. O más bien a dejarse caer en ella, agotado.

Lo miro, de pie y con las manos en las caderas.

Es un dramático.

Pero ¿es cierto?

—¿Por qué le daría tu padre al mío esas reliquias? Si era humano y…

—Quizá porque confiaba en él —dice—. Lo único que queda de Ciro son varios cuadernos de notas, una casa que ha ardido hace unas horas y una hija humana que acaba de aparecer entre las llamas, ¡así que…! —deja la frase en el aire.

Me mira como si pudiera conquistarme con sus argumentos y nada más.

—¿Qué son esas reliquias que buscas?, ¿qué hacen?

—Pertenecen a la corona y deben volver al castillo —explica—. No sé por qué ni para qué. Pero sé que, si consigo traerlas de vuelta, obtendré el trono y honraré su legado. Mi padre quería que yo fuera el rey, en contra de todo lo que el reino piensa. Yo soy su legítimo heredero. Siempre lo fui.

¿Eso es lo único que quiere? ¿El trono?

—Pues espero que las encuentres, Sebastián —respondo a la defensiva—. Pero yo no puedo ayudarte.

—¡Pero si eres su hija!

—Es más que obvio que mi padre no me contaba lo suficiente de su vida, dado que no tengo ni idea de dónde estoy ni qué soy, ni tampoco qué eres tú o…

—Puede —responde cortante—. Pero siempre fuiste la más inteligente de los dos. Cabe la posibilidad de que puedas ayudarme y no pienso desperdiciarla…

Frunzo el ceño.

—¿Me impedirías irme? —interrumpo.

—No, pero te suplicaría que te quedaras —responde contundente

—. Es lo que estoy haciendo ahora mismo, por si no te habías dado cuenta. Te lo estoy rogando, Emma. Necesito tu ayuda.

Dudo. Hay algo en la forma en la que me mira que me hace desconfiar de él y de que lo que está diciendo sea verdad. Quizá Cleia y el reino no anden tan desencaminados, después de todo. Puede que Sebastián sí que sea una ruina.

O al menos que acabe siendo la mía.

—Hay algo más —dice.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu padre —continúa—. Enviamos un ama de llaves para cuidar de la casa, pese a que estuviera vacía. Fue ella quien nos informó de que avistó a tu padre justo el día en el que…

Oh, claro.

La ley de Murphy.

Por supuesto que todo puede ir aún peor.

—El mismo día que tu padre fue ascendido, ¿verdad?

Sebastián parpadea sorprendido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es lo único que podría complicarme aún más la vida —respondo cansada—, así que era la respuesta obvia.

—¿Cuánto sabes sobre el reino?

Niego con la cabeza, me aparto un poco más y suspiro.

—No lo suficiente —protesto.

Si la aparición de mi padre y el ascenso del rey están relacionados y suponiendo que el tiempo aquí y en Madrid funciona de una forma similar… Sí, hará un par de semanas que mis pesadillas se volvieron más intensas.

La visión desde el autobús, los días encerrada en casa.

Mi padre y el suyo desvaneciéndose a la vez.

Nosotros, aquí.

Todo esto.

—Esta noche, tu regreso… —empieza a decir Sebastián.

La teoría de que mi padre es quien me ha traído de vuelta gana fuerza. ¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

—Cabe la posibilidad de que nada sea una mera coincidencia, claro —digo en voz alta prediciendo sus palabras—. Esa es tu sospecha.

Él me mira con decisión, casi orgulloso.

—Por tu seguridad y por la del reino, te pido que reconsideres tu decisión de partir de nuevo, Emma —dice sereno—. Aunque solo sea esta noche: duerme, descansa, consúltalo con la almohada. Piensa bien en lo que deseas hacer y por qué. No soy el único que necesita tu ayuda. Todo Valemir te necesita.

—Sebastián, yo…

El susodicho me hace un gesto para que no hable.

Estoy agotada y parece que él también.

—Piénsalo —me pide de nuevo—. Podemos hablarlo mañana, cuando hayas tenido tiempo de ordenar tus ideas. Y de comprobar que estás a salvo en el castillo.

Tras un pequeño silencio, el príncipe se dirige hacia la puerta. Asumo que esta es nuestra despedida por hoy.

Pero ¿es cierto? ¿Estoy a salvo?

Cuando su mano roza el pomo de la puerta, se detiene. Como embrujado por alguna de sus propias ideas, se vuelve y espera a que lo mire.

—Yo guardé el secreto —dice.

Me da un vuelco el corazón y sigue latiendo desacompasado mientras la memoria regresa. Sonrío, al recordarnos a los dos bajo la escalera con los meñiques enredados, las versiones de nosotros que perjuraron no contarle a nadie nada nunca.

Ciro nos lo hizo prometer y por aquel entonces esa promesa no tenía mucho sentido. Ahora parece obvio que ocultaba más de lo que decía, que me mantuvo tan aislada como lo he estado siempre.

Pero ¿por qué?

¿Y por qué metió a Sebastián en el medio?

—Nunca le dije a nadie que éramos amigos —sigue—. Ni siquiera a mi madre. ¿Tú se lo contaste a alguien?

—¿A quién iba a contárselo? —bromeo—. ¿A las gallinas?

Ambos reímos con suavidad.

—Nunca tuve a nadie a quien contarle que había perdido a una gran amiga —murmura él al final—. Pero esta noche, cuando te he visto…

Sebastián mide sus palabras con cuidado. Yo me quedo sin ellas, confusa y de pie en el centro de la habitación.

—Me alegra saber que estás bien, Emma —dice al final—. No te pondría en peligro, si es lo que crees que estoy haciendo. No te engaño cuando te digo que sería peligroso cruzar el Velo en estos momentos.

—No, por supuesto, yo…

—También me alegra saber que he sido yo quien te ha sacado de las llamas y no cualquier otro —interrumpe.

Me quedo sin aliento. No sé qué decir, pero él continúa:

—Decidas lo que decidas mañana, al menos he tenido la suerte de volver a verte una última vez —dice bajando la vista. Su sonrisa hace que me estremezca—. Eso es algo que nadie podrá arrebatarme jamás.

Se me cae el alma a los pies cuando me mira de nuevo con esos ojos negros.

—Buenas noches, Emma —concede—. Que duermas bien.

Cuando se va, me dejo caer en el borde de la cama como una

imbécil. Apoyo la palma de las manos contra la clavícula, que todavía me duele tras el golpetazo.

Allí, a esa altura, siento el latido desbocado de mi corazón.

¿Qué demonios voy a hacer?

8

Es una sensación embriagadora y difícil de explicar. Es lo más cercano a meterse una cucharada de miel en la boca por primera vez después de mucho tiempo.

Me incorporo en la cama, confusa.

No recuerdo haber dormido tanto ni tan bien en la vida. Las sábanas tienen un tacto agradable y no hay nada fuera de lugar. La calidez de las brasas se ayuda de la luz del sol que entra a través de la ventana que hay junto a la cama para mantener la habitación a una temperatura agradable.

Paso la mano por encima de la manta y me pierdo en el tacto de la lana mientras me recupero. Recorro mis sensaciones con cuidado: mis manos, la manta, el tacto de las sábanas, mi pelo, mi respiración calmada.

Sigo en Valemir.

No ha sido un sueño.

Cuando vuelvo el rostro, veo que la puerta por la que salió Sebastián anoche sigue cerrada. Sin embargo, algo ha cambiado. Junto a la entrada hay un pequeño baúl. En la superficie del mismo hay una bandeja con una jarra y un plato cubierto, como si alguien hubiera querido entregar la comida hará horas y hubiera cambiado de opinión en el último momento. Quien haya traído algo de comer, lo ha dejado ahí y me ha permitido seguir durmiendo.

El estómago me ruge en cuanto huelo algo dulce.

Salgo de la cama curiosa y descubro que me han dejado algo de leche que en algún momento estuvo caliente, algo de bizcocho y…

Por desgracia: té y solo té.

Suspiro preguntándome cómo voy a sobrevivir sin café. ¿Habrá café en Valemir? Digo yo que, si pueden limpiar las aguas, curar heridas y todas esas cosas mágicas, no estaría de más poder pedir un café con leche, ¿no? ¿O podrían traerme uno de Madrid? No lo sé. Igual los dichosos espíritus no lo permiten.

Resoplo, pero no estoy para reclamarle nada a nadie y me muero de hambre, así que no le pongo pegas a nada.

En cuanto el bizcocho me entra en la boca, descubro que, en efecto, deben de haber usado magia para hacerlo. Me sirvo un poco de leche y de reojo veo mi reflejo en el espejo de pie. Me quedo de piedra.

De entre todas las cosas surrealistas que han ocurrido, la más increíble es esta: tengo los rizos mejor de lo que los he visto jamás. Sin crema y sin peinarlos. ¿Será por la ayuda de Cleia? ¿Me ha traído el desayuno y ha desaparecido de nuevo? ¿Ha sido ella? ¿Podría llamarla ahora si quisiera? Me limpio las manos contra el camisón con torpeza y me las miro para comprobar que tampoco tengo ninguna de las heridas de anoche.

De hecho, mi piel está como nueva.

Junto al espejo encuentro un vestido colgado. Asumo que Cleia lo ha dejado ahí para mí. Me visto como buenamente puedo y no me resulta demasiado complicado: encuentro la camisola, me coloco el vestido y después la túnica. Además, la joven ha elegido un vestido que se ata por los costados así que no necesito ayuda de nadie.

Acaricio la tela color vino con cuidado buscando los recuerdos de los vestidos que solía llevar en casa. Eran diferentes, mucho menos

ostentosos. Este, además, parece bastante viejo. De hecho, debe de serlo, aunque al mismo tiempo también diría que es nuevo. Me pregunto de quién será, pero asumo que de una mujer mucho más alta que yo, porque el bajo roza el suelo.

Como sigo medio muerta de hambre, vuelvo a la bandeja a por un segundo trozo de bizcocho.

Es entonces cuando encuentro la nota.

> Espero que hayas descansado bien. Cuando regresé con algo de comer, ya estabas dormida.
>
> Sebastián

Le doy vueltas al papel mientras me bebo un largo trago de leche fría. Entonces ¿vino a traerme algo de comer? ¿La bandeja es suya? Sé que le debo una respuesta y, ahora que tengo la mente un poco más despejada, quizá sea más fácil responder a sus preguntas y a las mías.

Por eso mismo, salgo de la habitación sin pensarlo.

Tenemos que hablar.

De mil cosas.

Atravieso el largo pasillo con sus ventanales y, solo cuando llego al final, a la bifurcación, me doy cuenta de que no tengo ni idea de adónde estoy yendo. Creía que había un guardia real apostado, pero al acercarme veo que solo hay una armadura decorativa y me veo a mí misma dudando entre una dirección u otra. No hay nadie a quien pueda preguntarle.

Cuando me vuelvo para observar el mismo pasillo por el que he venido, me parece ver a dos doncellas. Una de ellas es más o menos de mi edad y la otra es mucho mayor. Sin embargo, ninguna de ellas me ve ni me oye, porque no me atrevo a levantar la voz y a

preguntarles si saben dónde está el príncipe. ¿Estaría eso muy fuera de lugar? Supongo que sí. Abochornada, dejo caer la cabeza contra una de mis manos.

Bueno, mira, de perdidos al río.

Estoy segura de que puedo encontrar a Sebastián yo sola y, si no, al menos descubriré un poco más del lugar.

Decido tomar el camino de la izquierda, siguiendo los rayos de sol. El pasillo es más corto y se estrecha al final. Acabo dando vueltas por una escalera que parece ser la del servicio. Mis sospechas se confirman cuando acabo en una de las cocinas y casi le doy un susto de muerte a un muchacho que cargaba un saco de zanahorias.

Con la misma torpeza, ambos ofrecemos una reverencia tras otra en una especie de disculpa eterna que dura hasta que encuentro la puerta de salida de las cocinas.

Dejo atrás a la gente del servicio, que me permite pasar sin más.

Al otro lado del marco de piedra, encuentro un patio de luces pequeño y mal cuidado. En él hay un par de carros llenos de comida y hay varios mozos cargando sacos y cajas al interior de lo que parece un almacén. Me planteo si debería dar la vuelta y volver por donde he venido o pedirles ayuda, pero el orgullo me puede.

No hace falta.

Además, moverme por el castillo también me ofrece cierta perspectiva sobre Valemir y cómo se vive aquí.

Cuando me escabullo por otro pasillo, encuentro unas caballerizas. Recuerdo que Sebastián mencionó que el ala oeste le pertenecía, razón por la que me dejó en esa habitación. Por lo tanto, esta zona no es exactamente parte del castillo y debe de ser un edificio independiente, ¿no? ¿Significa eso que el castillo tiene más alas? ¿Cuánta gente vive en los terrenos?

A juzgar por la cantidad de comida en los carros, bastante.

Atravieso las caballerizas con decisión, intentando no arrastrar nada con el bajo de la falda. Me la levanto con suavidad persiguiendo el sol. Me cruzo con un gato que, perezoso, toma el sol en un rincón. Si estoy entendiendo bien la disposición del edificio, sé exactamente lo que voy a ver cuando salga por el otro extremo.

Pero, cuando por fin llego al exterior, descubro algo mucho más interesante que la piedra y los patios internos.

Yo tenía razón: el ala oeste es un edificio independiente, apenas anexionado al castillo por un largo puente cubierto. La fortaleza está al otro lado, con sus torreones y sus elaboradas estructuras de piedra antigua. Es mucho más grande de lo que lo imaginaba y, a juzgar por su posición, fue construido, como todos los castillos, para poder ver bien el reino.

A este lado del río y alrededor de la fortaleza, los prados son frondosos. Hay un par de arboledas no demasiado lejanas, todas ellas producto del hombre. O de los… ¿valmirienses?

Aprieto los labios al recordar la conversación de anoche: ¿significa eso que los valmirienses no son humanos?

—¡Emma!

Oigo su voz a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, descubro al príncipe al que andaba buscando. Va vestido con su ropa de montura y se está quitando los guantes. Sonrío, embelesada por la idea del lugar que hay más allá de las caballerizas y él alza las manos, como si quisiera preguntar qué demonios me está ocurriendo.

—¿No me has oído llamarte? —se ríe.

Niego con la cabeza.

—Esto es precioso —respondo sin pensarlo—. Los prados, los…

—Pues deberías ver los jardines —responde acercándose a paso

ligero.

El Palacio de Linares es un lugar hermoso, pero no puede compararse con este. Lo frondoso del paraje resulta mágico: la vegetación, los caminos, lo salvaje. Kevin siempre me deja acercarme a las partes más chulas, pero no había visto jamás nada tan fascinante como esto. Como si entendiera exactamente lo que pienso, Sebastián se detiene bajo el marco de las caballerizas. Se apoya en el marco de madera y asiente orgulloso.

—Ahora entiendes por qué no quiero que me lo quiten, ¿eh? —bromea.

Suelto una risa y niego con la cabeza.

—Más o menos.

La verdad es que todo me parece una locura, pero no puedo decirle eso. No sé cómo expresarlo y me parece redundante. Por eso, en lugar de perderme en ese rincón, me dejo maravillar por las vistas del castillo.

Cuando salen a montar, ¿esto es lo que ven los jinetes cuando salen por las mañanas? ¿Es esta su vida?

—¿Has dormido bien?

—Por sorprendente que pueda parecer… ¿Sí?

—Casi te saltas la comida y todo —bromea.

Me ruborizo, pensando en la leche fría y resoplo.

—Hacía días que no descansaba tan bien.

—¿Por las pesadillas?

Parpadeo y él parece leerme la mente otra vez.

—Anoche comentaste que algo te persigue en tus pesadillas —añade enseguida—. No quiero entrometerme y no hace falta que me des explicaciones, si no quieres. Pero hay protecciones en el castillo. Y en especial en el ala oeste. No deberías tener problema para conciliar el sueño y descansar mientras estés aquí. Como te dije,

estás bajo mi protección.

Frunzo el ceño. ¿Hay protecciones mágicas que protegen el castillo? ¿De qué? Por lo poco que le he oído hablar de este lugar, asumo que el hecho de que haya aún más en la zona que le pertenece es solo consecuencia de los «múltiples intentos de asesinato» sobre los que estuvo bromeando anoche.

—¿Tus enemigos te mandan pesadillas?

Sebastián se ríe con suavidad.

—Me mandan pesadillas, dolor de cabeza y asesinos vestidos de color amarillo.

—¿Amarillo?

—No soporto el amarillo —resopla—. Me sienta fatal. Estoy seguro de que es un intento de matarme y burlarse de mí a la vez, pero todavía no he descifrado la lógica sentimental que hay detrás.

Niego con la cabeza.

—Algo habrás hecho —intento bromear.

Él chasquea la lengua.

—No debería haber rechazado a Cyrilla después de confesarle algo tan personal, supongo —dice él siguiéndome la broma—. No puedes fiarte de nadie en esta sociedad de locos retorcidos. Espero que tú esto no lo uses para después intentar… ¿vender mis secretos a algún miembro de la corte?

Antes de que pueda protestar, Sebastián hace un gesto para que lo siga. ¿Es Cyrilla alguna…? ¿Qué?

—Ven, cogeremos otro camino para volver al interior.

Sostengo la falda con mucha más maestría que hará unos minutos, no me está costando acostumbrarme al vestido. Doy un paso tras Sebastián, adentrándome en la luz del sol matutino. Aunque es invierno, es lo suficiente cálida como para que se explique por qué los prados son tan frondosos. Al menos en Madrid

era invierno… ¿Las estaciones funcionarán igual en Valemir?

—¿Quieres que me pierda en aquella arboleda? —bromeo.

Sebastián se vuelve, carismático, y camina de espaldas solo para mirarme.

—¿Después de lo que me ha costado encontrarte de nuevo? —resopla—. Tengo la intención de quedarme contigo, lady Emma.

Río con suavidad y lo sigo sin pensarlo demasiado ocultando un rubor. Tomo nota: mi niño torpe es ahora un zalamero. Sea como sea, dejo que sea el príncipe quien nos guíe a través de los terrenos exteriores del ala oeste y yo me centro en que la tela color vino no se embarre con la tierra del camino.

—Bonito vestido.

—Gracias.

—¿Qué prefieres para desayunar?

Parpadeo y alzo la vista.

—La leche y el bizcocho estaban muy ricos —digo.

—Son mis favoritos, por eso te los he hecho enviar. ¿Qué sueles desayunar tú en…? —Parece intentar recordar algo.

—¿En Madrid?

—Eso, gracias —añade con un gesto educado—. ¿Qué se desayuna en el Reino de Madrid?

Suelto una risilla y, como hay demasiado por explicar, niego con la cabeza.

—Churros con chocolate si eres guiri.

Sebastián me mira como si hablara otro idioma y trata de sonreír como lo hago yo. No puedo tomarle más el pelo.

—Madrid no es un reino.

—Ah. —Arranca una hoja de uno de los árboles y juguetea con ella como anoche hacía con la pluma—. ¿Y qué es?

—Una ciudad.

—¿Sin gobierno?

Cojo aire despacio, considerando hasta qué punto podría explicarle a Sebastián cómo es Madrid.

—¿Cómo es el gobierno en Valemir?

El príncipe sonríe arrogante.

—La Casa de Amira es la casa regente ahora mismo y tiene diferentes consejeros y ministros. La gente que trabajaba con mi padre sigue trabajando por el reino —explica—. La posición del rey es principalmente representativa, pese a lo importante que es.

«Ah, entonces no es tan diferente», pienso.

—¿Y a qué te dedicas como príncipe regente?

—Mientras no se elija al nuevo rey, actúo como monarca, pero sin serlo —responde simple—. Son las mismas responsabilidades que siempre.

—Y cuando no tienes nada que hacer, sales a pasear por los jardines —bromeo.

—O cuando quiero huir de mis tareas, sí —añade divertido.

Mientras Sebastián nos guía, me pregunto qué hubiera sido de mí si jamás hubiera salido corriendo aquella noche. ¿Qué hubiera pasado si en vez de adentrarme en el bosque hubiera decidido abrir la puerta del jardín y huir en dirección contraria? ¿Habría llegado al castillo? ¿Habría visto los pueblos y a la gente que vive en ellos? ¿Habría encontrado a Gael? ¿Y si le hubiera pedido ayuda?

Si hubiera elegido otro camino, es posible que mi padre siguiera aquí. Cabe la posibilidad de que Sebastián y yo jamás nos hubiéramos separado. Este lugar sería tan familiar como la clínica veterinaria. He visto a los caballos y asumo que el castillo tendrá gatos para mantener a las ratas a raya, ¿no? Y pájaros. Hay pájaros en las copas de los árboles, por encima de nuestras cabezas.

Pero, si esa vida fuera real, jamás habría conocido a Sia.

Necesito volver a Madrid. No creo que haya nada aquí para mí, aparte de la nostalgia de una vida que jamás llegué a vivir y el rencor de no obtener jamás las respuestas necesarias. Pero no puedo evitar hacerme mil preguntas sobre este lugar, qué hago aquí y qué ha sido de él.

De mi padre.

Para cuando me doy cuenta, caminamos sobre tierra y estamos rodeando una fuente. Frente a nosotros ahora hay una puerta grande con mil detalles.

—Esta es la puerta principal del ala oeste —señala Sebastián, educado, mientras sube las escaleras del porche—. Me temo que anoche no tuve tiempo de presentarte al servicio, pero he apañado un par de cosas y ellos sabrán qué hacer. Si necesitas cualquier cosa, házselo saber y te ayudarán.

Lo sigo al interior, anonadada de nuevo. El joven saluda con la cabeza cuando dos doncellas nos alcanzan pasando por el vestíbulo principal y nos hacen una reverencia. Me siento estúpida cuando descubro que estoy saludando con la mano.

Sebastián sonríe al ver el rubor de mis mejillas.

—No pasa nada —ríe—. ¿Se saluda así en tu mundo?

—Normalmente sí. ¿Se supone que yo también tengo que hacer una reverencia? —pregunto azorada.

Él me dedica una mirada, como si intentara descubrir cuál es mi opinión al respecto. Al final, cede.

—Yo tampoco los conozco demasiado, tranquila —confiesa—. El protocolo del castillo es uno. Aquí se hace lo que yo ordeno. Si se lo pides, te saludarán con la mano. Supongo que entre ellos lo harán. No tengo ni idea.

—¿Tampoco te fías de ellos? —resoplo divertida.

Le veo encogerse de hombros, manteniendo cierta distancia

emocional.

—¿Quién sabe? Quizá mañana decidan intentar ahogarme con un cojín porque alguien les ha prometido mejores condiciones laborales —responde cínico—. No son mis amigos, Emma. Trabajan para mí.

Sebastián hace mueca divertida. Yo frunzo el ceño. Son la gente que cuida de su hogar. Pero, claro, es un príncipe. A él qué más le da si son amigos o trabajadores o…

Arrugo la nariz cuando me tiende una mano, pero dejo que me ayude a subir la escalera principal. Asumo que es la que nos llevará al mismo piso en el que está mi dormitorio. Casi toda mi atención está puesta en no tropezarme con el bajo de la falda.

Esta vez, el joven nos guía hacia mis aposentos. Si Kevin viera este lugar, pensaría que está compuesto de mil momentos históricos diferentes. Existe de la manera más incongruente. Todo tiene sentido, pero hay ciertas comodidades que no logro comprender. Supongo que cuando puedes resolver ciertos aspectos con magia, algunas soluciones resultan algo redundantes y por eso no hay lámparas en el techo, ¿verdad?

Hay una especie de estructura colgada, pero está vacía.

—Si no te fías del servicio y no te fías de las chicas con las que sales —bromeo—, ¿por qué confiarías en que puedo ayudarte, Sebastián?

Él me mira con seriedad, dejando entrar a dos doncellas para hacernos compañía en la habitación. Entorna la puerta, pero no la cierra, mientras yo avanzo hacia el centro de la sala. ¿Debería sentarme?

—No tengo muchas más opciones, Emma —bromea—. Hasta donde yo sé, tu padre solo tuvo una hija.

—No me sorprendería que apareciera otra —resoplo cínica.

¿Cuántas más cosas me ocultó? Sebastián coloca una mano en mi espalda y me guía hacia la ventana, lejos de las doncellas. Una vez que llegamos al fondo de la habitación, veo que clava la vista en el horizonte y guarda silencio.

Aprovecho el momento para fijarme bien en quién nos acompaña: son las mujeres que vi antes en el pasillo, las que nos hicieron la reverencia, y visten de negro. ¿Por qué?

No llevan ningún delantal, aunque traen consigo un par de cestas.

—Dime, Emma, ¿crees que puedo confiar en ti? —pregunta Sebastián.

Cuando alzo la vista y me topo con la suya, la intensidad de su mirada me atrapa. No me he sentado y él tampoco lo hace.

—No tengo ningún interés en hacerte daño —respondo con sinceridad—. Tampoco sé cómo podría hacerlo.

—Podría decir lo mismo.

Su petición sigue pendiente, colgando suspendida en el aire entre nosotros. No he tenido mucho tiempo para considerarla, pero sé que quiere una respuesta. A decir verdad, las opciones que tengo no son demasiadas y la oferta del príncipe parece la más sensata.

Al menos hasta que encuentre la forma de volver a casa sana y salva.

Sin embargo, como si no quisiera insistir, el príncipe se aleja. Continúa hacia el final de la sala y se acerca a los ventanales.

Me vuelvo hacia él, dejando que la distancia ponga las cosas en perspectiva.

—Quizá sea buena idea —digo casi pensando en voz alta.

Sebastián clava la vista en el exterior, casi como si no quisiera dejarme ver su reacción al oír mi respuesta.

—Puedo quedarme un par de días. O hasta que hayas

encontrado las reliquias, supongo —suspiro—. No sé exactamente cómo podría ayudarte con eso, pero si no hay nadie más que pueda hacerlo…

Veo que juguetea con sus dedos, como lo hacía cuando sostenía la hoja con la pluma… El gesto se ha vuelto tan familiar que creo que entiendo lo que ocurre.

Cuando Sebastián piensa, necesita atrapar las ideas en ese gesto.

—¿Me ayudarás entonces?

Espero hasta que se vuelve para mirarme y, cuando lo hace, asiento.

No estaría mal poder ayudar a un viejo amigo. Además, la situación parece injusta: lo criaron para ser el rey y ahora quieren arrebatarle su derecho de nacimiento. No parece tener ninguna intención horrible para con su reino, ni ha hecho nada que lo haga parecer el príncipe horroroso del que hablaba Cleia.

De todas maneras, no soy tonta.

—Pero quiero algo a cambio.

Él asiente estoico.

—Lo que desees.

Carraspeo para eliminar el nudo que se me ha hecho en la garganta. Cuando Sebastián coloca las manos a la espalda y alza el mentón, sí que parece un verdadero miembro de la realeza. Está distante, frío, sereno. Borra al chico al que conocí de un plumazo y la idea me resulta un tanto escalofriante.

Avanzo hacia él, esperando que él haga lo mismo y me mire a los ojos. Que me devuelva al chico que aparece de vez en cuando.

—Me ayudarás a descubrir qué le ocurrió a mi padre y cómo evitar que me ocurra lo mismo —pido.

Su posado desaparece. Aunque la petición no lo pilla por

sorpresa, parece que mi gesto sí. Me mira de arriba abajo, como si buscara alguna falla en mi rostro, algo que revelara alguna intención oculta.

Lo que parece sorprenderle es que no la encuentra.

—Por supuesto —concede.

—Así podré volver a Madrid y librarme de…

Decir «la maldición» le da demasiada importancia. Hago un gesto con la mano, frustrada, y es él quien resuelve el problema.

—De las pesadillas —dice amable.

—Exacto.

Sebastián se apoya en el saliente de la ventana para mirarme y, tras un instante en el que parece que está digiriendo la información, asiente.

—Está bien —dice—. Entonces nos ayudaremos el uno al otro. ¿Significa eso que aceptas mi propuesta?

Entonces les hace un gesto a las doncellas, pero asumo que será algo que debe hacer. Vuelvo el rostro para ver cómo colocan una caja en el suelo y el golpe que hace al caer sobre la alfombra me despista.

—¿S-sí…?

—Necesito que lo digas más claro, Emma. Por supuesto, eres consciente de lo que supone la vida de un príncipe.

—Supongo.

—Supongo no es un «sí». ¿Aceptas mi propuesta?

—Sí, acepto.

¿Qué le pasa ahora? ¿Y por qué sonríe así? Sebastián hace un gesto con las manos, satisfecho, y se incorpora de nuevo.

—Perfecto. Porque tenemos mucho trabajo por delante. Me he encargado de que tengas tus propios aposentos, tus doncellas y todo lo que necesites a tu disposición para esta noche. Y para todas

las demás, claro.

Se aleja de mí y yo lo sigo sin pensarlo, como si una cuerda me atara a él.

—¿Para esta noche?

—Me temo que hoy ya tengo apalabrada la comida y voy algo tarde después de nuestro paseo, pero confío en que Irina y Rilke se harán cargo de ti y te ayudarán a hacerle frente a la velada lo mejor posible, ¿verdad?

—Por supuesto, alteza —responde la mayor de las doncellas.

—¿Qué ocurre esta noche? —pregunto.

Las mujeres se vuelven al verlo pasar y hacen una pequeña reverencia.

—Así será, alteza.

La más joven de las dos me corta el paso y Sebastián se escabulle. La muchacha me sonríe con dulzura y me guía con un gesto. Vacilo. Lo veo alejarse y entiendo que la doncella intenta hacerse cargo de mi ropa cuando me hace un gesto con las manos.

—¡Oh, no es necesario! —digo azorada—. Puedo apañármelas sola. ¿Sebastián? ¡Oye…!

¿Adónde va?

—Ese vestido le queda grande, alteza —objeta la joven—. Podemos hacerle uno a su medida a tiempo para la cena, no se preocupe.

¿Cómo que «alteza»?

—No sé si tendremos tiempo para eso, Rilke —protesta la mayor de las dos—. No hagas promesas en vano.

Parpadeo, siento las manos de la mayor en la cintura.

—No es necesario hacer ningún vestido, de verdad —insisto—. Podemos ajustarlo de otra manera o… Me gustaría poder hablar con el príncipe, si no os importa. ¿Sebastián?

El aludido sonríe, está encantado con la escena.

—No puede llevar ese vestido color vino de la Casa de la Voluntad —protesta Rilke—. Debe vestir algo adecuado. ¿Quizá un color oliva? Que le destaque el pelo. ¿Qué le parece, príncipe Sebastián?

—Una idea excelente, como siempre, Rilke —dice desde la distancia.

¿Por qué está dejando que todo esto ocurra? Sin saber cómo, subo a la caja de madera cuando la mujer mayor me obliga. Desde la puerta, Sebastián parece que se lo está pasando pipa viéndome a merced de ambas mujeres.

—Sería un color adecuado, sí —observa Irina, desatándome los cordones de los laterales del vestido.

—¿Adecuado para quién? —pregunto atacada.

Rilke sonríe orgullosa.

—Adecuado para su nuevo estatus, alteza, por supuesto.

—¿Qué está pasando? ¿Qué estatus…?

Desde la puerta, Sebastián sonríe travieso. Tiene la mano en el pomo de la puerta cuando por fin confiesa:

—El de la prometida del príncipe, querida.

Se me cae el alma al suelo… ¡Sí, hombre! Eso no lo hemos acordado. No lo hemos ni mencionado.

No hemos hablado de…

—¡¿Qué?!

Sebastián escurre el bulto y sale por la puerta.

—Ser Kergalot vendrá a buscaros a la hora de la cena. Os veré de nuevo entonces, lady Emma —dice carismático y traicionero.

—¡Sebastián, vuelve aquí!

La puerta se cierra con suavidad tras él. Las doncellas me sostienen sobre la caja sin que yo ni siquiera pueda entender qué

está ocurriendo. La túnica color vino cae al suelo pese a mi estupor.

—No se preocupe, lady Emma —dice Rilke—. Somos conscientes de que no conocéis las costumbres de Valemir. Vuestra alteza el príncipe nos ha informado de todo. No es una situación tan horrible casarse con un hombre desconocido cuando este es un príncipe.

—¡No voy a casarme con él! —respondo cortante.

Pero nadie me está escuchando.

—Ahora que es su prometida, le enseñaremos todo lo que necesita saber —continúa Rilke—. Si tiene preguntas, podemos contestarlas.

—¿Y Cleia? Quiero hablar con ella.

—Esperemos que esta prometida aguante más que la anterior —resopla Irina pasándome la cinta de medir por la cintura.

Anonadada, agacho la mirada para mirarla a la cara.

—¡¿La anterior?!

Rilke suelta una risa y golpea con suavidad el hombro de su maestra, que está apuntando las medidas en un trocito de papel. La vieja se ríe y luego niega con la cabeza mientras busca algo de tela.

—Irina, vas a asustarla.

—Trabajé como una mula en ese vestido de boda con perlas para que luego se lanzara por un acantilado —protesta—. Tengo derecho a asustar a esta si quiero. No pienso pasar por eso dos veces.

—¿Quién se tiró por un acantilado?

La vieja alza un dedo, casi como si quisiera regañarme.

—Lady Emma, os pongáis como os pongáis, no pienso coserle perlas a vuestro vestido. Si vos queréis despeñaros, no me hagáis trabajar de más.

—¡No quiero perlas! ¿De qué estáis hablando?

Rilke le dedica una mirada de reproche a su compañera antes de mirarme a mí.

—De la anterior prometida del príncipe, alteza —explica—. Pero vos no os preocupéis por eso. Es solo una tragedia tonta.

Voy a perder la cabeza.

—Aunque, siendo sincera, a mí no me importaría si el príncipe fuera tan horrible como dicen —continúa Rilke—. Con lo guapo que es, también me casaría con él aunque fuera el mismísimo Corruptor.

—Y por eso tienes dos niños a los que alimentar en las cocinas, chiquilla —protesta Irina—. ¿Le has medido bien ese hombro? ¡Céntrate!

De pie, en mitad de la sala y dejando que las dos mujeres me usen como una muñeca, intento hacerme a la idea del lío en el que me acabo de meter. ¿Cómo he acabado enredada en esto?

Ayer era una veterinaria que cobraba el salario mínimo y ahora soy la prometida de un príncipe emperrado en heredar el reino de su padre.

¿Dónde dicen que está ese acantilado?

9

La tela de este vestido pesa mucho más que la del otro. Además, la silueta de este es un poco más enrevesada, pero está acabado y no nos queda mucho más tiempo. Al final Rilke tenía razón. Han sido capaces de apañar un nuevo vestido. De hecho, resulta que son tan buenas costureras como institutrices porque, aunque tengo la cabeza como un bombo, he olvidado absolutamente todo lo que no sea la cena de nombramiento y el papel que se supone que debo desempeñar en ella.

Adiós, Madrid.

Adiós, turnos de tarde.

Ahora lo único que conozco son los diferentes saludos y términos adecuados para cada noble, así como la geografía y disposición del reino de mi prometido.

Mi falso prometido.

—No entiendo por qué os metería a vosotras en este enredo —murmuro, bajando del cajón en el que ambas costureras me han tenido la última hora.

Han estado ultimando los detalles de este vestido como si fuera su mayor creación. A juzgar por las perlas bordadas en la falda, diría que Irina al final me ha cogido algo de cariño.

—Vuestra alteza nos puso al día ayer por la noche —explica la maestra—, pero la prometida falsa del príncipe no debería

preocuparse de esas cuestiones. Tú tan solo asegúrate de sobrevivir a la noche.

Arrugo la nariz.

—¿Y no teme que confeséis que todo esto es un truco? —pregunto frustrada—. Porque es un paranoico. Está siempre hablando de enemigos e intentos de asesinato.

Rilke sonríe, un par de pasos por detrás de mí, echándole un vistazo a la caída de la falda. Parece orgullosa.

—Irina fue su ama de pequeña —responde sin más.

Sebastián es un puzle que no voy a poder resolver jamás, ¿verdad? Un segundo es el príncipe de Maquiavelo y al siguiente es Moisés.

Alzo las manos en el aire, exasperada, y ambas mujeres me echan la bronca a la vez por romper el protocolo.

—Lady Emma, ¡los brazos!

—¡Nunca por encima de los hombros!

—Mantenga los codos sellados. ¡Se-lla-dos!

Pongo los ojos en blanco, fastidiada, y bajo los brazos, luego inclino un poco la cabeza.

Sea lo que sea, mi actitud tendrá que servirles porque no tenemos mucho más tiempo para preparar a la nueva prometida del príncipe Sebastián.

De hecho, mientras dicho príncipe engreído está vete a saber dónde haciendo vete a saber qué, las costureras me preparan como se prepara a una actriz a la que han recogido de la calle para reemplazar el papel principal de una ópera: con pocas esperanzas de éxito, pero las mejores intenciones.

Mientras Rilke se asegura de que el corsé queda bien cerrado, me pongo las manos en la cintura y clavo la vista en la puerta cerrada de mis aposentos.

—No está mal para haberlo hecho en una tarde —murmura la joven madre.

La vieja pone una de sus caras de desaprobación, pero no dice nada más.

—¿Lady Emma?

Vuelvo la cabeza para prestarle atención a Rilke.

—Emma a secas, por favor.

Ella se me queda mirando con los ojos como platos.

—¿Emma?

—Exacto.

—¿Queréis que os tutee?

—Sí —suspiro—, por favor…

Después de un minuto de silencio en el que parece sopesar la idea, suspira y retoma la conversación.

—Emma…, ¿estás preocupada por el príncipe?

Aprieto los labios.

Rilke está convencida de que todo esto tiene cierto romanticismo, en especial porque le he confesado que sí, que el príncipe y yo nos conocemos desde niños. Pero, claro, yo tengo una opinión muy distinta del asunto.

Yo a esto lo llamo secuestro.

—No. Estoy cabreada —suelto sin más—. ¿A santo de qué me suelta que estamos prometidos, me deja con vosotras y se larga? ¡Ha sido una emboscada! ¿Quién demonios se cree que es? ¡Yo solo he accedido a hacer todo esto para encontrar a mi padre! ¡Y ahora tengo que…!

—¿Asistir a una cena de gala?

—Sí y comerme el…

—¿Pavo rustido con confitura de miel?

—¡Eso! —respondo airada.

Se hace el silencio.

Después, Irina suelta una carcajada que llena la estancia.

—¡Si esos fueran todos nuestros problemas!

Resoplo y me vuelvo para verme en el espejo: me han recogido los rizos en trenzas. Han encontrado joyas y tocados a juego con su obra de arte. El vestido verde es una amalgama de piezas antiguas con el que han hecho uno nuevo, pero es hermoso.

La cola medirá un metro, más o menos.

—Tendría que haber sido amarillo —murmuro de mala gana.

Rilke sonríe divertida.

—Como ya te hemos dicho, los colores son importantes. Algunas casas usan colores específicos y llevarlos podría demostrar cierta… asociación con dichas casas. No queremos que eso ocurra, ¿verdad?

¿Significa eso que los asesinos amarillos venían de una casa en concreto?

—¿Qué casa está asociada con el amarillo? —pregunto.

—El dorado —me corrige Rilke— es el color que suele representar a la Casa de Ard, la casa de la afinidad con la tierra.

Asiento despacio. Soy incapaz de recordar tantos nombres en apenas un par de horas, pero me las apañaré. Eso no evita la rabia que siento. ¿Por qué tengo que ir a una cena de nombramiento? ¿A mí qué se me ha perdido allí?

—El rojo es de la Casa de la Voluntad, ¿cierto? —añado intentando ser proactiva.

Rilke asiente.

—Por eso el vestido de esta mañana era color vino.

—Y por eso le ha parecido tan gracioso a Sebastián —gruño, ahora entiendo las miradas del servicio—. Era el vestido de su exprometida.

—Así es —responde Irina—. Era el único que teníamos a mano,

dado el estado en que llegasteis, lady Emma.

Alzo el mentón y evito avergonzarme por haber aparecido desnuda. ¿Y yo qué culpa tengo de eso? Solo he aceptado buscar las reliquias para descubrir qué demonios ha sido de mi padre. No he aceptado ser la prometida de nadie ni la muñequita de ninguna costurera ni…

—Lo voy a matar —digo por lo bajo.

Oigo a alguien acercarse a la puerta y, cuando esta se abre, otra doncella nos avisa de que la hora se acerca. Curiosamente, Cleia no ha vuelto a aparecer en todo el día. ¿Estará en mis aposentos cuando regrese de la cena? ¿Podría preguntarle qué piensa ella de todo esto?

Fue ella quien me advirtió sobre Sebastián.

Quizá debería haberle hecho más caso, en vez de desechar su consejo de buenas a primeras.

—Lady Emma, ¿cuál es vuestro papel esta noche? —Irina me observa como una maestra y aguarda hasta que encuentro la respuesta.

—Figurar junto al príncipe regente, ser presentada en sociedad y aguardar hasta que las campanadas den la medianoche.

—¿Qué ocurre entonces?

Que me largo corriendo a mi casa en una calabaza, lejos de esta institución de locos.

—A las doce —respondo—, los Luminares aparecen y le hacen saber a la corte si el heredero ha sido elegido o no para ser el próximo rey.

La vieja asiente, convencida.

—¿Y quién se postula esta noche?

—La Casa de la Voluntad —respondo rápidamente.

Parece ser que la Casa de la Voluntad es una de las más

importantes, porque hay demasiadas cosas que le atañen.

O eso o son una panda de plastas.

—Que es también la casa de la antigua prometida de Sebastián —repite Rilke con una mano en la cadera—. Así que aparecer con otra prometida esta noche es una clara declaración de…

—Es un insulto —la corta Irina sin más—. Así que los asistentes no os van a quitar el ojo de encima, alteza. Mantenga la calma. No es personal, pero no podéis dejaros provocar ni achantar.

Niego con la cabeza, fastidiada. ¡Encima!

—Solo si sobrevivís a la noche, podréis descubrir qué le ocurrió a vuestro padre —concluye la maestra costurera—. No tenéis otra opción, ¿lo recordáis? Es importante que lo recordéis: a veces no tenemos otra opción.

Supongo que tiene razón.

—De hecho, me han dejado sin opciones —protesto.

La mujer me tiende la mano y me ayuda a moverme.

Las dos costureras me acompañan fuera de la habitación, hasta el pasillo que lleva hacia las escaleras principales del ala oeste. Mientras, me crujen a preguntas sobre la corte y respondo a la gran mayoría mal. Ambas deciden que lo mejor será que sonría y solo hable si me veo completamente segura.

Irina bromea y dice que quizá sea mejor fingir que soy muda.

—Vuestra alteza espera en el vestíbulo —dice Rilke—. Solo tienes que bajar la escalera. El resto de la noche, cuélgate del brazo del príncipe y aguanta, Emma.

«Lo que voy a hacer es colgarle a él», pienso. Pero asiento y noto el suave apretón de su mano contra la mía antes de separarse.

Tras arreglar el bajo de la falda, ambas doncellas asienten y se retiran.

Al final, ser Kergalot no ha aparecido. Aunque, viendo el historial

de Sebastián, estaba segura de que faltaría a su palabra de alguna manera.

Cojo aire y sostengo la falda tal y como ellas me han enseñado para bajar la escalera que lleva al vestíbulo principal. Tomo la misma escalera por la que Sebastián y yo hemos subido por la mañana, antes de toda esta treta. De hecho, siento que llevo atrapada en ese piso una eternidad y que ahora soy una persona diferente.

Una mucho más enfadada.

Cuando piso el primer escalón, algo insegura, me cercioro de poner bien el pie. Sin embargo, cuando gano confianza, consigo levantar la vista y ver el vestíbulo que espera a mis pies.

Abajo, al final de la escalera, se encuentran los caballeros de la Guardia Real. Entre ellos está ser Kergalot, que parece perdido en sus pensamientos. Los soldados han formado un pequeño pasillo. El hombre, entre ellos, parece tenso, dispuesto a salir huyendo.

En el centro del pasillo, el príncipe me mira solo a mí.

Va vestido de gala, con una cinta que le cruza el pecho y lo que pudiera ser un florín a la altura de la cadera. La chaqueta es de un azul muy oscuro, pero sus condecoraciones y su cinturón hacen juego con mi vestido.

Mi resolución de asesinarlo desaparece.

Sería un despropósito con esa cara.

Todas las maldiciones que he ido recopilado a lo largo de la tarde quedan en nada cuando veo que, con una mano en el pecho, Sebastián rompe filas y se acerca al final de la escalera para recogerme.

Recuerdo a Irina insistiendo en que debía ser yo quien avanzara hasta el príncipe. Ha dicho que era yo quien debía hacer una pequeña reverencia antes de partir, que ese es el protocolo, y ha insistido mucho. Pero eso no es lo que está ocurriendo. Sebastián

avanza desde la puerta hasta el final de las escaleras, donde me mira como si me viera por primera vez de nuevo y sonríe como un crío.

Mierda.

—Estás preciosa —susurra—. El compromiso te sienta de maravilla.

Ah, ahora recuerdo por qué quería matarlo.

Aprieto la mandíbula contrariada. No soy una niña de quince años y su papelón no va a funcionar. Sin embargo, como la gente nos está mirando, le respondo con la sonrisa más encantadora que encuentro.

—Te voy a matar —digo entre dientes.

Por desgracia, Sebastián se ríe y asiente, y a mí se me olvida todo otra vez.

—Ah, vas a estar como en casa en esa cena —bromea.

El príncipe se coloca a mi lado y alza la vista para que la Guardia Real pueda ponerse en marcha. Los soldados le obedecen sin esfuerzo alguno, cosa que resulta aún más enervante.

Me cuelgo de su brazo y juego a su juego, pero le pellizco el costado cuando creo que ser Kergalot ya no puede vernos. Le dedico una mirada que podría asesinarlo de verdad. ¿De qué va?

Pero, como todo esto sigue pareciéndole divertido, por alguna razón que desconozco, acabo dejando que el enfado desaparezca. Así que suspiro y hago de tripas corazón.

Y supongo que tiene algo de divertido fingir ser su prometida durante lo que sea que dure mi presencia en el castillo.

Ser Kergalot y tres guardias más caminan por delante de nosotros a través del largo pasillo que une el ala oeste con el castillo. En un momento dado, el pasillo se transforma en un puente cubierto y el frío de la noche barre la escena. Me vuelvo sutilmente

para comprobar que el resto de la Guardia Real que estaba en el vestíbulo camina por detrás de nosotros.

Cuando le echo un vistazo al rostro de Sebastián, veo que su sonrisa se endurece hasta desaparecer.

—Podrías haberme dicho algo —protesto.

—Tú aceptaste el acuerdo sin preguntar nada más —responde—. Debes tener más cuidado y asegurarte de que sabes en qué te estás metiendo.

—Eso no significa que puedas engatusarme así.

—No te he engatusado —protesta él—. No retuerzas mis actos. Te he preguntado dos veces y tú has accedido de corazón en ambas ocasiones.

—No pienso casarme contigo. Lo sabes, ¿no?

Sebastián aprieta los labios.

—No albergaba la menor esperanza de que quisieras. Pero no me dio tiempo de darte explicaciones mientras hibernabas —explica él tenso—. Los carroñeros siguen lanzando herederos y a mí no me queda otra que ir al vuelo con todo. Lo siento si os ofende tener que caminar de mi brazo, lady Emma.

—No te pases —protesto—. Y no uses «lady» con ese retintín.

—Haré lo que quiera —responde con un resoplido—. Porque soy el aspirante al trono.

Pero como le pellizco, se vuelve a reír por lo bajo.

—No puedes hacer eso en el salón, ¿eh? —me recuerda.

—Haré lo que quiera, porque soy tu prometida —me burlo. Pero hay algo que me ronda la cabeza—: ¿A cuántas cenas como esta has asistido?

Finge contar.

—Veamos: mi padre fue ascendido hace dos semanas, así que… —Teatrero, finge que se le ilumina la bombilla—. Esta es la segunda

y mañana será la tercera. La cuarta quizá tarde un poco más, porque alguien querrá pensarse mejor su estrategia.

No sé si lo dice en serio o exagera, pero…

—¿Ni siquiera te han dado tiempo para pasar el duelo?

—Una semana —responde cortante.

Sebastián esquiva mi mirada y mantiene la vista puesta al frente. Aprieta la mandíbula. Se me encoge el corazón en un puño. El pobre no ha tenido tiempo de nada. No ha tenido tiempo de sentir ni una sola emoción. Y ahí está: tenso, arrogante. Pero es un posado, ¿verdad?

Debe de serlo.

Si no actuara así, no podría aguantar nada de esto. Por lo poco que le he oído hablar de él, amaba a su padre.

No es fácil perder a alguien y mucho menos así.

—Sebastián…

—Es increíble que su única motivación sea algo tan banal como gobernar un castillo —masculla enfadado—. Deberían estar pendientes del equilibrio y de la amenaza del Corruptor, pero lo único que les importa es posar el culo en una silla de piedra.

Le acaricio el brazo a través de la suave tela de la chaqueta. No me apetece añadirle más leña al fuego, la verdad.

—Tienes razón. Es insultante.

Cuando me mira, veo en sus ojos que es lo último que esperaba oír.

—Si te soy sincera, no entiendo cómo no se ha decretado un tiempo de luto o algo —suspiro y no mido muy bien mis palabras.

—Los reyes de Valemir duermen en la cripta —me interrumpe—. No puedo enterrarlo, Emma. No hay luto porque no ha fallecido. No va a morir jamás.

Aunque es directo, siento su mano enguantada sobre la mía.

Esta vez sí me mira y, lo que sea que se le pasa por la cabeza, se vierte todo en la manera en la que mantiene mi mano cubierta del frío.

El momento se suspende en el aire: el viento se levanta y se me eriza la piel de los brazos. Al instante, Sebastián chasquea la lengua y me pasa un brazo por la cintura para protegerme de él.

Helada, me dejo hacer.

—Entonces ¿no nos vamos a casar de verdad? ¿Solo haces esto para…? —empiezo a decir.

Sebastián suspira exasperado.

—Claro que no voy a forzarte a que te cases conmigo, pánfila.

—Oye, mira, te estás pasando ya…

—¿Quién crees que soy? —protesta—. Solo lo hago para que puedas estar en el ala oeste sin levantar sospechas. Algunas tradiciones son ridículas, pero siguen siendo tradiciones. No puedes jugar sin saber las normas y una de ellas es que no debería tener a una doncella desconocida en mi castillo sin más. Podría ponerte en peligro si no te protejo lo suficiente. Ser mi aliada te pone en el punto de mira, pero ser mi prometida te ofrece cierta seguridad.

Parpadeo sorprendida.

—Qué estratégico.

—Ser Kergalot pensó que era la mejor opción para que pudiéramos buscar las reliquias sin levantar sospechas y yo estoy de acuerdo con él —sigue Sebastián, mientras acaricia con suavidad la piel de mi brazo con sus manos enguantadas—. Pero no te preocupes, el compromiso es de beneficio mutuo: mientras seas mi prometida, puedo evitar también los infinitos cortejos que están por venir.

—Pfff. ¿Infinitos? —resoplo.

Qué arrogante puede ser cuando quiere…

—Te sorprendería saber que ya he recibido tres cartas y la única razón por la que puedo no contestarlas es porque vas a entrar ahí conmigo.

—Espera, un segundo. ¿Vas en serio?

—Soy un príncipe en edad de merecer a punto de heredar, Emma. Me sobran las propuestas de matrimonio.

—¿Aunque seas la Ruina de Valemir? —digo con una mueca divertida.

Él ni se inmuta ante el extraño título, como si fuera de lo más normal.

—Una mala reputación no puede quitarme la herencia —responde sin más—. Mi padre se aseguró de dejar claro que el ala oeste me pertenece. Y aunque solo eso no me haga rey, me da cierto poder y una posición política interesante, ¿no crees?

No, no lo creo. Porque no lo habría pensado en la vida.

Pero no le digo eso.

—Entonces no te quieren como rey, pero les parece genial casarte con la hija de alguien por estatus.

—O hijo.

Parpadeo y siento un rubor en las mejillas. ¿Está interesado en «los hijos»? ¿Por qué me mira así? ¿Por qué…?

—O hijo —repito algo abochornada.

—Así es —sigue—. Cualquier cosa mientras puedan hacerse con un pellizco del castillo.

—Entonces el título de carroñeros les viene al pelo —resoplo.

Sebastián me dedica una sonrisa de orgullo y yo pongo los ojos en blanco. Me encantaría seguir enfadada con él, pero me es imposible estando tan cerca. Y mucho más cuando llegamos al final del puente cubierto y se asegura de colocarme de manera que el aire no pueda rozarme.

Sebastián me cobija con cuidado.

—Es solo un posado —susurra él, contra mi oído—. Una forma de protegernos de ellos. Soy consciente de que no lo he planteado de la mejor manera, pero…

—Ibas contra reloj —respondo comprensiva.

Siento el cambio en su respiración y mantengo la mirada clavada en ser Kergalot, que abre la puerta que nos llevará hacia el interior del castillo. El caballero nos hace un gesto para hacernos saber que podemos reanudar la marcha en cuanto la guardia del castillo nos deja entrar.

Antes de que Sebastián pueda dar un paso adelante, busco su mirada para dejárselo bien claro desde el principio:

—No voy a quedarme en Valemir.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

—No puedo, Sebastián. Ya viste lo que este lugar le hizo a mi padre y…

—No pretendo encerrarte.

—Necesito volver a mi casa.

Él asiente.

—Prometo que en cuanto eso sea posible, podrás volver a tu hogar, si así lo deseas —concluye—. Nuestro noviazgo es estrictamente político y una tapadera para nuestra verdadera misión. Nada más, Emma.

«Nada más».

Aprieto los labios. ¡Pues claro que no es nada más!

—Podrías habérmelo dicho así y ya —respondo de mala gana—. No me hubiera costado entenderlo.

Él parpadea, como si no supiera qué hacer con esa información. Sin embargo, no le doy tiempo a decir nada más, porque me pongo en marcha.

Paso junto a ser Kergalot, que parece sorprenderse al verme pasar de largo al príncipe. Solo cuando siento la mano del susodicho en la cintura, que me obliga a frenar el ritmo, recuerdo a Irina y Rilke y sus lecciones: colgarme del brazo del príncipe y aguantar.

Lo fusilo con la mirada cuando él alza una ceja.

—Tengo derecho a molestarme —añado—. Tenía derecho a saber cuál era tu plan. No creas que puedes hacer esto dos veces, porque no voy a permitirlo.

—Tenéis razón. —Sebastián acepta el golpe con dignidad—. Mis disculpas, lady Emma.

Recuerdo el desayuno y la nota. Recuerdo su rostro al encontrarme en las caballerizas, su sonrisa al ver los prados.

—¿Cómo te sentirías tú si te atrapara así, eh? ¡En el fondo no te conozco de nada! Ni a ti ni a nadie —protesto mientras avanzo por el pasillo—. No sé quién es toda esta gente ni dónde estoy ni cómo volver a mi casa, a menos que haga… ¡No lo sé! ¿Magia? Todo es demasiado y estoy confusa. Y tú no dejas de aprovecharte de…

Sebastián afianza su agarre en mi cintura y me obliga a bajar el tono de voz.

—No voy a hacer ningún avance ni voy a presionarte de ningún modo —responde enseguida—. Si algo te incomoda, házmelo saber.

Le lanzo una mirada que ni yo misma entiendo y él sonríe.

—Suéltame.

Lo hace de inmediato y se coloca las manos a la espalda. Su sonrisa solo se desvanece cuando atrapa la mirada de advertencia que le lanza ser Kergalot. Creo que estamos lo suficiente cerca del salón como para que alguien nos oiga.

—No pienso hablar con nadie de ahí dentro —protesto en un susurro.

—Como lo deseéis, mi señora.

Sebastián me ofrece un gesto complaciente y una sonrisa retorcida. ¿Se está burlando de mí?

—¿«Mi señora»?

—Tú puedes llamarme «mi lord» o «mi señor» —bromea—. O puedes saltarte el protocolo y llamarme Sebastián. No voy a hacer que te azoten ni nada por el estilo. Aunque creo que «querido» es lo que mejor venderá la historia. «Mi amor» es empalagoso y poco noble.

—¡Mi peor pesadilla! ¡Eso es lo que te voy a llamar!

No sé ni cómo, y quizá sea memoria muscular, pero doy un pisotón como hacía años que no lo hacía. Cierro los puños y lo fusilo con la mirada, y él agacha la cabeza, ocultando una pequeña risa contra la mano libre.

Y ahí está ese colmillo, oculto a simple vista.

Ahí está el chico al que recuerdo, debajo del príncipe impresentable.

Y ahí estoy yo: la niña de las trenzas.

Ser Kergalot se aclara la garganta y nos interrumpe.

—¿Preparados, alteza, excelencia?

Está entre nosotros y las puertas que nos llevarán al interior del salón de baile en el que nos espera la cena. Irina y Rilke se han hecho cargo de describir lo que me espera: las familias nobles de Valemir aguardan al otro lado de esa puerta, cada una en sus mesas. Nos esperan unas seis horas de evento.

—Preparados —respondo decidida.

—Guardad las formas —advierte ser Kergalot—. Recordad que es el príncipe quien debe hablar por…

—¡Oh, no seas aguafiestas, Alaric! —protesta el susodicho—. No la coartes. Al menos esta vez habrá alguien interesante en una de estas estúpidas cenas.

Sebastián coloca su mano en mi espalda y me guía al interior de la sala.

10

Ser Kergalot nos lanza una última mirada de advertencia, pero abre las puertas junto a los otros tres guardias y nos deja entrar sin oponer resistencia.

Nerviosa, me enderezo, pero solo siento la mirada de Sebastián puesta sobre mi clavícula, el esternón…

—Vuestra alteza Sebastián, príncipe regente de Valemir, hijo de lady Basira de Pyrramiede y heredero del ascendido rey Gael de Amira —proclama una voz.

Alzo el rostro y veo a un paje cuya responsabilidad parece ser anunciar a los invitados de la cena.

—Lo acompaña su prometida: lady Emma, heredera de Ciro de Valemir.

Escucho el silencio que sirve de antesala a las reacciones de sorpresa que ha provocado el anuncio.

«Su prometida. Lady Emma, heredera de Ciro de Valemir».

¿Esa soy?

—Qué collar tan bonito, querida —murmura el príncipe, justo cuando se supone que deberíamos avanzar hacia el interior.

Y yo me pongo del color de la Casa de la Voluntad en contra de la mía propia, porque no llevo ningún puto collar. Lo que llevo es un corsé que me hace un escote la mar de precioso.

Lo pellizco de nuevo, pero él sonríe y nos guía hacia el interior.

Avanzamos sin más, fingiendo ser lo que no somos. Puedo oír la confusión de la sala entera al vernos entrar, pero a mí solo me importa la sonrisa de satisfacción y malicia de Sebastián. ¿Qué demonios se piensa que está haciendo? ¿A qué ha venido ese comentario?

Ah, ya lo entiendo.

Me está distrayendo, ¿verdad?

Es él quien nos guía hacia el interior del salón, quien mantiene la cabeza erguida mientras los comensales e invitados ofrecen sus reverencias.

Decido dejar las chorradas de Sebastián a un lado y centrarme en mi objetivo: sobrevivir a la noche.

Paso a paso, veo a los invitados y agradezco la dedicación de las costureras. Gracias a su incesante charla, soy capaz de descifrar quiénes son algunos de los comensales. O al menos a qué casa representan. Pese a su influencia y su papel como el príncipe regente, es obvio que Sebastián no tiene muchos aliados, al menos por cómo le miran la gran mayoría de los comensales.

Me aferro a su brazo nerviosa.

No sé por qué lo hago. Será por los cuchicheos o por las miradas. Quizá es porque es más fácil estar frente al resto si estoy a su lado. Sé que todo el mundo se está preguntando de debajo de qué piedra he salido. Sería lo lógico. Él debe de haber anticipado sus reacciones. Sin embargo, yo no podía esperar ninguna. Pese a los avisos de Rilke e Irina, no estoy más preparada para esto de lo que lo estaría cualquier otra persona.

De hecho, quizá estoy mucho menos preparada que su anterior prometida, la que acabó saltando por un acantilado.

No me puedo creer que no haya pedido más detalles sobre esa historia, pero supongo que estaba demasiado enfadada como para

centrarme en el cotilleo.

Sebastián y yo avanzamos juntos hasta el otro extremo de la sala.

Todos los invitados están de pie para ofrecerle sus respetos al príncipe, todos hacen una reverencia. A través de la avalancha de colores y rostros del salón, busco sus ojos. Sebastián me atrapa mirándolo y frunce el ceño de manera casi imperceptible.

—Es solo una cena —susurra para infundirme valor.

Asiento convencida, pero dos siluetas se interponen en nuestro camino hacia la mesa y me arrebatan toda esa convicción.

Visten de tonos rojos color vino con detalles plateados y negros.

—Lord Azrael —saluda Sebastián.

El hombre, que es mucho más mayor que nosotros, ofrece una sonrisa diplomática. Con una mano en el pecho, la del mismo brazo al que se agarra la que asumo que será su esposa, hace una pequeña reverencia.

—Vuestra alteza —saluda.

Su mirada se posa en mí y yo me preparo para el impacto, pero la conversación no llega a ocurrir. Apenas ha saludado a Sebastián, la pareja se retira y pasa de largo hacia la mesa opuesta a la nuestra.

Frunzo el ceño con una sensación muy extraña.

Hay algo en ellos que me resulta tan familiar como terrorífico.

Sebastián aprieta los dientes, pero lo oculta con media sonrisa y no dice nada más. Me guía hacia la mesa que nos ha sido asignada. De camino hacia allí y con la vista puesta en él, me parece ver una marca en su cuello. ¿Será de alguno de los asesinatos de los que habla? ¿Tiene cicatrices?

Tengo que esforzarme para no volverme para ver a la misteriosa pareja. ¿Acaso lord Azrael…?

—Es el postulante de esta noche —digo en voz alta.

—Así es —me confirma el príncipe—: Lord Azrael du Mort, jefe de la Casa de la Voluntad. Ha decidido que quiere postularse para ser el nuevo rey a su tierna y joven edad de sesenta y dos años. Es siete años mayor que mi padre, pero nada se lo impide.

Me muerdo el labio inferior.

Lord Azrael du Mort se ha sentado en el centro de la mesa, junto a su esposa. La ropa deja claro que están casados. Van a juego. Bueno, casi todos los presentes de su mesa visten de rojo, cosa que significa que son doblegadores. Sin embargo, nadie más viste el mismo tono ni lleva bordados o los mismos símbolos en sus prendas.

Sebastián me ayuda a sentarme en nuestra mesa, la misma en la que nadie más se sienta. Mientras el resto de comensales comparten mesas igual de grandes que la nuestra con sus propios allegados vestidos de sus colores, nosotros nos sentamos aislados.

El príncipe estaría solo si no fuera por mí. Me aseguro de alisar la falda y dejo que él se siente a mi lado.

—No les caes muy bien, ¿no?

Rilke e Irina estarían orgullosas de mí: creo que voy a poder desenvolverme mejor de lo que creían.

—Son de la opinión de que yo llevé a su hija a arrojarse por un acantilado —responde mordaz—. Caerles solo les caigo en desgracia. Pero al menos soy su enemigo favorito.

—Debió de ser horrible.

—Su madre lloró más por el caballo —responde como si nada.

Lo miro, pero Sebastián me evita, así que lanzo otro vistazo a la mesa de los postulantes. Junto al matrimonio du Mort hay una mujer vestida en tonos dorados. Desentona entre los tonos rojos y parece totalmente aborrecida por los eventos del momento, pero algunos de los símbolos grabados en su ropa me resultan familiares.

—¿Quién es esa?

—¿Quién?

—La mujer vestida en tonos ocres.

Sebastián me mira de reojo, divertido.

—En mi más humilde opinión, si alguna vez me hicieran vestir de amarillo, yo también tendría esa cara —bromea.

No puedo evitar soltar una risa, pero niego con la cabeza y me oculto como puedo.

—¿Desde cuándo eres tan presumido?

—Desde siempre —responde.

Pero no es cierto.

Lo recuerdo cubierto de tierra y aferrándose a una de las gallinas con tal de ganar uno de los juegos que nos inventábamos.

—Dame Ygritte du Mort —responde él al final—. Es la viuda de Thadeus von Rhynn… A quien obviamente no conoces, ahora que lo pienso, porque falleció hace muchos años. Pero fue uno de los pocos aliados que tuvo tu padre.

Tomo nota mental de ello: Thadeus von Rhynn, el difunto marido de Ygritte du Mort también conocía a mi padre.

Todo el mundo lo conocía.

—¿Qué le pasó?

—Siempre fue una persona algo lánguida. La familia de Ygritte nunca estuvo de acuerdo con el matrimonio, por eso de que jamás podrían consumarlo, pero las familias eran cercanas y ellos eran amigos de la infancia.

—¿Fue un matrimonio concertado?

—No —contesta él simple—. Todo lo contrario. Pero precisamente porque la afinidad de Ygritte es distinta a la de su hermano, pudo escabullirse.

—Azrael es su hermano, ¿entonces?

—Así es. Su hermano pequeño. De hecho, su matrimonio con Agnes von Funke, la mujer a su izquierda, sí fue concertado. Siempre supo que sería el heredero de la casa, así que le encontraron a una buena doblegadora tan pronto como nació.

—Guau. ¿Desde que nació?

La comida llega entonces e interrumpe nuestra conversación. Sebastián no presta demasiada atención a la comida: es un plato de sopa con ingredientes indescifrables. Por primera vez en todo el día, me doy cuenta de que no he probado bocado desde el bizcocho.

Sin embargo, estoy tan nerviosa que ni siquiera tengo hambre.

—Entonces ¿Agnes y Azrael tienen afinidad de doblegadores? —asumo.

Sebastián asiente con el ceño fruncido.

—Pero, si consiguiera lo que se propone esta noche, Azrael se vería obligado a dejar la Casa de la Voluntad en manos de alguien que no sea su hermana —explica—, razón por la que la tiene sentada junto a uno de sus prodigios: Artur du Marais. Es un impresentable, aparte de un inútil de los pies a la cabeza, pero lo suficiente carente de escrúpulos como para intentar encandilar a una viuda que le saca quince años.

Me atraganto con la copa de agua. ¿Sebastián tiene permiso para hablar así de prepotente delante de todo el mundo? Aunque, viendo lo aislados que estamos en la disposición de la sala, no creo que nadie nos esté escuchando.

—Entonces ¿Azrael quiere casar a Artur con su hermana viuda?

—Los Du Mort siempre han creído que los matrimonios son la solución a todos sus problemas.

Recupero la voz tras otro largo trago.

—¿Y por qué no puede Ygritte ser la jefa de la casa sin estar casada?

—Ah, ese no es el problema —responde—. Cada casa tiene sus normas y la Casa de la Voluntad siempre ha sido la más… inaguantable. Quizá la palabra sea «estricta». En cualquier caso, los doblegadores creen que el jefe de la casa debe ser doblegador afín sí o sí.

—Y ella no lo es —añado, ya entiendo por dónde van los tiros—, pero Artur sí.

—Los Du Mort siempre han sido una familia con gran influencia y nada les gustaría más que subir al trono, además de mantener el control de la casa. Artur du Marais es quien más opciones tiene de tomar el lugar de Azrael y este quiere asegurarse de que, incluso si es así, una parte de la casa le pertenezca por derecho de sangre.

—¿No tienen más descendencia?

Sebastián toma un pequeño sorbo de su copa.

—Dado que su hija prefirió tirarse por un acantilado, no —responde mordaz—. Yo tampoco entiendo qué puede salir de eso, pero me enorgullece no tener ni idea de cómo funciona su cerebro.

Todavía no tengo toda la información, pero creo que lo estoy siguiendo. Si no tienen más descendencia, ¿a quién le ofrecerán el apellido?

—Entonces, Ygritte es afín a la tierra, ¿verdad?

—Hum. Observadora. ¿Cómo lo has sabido?

—Los dorados en su vestido.

—Mírala, qué buena alumna —señala divertido—. Sabía que Irina y Rilke harían un buen trabajo contigo.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por eso odias el color amarillo? ¿Por los afines a la tierra?

Me mira con sorpresa e interés. Es obvio que Sebastián aprecia la conversación y la compañía. ¿Es esta su vida? ¿Está siempre así de solo? ¿O no han sido más que estos últimos tres días? ¿Se

sentaba a la mesa con su padre en estos eventos?

—Odio el color amarillo porque me sienta fatal —responde rápido —. No tengo nada en contra de los afines a la tierra, excepto quizá que les gusta andar por ahí sin zapatos. No entiendo la fijación.

Veo que se lleva una copa a los labios con la vista puesta en la mesa de los Du Mort. Suspiro y sigo pendiente de sus gestos.

—¿No te gusta ensuciarte? —pregunto con media sonrisa.

Creo que él recuerda lo mismo que yo: el granero y las gallinas.

—Bueno, a veces puede ser divertido —concede—. Entiendo que tiene su gracia cuando tienes diez años y estás intentando impresionar a la hija de tu maestro.

Parpadeo sorprendida.

Aunque lo suelta como si nada, no se me pasa por alto que es la segunda vez que actúa como si estuviera interesado en mí. Me confunde, porque yo no estoy por la labor. Lo que quiero es ayudarlo, encontrar las reliquias y volver a mi casa.

Suspiro y vuelvo al tema de conversación que me interesa.

—Así que su hermano pequeño quiere casarla para evitar que la Casa de la Voluntad pase a ser solo de los Du Marais —digo volviendo a un terreno neutro.

Sebastián asiente.

—No lo va a conseguir —responde él encogiéndose de hombros.

—¿Casar a su hermana o llegar al trono?

—Ninguna de las dos cosas. Lord Azrael se va a morir sentado en la silla de jefe de su casa en decadencia e Ygritte jamás cederá.

Cuando deja la copa, puedo apreciar la forma en la que se le tensa la mandíbula. Lo dice con soberbia, pero en el fondo no puede estar tan seguro de ello. Después de todo, La Fuente es quien selecciona al próximo rey, ¿no?

Le echo un vistazo al balconcito que hay por encima de nuestra

cabeza. Rilke e Irina me han explicado todo lo que han podido y más. Entre todas esas cosas, el hecho de que se anunciará desde ahí arriba si lord Azrael ha sido elegido o no.

También sé que los Luminares se ocultan del resto de la corte porque están en comunión con La Fuente.

Y, por lo tanto, yo tenía razón: son monjes.

—No sé si puedo hacer esto —suspiro.

Sebastián me mira como si me hubiera vuelto loca.

—¿El qué?

—Todas las intrigas de tu corte, las miradas, los posados… —Aparto el plato con suavidad—. No sé cómo lo haces.

—Porque no me queda otra, Emma —responde cortante—. Mira a tu alrededor. Si no supiera quién es quién o qué quieren, se me habrían comido vivo.

Trago en seco, entiendo exactamente cómo se siente.

—Ya, pero…

—No hay más opciones —responde cortante—. Y no descubrirás qué le ocurrió a tu padre si te retiras ahora.

Supongo que tiene razón.

—Te juro que no tengo ni hambre —suspiro.

—Prueba un poco de la sopa —me pide—, aunque solo sea para despertar el apetito. Dos sorbos y puedes dejarla. Pero, si no comes algo, vas a desmayarte antes de que acabemos con este teatro.

Le echo un vistazo a la sala. La distribución de las mesas está a cargo de la casa regente, pero, tal y como Rilke me ha informado, se les ha permitido bastantes licencias al resto de las casas para ocupar sus propias mesas.

La Casa de la Voluntad, regida por los Du Mort, que visten con colores rojos y sobrios queda justo frente a nosotros. La Casa de los Presagios, regida por los Pyrramiede y la familia sanguínea de

Sebastián, visten de colores plata o colores claros, a juego con sus ojos. Están situados a nuestra izquierda.

La Casa de los Caminos, de colores violetas y malva, visten de tonos claros y oscuros indistintamente, pero todos llevan detalles fúnebres en sus galas. Son los que están a nuestra derecha, aunque parecen vivir en su propio mundo. Curiosamente, tampoco parecen tener mucho interés en el evento.

Después están la Casa de Nahr, la de Fáyr y la Casa de Ard, que es la que viste de motivos dorados.

La Casa de Nahr, fiel a su afinidad al agua, viste de azules.

La Casa de Fáyr parece quedarse en los tonos del cobre y la arcilla. Son los afines al fuego y a su artificialidad. Si no recuerdo mal, es también la casa que gobierna la familia de la esposa de lord Azrael, lady Agnes von Funke.

—Las costureras dijeron que existen siete Casas de Valemir —murmuro—, pero solo cuento seis. Una por cada afinidad, ¿no es cierto?

Sebastián sonríe socarrón.

—Te has olvidado de nosotros, querida —responde arrogante—. Tú y yo somos ahora los únicos representantes de la séptima casa, la Casa de Amira de Valemir. Mi casa.

El salón sigue pendiente de la cena o del resto de los comensales.

Al parecer, de la misma manera que nosotros los observamos a ellos, ellos nos observan a nosotros. Esa es la razón por la que Sebastián se inclina hacia mí, cómodo y seguro de sí mismo, y baja la voz:

—Nos están mirando.

Está demasiado cerca.

—No tienes por qué hablar con ellos —dice—. Querrán hablar

contigo, pero no se lo debes. En cuando acabe la noche, volveremos a la cama y mañana nos haremos cargo de todo lo demás. Solo necesito que no parezca que me tienes miedo.

—¡Pues claro que no te tengo…!

Se me corta la respiración cuando siento sus labios en el hombro al descubierto. Me digo a mí misma que lo hace para venderles una historia y dejo que ocurra. Eso es lo que también me mantiene a salvo, ¿no?

—No te tengo miedo —le gruño molesta.

Sin embargo, hay un deje travieso en su mirada que me obliga a buscar refugio en otro tema completamente distinto.

—Y si la Casa de Amira es tuya —murmuro—, ¿cuál es tu afinidad? Sigo confusa con eso. Dudo mucho que ser el príncipe sea un poder mágico en sí mismo, así que…

Sebastián sonríe misterioso.

Apoya la espalda en su asiento y me observa mientras un sirviente le retira plato. Dejo que se lleve el mío también, aunque no haya comido demasiado.

—¿No te han hablado Rilke e Irina de los sellos? —ríe con suavidad—. Ah, supongo que se han quedado en los vestidos, los colores y los títulos. Les encanta parlotear, ¿no es cierto?

—Bueno, si son costureras y las has enviado para que parloteen, no sé de qué te quejas. ¿No se supone que tendrías que explicármelo tú? —Arrugo la nariz. No me gusta cómo ha hablado de ellas—. Responde a mi pregunta: ¿cuál es tu afinidad?

—Si Irina y Rilke hubieran hecho todo su trabajo, tú sabrías qué es un sello y ya podrías haber respondido a tu propia pregunta —suelta arrogante—. Pero, en honor a la verdad y por tu comodidad, yo mismo te haré saber que todo el mundo en esta sala posee un sello distintivo. Es una marca específica que determina su afinidad.

—¿Como una marca de nacimiento común?

—Exactamente así, sí. —Sebastián remueve su copa—. Dicen que antes de que Amira sellara La Fuente, nadie tenía esas marcas. Cada afinidad tiene una muy específica. En Valemir, un niño de seis años sabría identificar la afinidad de cualquier otro en el reino. ¿Crees que puedes descubrirlo?

Veo que se lleva la copa a los labios y lo fusilo con la mirada. Lo último que necesito es que me recuerde todo lo que no sé.

—¿Y dónde está la tuya? —gruño.

Sebastián sonríe socarrón.

—¿Antes de la boda? Querida, ser Kergalot ha insistido en que mantengamos las formas.

Me ruborizo de golpe, pero no me achanto.

—Sigues sin haber respondido a mi pregunta.

—Me parece que eres lo bastante inteligente como para responderla tú misma —objeta, juguetón—. Sabes que en cada casa predomina una afinidad, ¿cierto? De hecho, las casas existen precisamente porque existen las diferentes afinidades. Somos descendientes de los Paladines que heredaron los sellos. Las casas nos ayudan a mantener la educación de los afines y a regular el control de las afinidades y su impacto, ¿no?

Asiento.

—Cada casa es responsable de sus afines y los afines son responsables de su casa —repito las palabras de las costureras—. Son como… —Suspiro avergonzada—. Son como comunidades autónomas.

Sebastián se ríe sin entender.

—Supongo, querida. No sé lo que es una comunidad autónoma, pero si a ti te sirve…

Irina y Rilke me lo han dejado bien claro esta tarde: las casas

son autosuficientes. Además de eso, también me han dejado claro que no existen afinidades de curanderos de ningún tipo. Por lo tanto, lo que yo puedo hacer, no es lo mismo que lo que pueden hacer ellos.

Y yo no tengo ninguna marca.

—Pero no todas las personas de una familia tienen la misma afinidad —sigue Sebastián.

—Como es el caso de Ygritte y Azrael —advierto.

—Exacto. O el de Agnes y su sobrina. Por lo tanto, no es algo que se herede de padres a hijos, ¿verdad?

Le dedico una mirada llena de expectación, pero él no desembucha.

—Mi padre era afín al fuego —responde juguetón.

—Me alegro —respondo tajante. Está evitando responder—. ¿Y tú?

Sin embargo, en ese momento, alguien llama su atención. Dos figuras interceden y detienen nuestra conversación antes de que llegue el plato principal.

La primera es una joven, cuya mano el príncipe acepta tan pronto como se pone de pie.

—Alteza —saluda.

Veo cómo los labios de Sebastián rozan el anillo de rubí de la chica, que viste de cobre, como el hombre a quien acompaña. Aprieto la mandíbula, me siento fuera de lugar.

—Lady Seraphina —saluda Sebastián diplomático—. Lord Cornelius von Funke, padre de la Casa de Fáyr.

No se me escapa la mirada que me lanza. Dice sus nombres como si quisiera que los tuviera a mano y quizá así sea.

Lord Cornelius, jefe de la casa. Debe de tener unos sesenta años, aunque bien llevados. Ojos marrones, profundos y afables.

Lady Seraphina, quizá sea la sobrina de Agnes von Funke, la esposa de Azrael. Tiene sus mismos ojos, aunque la sonrisa mucho más afilada y un cabello oscuro, muy distinto al pelo canoso de su padre.

Como estoy un poco menos familiarizada con la vida de la corte, tardo un momento en levantarme. De igual manera, las miradas que me dedican los recién llegados no son crueles. El hombre me ofrece una pequeña reverencia y yo respondo con un gesto de la cabeza con los nervios a flor de piel.

—Es un placer conoceros, lady Emma —anuncia Seraphina cordial.

Sonrío como respuesta y Sebastián parece satisfecho.

—Su padre fue un hombre bastante curioso —suelta lord Cornelius—. A veces parece más una leyenda que un personaje real, ¿no es cierto, alteza?

Por edad, asumo que son padre e hija. Aunque el comentario es para mí, el hombre incluye a Sebastián, que asiente y sigue la conversación con maestría.

—¿Tuvo la suerte de conocerlo, lord Cornelius?

El hombre sonríe amable.

—Intenté evitar que vuestro padre lo invitara a esta corte en numerosas ocasiones —confiesa, como si no estuviera hablando del hombre que me crio—. Pero ya lo conocíais, Gael siempre creyó en los parias por encima de en aquellos que eran leales a nuestra misión.

Es un golpe bajo, en especial porque va envuelto en capas y capas de educación y galantería. Sebastián sonríe sin más.

—Siempre fue el rey de todos —responde.

Si no supiera lo que significa todo esto, jamás sería capaz de ver el sutil gesto de desaprobación que se esconde en la forma en la

que agacha la cabeza para despedir a lord Cornelius.

—Continuaremos saludando al resto de comensales —ofrece el hombre—. Que la noche sea provechosa y Amira vele por vuestro sorprendente matrimonio.

Cuando estira la mano, sin embargo, me percato de las marcas que tiene en la palma de la mano. Son como cicatrices, aunque muy específicas. Una serie de círculos concéntricos, como los del interior de un árbol, permean la piel.

Seraphina juega con su anillo, algo nerviosa, y yo descubro que tiene las mismas marcas.

Debe de ser su sello.

No digo nada más y ellos se alejan tan rápido como han llegado.

Sebastián y yo volvemos a sentarnos para esperar al siguiente plato de la cena.

Cuando vuelvo el rostro para ver la actitud de Sebastián, este parece la mar de tranquilo. Actúa como si no acabaran de insultarle a él y a mi padre.

Cuadro los hombros en mi asiento, siguiendo con la mirada a los Von Funke de la Casa de Fáyr, lord Cornelius y lady Seraphina. Los afines al fuego tienen marcas en las palmas de las manos y Rilke mencionó que el padre de sus hijos tenía una marca en el paladar, «como todos los doblegadores». Poco a poco, las piezas van encajando. Puede que pronto sí sepa descubrir cuál es la afinidad de Sebastián.

La noche será larga, pero no pienso quedarme atrás.

—Intentaban intimidarnos, ¿verdad? —pregunto cuando al fin nos quedamos a solas.

El príncipe me mira, como si no supiera qué contestar.

—Algo así.

Veo que se desabrocha el cuello de la chaqueta, molesto, y se

reclina en su asiento de nuevo. Se lleva un pulgar a los labios en silencio.

Por supuesto que le ha molestado.

Me percato de que se está mordiendo la piel del pulgar justo antes de que pueda hacerse daño. Con un gesto, a escondidas, le coloco la mano en el brazo. Él me mira, pero entiende mi petición. Baja la mano y suspira para contener sus emociones.

Yo, como lo haría cualquier prometida en cualquier contexto, me inclino hacia él para recolocarle el cuello de la chaqueta.

Lo que él no sabe es que, justo entonces, mientras él me mira usar sus mismos trucos, yo tengo la suerte de ver algo.

Algo que es justo lo que estaba buscando.

—¿Qué haces? —susurra.

Tiene una marca, una línea que desciende desde detrás de la oreja hasta la clavícula, larga, casi imperceptible. La he visto antes y pensaba que era otra cosa, pero creo que ahora estoy segura de ello: es su sello.

Ahora solo tengo que descubrir a qué afinidad pertenece.

—Ser tu prometida, querido —miento tan arrogante como él.

Si no va a contestar a mis preguntas, ya buscaré yo las respuestas.

11

Cuando termina la cena, los Du Mort son quienes dan inicio al baile. Tantas otras parejas se les unen y yo me tenso en el sitio. El baile es solo una forma de entretener a la corte hasta la medianoche, pero la idea de tener que bailar frente a tanta gente me da vértigo.

Antes de que pueda quejarme, el príncipe vuelve el rostro y me hace saber que no espera que bailemos. Después de todo, según dice una, si no tengo ni idea de qué es un sello, duda que sepa cómo seguir los bailes tradicionales de Valemir.

Aunque podría quejarme por su retintín, acepto la situación sin más.

Por lo tanto, Sebastián y yo nos mantenemos en la mesa, en silencio. Nos quedamos así hasta que ser Kergalot aparece y le susurra algo al oído del regente. Este, a su vez, me hace un gesto vago y se retira sin darme más explicaciones.

Me quedo sola en la mesa.

Me quedo a solas contra los buitres, contra lady Seraphina y su padre, contra lord Azrael y sus matrimonios concertados, contra todos los demás nombres que desconozco y que, sin duda, disfrutarían de hacerme desaparecer o enredarme en otro lío vergonzoso.

No me gusta este lugar.

No me gusta el castillo.

Quiero irme.

Y, cuando me doy cuenta de que nadie me detiene, eso es exactamente lo que hago.

En cuanto veo que nadie me está mirando, me escapo. Salgo a buscar algo de aire, lejos de las miradas de los curiosos. Cojo una de las puertas laterales y estoy casi segura de que nadie me ve huir. Aunque eso sería imposible, lo importante es que, si alguien llega a verme, no me detiene.

Oigo el eco de mis propios pasos a través de los pasillos. Una vez a solas, siento que puedo volver a pensar. La música y el bullicio estaban empezando a ser demasiado. ¿Cómo aguanta Sebastián esa vida? ¿Y por qué?

Echo de menos mi salón y mi televisión.

Echo de menos mi táper de comida china.

Echo de menos mi móvil.

Ahora mismo daría cualquier cosa por oír a Sia gimotear y esconderse bajo una de las mantas del sofá. ¿Cómo he acabado aquí?

La pregunta lo permea todo.

¿Cómo he acabado en Valemir? Algo me ha traído hasta aquí.

¿Cómo he acabado en el castillo? Sebastián me trajo aquí para pedirme ayuda y me hace fingir que estamos prometidos.

¿Cómo he acabado aceptando esa farsa? Porque es lo que me mantendrá a salvo durante el tiempo que he prometido quedarme.

Y ahora, ¿adónde me ha llevado eso?

Siento el aire de la noche antes de ser consciente de todo lo demás.

Estoy fuera. He salido del interior del castillo y el frío hace que se me erice la piel de nuevo. He atravesado pasillos y más pasillos y ahora, a mi alrededor, los pasillos han desembocado en un claustro

de piedra.

En el centro de los jardines hay una torrecita. Simple y austera, pero muy alta. La imagen resulta embriagadora: hay madreselvas creciendo a su alrededor y parece sacada de un cuento. Se alza lo suficiente como para competir con las torres más altas del castillo, pero, a diferencia de ellas, esta torre parece casi en desuso.

En lo alto, sin embargo, hay un ventanuco del cual mana algo de luz.

Un par de luciérnagas, como estrellas, salen al exterior y dan vueltas alrededor de la estructura. De la ventana que se ha abierto sale algo más, aunque no llego a distinguir a nadie en concreto. Está demasiado lejos como para que pueda discernir de qué se trata o de quién.

—Pobre criatura.

La voz viene de mi izquierda. Azorada, me giro al instante. No había notado a nadie a mi alrededor y ahora, de repente…

—¡Cleia!

Me llevo las manos al pecho, sorprendida por la emoción que me embarga. Es extraño, pero verla me hace sentir mucho mejor.

—¿Me has echado de menos, Emma?

La veo sonreír, cruzada de brazos y apoyada en uno de los pilares del claustro.

—¿Dónde has estado todo el día? Pensé que podría volver a verte, pero no sabía cómo hacerte llamar o si vendrías a verme, o…

—Te oí, pero tenía cosas que hacer —murmura—. De todas maneras, me alegra saber que cumples tu promesa. Dudaba si recordarías mi nombre o no.

—¡Pues claro que lo recuerdo!

Veo que, bajo las tres lunas, la joven apoya la sien en la piedra y alza la vista hacia la ventana de la torre que ha vuelto a cerrarse.

—He oído que ahora eres la prometida del príncipe.

Resoplo.

—No me tires de la lengua, porque…

Las dos luces siguen volando en el aire.

—¿Qué haces aquí? —pregunto entonces con curiosidad.

No viste la ropa de doncella, sino un traje de montar negro. ¿Tendrá algún caballo? ¿O acaso ha venido de las caballerizas?

—¿No crees que es injusto? —dice ella como si no me hubiera oído—. Encerrar a alguien porque tiene un don que el resto no puede comprender. Me parece muy cruel.

Tardo un instante en entender a qué se refiere. No soy la única que la ha visto, ¿verdad? Hay alguien en esa torre.

No sé cómo me hace sentir la idea, pero suspiro y asiento.

—¿Quién es la mujer de la torre?

Cleia me mira con un semblante que esconde algo. No sabría decir si está triste o enfadada, pero no actúa como la noche anterior.

—Lady Basira de Pyrramiede o Basira la Trágica —responde—. Depende de a quién le preguntes, incluso Basira la Diabólica.

—¿Por qué está ahí encerrada?

—Es una de las soñadoras más poderosas de Valemir. Según la corte, es un peligro para el Velo. Su afinidad es demasiado potente. Pero, como es la heredera de la Casa de los Presagios, tuvo la suficiente suerte de que la salvaran de la hoguera.

—¡¿De la hoguera?!

—Algunos soñadores no tienen tanta suerte —sigue Cleia—. En especial cuando empiezan a lanzar profecías y augurios como los que lanzaba Basira. Por suerte para ella, cuando su padre accedió a darle la eutanasia, ya estaba embarazada. Y, por supuesto, nadie quería matar a un bebé, ¿verdad? —añade cínica.

Si eso es lo que le salvó la vida, me sirve.

Qué historia más horrible.

Me abrazo el cuerpo con las manos y le lanzo un vistazo a la torre. ¿Está ahí siempre? ¿Sola?

—La encerraron en esa torre a los diecisiete y eso es todo cuanto conoce —sigue Cleia—. El único que puede entrar es su hijo. Bueno, y el servicio. Aunque dudo que los sirvientes disfruten de la visita.

Ah, claro.

—Es la madre de Sebastián —digo, aunque sea obvio.

Cleia asiente. Ella fue quien me habló de su madre, ¿verdad? Anoche, cuando intentó ayudarme a entender cómo funcionaba el castillo. Si no me falla la memoria, ¿no dijo que el padre de Sebastián era un espíritu? ¿Es esa la afinidad de los soñadores?

Dios, parece que ha pasado una vida entera desde entonces.

—¿Y vive ahí sola?

—No todos están de acuerdo con que ocupe ese lugar —murmura Cleia—. Muchos querrían verla muerta.

Suspiro, derrotada.

Por eso las cenas, los chanchullos.

Por eso Sebastián está dispuesto a todo lo demás, ¿no?

Ahora sí tiene sentido todo lo que aguanta.

—Por eso quiere el trono —deduzco—. Para protegerla.

Está haciendo todo esto por su madre.

Cleia tiene la mandíbula apretada.

—Si no fuera por esos estúpidos herederos, las casas y todos sus tejemanejes, lady Basira podría vivir libre —dice—. Pero todo cuanto tiene es esta cuadra ridícula y un hijo que permite que la traten así.

Parpadeo sorprendida. ¿Y si alguien la oyera hablar así?

—Solo la torturan porque ella es capaz de hacer más —insiste.

Hay un pequeño gruñido en su voz.

—Cleia, no deberías decir cosas así. ¿Y si alguien te oyera?

—Puedo decir lo que me dé la gana —protesta—. Todo el Reino de Valemir es cómplice. Todos quieren lo mismo. No tengo por qué seguirles el juego.

—Tienes razón, pero…

Cuando intento estirar una mano para llegar hasta ella y quizá reconfortarla, la muchacha ya no está.

Mi mano se queda en el aire.

—¿Cleia?

Estoy sola en el claustro.

Aunque la busco, la joven ha desaparecido. Se me acelera el corazón y todos mis miedos salen a la luz.

¿Me la estaba imaginando?

Empiezo a hiperventilar y el ruido de mi propia respiración se une al de los susurros. El rumor crece como el nivel del agua. El embriagador ascenso del ruido de una y diez y cien voces me marea. Pierdo la fuerza por un instante y me apoyo en uno de los pilares de piedra cuando el vértigo se apodera de mí.

No es cierto.

No puede ser.

Cleia estaba ahí.

Estaba hablando con ella.

—Todos quieren lo mismo —repite una voz, como un gruñido.

No, no.

No.

No es real.

Pero siento que el universo se cierne sobre mí y, de la nada, regresa a mí la sensación de todas esas manos agarrándome. Siento el cambio de presión y me pitan los oídos. Cierro los ojos con fuerza, intentando deshacerme de esa sensación.

No es real.

Lo que siento no es real.

Hay protecciones en el castillo.

Sebastián ha dicho que hay protecciones en el castillo, y yo no estoy soñando, no me he ido a dormir.

Aunque me cuesta un instante recuperar el control, la sensación desaparece tan pronto como ha llegado. El frío de la piedra de los pilares me trae de vuelta. La imagen de la torre sigue siendo real y las dos luciérnagas descienden hasta colarse en la galería del claustro.

Las sigo con la mirada, pendiente de sus bailes.

Sin embargo, todo cambia cuando, al final del pasillo, descubro que dos orbes de luz cuelgan de la oscuridad. A diferencia de las luces que han salido de la torre, estas ni bailan ni emiten luz. Son como dos luceros, como el reflejo extraño de los ojos de un gato.

Mi cuerpo entero reacciona antes de que pueda entender qué estoy haciendo.

Retrocedo.

No puedo estar aquí.

Sé lo que va a ocurrir y debo irme. Esa cosa antes no tenía rostro, pero ahora tiene ojos y puede verme. Tiene ojos y va a encontrarme. Puede verme retroceder con torpeza. ¿Qué ocurriría si le diera la espalda?

¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí?

Me doy la vuelta para correr al interior del castillo. O eso es lo que me propongo, porque en cuanto aparto la vista de los dos orbes que cuelgan del umbral de la puerta, me choco contra algo.

Algo me sostiene por los hombros y yo, sin pensarlo dos veces, abro la boca para gritar. Una mano me la cubre antes de que pueda lograrlo.

Siento la carne bajo los dientes cuando lanzo un mordisco para zafarme de quien sea que me sostiene. Levanto la rodilla para golpear a mi atacante y escucho las quejas de dolor cuando quien sea que me retenía recibe el golpe.

Me retiro tropezando con el vestido, pero logro mantener el equilibrio. Antes de salir corriendo, logro ver de quién se trata y me arrepiento al instante.

—¡¿Sebastián?!

—¡Au…! —protesta él, agitando la mano en el aire—. ¿Sabes que podría hacer que te arrestaran por esto?

—¡Lo siento mucho, yo…!

—Está bien saber que puedes defenderte —se ríe él, recolocándose la ropa—. Afús. Au. ¡Menudo bocado! ¿Tienes hombres lobo en la familia?

—¿Existen los hombres lobo?

Él me dedica una mueca graciosa y yo me ruborizo hasta la raíz del pelo. Claro que no existen. Está quedándose conmigo, ¿verdad?

—Hay leyendas sobre cambiaformas, pero dudo que existan de verdad —explica.

Sin responder nada, pero con el corazón en la boca, me vuelvo para comprobar que los ojos que me observaban desde el final del pasillo han desaparecido.

—¿Se puede saber qué te ha asustado tanto? —pregunta él intentando ver lo mismo que yo.

Pero no puede ver nada: no hay ni rastro de la doncella ni de los ojos que habitaban el umbral del final de la galería.

—¿Conoces a una criada que se llama Cleia? —le pregunto asustada.

El muchacho me mira como si hubiera perdido la cabeza. Aun así, parece que se toma la pregunta en serio. Veo que alza la vista al

techo, como si quisiera revisar la lista.

—No conozco a todo el servicio. Solo a los del ala oeste. De todas maneras, desde lo de lady du Mort, he tenido que cambiar al servicio demasiadas veces, así que dudo que…

Lo miro como si el que estuviera loco fuera él, expectante. ¿Conoce a una Cleia o no? Es de vital importancia.

—No me suena el nombre de Cleia, no —responde enseguida ante mi mirada de apremio—. Pero lo recordaría si hubiera alguna. No es un nombre muy común. ¿Por qué lo preguntas?

Vuelvo a mirar hacia el umbral del final de la galería.

No hay nada.

No hay nadie.

La voz de Cleia y sus palabras siguen grabadas en mi memoria. No ha sido un sueño y dudo mucho que haya sido una visión. Pero si no es ninguna de esas cosas, ¿qué ha sido? ¿Qué ha ocurrido?

Decido no contarle nada a Sebastián. Lo último que necesito es que piense que estoy perdiendo la cabeza como lo hizo mi padre o como la corte cree que lo hizo su propia madre. Tanto si lo que ha ocurrido hará unos segundos ha sido real o no, creo que lo más sensato es que nadie sepa lo que me está pasando.

Por si acaso.

Tomo una bocanada de aire y cuadro los hombros.

—¿Va todo bien en la cena? —pregunto.

—Supongo —responde sin mucho interés—. No lo sé porque, en cuanto he vuelto y he visto que no estabas, he salido a buscarte. ¿Qué hacías aquí sola?

¿Cuánto queda para la medianoche? ¿Por eso ha venido a buscarme? No puedo evitar echarle un último vistazo a la torre.

¿Cómo me ha encontrado?

—Necesitaba que me diera el aire —me sincero—. Cuando me he

dado cuenta estaba por aquí y me he asustado porque está todo bastante oscuro.

Sebastián me mira como si intentara discernir si digo la verdad o no. Sin embargo, hace un gesto y parece que lo deja pasar. Asiente y un mechón le cae por encima de los ojos. Se lo aparta con diversión.

—Ya veo.

Cuando su mirada encuentra la torre, aprieta la mandíbula.

—¿Todo bien?

—Pues lo cierto es que ahora mismo no sé qué estará peor visto —responde él—: que te hayas fugado en mitad de la cena, dejando al príncipe solo, o que me hayas mordido cuando venía a buscarte. Pero vamos a necesitar menos posibles escándalos, ¿vale?

Asiento.

—Perdona, ha sido el susto.

Él asiente y, para mi sorpresa, retrocede un paso y hace un gesto con el brazo para guiarme.

—Sígueme —me ofrece.

Lo hago sin pensarlo. En especial porque parece que hay una sonrisa divertida pintada en su cara que ni siquiera el ataque ha podido borrar. Y lo que es peor: es contagiosa. Me sostengo la falda y camino a su lado dejando atrás el claustro. ¿Adónde vamos?

Cruzamos la galería y nos adentramos en otro pasillo. Tomamos unas escaleras y Sebastián se asegura de que no las desciende demasiado rápido por mí.

—Echo de menos los pantalones —protesto.

—Podemos conseguirte unos mañana —dice ofreciéndome una mano cuando llegamos al final de los escalones.

Por un momento, atravesar el castillo a escondidas con el príncipe es lo más parecido que tengo a tener siete años de nuevo,

siguiéndolo para llegar hasta la sala de arte de mi padre para ver su nueva creación. Con mi mano en la suya, la familiaridad resulta embriagadora. ¿Cómo es posible que hayan pasado tantos años y, aun así, sepamos cómo estar el uno junto al otro?

Nunca había sentido algo así.

Sé que hemos cambiado y que somos un par de extraños. Él no conoce Madrid ni mi vida ni a Sia. No sabe qué son las *gyozas* ni cuál es la dosis exacta de Primperan para que un gato deje de sentir náuseas. Yo desconozco las triquiñuelas de su corte, los campos que rodean su castillo o la magia que lo permea todo. Sin embargo, hubo un día en el que los dos tuvimos un mundo en común: la casa al borde del Bosque de los Marcos, con sus cuadros, sus gallinas y sus meriendas en la mesa de la cocina.

Junto a Sebastián, el miedo desaparece en cuanto nos ponemos en movimiento. Pero la sensación que me provoca en el pecho es indescriptible.

Nunca había vuelto a conocer a alguien.

Y quiero conocerlo.

Otro miedo muy distinto me encuentra en el mismo instante en el que Sebastián nos dirige hacia las caballerizas: ¿Qué pasaría si él llegara a conocerme a mí? ¿Se arrepentiría? ¿Preferiría la versión de sus recuerdos?

La niña que fui era salvaje, atrevida y mucho mucho más valiente que yo.

—Por aquí no se va al salón —digo divertida.

Me levanto la falda un poco para evitar arrastrarlo todo.

—Todavía tenemos algo de tiempo hasta medianoche —explica el príncipe con una media sonrisa—. Podemos hacer cosas mucho más interesantes que volver a esa cena. Y si quieres que te dé el aire, no se me ocurre nada mejor que esto.

Termina su frase justo cuando abre la puerta de una cuadra. Antes de que haya encontrado mis palabras, Sebastián ya ha sacado a un caballo y le coloca las bridas con facilidad.

—¿Quieres ir a montar a caballo en mitad de la noche?

Las tres lunas iluminan los caminos, pero dudo que sea suficiente para que el animal esté cómodo.

—¿Prefieres volver a charlar con Seraphina von Funke?

Touché.

—La verdad es que no —respondo sincera—. Pero acabas de decir que deberíamos intentar evitar posibles escándalos, así que estaba intentando ser consecuente.

Sebastián se ríe y le coloca la silla al caballo sin más dilación.

—¿Qué quería ser Kergalot? —pregunto.

No necesito una guía de comportamiento de la corte para saber lo que está haciendo y que no va a contarme nada. Quizá ni siquiera pretenda ocultármelo, puede que simplemente…

Puede que Sebastián, como yo, esté acostumbrado a hacerlo todo solo.

De hecho, por cómo se detiene para mirarme cuando lanzo la pregunta más simple del universo, asumo que tengo razón. ¿Es así como me veía Sia a mí cuando empezamos a ser amigas?

A ella se le daría mejor esto.

—Cuando ha venido a la mesa y te has ido con él —especifico cruzándome de brazos—. ¿Qué quería? Será importante si te has ausentado, me has dejado sola y ahora estás poniéndole la silla a un caballo para largarte de la segunda cena. Durante la primera te fuiste a rescatar a una doncella entre las llamas, ¿qué aventura te espera esta noche?

—Nos espera —me corrige.

Parece que tarda un instante en comprender que su respuesta

no es suficiente y que estoy esperando una mejor.

Al final, sigue hablando.

—Ser Kergalot traía información sobre tu casa —explica—. Mandé a un pequeño grupo de guardias a explorarla esta tarde y han regresado con noticias sobre el estado de la mansión tras el incendio. Aunque se ha quemado parte del taller, muchas de las obras de tu padre han sobrevivido y la estructura parece estable. Vamos a ir a echar un vistazo, a ver si vemos algo que sea de interés.

—¿En mitad de la noche?

Sebastián recoloca una de las correas y sonríe orgulloso.

—Nadie se extrañará de que el príncipe y su nueva prometida se escabullan y busquen algo de privacidad, ¿no crees?

Le resulta divertido.

Es obvio que la pantomima de fingir que estamos prometidos le da verborrea cómica. Ahora resulta que además de príncipe es comediante.

Afianzo mi postura, ladeo la cabeza.

—¿No te da miedo que lord Azrael se haga con el reino en tu ausencia?

—Pfff.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo hará?

Sebastián hace un gesto vago, agarra las bridas y sube a la silla. Cuando ve que busco una respuesta algo más honesta, se encoge de hombros.

—Si La Fuente lo elige a él, ¿qué puedo hacer yo? —responde arrogante—. Él cree que lo va a conseguir, que La Fuente va a elegirlo, que los Luminares van a cantar su nombre y yo voy a perderlo todo. Pero se equivoca.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, Emma —responde cansado—. Pero, si eso ocurre, asumiré que La Fuente quiere vernos muertos a todos.

Suspiro frustrada y él me ofrece una mano para subir al caballo. Coloco los brazos en jarras y señalo mi indumentaria de arriba abajo.

—¡Mira lo que llevo puesto! No puedo ir por ahí a caballo hasta los confines del reino en mitad de…

—Siempre puedes volver a montar desnuda, si te es más cómodo —responde mordaz.

Me ruborizo de nuevo y lo fusilo con la mirada.

Los recuerdos de la noche anterior regresan de golpe. Sus brazos rodeándome, la capa sobre mi cuerpo, la vergüenza de ir desnuda, su pecho contra mi espalda, para mantenerme a salvo del frío.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Venga, Em —pide—. Será como cuando éramos niños. Y al menos no tendremos que estar encerrados con la corte hasta que toquen las campanas. Te aseguro que, si creyera que Valemir está en peligro, sería el primero en hacer algo para evitarlo.

—¿Por qué te importa tanto el reino?

—Porque es mi reino. No solo vivo aquí, sino que es el legado y el trabajo de mi… del rey Gael.

—Tu padre.

—Mi padre —se corrige—. Me niego a quedarme de brazos cruzados y permitir que las peleas de todos esos idiotas nos metan a todos en problemas de mayor envergadura. El Corruptor está ahí fuera y eso es algo de lo que necesito encargarme cuanto antes.

—Pero creía que el Corruptor era solo un personaje de leyenda —digo arrugando la nariz.

—Olvida lo que he dicho. Encontrar las reliquias es mucho más importante que entretener a las casas y sus noches de política.

Además, llevo todo el día encerrado entre estas paredes aguantando sus tejemanejes.

Vacilo.

—Yo también necesito algo de aire fresco —insiste.

Vuelve a extender su mano hacia mí y, al final, la tomo y dejo que me ayude a subir al caballo.

Esta vez, me coloco tras él. Me agarro a su cintura, como hacen en las películas. Sebastián estira un brazo para asegurarse de que me coloco bien en la silla y después sujeta las bridas con firmeza.

Vuelve el rostro ligeramente para mirarme.

—Es curioso que te hayas hecho responsable —comenta—. Te recordaba mucho más traviesa.

—Bueno, será la vida de adulta. Tener un trabajo, pagar el alquiler y las facturas, ¡ya sabes!

Me mira como si estuviera loca. Y quizá lo estoy: ¿qué va a saber él de esas cosas si es un príncipe?

—Pfff. —Sebastián hace que el caballo salga de las caballerizas al paso—. Olvídate de ser adulta en este castillo. Como no volvamos a la hora, Alaric nos va a meter a los dos en el cuarto de las escobas.

Suelto una carcajada al acordarme de su fiel caballero. Es cierto que actúa como una especie de padrino, ¿verdad?

Me alegra saber que al menos Sebastián no está tan solo como parece.

12

Durante el trayecto hasta la casa, me centro en no perder el equilibrio y hacerme al trote del caballo.

El vestido me coarta un poco. Dado que no tengo lugar en el que apoyar los pies, mi miedo más ridículo acaba siendo perder los zapatos. Resulta absurdo estar tan pendiente de mi ropa en un mundo mágico, pero no me gustaría despreciar el trabajo de Rilke e Irina. Se han pasado la tarde trabajando. Estoy casi segura de que, si Sebastián hubiera escuchado sus discusiones para elegir los zapatos perfectos para la cena, tendría el mismo miedo que yo a perder uno.

Sin embargo, él está mucho más pendiente de otras cosas.

Como evitar que yo pase frío. Por eso se abre la chaqueta, me tira de las manos y me obliga a colocarlas bajo la tela.

—Así que no eres afín al fuego, ¿eh? —digo para romper la tensión del momento.

Cuando lo oigo reír, me permito apoyar el rostro contra su espalda. Aunque suene a locura, me siento cómoda. Me agarro bien a su cintura y cierro los ojos, dándole vueltas a lo que ha ocurrido en la galería junto al claustro.

¿Era Cleia de verdad o solo la he imaginado? Desapareció. En la habitación. ¿Y si ni siquiera entonces fue real? Si estar en Valemir solo acelera el ritmo al que la maldición se apodera de mí, ¿qué

puedo hacer? ¿Cómo puedo discernir lo que es real de lo que no?

Porque es una maldición.

O una enfermedad degenerativa.

En Madrid diríamos que es eso. Diríamos que tiene tratamiento quizá, que hay terapias con las que tratarla para ayudar al paciente. Pero, siendo que el origen de lo que sea que me ocurre está aquí, ¿qué tratamiento puede tener? Pienso en lady Basira, encerrada en su torre, y en las palabras de Cleia. ¿Y si fueran las mías? ¿Y si todo lo que ha dicho es lo que yo pienso pero no me atrevo a decir en voz alta?

Si Cleia no fuera real, ¿quién le daría forma? Solo puedo ser yo.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando, por fin, la silueta de la casa en la que me crie aparece en el horizonte.

No es muy alta, así que los árboles mecidos por el viento la cubren. Los techos de cristal se han hundido tras las llamas. Cuando nos acercamos, veo que la parte este del edificio se ha ennegrecido por completo a consecuencia del humo. Sin embargo, la estructura principal sigue intacta y no parece que vaya a ceder.

El caballo se acerca por el camino. La puerta de la valla del jardín está abierta. Los guardias deben de haberla dejado así al partir de regreso al castillo.

El cielo nocturno se ha encapotado y la oscuridad vuelve imprecisas las distancias, pero no podría describir la sensación que se apodera de mí cuando cruzamos el límite del terreno. Tengo la vista clavada en la puerta y las manos cerradas alrededor de la tela de la blusa de Sebastián. Y justo cuando creo que he conseguido esconderme, que al menos la noche oculta la mueca que se me dibuja en la cara, se hace la luz.

Son puntos de luz, como insectos. Docenas de ellos empiezan a flotar a nuestro alrededor. Tardo un instante, pero entiendo que han

salido de la bolsa que Sebastián lleva colgada de la silla y que ahora está abierta.

Mi cara debe de ser un poema.

—Son luces fatuas —anuncia como si eso fuera suficiente explicación—. Solemos usarlas para momentos así.

Pienso en las luciérnagas de la torre y mi corazón se ablanda de repente: ¿eran eso?

—¿Son…?

—No, no son luciérnagas —sonríe divertido—. Son una consecuencia directa de la muerte de alguien.

Parpadeo sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Cuando alguien muere en Valemir, aparecen las luces fatuas. Los médicos y los Luminares coinciden en que deben de ser energía residual. No están vivas. Las leyendas dicen que La Fuente las envía para guiar a los espíritus.

La verdad es que entiendo por qué alguien creería que son para eso. Las luces fatuas nos rodean, expectantes. Una de ellas se acerca lo suficiente a mí y se queda en el aire durante unos instantes. Son como medusas y parecen tener pequeños filos con los que nadan en el aire.

Estiro una mano, pero vacilo.

—Los Luminares las consideran benignas —explica Sebastián—. No han hecho nunca daño a nadie. Pero no vas a poder tocarlas, si es lo que quieres. Y solo puedes atraparlas si ellas quieren.

—¿Y cómo las has metido en la bolsa?

—Porque ellas querían meterse —responde divertido.

Es cierto: no puedo tocarlas.

Mi mano atraviesa la brizna de luz, que se mueve con agilidad y serpentea a lo largo de mi brazo para después posarse frente a mi

nariz. Cierro los ojos, cegada por la luminosidad, y siento las manos de Sebastián rozar la piel de mi cara y, cuando abro los ojos, veo cómo guía la luz fatua con cuidado y la devuelve al aire, lejos de mi rostro.

Él tampoco puede tocarlas, pero parece entenderlas bastante mejor que yo.

Él rodeado de lucecitas flotando es una imagen digna de mención.

Quizá sea porque hemos vuelto al lugar en el que el arte era lo único que importaba o quizá sea porque Sebastián es una visión espléndida en sí mismo. La cuestión es que me pierdo en la forma en la que las luces le bañan la cara y le iluminan ciertas partes de su rostro. Las sombras se mueven sobre sus pómulos. Vienen y van.

—Les caes bien —digo algo perpleja.

Él se ríe con suavidad y, sin avisar, desmonta.

—Lo dudo mucho.

Sebastián guía al caballo conmigo aún encima. Con un gesto, me pide que espere hasta que estemos un poco más cerca de la casa para desmontar. De hecho, aproxima al animal a la barandilla de piedra de la escalera principal para que pueda usarlo de escalón y solo entonces me tiende la mano.

Yo le hago caso.

Puede ser muy considerado cuando quiere, como en todas las ocasiones en las que me ha ayudado a no pasar frío o se ha asegurado de que tengo algo de comer. O ahora mismo, cuando me ayuda a bajar de un salto y se asegura de que todo va bien. Por eso resulta tan irritante cuando decide no serlo, como esta tarde, cuando ha tenido la audacia de proclamar a los cuatro vientos que estábamos comprometidos sin avisarme.

—¿Cuál es nuestro plan? —pregunto, ya de pie en el porche.

Sebastián se encoge de hombros y las luces fatuas lo siguen cuando se adelanta hacia la puerta principal.

—Tenemos un rato para curiosear, supongo.

—¿No tienes ningún plan? —pregunto divertida—. Sebastián, tú siempre tienes un plan.

Él me mira con sorpresa y empuja la puerta.

—¿Tan calculador te parezco?

—Creo que el numerito de hoy es suficiente prueba de que sí —respondo.

Lo veo ceder y admitir la derrota.

—Supongo que sí.

Cuando accedo al interior, descubro que el incendio debió de originarse en el taller de mi padre, que está en el otro extremo de la casa. Aunque las paredes están cubiertas de hollín y ceniza, la entrada sigue estando casi como la recordaba.

Sé que voy a manchar el vestido de igual manera, así que desisto en prestarle atención alguna, y avanzo hacia al interior mientras Sebastián me sostiene la puerta.

La escalera principal también sigue intacta, pero desde el segundo piso entra la luz de las lunas. Gracias a las luces fatuas, logro ver parte del saloncito que nos servía de comedor. Se me encoge el pecho cuando veo un vaso volcado en la mesa y un mantel viejo manchado. ¿Cuánto tiempo ha estado mi casa así, suspendida en el tiempo?

Siento a Sebastián acercarse por la espalda.

—No puedo sacármelo de la cabeza —dice de repente—. ¿Cómo es posible que no conozcas nada sobre nuestra vida? Sobre el reino o los sellos… Emma, vivías aquí. Creciste aquí.

No sé qué decir.

—Mi mundo llegaba hasta esa valla —contesto evitando meterme

en terreno farragoso—. Y luego…

Me encojo de hombros y no ahondo en el tema.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta.

—¿El qué?

—¿Cómo te fuiste? ¿Cómo cruzaste el Velo?

Me vuelvo despacio y lo veo ahí, justo detrás de mí. Su mirada vuelve a clavarse en la mía. Después, sus ojos reparan en mi boca, mi clavícula.

Cojo aire y lo suelto con suavidad.

—Me fui. Eso es todo —respondo breve y a la defensiva.

No quiero darle muchas más explicaciones. Él parece entenderlo y se pone en marcha y echa a andar por el pasillo. Yo lo sigo.

Sebastián también conoce la casa. Conoce el descansillo y la puerta que lleva al sótano donde están almacenados todos los muebles rotos. Conoce la escalera y el altillo en el que mi padre guardaba las obras que le disgustaban o que no quería ver.

—Al principio creí que podría ser alguna especie de fallo en tu memoria —dice pasando hacia el salón de baile—. O un bloqueo. Pero no es eso, ¿verdad?

Imagino que se dirige hacia el taller, así que es fácil seguirlo. Toso con suavidad y siento que me pican los ojos por el intenso olor a humo.

—Después de todo, recuerdas la casa, ¿no? —intuye.

Asiento, caminando por detrás de él.

—Y a ti. A mi padre también lo recuerdo. Recuerdo los días que vivimos aquí, a las gallinas e incluso a la doncella. —Me vuelvo un poco, buscando una línea en el suelo. No la encuentro porque está cubierto de polvo y ceniza—. Ah, el sol marcó la madera a esta altura y este tablón sonaba cuando lo pisabas.

Sebastián asiente con una sonrisa. Lo pisa, para ayudarme a

encontrarlo, y me dedica una sonrisa pilla.

—Así era como sabía que estabas pasando por aquí cuando jugábamos.

—¿Creías que no lo sabía? —respondo divertida.

Jugábamos al escondite por la casa.

—Me aseguraba de pisarlo solo cuando quería que me persiguieras —admito—. Lo usaba a mi favor.

El príncipe se mete las manos en los bolsillos, parece satisfecho con la respuesta.

Tras un pequeño momento, avanza hasta el siguiente arco. Le echa un vistazo al techo antes de cruzar el umbral y parece contento de que no todo el techo se haya venido abajo.

Las luces fatuas nos acompañan, iluminando el camino por encima de los suelos de madera y los trozos de cristal. El mundo que un día era dorado es ahora una caja de zapatos mojada, una ruina de madera que cruje y está llena de sombras.

—Es que no lo entiendo —suelta el príncipe frustrado—. No entiendo cómo es posible que jamás te explicara nada sobre los sellos o las afinidades en sí. Además, tu doncella tenía su propia afinidad y la usaba a todas horas…

—No me fijé, supongo. Asumí que era algo normal.

—¡Porque lo es! Es normal. Lo que no es normal es que tu padre no te contara jamás nada al respecto. Y no lo entiendo. Es como…

—Como criar a un animal en cautividad —respondo cortante.

Sebastián nota mi tono de voz y se detiene un instante. Casi como si intentara algo, aterciopela el suyo.

—Puede que solo quisiera que pudieras volver al mundo humano, salir de Valemir sin…

—Tal vez.

—Después de todo, tu padre era humano —añade como si

quisiera hacerme sentir mejor—. Y tú también lo eres.

—Puede ser, sí. Pero nunca lo sabré.

—Puede que lo descubramos —dice con una sonrisa—. No pierdas la fe. No soy tan mal investigador.

Le dedico una sonrisa sin ganas. No dejo de darle vueltas al tema, pero hacerlo no me ayuda a sentirme mejor. ¿Qué otra razón tendría mi padre para privarme de todo esto? De una vida. Había gente más allá de esta valla, gente que podría haberme ayudado con mil cosas. Como su afección, mi miedo. Como lo que sea que me está ocurriendo ahora. ¿Qué razón podría tener para encerrar a su propia hija y alejarla del mundo?

Aprieto la mandíbula.

—Entonces —cambio de tema—, ¿es cierto que los reyes de Valemir tienen el don de la vida eterna? ¿Que… no mueren?

Sebastián me guía.

—Así es. Es su responsabilidad, en efecto —añade guiándome—. Pero no es una cualidad propia de la gente de Valemir, antes de que me preguntes. Tiene que ver con aceptar la corona, no con el reino en sí.

—Ah, entonces no sois vampiros ni nada por el estilo —bromeo.

El chico me lanza una mirada seria.

—Los vampiros no son una broma para nuestro reino, Emma. Sufrimos ataques cada invierno. Mucha gente ha perdido familias en sus ataques.

Me ruborizo.

—Y-yo… No lo sabía, perdón.

Sebastián suelta una carcajada y yo entiendo que se estaba quedando conmigo. Me adelanto para azotarle en el brazo y él se ríe aún más alto.

—¡Ya vale!

—Deberías haberte visto la cara —ríe imitándome—: «No lo sabía, perdón».

No hay nadie más en este rincón del mundo.

Aquí solo estamos Sebastián y yo.

—¿Cuántos años teníamos la última vez que pasamos por aquí? —pregunta mucho más cercano.

—Ni idea.

¿Cuántos años tenía yo la última vez que recorrí este pasillo y me adentré en el Bosque de los Marcos? ¿Y por qué lo hice? ¿Qué esperaba encontrar?

Me parte el alma pensar en aquella noche.

—La primera vez que visité la cripta tenía catorce años —explica Sebastián—. Creo que todavía estabas aquí, porque recuerdo ver a tu padre después de aquello. Pensaba que mi padre exageraba cuando decía que es algo que es mejor no ver, pero tenía razón.

—¿Tu padre te llevó a ver la cripta de los reyes?

—Yo se lo supliqué —sigue Sebastián, con las manos en los bolsillos—. Lord Azrael quiere ser rey por el poder y la gloria que obtendrá en vida, pero saldría de esa cripta como un perro con el rabo entre las piernas si alguna vez viera lo que hay ahí abajo.

Me fijo en la forma en la que aprieta la mandíbula y agacha la vista. En esta parte de la mansión, el techo se ha caído y hay varios haces de luz entrando a través de las paredes. Bajo el cielo estrellado, Sebastián parece solo un niño vestido de príncipe.

¿Por qué me está contando esto?

—Es fría y hay muy poca luz. De ahí he sacado las luces fatuas, ¿sabes? —explica—. Les he pedido ayuda para guiarme. La gente cree que escuchan.

—Pues ha funcionado —añado.

Las susodichas siguen acompañándonos, iluminando el camino

en la casa oscura.

—En la cripta, los reyes duermen ocultos bajo máscaras de piedra, pero se les ven las manos —sigue él—. Y las uñas siguen creciendo. Los Luminares se hacen cargo de ellos, pero se las dejan largas, afiladas. Creen que es una señal de respeto por su sacrificio.

Siento un escalofrío.

—Eso suena horroroso, Sebastián.

¿Es ese su destino si lo ayudo a convertirse en rey?

—Supongo. —Lo veo vacilar, dar un paso un tanto extraño—. No he tenido las agallas de bajar a verlo aún.

Frunzo el ceño.

—No debería haberte enseñado algo así siendo tan pequeño.

Él me mira, como si intentara descifrar a qué me refiero.

—¿Te parecería mejor idea que me lo hubiera ocultado?

Au.

—No lo entiendo —confieso—. ¿No te da miedo? ¿Dar tu vida así sin más? ¿No tienes dudas? Sé que quieres el trono, pero si ser el rey te lleva a algo así, ¿no crees que es un precio demasiado alto?

Él me fusila con la mirada.

—Es mi responsabilidad. Mi vida entera, hoy y mañana, siempre pertenecerá a Valemir. Lo único que he hecho ha sido prepararme para este momento. Tener miedo sería ridículo. Es para lo que nací, Emma.

Creo que he tocado una fibra sensible, así que lo dejo pasar, aunque sienta que es injusto y que no estoy de acuerdo. A pesar de que fuéramos niños juntos, hemos estado demasiados años separados y en mundos demasiados distintos como para fingir que somos los mismos de antes.

Toso contra la manga del vestido y una idea me cruza la mente.

—A todo esto…, ¿tú no me has preguntado si yo soy afín a algo?

Sebastián suelta una pequeña risa burlona.

—Para empezar, eres humana —repite sin más—. Pero no recuerdo haber visto ningún sello ayer.

Dios, parece que ha pasado una eternidad y fue ayer.

—No te recuerdo comprobando el aspecto de las palmas de mis manos.

—No me hizo falta —bromea divertido.

Sebastián desliza su vista desde mi cuello hasta mis pies. Estoy a punto de protestar cuando mis ojos se topan de nuevo con los suyos.

Lo sabe.

Claro que lo sabe.

Sabe que no hay ninguna marca en mi piel porque ayer me llevó en brazos, desnuda, a través de las llamas. Lo sabe porque me dio algo con lo que vestirme. Lo sabe porque me subió a su caballo. Es el príncipe de un castillo en el que la información es clave. ¡Por supuesto que se fijaría en algo así!

Pero ahora me mira con intención y yo tengo que recordarme a mí misma que, pese a que hay magia y afinidades en este lado del Velo, eso no significa que pueda dejar de respirar. Porque, de hecho, Sebastián tiene razón y yo no tengo un sello.

—Solo eres humana —dice al final como si quisiera consolarme —. Como tu padre.

—Entonces ¿nacer en Valemir no te hace heredero como sois todos los demás?

Sebastián resopla.

—No es por arruinar tu versión del cuento de princesas, pero no. No toda la gente que nace en Valemir puede optar al trono.

—Dijiste que mi padre tenía título nobiliario, ¿cierto?

—Mi padre le dio uno honorario, sí —añade—. Y así pudo

entregarle esta casa. Solo puedes ser propietario de tierras si tienes un título.

¿Ves?

Otra burrada más del Reino de Valemir.

La casa que ahora se ha quemado y a través de la que caminamos es propiedad de mi padre porque es amigo del rey.

Era.

¿Adónde ha ido?

—¿Y yo tengo título?

—Sí, prometida falsa del príncipe —responde él divertido.

Al ver la galería y el taller al fondo, reduzco la marcha. La experiencia me dice que nada bueno va a ocurrir una vez que entre en esa habitación, así que retraso el momento un poco más.

—¿Cómo llegó mi padre a este mundo?

—Ni idea. Solo sé que los humanos pueden cruzar el Velo —explica Sebastián—. Si La Fuente se lo permite, claro. En el caso de tu padre, se creyó que La Fuente lo reclamó por su destreza artística. El rey Gael estaba convencido de que tenía una misión en Valemir y se aseguró de ofrecerle todas las herramientas posibles desde el minuto en el que se encontraron.

Suspiro.

—Pues sí que era famoso, sí… —bromeo.

Sebastián sonríe, cruzando el umbral de la puerta del taller. Me observa desde el otro lado, bajo el cielo nocturno. Los recuerdos del incendio y de sus brazos sosteniéndome regresan como un bofetón.

No sé si quiero entrar y él me lo ve en la cara.

—Ser elegido por La Fuente es un gran honor —dice—. Por desgracia, también tiene sus consecuencias. Los reyes de Valemir duermen para siempre en una cripta y tu padre sufrió durante muchos años, ¿verdad?

Los recuerdos están a flor de piel.

—¿A qué te refieres?

—Viviste con él —insiste—, así que debiste de ver la peor parte. La magia siempre tiene un precio. Supongo que el rey Gael creía que hacía bien cuando le mandó a vivir junto al mismo bosque en el que apareció. Pero también podría haber estado equivocado.

—Hablas de tu padre con mucho cariño.

—Habré tenido mala suerte en algunas cosas —suelta Sebastián —, pero no en esa. Fue un rey amable y dedicado y, como estoy seguro que ya sabes, acogió a mi madre cuando su propia familia la hubiera arrojado a las llamas.

Parpadeo.

—Rilke e Irina te lo habrán contado, ¿verdad? —sonríe encantador.

No, la verdad es que no.

Cleia es quien me lo ha contado, pero no quiero pensar en ella ahora.

—¿Lo hizo porque la amaba? —pregunto—. Salvarla de su familia.

—Oh, no —ríe Sebastián—. No, no fue por amor. No de ese tipo de amor, al menos. No es una historia de… Pero Gael habría hecho cualquier cosa por ella.

Su rostro se ensombrece.

—¿Sabe tu madre que…?

—No he tenido el momento ni el coraje para ir a verla todavía, no.

Sin pensarlo, doy un paso al frente y entro en el taller para alcanzarlo. No me importa la madera quemada ni el terrible horror de los escombros, solo quiero llegar hasta él. El chico duda, pero me deja que le coja la mano. Busco sus ojos, intentando consolarle. No

puedo imaginar lo que siente y tampoco querría hacerlo.

Debe de ser horrible.

En medio de las ruinas de lo que un día fue mi hogar, puedo ver exactamente qué aspecto tiene la ruina de Sebastián. Su casa está hecha de paredes de piedras y de nobles con intereses crueles. Está decorada con los mejores muebles, pero está tan vacía como la mía.

Su padre se ha ido.

El chico me devuelve la mirada, pero algo me llama la atención y pierdo el hilo de pensamiento.

—No puede ser.

El corazón se me encoge en el pecho cuando lo veo en mitad de la sala y no puedo evitar ir a por él.

—¿Emma? ¿Qué ocurre?

Avanzo hacia el centro de la habitación, asustada.

Mi casa está encantada y, frente a mí, está el féretro del fantasma de mi padre. Es su última obra, la más horripilante de todas.

Aunque la sala ha ardido por completo y apenas quedan los cimientos, el cuadro negro sigue en pie.

Sigue donde siempre ha estado.

Esperándome.

13

El hollín cubre la sala. La madera partida ha derrumbado parte de las paredes. El techo de cristal se vino abajo por el cambio de temperatura y los cristales se me clavaron en la piel. De esos ya no queda ni rastro. Pero, bajo el frío nocturno, la habitación resulta un lugar intermedio entre diferentes infiernos.

Recuerdo caer en este suelo, desnuda.

Recuerdo las llamas.

Recuerdo la silueta de mi padre, sosteniendo el pincel entre ese cuadro y me recuerdo a mí, antes de tomar la decisión de huir en mitad de la noche.

En este momento, conmigo delante del maldito cuadro, el ciclo vuelve a empezar.

—Es el último cuadro que pintó mi padre —explico cuando encuentro las palabras.

Sebastián me mira, pero no dice nada. Sus ojos pasan de la obra a mí. Está en el centro de la habitación, en la zona más quemada, pero está intacto. Lo más horroroso es que es obvio que estamos justo donde empezó el incendio.

Entonces ¿qué lo salvó?

El negro del cuadro que tengo enfrente me recuerda a las manos, al suelo frío del baño. Recuerdo la inquina, los tirones. Y, en consecuencia, se me acelera la respiración y el miedo se apodera de

mí.

Oigo el rumor, los susurros. Las voces se alzan. Escucho que algo gotea en la distancia, pero el cuerpo no me responde.

Plip.

Doy un paso al frente, pendiente de una de las grietas de la pintura. ¿Es posible que haya algo debajo de esa capa oscura? Sí, hay algo bajo la capa de pintura negra. Algo importante. ¿Por qué si no lo cubriría mi padre? Sea lo que sea que hay debajo de esa capa, es algo que intentó disolver quien fuera que entró en la casa.

Hay un par de cuellos de botella de cristal alrededor. Reconozco el color del disolvente como un panadero distingue la harina de trigo de la harina de arroz. Esa es la razón por la que empezó el incendio, ¿verdad?

Plip, plip.

Alguien intentó quemar el cuadro y no lo logró.

Plip, plip.

Alzo una mano, dispuesta a descubrir qué se oculta bajo la capa de pintura negra. Veo las grietas. Estoy segura de que, si rasco un poco, podría ver si hay algo debajo. Sin embargo, antes de que pueda tocar el cuadro, siento los dedos de Sebastián alrededor de la muñeca.

Plip.

El joven príncipe tira de mí y me obliga a retroceder. Solo entonces veo las lágrimas que manan del cuadro, que caen sobre el suelo quemado y se funden con la ceniza. Las grietas se mueven como serpientes descendiendo hacia el extremo inferior del cuadro.

El olor a sulfuro lo impregna todo.

—Ponte detrás de mí —insiste Sebastián. Me coloca a su espalda con un gesto rápido—. Hagas lo que hagas, mantente a salvo.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—No hagas ninguna tontería.

No llega a responder a mi pregunta, porque la pintura del cuadro se desborda y un salpicón negro cae sobre el suelo. De él crece algo. Una especie de anomalía o criatura que se alza. Primero aparece su cabeza, como si se estuviera incorporando, pero las manos aparecen al tiempo, como si fuera una criatura saliendo de un lago negro. Sus dedos largos y finos, con garras, se aferran al suelo calcinado. Es así como la criatura al fin sale del charco que se ha formado en el suelo y se alza frente a nosotros.

Mientras cobra fuerza en su imagen, descubro que no tiene cabeza o cuerpo o torso de una manera lógica. Parece hecho de retales y está confeccionado en su totalidad de un amasijo de manos que reconozco al instante.

Las que me trajeron de vuelta.

La criatura se incorpora a cuatro patas y, aunque parece antropomorfa, está completamente descompensada. Chirría como una bestia y podría romper los techos si quedara algo de cristal en ellos.

Aguanto la respiración. Antes de que pueda decir, hacer o pensar nada, Sebastián arremete contra la criatura.

Tardo un instante en entender qué es lo que está haciendo.

Primero se lanza a buscarla y rasga uno de sus brazos para llamar su atención. Usa su espada. Ni siquiera lo he visto desenvainarla y había olvidado que la llevaba, pero es diestro con ella. El florín rasga la oscuridad de la criatura, que grita. Después del primer golpe, Sebastián se hace a un lado y distrae a su adversario, retrocede para atraerlo a otro rincón de la sala.

Me está dando espacio para huir, ¿verdad?

Pero no pienso dejarlo solo.

En lugar de escapar, busco un rincón de la habitación donde

esconderme. Desde allí, lo veo encararse a la criatura con la espada. Aunque en principio parecía solo decorativa, resulta estar inscrita y emite cierto brillo. La luz que desprende es malva, como también lo son ahora las luces fatuas que nos acompañaban. Las briznas ayudan a distraer y a cegar a la criatura que, aunque no tiene ojos, se resiente como si los tuviera.

Yo busco algo con lo que ayudar.

En uno de sus movimientos, puedo ver a Sebastián recibir un golpe. Lo veo incorporarse antes de lo que parecería posible. Con rabia, arremete con fuerza. También lo hacen las luces fatuas, como sus buenas aliadas.

Aunque me esfuerzo, solo encuentro madera quemada y cristal. Temo perder de vista a la criatura, que esta me descubra, y que eso nos ponga aún más en peligro. Por eso me quedo donde estoy, frustrada.

Con agilidad, Sebastián ataca de nuevo. Se mueve con la destreza de alguien que ha hecho esto otras mil veces. Veo que azota a la criatura en lo que podría ser el centro de su pecho, rebañando con el gesto unos cuantos dedos que caen contra el suelo e impactan como salpicones de pintura. La criatura trastabilla. Después, y como golpe final, el príncipe estampa una patada justo en el lugar en el que acaba de golpear con el filo de su espada.

Su contrincante se tambalea. Después cae hacia atrás e impacta contra el cuadro.

Estoy esperando el estruendo, la caída. No obstante, en lugar de eso, la criatura de tinta regresa al lienzo negro con un aullido y Sebastián, como último recurso, atraviesa la tela con la espada, como si pudiera ensartarlo en ella. Las luces obedecen al gesto y se arrojan a ayudar.

Ahogo un grito, dolida.

No sé por qué.

El cuadro es solo un mal recuerdo, ¿no?

Cuando Sebastián se vuelve para mirarme, veo la marca de su cuello mucho mejor que en el salón con el resto. Emite, como lo hacía su espada, una tenue luz malva.

Tardo un instante en darme cuenta de que las luces que nos acompañaban se han extinguido y tan solo nos iluminan los rayos de las lunas que entran a través de los huecos del techado. No queda ni rastro de las luces fatuas.

Ahora estoy segura de que ese es su sello y entiendo también por qué los colores son distintivos de cada casa. Pero ¿a qué afinidad pertenece ese malva? ¿Qué acaba de hacer Sebastián?

No puedo pensar con claridad.

En lugar de quedarme oculta, salgo de mi escondrijo y me acerco rápidamente hacia el príncipe, que se sacude la chaqueta y se queja una y otra vez de las manchas que tiene en la ropa.

Por suerte, no tiene ni un solo rasguño.

Lo veo resoplar y limpiar la sangre de la hoja de la espada contra las botas.

—Menudo insolente —protesta para sí—. Qué pérdida de tiempo y energía.

Lo alcanzo asustada y él me mira como si no entendiera qué me da miedo.

—¿Estás bien? ¿Qué demonios era eso?

—Ah, un espíritu arcano.

Lo dice como si nada, pero yo siento que se me va a salir el alma por la boca.

—Las manos, su cuerpo, la tinta… ¡el cuadro, Sebastián!

—Ya, siento lo del cuadro de tu padre —añade recolocándose la chaqueta—. ¡Menudo tocapelotas! Ahora he perdido un botón. ¿Lo

ves por ahí? Me las cargo si no lo encuentro.

Lo veo dar vueltas sobre sí mismo, siguiendo sus pasos, y busca el condenado botón.

—¡Podría haberte hecho daño! —protesto.

—No seas exagerada, Emma. Era un espíritu menor usando la pintura del cuadro, nada más.

—¿Por eso lo has ensartado?

—Exactamente.

—La luz malva, ¿aparece cuando haces uso de tu afinidad? —exijo saber.

Sebastián se incorpora de pronto, dejando atrás su búsqueda por un instante. Me mira como si viera lo más interesante que ha visto en años.

—No te rindes nunca, ¿no?

Pongo los ojos en blanco.

—Así te has deshecho del espíritu, ¿verdad? —Suelto, intentando hacer que lo que acaba de ocurrir tenga algún sentido—. Has usado tu afinidad y lo que brilla en tu cuello es tu sello.

Sebastián sonríe con orgullo, pero no suelta prenda. No sé si lo hace porque no quiere o porque quiere otra cosa. Sea como sea, en lugar de contestar, se agacha y me muestra el botón que ha encontrado.

—¡Menos mal! No soporto cuando Irina me mira mal. Bien, Emma, deberíamos volver al castillo cuanto antes, por si las moscas. Creo que hemos tenido suficientes aventuras por hoy, ¿no crees?

Supongo que no va a ceder, así que me resigno a seguirlo.

—¿Es normal que aparezcan espíritus arcanos?

—No —responde enseguida—. Agacha la cabeza, ten cuidado con eso. Por aquí. Iremos por fuera, por si acaso. No quiero toparme con ningún otro.

Lo sigo al exterior, agarrando la falda para avanzar más rápido.

—¿Puede que haya más?

—Los espíritus arcanos menores aparecen en lugares donde han ocurrido tragedias.

—¿Como un incendio?

Sebastián aprieta la mandíbula.

—Sí, pero no son así de grandes ni parecen tener tan claro lo que quieren —responde—. Actuaba con claridad y cómo ha peleado… Esa cosa era demasiado inteligente. Lo cual solo demuestra mi teoría del desequilibrio, debo admitir. Ah, Alaric se va a enfadar y esta vez con razón.

Frustrada, hago aspavientos con las manos. A veces habla como si creyera que de verdad sigo el hilo de lo que dice. ¿A qué se refiere con el desequilibrio?

—¿Crees que todo esto tiene que ver con la ascensión de tu padre?

Niega con la cabeza. Caminando por el exterior, avanzamos mucho más rápido y llegamos antes al caballo.

—Al revés. La ascensión de mi padre tiene que ver con lo que sea que está pasando —resuelve frustrado.

—¿Dónde?

—Aquí, en todas partes —protesta—. Incluso es probable que también en tu lado del Velo. ¿Notaste algo antes de que…? Tienes que contarme exactamente cómo ocurrió. Pero mañana, ¿vale?

Sebastián prepara al caballo y me mira, esta vez decide darme una respuesta sin que tenga que pedirla.

Me tiende la mano para que suba a la montura.

—El Corruptor va ganando la batalla y Valemir se resiente.

¿Se refiere al mago de la leyenda?

—El desequilibrio de La Fuente —deduzco—. La batalla entre

Amira y el Corruptor. Amira va perdiendo y por eso reclamó a tu padre, ¿correcto?

Él asiente, orgulloso de que siga sus explicaciones. Cojo su mano y subo al caballo, decidida y orgullosa de mí misma.

—Volveremos con un plan si es necesario —dice él—. Ahora tenemos que irnos, antes de que ser Kergalot nos mate a los dos.

Le hago caso, aunque me sorprende cuando se quita la chaqueta y me la coloca. Tarda apenas un segundo en darse cuenta de lo sucio que está mi vestido y suspira.

—Nos la vamos a cargar.

Deja caer los hombros como un niño pequeño.

El eco de las campanadas atraviesa los terrenos del reino. Tenemos menos de media hora para llegar al castillo antes del nombramiento.

—Agárrate fuerte, ¿quieres?

Y dicho eso, azota al caballo para que salga al galope.

Decir que llegamos a tiempo para el nombramiento sería mentir, pero no llegamos tan tarde como podría parecer.

Rilke e Irina se llevan las manos a la cabeza cuando nos ven llegar al ala oeste con las ropas llenas de hollín y ceniza. Por suerte, Sebastián se gana el cariño inmediato de las costureras en cuanto les devuelve el botón perdido. Les vende la historia con zalamería, incluso cuando no haría falta, y yo tengo que aguantarme las ganas de reír al verlo hacer la mejor actuación del año.

A mí, por eso, Rilke me pellizca el costado para regañarme por estropearme el peinado.

Sea como sea, y tan pronto como nos resulta posible, los dos recorremos el mismo puente que hemos recorrido antes. Esta vez lo

hacemos a la carrera y de la mano. Nos detenemos tras la puerta, donde Sebastián me obliga a coger aire y calmar la respiración.

Lo ayudo a peinarse un par de mechones y él hace lo mismo, divertido.

—Aún no he oído las campanas —digo divertida.

—Cabe la posibilidad de que nos libremos del castigo —responde con una risilla—. Actúa con naturalidad.

No obstante, ser Kergalot nos atrapa tras la puerta del salón. Le echa un vistazo a nuestro cambio de muda y nos pilla con las manos en la masa.

Nos dedica una mirada recriminatoria.

—Tres minutos —dice como si no lo supiéramos—. Solo quedan tres minutos para medianoche.

Yo miro a Sebastián, que sonríe divertido.

—Habéis vuelto con un margen de solo tres minutos —insiste Alaric—. Es un nuevo récord en cuanto a lo que apurar supone, alteza.

Esta vez, la que se ríe soy yo. Tengo que esconder la cara contra el brazo de Sebastián ante la idea.

—Lady Emma —protesta Alaric—, la poca esperanza que albergaba de que vos lo obligarais a actuar como un adulto acaba de salir por la puerta.

—Lo siento, ser Kergalot —murmuro.

El príncipe pone los ojos en blanco.

—Tú ni caso —dice guiñándome un ojo—. Está en esa edad.

Al final, Alaric nos deja volver a entrar en el salón. Lo hacemos de la forma más sutil posible. En el interior, los nobles de Valemir aguardan frente al pequeño balcón interior a través del cual los Luminares anunciarán el resultado de la noche. Nosotros nos colamos entre los presentes, quedándonos al fondo de la

muchedumbre.

Todo el mundo aguarda a las campanadas. Una vez que la doceava ha hecho eco, un luminari aparece frente a su expectante público.

Viste de blanco y negro, parece un atuendo ceremonial.

—La Fuente ha tomado vuestro sacrificio en estima, lord Azrael du Mort —anuncia desde el pequeño palco, su voz suena joven—, mas no será necesario. Así, os hago saber que vuestro destino no es ser rey de Valemir.

Lord Azrael contiene la rabia y devuelve la reverencia que le ofrece el joven luminari con maestría.

La corte hace lo propio, como lo hacemos nosotros. Todo el mundo acepta la resolución del nombramiento. Es nulo. Pero, cuando alzo la vista para ver la reacción de Sebastián, me lo encuentro sonriendo, arrogante, y no se esconde.

Los Luminares salen de la habitación en la que estaban encerrados para saludar al postulante, a lord Azrael. Se forma un pequeño pasillo para que puedan salir del salón de baile por la misma puerta por la que lo haremos el resto.

En el centro, el jefe de la Casa de la Voluntad saluda a los Luminares de Amira, manteniendo sus emociones a raya.

Todo es protocolario, reverencial, frío y distante.

Sin embargo, hay un detalle que no se me pasa por alto: todos los Luminares que pasan por nuestro lado tienen esa marca.

Es la misma que tiene Sebastián en el cuello.

LOS CUADROS

14

El mundo se extiende frente a mí como si alguien desenrollara un papiro. Quizá eso es lo que ocurre: alguien rompe el sello de cera con un cuchillo y extiende un mapa infinito sobre una mesa. En el interior de ese papel, yo soy solo una mota de polvo.

El viento se levanta.

El campo está seco, agrietado. El rumor y las palabras regresan con la arena, hablan idiomas distintos. Esta vez, sin embargo, la tormenta no llega. La figura no aparece. Avanzo, confusa, como si así pudiera provocar la acción que tantas veces he vivido, pero no ocurre nada.

El viento se calma, baila, mueve la arena que se alza y crea figuras, pero nadie ni nada existe más allá del campo desértico y yo.

—¡¿Hola?!

Siempre ha sido una sensación extraña: sé que estoy soñando, pero no puedo hacer nada al respecto.

A la vez, no estoy segura de que solo esté soñando.

—¿Emma?

Me vuelvo en cuanto escucho mi nombre. Me falta el aire, pero busco en todas las direcciones. No encuentro nada ni a nadie que pueda reclamarme. La extraña silueta a la que ya estoy acostumbrada no aparece y, aunque es para mejor, la idea de que haya desaparecido resulta desoladora. Había cierto control en saber

cómo avanzaba la pesadilla.

Porque es una pesadilla.

Es una pesadilla y nada más.

Lo único que encuentro en el desierto, tras horas de búsqueda, es una amapola.

La florecilla ha crecido a través de las grietas. La corola es roja, tiene el acento oscuro del corazón. Aunque solo hay una, se mantiene erguida contra el viento y el calor del extraño desierto en el que nos encontramos las dos.

Curiosa, me agacho y la observo. No parece haber nada extraño en su existencia, excepto quizá que somos las únicas que existimos aquí. Eso y la forma en la que de repente, su corazón extiende el color negro a los estilos, la corola, y el resto de la flor.

Asustada, sin pensarlo, la protejo del viento que se levanta. El problema es que no consigo nada con ello. Aunque la cubro con mi cuerpo, la amapola se corrompe y, tan pronto como lo hace, sus pétalos se cierran y vuelven a abrirse, transformados en los dedos de una mano.

Trato de retroceder, pero el puño se cierra alrededor de mi pelo.

Como ha ocurrido solo una vez antes que esta, una mano de carbón me apresa. De entre las grietas, florecen cientos de amapolas más y me atrapan, me aprisionan contra la tierra. Protesto, intento librarme, pero no me sirve de nada.

Es entonces cuando aparece la figura. La veo por el rabillo del ojo, a través de los dedos que me retienen. Esta vez se arrodilla, un gesto que jamás podría haber acometido otras veces porque jamás ha tenido piernas. Sus dos ojos, los pozos oscuros que no son pupilas, brillan como los de un gato que disfruta de la caza.

Estaba en el pasillo.

Me ve.

Intento gritar, pero solo siento la presión en la garganta, los tirones del pelo, mis tobillos atrapados contra la arena.

Esta vez, la figura me aparta el pelo de la cara con cuidado.

Cuando me toca, las imágenes brotan en mi mente: las amapolas, sangre, Valemir o Madrid, no lo sé, atrapada en una nube de roya y raíces que salen de entre los adoquines, de debajo del asfalto. Sombras, humo, un incendio.

Mi hogar reducido a cenizas.

La luz malva que mana de Sebastián, la luz blanca que mana de mis manos.

La luna, que son tres. Tres lunas y una torre. Mis manos y las de otra persona. En algún lugar, una mujer dibuja círculos y círculos en el suelo de madera, con el carbón de sus propias manos sucias.

Sus pies descalzos.

Huele a fuego, a carbón, a humo.

Se detiene, como si pudiera sentirme.

—¿Emma?

15

Me incorporo en la cama y me llevo una mano al pecho.

La puerta está cerrada. El hilillo de luz que entra a través de las cortinas atraviesa la cama de una esquina a la otra. El hogar está apagado y la habitación se ha quedado fría.

Sigo en el castillo.

Pensaba que había protecciones aquí.

Con una mano en el pecho, me centro en controlar la respiración e intento retener cualquier información que haya podido conseguir en el sueño. No sé ni por qué, pero siento que es lo lógico. A grandes rasgos, la idea es irrisoria: son solo pesadillas. Sin embargo, hasta el momento, creer que no son más que torturas de mi propia psique no me ha ayudado a descubrir cómo deshacerme de ellas. De hecho, solo ha conseguido dejarme desamparada en el mundo en el que crecí, pero del que no sé absolutamente nada.

Visto lo visto, quizá sea mejor empezar a prestar atención a las señales.

Me tomo las pulsaciones.

Controlo la respiración.

Busco el espejo para comprobar que no tengo las pupilas dilatadas. Sin embargo, tengo una mancha de carbón en la frente, justo donde la criatura ha pasado el dedo para apartarme el pelo de la cara.

Recuerdo el moratón que me descubrí en el gimnasio y lo oscuro que era.

Recuerdo la voz de Sia, su ceño fruncido.

¿El carbón de la frente significa que mis sueños tienen un efecto inmediato en mi cuerpo? Cleia dijo que la magia tiene su precio y por eso tengo un mechón de pelo blanco. ¿Será esto algo similar?

Me lavo la cara. Me tranquilizo. Abro las cortinas, vestida con el camisón que me han prestado, en la habitación que me pertenece por ser la falsa prometida del príncipe.

¿Qué ha ocurrido en esa pesadilla?

Un prado, una amapola, las manos.

La figura, los ojos que no lo son.

Pienso en la figura al final de la galería del claustro, en las luces fatuas de la otra noche, y el recuerdo de la bestia a la que Sebastián redujo regresa como la marea. Estaba hecha de manos, como las que me trajeron aquí.

Él dijo que era un espíritu arcano menor.

¿Es posible que fuera eso lo que me trajera de vuelta? ¿Un espíritu? Sebastián dijo que los espíritus estaban alterados y que eso hacía que me fuera difícil regresar a Madrid.

Me dejo caer hacia atrás y suelto todo el aire de golpe cuando choco contra el colchón.

—¿Emma?

—Lady —corrige una segunda voz.

Todavía tengo los ojos cerrados.

—Dijo que no quería formalidades, tutéala.

—Cuando nadie te oiga si así lo deseas, pero no en mitad del pasillo, niña. Es la prometida del príncipe y debes hablarle como tal. Dirígete a ella como «excelencia».

Me vuelvo, veo que se abre un resquicio minúsculo de la puerta.

—¿Estáis despierta, excelencia?

Son Rilke e Irina.

—Pasad, adelante —respondo poniéndome en pie para recibirlas. Ellas entran y cierran la puerta.

La idea de tener algo de compañía me resulta reconfortante. Preferiría no volver a quedarme a solas. Al menos durante un rato.

—Te traemos el desayuno. ¡Oh…! ¿Has dormido bien?

La respuesta es no, pero sonrío.

—Te traemos también algo de ropa para el día a día —sigue Irina —. No puedes ir por ahí con un traje de gala, claro.

—El príncipe nos comentó que querrías algo más… informal — dice Rilke, que deja la bandeja sobre la mesa.

Yo, que la he seguido, me llevo una de las galletas a la boca antes de que la bandeja toque la superficie. Llevo dos días encerrada en la habitación, comiendo lo que me traen. Sebastián ha estado ocupado con cosas de la corte y, por suerte, eso me ha dado un poco de tiempo para pensar y aclimatarme a la situación.

Rilke ríe con suavidad y me llena un vaso de leche.

—¿Tienes hambre?

—Creo que la cena fue demasiado pronto anoche —respondo simplemente—. ¿A qué te refieres con informal?

—No habléis con la boca llena —protesta Irina.

Pero, cuando me vuelvo, veo que la vieja costurera ha colgado mi nueva indumentaria justo al lado del espejo.

—Hemos hecho lo que hemos podido —añade Rilke, ofreciéndome el vaso para que pueda pasar la segunda galleta.

Se me llena el corazón.

Rilke e Irina me cuentan que han estado trabajando duro para confeccionarlo. De hecho, según Rilke, llevan trabajando desde el momento en el que me dejaron en la escalera hace dos días y han

dormido menos que nadie desde entonces.

Por suerte, tenían un par de manos extra: sus hijos.

—Niko y Enara nos ayudaron a lavar y planchar algunas piezas —dice orgullosa de ellos—. Enara quiere ahora un traje de chaqueta como el tuyo.

—Solo tiene once años —protesta Irina, como si eso fuera suficiente explicación—. Se le pasará.

Resulta que han arreglado un par de vestidos que estaban en las alcobas. Les han cogido el bajo y se han asegurado de encontrarme un par de mudas más. La más importante, y la que Enara querría tener para sí misma, es el conjunto que lleva pantalones de montar.

Y botas.

—La chaqueta le da un toque más respetable —admite Irina, algo cascarrabias—, ya que así al menos no vais mostrando lo que no hace falta mostrar, alteza.

Suelto una carcajada ante la idea de que la vieja parezca tan contrariada al verme el culo a través de los pantalones.

Rilke se ríe conmigo, es mucho más… ¿moderna?

Sea como sea, la chaqueta es preciosa. Es verde, se cierra como un corsé. Es corta por delante y larga por detrás, dando así la imagen de que podría estar llevando un vestido de manga larga. Puedo llevarla con una camisola debajo, e Irina me asegura de que prepararán un par de pantalones más aunque solo sea para que puedan lavar los que ensucie durante la montura.

No tengo intención alguna de montar más a caballo. No por devoción, vamos. Tengo cosas más importantes que resolver y creo que la practicidad de no tener que llevar un vestido como el de la otra noche nos ayudará tanto a mí como a Sebastián.

En especial si tenemos que encontrar esas reliquias.

—El príncipe insistió en que necesitabais pantalones —sonríe

Rilke traviesa—. Y en que os diéramos todo lo que pidáis, por supuesto.

Le dedico una mirada de soslayo, negando con la cabeza.

Está emperrada en que todo esto tiene un algo romántico. Aunque quiero negarlo, no estoy del todo segura.

Supongo que es agradable que Sebastián sea detallista.

—¿Qué papel desempeñan los Luminares en la vida del castillo? —pregunto de repente.

Ninguna de las dos se sorprende: nuestra dinámica es exactamente esta. Sebastián se ha asegurado de hacerles saber que deben contestar a todas mis preguntas y ambas parecen la mar de interesadas en ayudarme a entender Valemir.

—Son una institución del castillo y sirven a Amira —responde Irina.

—Pero no a la Casa de Amira —intuyo.

—No. Digamos que son… independientes.

—Cualquier casa puede solicitar su servicio —explica Irina.

Son monjes. Llevo diciéndolo desde el principio.

—¿Y cuál es su objetivo? ¿Velar por Valemir?

Ambas asienten.

—Están a la altura del rey y de la corte —explica Irina cuidadosa —. Sin embargo, se dedican sobre todo al estudio del Velo y La Fuente.

—Su afinidad es espiritual —explica Rilke.

Asiento.

Recuerdo las marcas que vi en sus cuellos. Puesto en perspectiva, ¿no tendría sentido que Sebastián tuviera esa afinidad también? Tiene el mismo sello y se deshizo del espíritu en el taller de mi padre. ¿Significa eso que Sebastián es un luminari? ¿Y cómo puede ser ambas cosas, príncipe y monje?

—El príncipe os espera en sus aposentos —insiste Irina, de repente—. No lo hagáis esperar, Emma.

Rilke y yo nos miramos la una a la otra cuando la mujer decide dejar de usar los términos protocolarios justo antes de salir por la puerta.

—Creo que le caes bien —murmura la joven—. Ya te lo dije: es gruñona, pero es buena. Dale un par de días más y es toda tuya.

Suelto una risita cohibida.

Cuando ya estoy vestida y preparada para el día, salgo de mi propia habitación y dejo que un par de guardias me guíen hacia los aposentos del príncipe, donde se supone que el susodicho me espera con tantas ansias.

Con lo poco que sé de él, lo que sea que lo haya apartado de su investigación durante casi dos días, le tendrá como un loco. Es mejor no hacerle esperar. Y yo, después de esa pesadilla, tengo poco tiempo que perder.

Llevo demasiados días en este lugar. Quizá por eso las protecciones están empezando a fallar. Tengo que descubrir qué le pasó a mi padre y poner pies en polvorosa cuando antes. En el pasillo, una imagen me devuelve a otra. Veo a un gato sentado en una de las ventanas y me acerco a acariciarlo. Se deja, tal vez esté acostumbrado a la gente del castillo.

Yo solo puedo hacerme la misma pregunta que llevo haciéndome desde que llegué: «¿Qué estará haciendo Sia?».

Una vez que llegamos a los aposentos de Sebastián, les agradezco a los guardias que me hayan guiado hasta el lugar y avanzo hacia el interior de un salón. Los aposentos no son la habitación de Sebastián, sino una serie de habitaciones que le pertenecen. Es el equivalente a un piso, con su salón, su habitación y su pequeño… ¿estudio?

Oigo su voz tras la puerta entreabierta.

Y no está solo.

Ser Kergalot sigue en su tesitura paternalista.

—Eres consciente de que las visiones de tu madre no son de fiar —insiste con un deje de preocupación—. Lleva mucho tiempo encerrada, y está enferma.

Sebastián, sin embargo, no parece tan afable.

—Aun así, no se ha equivocado ni una sola vez. Jamás —responde—. Predijo la muerte de mi padre hace más de diez años. Predijo la locura de Ciro y también el regreso de Emma. ¿Eso lo haría una loca?

Parpadeo sorprendida.

—Sebastián, no alces la voz.

—Alzaré la voz lo que me apetezca, Alaric —responde—. He perdido dos días por culpa de algo que podría haberse evitado si la corte le hiciera caso. ¡Predijo el desbordamiento del río Iocast hace más de tres meses! Es obvio que tenía razón y el Corruptor está ganando terreno a marchas forzadas.

—No digo que no crea en su habilidad como soñadora, Bash…

—No me llames así. Ya no soy un niño.

—A lo que quiero llegar es a que necesito que te bases en algo más que en los delirios de tu madre.

—¡¿No son suficientes las casas que el río ha borrado del mapa?!

Sebastián resopla y oigo sus pasos. Temo que me encuentre escuchando a escondidas. No sé por qué lo hago, pero, por suerte, parece que algo lo detiene antes de que pueda encontrarme.

—Si lady Basira así lo ha predicho, así ocurrirá. No voy a cambiar de opinión, ser Kergalot. Encontraré las reliquias y conseguiré el trono, pero si para eso Amira necesita ascenderme mañana mismo, que así sea.

El corazón se me encoge en el pecho. Culpable por estar pegando la oreja, decido llamar con suavidad a la puerta para hacerles saber que estoy aquí, antes de oír algo que no debería oír.

Ser Kergalot es quien me abre la puerta del todo.

—Alteza —saluda.

Me dedica una mirada de advertencia que resulta hasta entrañable.

—Buenos días, ser Kergalot.

—Espero que hayáis podido descansar, lady Emma.

Le dedico una sonrisa de circunstancias y él me deja pasar sin mayor problema. El estudio es algo más grande de lo que esperaba. Sebastián está junto al ventanal que ilumina todo el espacio, pero no le presto ni la más mínima atención. Creo que está intentando controlar sus emociones y es mejor darle un momento. En lugar de dirigirme a él, le echo un vistazo al resto del mobiliario y a su disposición.

Las paredes están llenas de estanterías, que a su vez están llenas de libros y hay un tablero colgado de una de ellas, a modo de pizarra, en el que parece ser que los dos han colocado piezas importantes de su investigación: notas, mapas, dibujos.

Curiosa, avanzo hasta el tablero.

—Buenos días a ti también, querida —bromea Sebastián.

Cuando me vuelvo para mirarlo, me topo con su gesto arrogante, sus brazos cruzados y…

Sus gafas.

Le caen en la punta de la nariz y la imagen me roba la respiración.

Se las recoloca, se incorpora y se acerca a mí sin más.

—Días —digo sin aliento.

Me sostiene la mirada.

—Hum —asiente sin más.

Cuando estira un brazo para asegurarse de clavar bien una de las agujas que mantienen un mapa desplegado, no podría interesarme menos la información del tablón. Solo veo la forma en la que su boca se entreabre y su ceño se frunce un poco mientras examina aquello que estoy segura que domina.

Mierda.

Mierda, mierda.

Carraspeo.

—B-buenos días.

Qué bochorno.

—Eso he dicho —responde él divertido.

—¿Estáis segura de que habéis descansado? —pregunta Alaric, con las manos a la espalda y una sonrisa de terrorista.

Aparto la vista de la camisola, de las gafas, de sus ojos oscuros y de su pelo revuelto, incluso trato de ignorar las manchas de tinta de sus manos. Cuando ser Kergalot le tiende una taza de té y Sebastián la coge con cuidado, tengo que obligarme a no pensar en el tacto de la porcelana o en el de sus labios sobre ella.

Me recoloco y me cruzo de brazos, de pie frente a la pizarra con ambos.

Me centro.

—Hemos intentado reunir toda la información básica para ponerte al día —empieza a explicar Sebastián.

Ser Kergalot suelta una risilla y creo que intenta vengarse cuando se inclina y me habla directamente a mí.

—De hecho, llevamos aquí desde las tres de la madrugada, alteza —dice—. Su prometido es un hombre muy dedicado.

Incluso me guiña el ojo. Sebastián finge que no le importa, pero le devuelve la taza de té como un déspota consentido.

—Así es: soy un príncipe comprometido con su nación y sus gentes —suelta con cierto retintín—. Sea como sea, Emma, quizá es buena idea que te expliquemos un poco más sobre Valemir para asegurarnos de que entiendes lo básico.

—¿Es esto una clase de historia? —pregunto divertida—. ¿Ahora voy al cole?

Sebastián arruga la nariz, entretenido.

—Es más que eso —sigue—. Pero, dado que sientes tanta curiosidad por las afinidades, como cualquier humano, supongo, quizá sea buena idea empezar por ahí. No puedo andar respondiendo a tus preguntas sobre la marcha. Necesito que estés a la altura.

—¿Esto entra en el examen? —bromeo.

—Hum. Puede. Quizá sean buena idea hacerte exámenes. ¿Qué opináis, ser Kergalot?

Ser Kergalot pone los ojos en blanco.

—Creo que lo que el príncipe está intentando explicar es que Ciro se hizo muchas de las preguntas que tú misma has hecho estos días —añade sin hacer caso de nuestra mofa—. Y decidió resolverlas él mismo, quizá de una manera más práctica para vos. Pensamos que sus notas serían de ayuda y por eso las hemos dispuesto de esa manera.

Cuando hace un gesto para señalar uno de los diagramas de la pizarra, el alma se me cae a los pies. Veo los triángulos, los nombres, las palabras y las notas. Es un estudio, una investigación. Tiene las respuestas que quizá necesitaba o las explicaciones que no recibí en mi niñez. Sin embargo, soy incapaz de entender nada de buenas a primeras y solo puedo sentirme abrumada.

No veo más que la tinta, el gesto, la caligrafía.

—¿Son de mi padre? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Rozo el papel con la punta de los dedos ante la atenta mirada del príncipe y su caballero. Quizá por respeto, ambos guardan silencio durante un instante.

—Las encontramos entre las pertenencias del rey Gael —dice Alaric.

—Pensamos que serían de ayuda.

—Son de cuando era joven —sigue el hombre—. Cuando llegó a Valemir, el rey y él se sentaban juntos para que pudiera entender este lugar. Tal vez puedan ayudaros a entendernos mejor.

—También enviamos a un par de guardias a buscar algunas de las pertenencias que sobrevivieron al incendio —explica Sebastián—. Será más fácil explorarlas desde el castillo.

Asiento algo sobrecogida.

Todo cuanto me queda de mi padre son esos objetos y jamás me había parado a pensar en ello. En este instante, en esta habitación, con las piezas de una vida que jamás llegué a conocer y que deseché, jamás me había sentido tan… desamparada.

—¿Emma?

—¿Hum?

Sebastián frunce el ceño.

—¿Cuándo naciste?

Trago en seco y evito la pregunta porque no tengo la respuesta.

—¿Para qué pueden servirnos estas notas? —pregunto para no tener que contestar. Me dirijo a ser Kergalot, que sé que sí hablará —. ¿Qué estamos buscando en ellas?

Él, sin embargo, se encoge de hombros.

—Vuestra alteza, el príncipe, las ha leído unas cien veces desde que las trajimos —responde divertido—. Pero yo me pregunto lo mismo que vos, lady Emma.

Sebastián gruñe un poco y se pasa una mano por los ojos.

—Ciro y Gael eran amigos —dice como por quinta vez—. Por lo tanto, compartían muchas cosas. Entre ellas su pasión por intentar resolver lo que Amira no pudo resolver.

Ser Kergalot asiente arrogante.

—Una misión que no llevó a ninguno de ellos a ningún puerto, debo añadir —dice con cierto retintín—. Ni a él ni al rey Gael ni a lady Basira.

Sebastián se cruza de brazos.

—¿Qué misión? —pregunto—. ¿Qué querían resolver?

El príncipe suspira.

—Mi padre estaba obsesionado con la leyenda de Amira y creía que Ciro podría ser la clave para resolver las consecuencias más crueles de la misma —explica—. Por eso tu padre y él se embarcaron juntos en la aventura de…

—Evitar las ascensiones —concluye ser Kergalot.

Frunzo el ceño.

—Ciro y Gael creían que la única forma de acabar con el ciclo de ascensiones de los reyes de Valemir era deteniendo al Corruptor de una vez por todas.

Estoy perdida, pero intento seguirlos.

—Tu padre quería evitar que Amira necesitara más… ¿reyes?

Sebastián me mira de soslayo y algo en su mirada me da la respuesta que busco.

—No quería que tú tuvieras que ascender —entiendo en voz alta.

Es ser Kergalot quien me guía a través de las notas.

—Gael creía que Ciro tenía la capacidad de ayudar a regresar a Amira, aunque ninguna de sus notas especifica cómo. Con ello, podían ayudarla a vencer de una vez por todas.

Sebastián se mira los zapatos.

—No hay ninguna información sobre sus experimentos, aunque

sí hay un par de entradas en diarios sobre su intento de mantener el equilibrio.

Ahora entiendo cosas.

—¿Y tu madre…?

—El rey Gael creía que mi madre era capaz de ayudarlos a entender cómo avanzar, de igual manera que Ciro.

—¿Cuando os referís al equilibrio…?

—Nos referimos al equilibrio entre la fuerza que usa Amira y la fuerza del Corruptor. Debes entender que Valemir se sostiene entre esas dos fuerzas.

—Y detener al Corruptor… ¿no tendría consecuencias?

—Por supuesto. Pero también las tendría si el Corruptor lograra derrotar a Amira.

Me froto las sienes.

—Todo esto asume que Amira sigue viva y continúa luchando en algún lugar de… ¿qué? ¿El nanoverso?

Sebastián me fusila con la mirada.

—Esto no es una broma para mí, Emma.

—Perdón.

Ser Kergalot intercede.

—Desde luego, hay cosas que se transmiten de generación en generación —bromea casi para sí mismo—. Vuestro padre también tenía ese… tono.

—¿Conociste a mi padre? —pregunto.

—Fui el caballero de la guardia personal de Gael desde los quince años —explica—. Al menos hasta que me mandó a hacerme cargo de su pequeño diablo.

—Me adoras —protesta el aludido.

Le dedico una mirada de soslayo. ¿Ser Kergalot sabe cuándo nací? ¿Sabe algo sobre mi madre? Arriesgarme a preguntar podría

poner en tela de juicio la poca información que tengo al respecto. ¿Qué opinaría Sebastián si descubriera que no tengo ni idea?

—De nuevo, tengo que insistir —suelto sin más—: mi padre no compartió nada de esto conmigo. No entiendo cómo puedo serte de ayuda de ninguna manera.

Me siento ridículamente inútil.

Frustrado, Sebastián se quita las gafas.

—Está bien —resopla—. Concédeme este momento, ¿quieres? Observa este diagrama de aquí.

Son dos triángulos superpuestos.

Veo los sellos elementales colocados en un triángulo: agua, fuego y tierra.

En el segundo triángulo veo los sellos esenciales: espíritu, sueños y voluntad.

Se corresponden con las casas, con las afinidades. Mi padre se hizo cargo de interpretar el mundo una vez, pero evitó mostrármelo.

—Necesito tu ayuda con esto.

«Esto» es un cuadrilátero dibujado con tinta roja. Los cuatro extremos caen justo en los espacios entre algunas de las afinidades. Aunque hay una línea trazada en el centro, parece que mi padre nunca llegó a describir qué indicaba.

Frunzo el ceño. Sebastián insiste en que le preste atención a la palabra que, en el mismo color que el resto del cuadrilátero, reposa en el extremo superior.

«Custodios».

—¿A qué crees que se refiere con «Custodios»? —pregunta Sebastián—. Tú entenderás a tu padre mejor que nosotros. ¿Son algo significativo a nivel cultural en vuestro lado del Velo?

Alzo las manos, frustrada.

—Pfff. No. ¡No lo sé…! ¿Cómo iba a saberlo, Sebastián? ¿Cuántas

veces más tengo que decirte que mi padre no me contó nada? Nada. De nada. Jamás. Nunca.

Me mira contrariado.

—Inténtalo al menos.

—¿Y qué quieres que intente?

—¡Emma! —protesta—.¿Qué ves?

Resoplo y le echo un vistazo al diagrama. Es obvio que quiso dibujar el cuadrilátero de manera que los extremos quedaran entre los puntos equidistantes entre un sello y el siguiente. Se nota la marca del compás en el folio y las señales para trazar el punto exacto.

Pero ser Kergalot y Sebastián me prestan completa atención, y eso no ayuda.

—Cada uno de los extremos de los triángulos representa una afinidad —empiezo nerviosa. Ellos asienten—. Las afinidades elementales están invertidas y las esenciales reposan en el horizonte. No sé hasta qué punto lo hizo así por alguna razón, pero resulta curioso que situara la tierra en el extremo inferior de esa manera. Mi padre era un hombre… curioso. Es posible que fuera por…

¿Por qué lo haría?

Sacudo la cabeza, siguiendo con mis pensamientos.

—Bueno, no lo sé seguro. Creo que la línea del centro está dibujada para señalar un plano, ¿no? —apunto. Rozo el papel y les muestro una marca de compás—. Si este es el centro, lo lógico es que sea… ¿La Fuente? Eso significaría que a un extremo estaría Amira y al otro estaría el Corruptor.

Sebastián frunce el ceño.

—Pero eso no está puesto ahí.

—Cierto, pero puedes ver las marcas de un compás, ¿ves?

Curiosamente son las únicas distancias que se quedan fuera del cuadrilátero al que él llama «Custodios», ¿cierto? Debe de significar algo. Entre el agua y los sueños, a la izquierda, como el diablo: el Corruptor. Entre el fuego y la voluntad, a la derecha: Amira.

Ambos hacen una mueca, siguiendo la idea con pinzas.

—No acabó el diagrama —indico, estoy casi convencida—. Sea lo que sea que pasó, este esquema está sin acabar.

—Pero sí apuntó los Custodios. ¿Por qué? ¿Y qué son? —insiste Sebastián—. ¿Qué custodian?

Me encojo de hombros, observando el cuadrilátero.

—Ni idea.

Sigo la línea con los ojos y doy un paso atrás.

Recuerdo que mi padre siempre decía que mirar a algo durante mucho rato te ciega. A veces, es importante dar un paso atrás y cambiar la perspectiva. Puede que la perspectiva de Sebastián haya viciado el diagrama y que…

—Ah.

Se me escapa.

Ser Kergalot y Sebastián se vuelven, esperando una respuesta.

—Es un cuadro.

—¿Cómo?

—Son las dimensiones de un cuadro.

Vuelvo a acercarme y sigo la línea con los dedos.

—Cuatro extremos, un cuadro —explico, intentando seguir la lógica de mi padre—. Si el centro es La Fuente y los Custodios son cuatro puntos… ¿Un cuadro custodia La Fuente? ¿Cuatro cuadros? De ahí el plural, supongo. Es «Custodios», no «Custodio». ¿Es posible que estemos buscando cuadros?

Sebastián mordisquea la patilla de las gafas y le lanza una mirada de reojo a ser Kergalot, como si creyera que he perdido la

cabeza.

—¿Estás segura?

—La respuesta tiene que estar en sus cuadros, supongo.

—Asumamos que es eso. ¿En cuál? —sigue el caballero.

Si tengo la suficiente mala suerte, en el cuadro negro que había en mitad de la sala. En lo que quiso tapiar. Creo que Sebastián me lee la mente, porque ladea la cabeza con un gesto de cierta advertencia.

Los dos hemos pensado lo mismo.

—Quizá tengas razón, ser Kergalot —responde agotado—. Quizá estemos aferrándonos a un clavo ardiendo. Puede que Ciro perdiera la cabeza antes de…

¡Qué morro tiene!

—Mi padre era pintor, no un luminari como tú —respondo algo a la defensiva—. Tiene lógica que escondiera la información en cuadros, ¿no crees? No me parece de locos. No estaba loco, estaba enfermo.

La sala se queda en silencio, al menos hasta que ser Kergalot ríe con suavidad.

—Quizá tengáis razón, alteza —le dice a Sebastián—. Ciertamente es una mujer muy interesante.

El príncipe se ruboriza. El sonrojo le llena las mejillas pálidas y borra las ojeras del cansancio. El caballero ríe y se coloca a mi lado, casi como un confidente.

—Es agradable ver que, por una vez, alguien le da guerra —me dice y me dedica una sonrisa socarrona—. No os detengáis, seguid.

Me llevo las manos a las caderas.

—¿Entonces es cierto? ¿Eres un luminari? —pregunto—. ¿Por qué no me dices cuál es tu afinidad y ya? No entiendo por qué…

—No hace falta que hablemos de eso.

—Me niego a tener que revivir mi infancia traumática con un padre ausente si tú te niegas a darme una sola respuesta personal, Sebastián. O contestas o rompo el trato y me voy a mi casa.

Ser Kergalot sonríe. Puedo notar que está evitando soltar una carcajada porque alza la vista al techo y aprieta los labios.

Sebastián me mira como si estuviera planteándose si el riesgo merece la pena o si puede mandarme a algún calabozo a reflexionar.

—Creo que será mejor que os deje a solas —dice ser Kergalot al final.

Sebastián lo fusila con la mirada mientras lo ve salir del despacho. De hecho, parece que el caballero disfruta de su huida más que nadie, ya que hace una reverencia al partir y todo.

Yo clavo la vista en el príncipe, que resopla.

—A esto me refería —dice de pronto.

—¿A qué?

—Eres más inteligente de lo que te gusta admitir —añade—, pero juegas con las piezas equivocadas todo el rato.

—Tienes la misma marca que ellos en el cuello y eres capaz de tratar con espíritus. Es más, eres hábil con ellos. —Señalo el papel—. Si lo que mi padre explica es cierto, los espiritistas están en oposición natural a los elementales de tierra, esos a los que no soportas porque van descalzos…

—No creo que sea una cuestión universal, Emma. Simplemente me parecen un poco irritantes.

Chasqueo la lengua a modo de protesta y sigo:

—Los Luminares trabajan para Amira, no para la Casa de Amira. No sirven al rey, sino a La Fuente. ¿No es eso lo que estás haciendo tú? Por eso sabías que no elegirían a lord Azrael, porque quizá tú también puedes comunicarte con ella.

Sebastián, que se ha cruzado de brazos, niega con la cabeza.

—Yo solo sirvo a una persona —responde— y es a mí mismo.

Contrariada, coloco los brazos en jarras de nuevo.

—A otra con ese cuento.

—Tu perspicacia es admirable —concede al final—. No, no soy un luminari, porque no soy un ratón de biblioteca con aires de grandeza.

Hago un gesto señalando la habitación.

—Discrepo.

Él aprieta la mandíbula, dispuesto a defender su posición.

—Un luminari es capaz de dominar ambas vertientes de la afinidad espiritista —empieza.

—¿Y tú no?

Lo veo armarse de paciencia.

—No.

—Entonces es que no te dejaron entrar porque no cumples con los requisitos. No mientas —resoplo.

—¡No quiero ser un luminari! —protesta.

—No, claro… ¡Quieres ser el rey!

Sebastián se incorpora de pronto, enfadado.

—Lo que ocurre es que no puedo formar parte de la institución porque todo Valemir cree que mi padre es un espíritu arcano, Emma. No puedo presumir de afinidad. ¡Casi no tuve ni permiso para estudiarla!

Me callo de pronto, sorprendida por su rabia.

—Estoy atado de pies y manos la gran parte del día —sigue frustrado—. Soy un villano si hago algo y soy un monstruo si no lo hago. ¡Y tú debes tener cuidado con lo que dices! O con las conclusiones que sacas de las cosas. Porque te vas a meter en un lío gordo y no todo el mundo tiene tanta paciencia como…

—¿Como tú? —digo con los dientes apretados, porque, aunque

me aleccione, no pienso cortarme ni un pelo.

Él sí se corta. También aprieta los dientes y retrocede. Yo recuerdo las advertencias de mi padre. Recuerdo que le pidió que tuviera cuidado conmigo. Sebastián parece haber vivido creyendo que la única razón por la que Ciro le pediría algo así es por él mismo, ¿verdad?

Quizá no solo el pueblo de Valemir cree que es una ruina.

—Por eso tu padre te mandó a estudiar con el mío —suelto, lo he entendido de golpe.

Sebastián me señala con las gafas y, aunque busca una respuesta para evitar que ahonde en el tema, no la encuentra.

Así es como sé que he dado en el clavo.

—Tu afinidad era difícil de controlar, como la de tu madre —sigo —. Todos creen que eres hijo ilegítimo de un espíritu arcano y que, por lo tanto, debes de estar corrupto de alguna manera. Mi padre lidiaba con ellos y el tuyo creyó que podría ayudarte.

El príncipe retrocede y se retira hasta la mesa, donde tiene cientos de libros abiertos. El sello se ilumina, mientras él intenta controlar sus emociones. La luz malva tiñe parte del cuello de su ropa.

Siempre lleva cuellos altos, ahora que caigo.

—Podrías habérmelo dicho —susurro aterciopelando la voz como lo hizo él.

No quiero pelear.

Es lo último que quiero.

—Esto no es un juego para mí, Emma —responde—. Es mi vida. No quiero huir de ella, pero tampoco puedo confiar en cualquiera.

—¿No confías en mí?

Agotado, me dedica una mirada.

—Bash, si necesitas mi ayuda, te la daré —le digo—. Pero yo

necesito que seas sincero conmigo.

Me sostiene la mirada y esconde todas sus emociones de a una.

—¿De verdad crees que la solución está en los cuadros de tu padre?

Asiento.

—Sé que suena a locura y que estoy saltando de una conclusión a la otra, pero la mente de mi padre era compleja —digo—. Quizá tengas razón y soy la única que es capaz de descifrar sus atajos. Cuando miro el diagrama me parece obvio. Era un hombre de imágenes, no de palabras. No sé a qué se refería con eso de «Custodios» y estoy casi segura de que la palabra es consecuencia de sus charlas con tu padre. Pero si algo sé de Ciro… —dudo.

»Si algo sé de mi padre es que las respuestas a todas sus preguntas están en los cuadros —insisto—. La pintura era su pasión. Lo único que hizo en vida fue pintar. ¿No es ese el don que lo trajo hasta aquí?

Sebastián suspira y el tiempo se queda parado por un momento. Al final, el príncipe cede y me dedica una sonrisa cansada.

Una que crece, hasta que me devuelve ese colmillo suyo.

—Entonces, menos mal que se me ocurrió traerlos todos al castillo, ¿no?

16

Sebastián es arrogante, paranoico y reservado.

No son las mejores cualidades que mi único aliado a este lado del Velo puede tener, pero son las que son. Por suerte, a veces resultan prácticas en momentos como este.

El príncipe nos lleva a través del ala oeste y nos guía hasta una habitación en la que ha colocado todos los cuadros que ha encontrado en la casa. Durante tres días, los revisamos juntos.

Uno a uno, los observamos e intentamos leer los elementos que hay en ellos.

Alaric entra y sale, incapaz de seguirnos el ritmo.

Comemos en la habitación de los cuadros gracias a nuestros otros aliados: una doncella llamada Isabel nos trae una pequeña mesa camilla con algo de comida a las horas adecuadas. Cuando la investigación resulta frustrante, nos obligo a descansar. El príncipe aprovecha esos momentos para explicarme otros aspectos de la vida de Valemir.

Entre ellos, y para mi vergüenza, sus bailes tradicionales.

—Como me pises así, voy a acabar postrado en una cama —se ríe de mí.

—Cállate.

—No es tan difícil, Emma, cuenta —sigue.

Y yo lo piso adrede.

Cuando el sol se pone, volvemos a nuestros aposentos.

Cuadro tras cuadro, idea tras idea, acabamos sentados o tirados en el suelo, teorizando sobre los aspectos repetidos de las pinturas.

Sebastián cree que mi padre podría haber inscrito símbolos en ellos.

Yo, por mi lado, creo que la simbología está en las imágenes. De lo que no estoy tan segura es de qué deberíamos estar buscando.

—El problema es que todos estos cuadros son encargos banales —resoplo limpiándome las manos con un gesto.

Estamos otra vez en el suelo, en el centro de la habitación.

—Comes como un ogro —resopla él.

La mesa camilla está entre nosotros.

—Ah, perdone usted.

—«Vuestra alteza» —me corrige divertido.

Pongo los ojos en blanco.

—Pensaba que valorabas más otras aptitudes, querido —respondo, tengo ganas de tocarle las pelotas.

—Ciertamente —responde él, alzando ambas cejas con una sonrisa traviesa.

Su mirada cae en mi pecho y yo suelto una risa ridícula.

—¡Eres un marrano!

Lo siguiente que sé es que le he arrojado la servilleta y él se está riendo como un crío, cosa que parecía impensable hace cuatro días. Le echo en cara sus modales y él retuerce los míos. Así, la corte, el castillo y nuestros problemas se esfuman entre una risotada y la siguiente.

Por sorprendente que pueda parecer, cuando estamos solos, todo es mucho más fácil.

No puedo echarle en cara que tenga sus secretos. Soy consciente de que yo misma tengo los míos. Tampoco puedo

culparlo por ser paranoico, porque parece estar en lo cierto muchas de las veces. Por lo poco que he descubierto de su vida, tiene razón para desconfiar de los demás.

En cuanto a lo que me ha contado sobre su afinidad…

No sé cómo sentirme. ¿Y si le hablara de lo que yo he podido hacer hasta ahora? Creo que entiendo cómo se siente. Yo tampoco encajo en el marco de lo que Sebastián cree que soy. Piensa que soy humana y que no tengo ninguna habilidad, pero eso no es cierto. De hecho, él considera que mi mayor don es que comprendo la mente de mi padre.

Eso y mi inteligencia, parece ser.

También me ha elogiado las tetas un par de veces, pero voy a pasarlo por alto porque esa idea no me ayuda a concentrarme en lo que debo ahora mismo.

La cuestión es que, si el diagrama de mi padre tiene alguna veracidad, no me incluye a mí. Y nadie ha hablado de que existan afinidades con capacidades médicas, ¿verdad? Excepto quizá Sebastián, cuando dijo que podrían curarme en el castillo.

Pero ¿por qué tendría yo una afinidad si soy hija de un humano?

—Entonces ¿no sabes quién es tu padre? —pregunto sentada en el suelo de la sala.

El sol se está poniendo y seguimos sin tener ni una sola pista de qué buscamos en los cuadros.

Sebastián se pone en pie y clava la vista en un paisaje idílico. Sigo creyendo que no hay nada oculto en él. Siento los trazos de aburrimiento de mi padre a través del óleo, pero el príncipe no cesa en su empeño.

—No.

—¿Crees que es verdad? —pregunto con cuidado—. ¿Crees que tu padre podría ser un espíritu arcano?

Sebastián no contesta. Se queda mirando el cuadro un poco más, como si pudiera escabullirse al interior del mismo.

—Albergo cierta esperanza de que no sea así —responde.

Antes de que pueda preguntar de nuevo, me mira directamente.

—¿Por qué crees que no es ninguno de estos cuadros? —pregunta.

Se lo he dicho ocho veces, pero más vale tarde que nunca.

—Son encargos —respondo—. Los marcos son estándares y las pinturas no son especialmente buenas. Mi padre tenía sets diferentes de pinceles para sus obras. Los importantes los pintaba con otros pinceles.

—¿Puedes reconocer los pinceles con un simple vistazo?

Asiento desde el suelo.

—Eres una chica la mar de fascinante —resopla recolocándose las gafas.

Sonrío y siento el rubor en las mejillas.

—Mi padre también te enseñaba a pintar a ti, ¿no? —respondo poniéndome en pie.

—Nunca se me dio especialmente bien.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No tener permiso no te ha parado antes.

Suelto una pequeña risa.

—¿Por qué no has traído el cuadro que vimos en mitad del taller? Del que salió…

—No pensé que fuera buena idea —responde cruzándose de brazos—. Parecía funcionar como un portal. No necesito más riesgos en el castillo, en especial después de lo del río Iocast.

Frunzo el ceño. Sebastián ha estado ocupado también con el desbordamiento de un río al oeste del reino. Pese a que la Casa de Nahr ha centrado todos sus esfuerzos en controlar la inundación, el

agua parece resistirse, como si hubiera algo en las profundidades.

—¿Sabes por qué ha ocurrido algo así?

Él suspira.

—¿No? —dice inseguro—. Solo sé que han caído algunas de las protecciones del reino. Sobre todo en el castillo. No quería decirte nada, porque tengo a algunos Luminares trabajando en ello y no tienes por qué preocuparte. Pensé que, si no habías notado nada, era para mejor.

La pesadilla.

Decido no decirle que sí he notado los efectos.

«Puedo sobrellevarlo», pienso. No tengo por qué preocuparlo. Además, solo ha sido una. No es ni el peor periodo de pesadillas que he vivido.

—Entonces ¿crees que el cuadro que vimos en la mansión podría ser un portal?

—Algo así explicaría cómo llegaste hasta aquí, ¿no?

Yo también lo he pensado.

—¿Es posible? —pregunto, una idea me ronda la cabeza—. ¿Existen cuadros que funcionan como portales?

Sebastián chasquea la lengua.

—¿Podemos afirmar que existen cuadros impregnados con la energía mágica suficiente como para construir portales a otro lugar? —murmura gracioso—. No tenemos pruebas fehacientes, aunque hay muchas leyendas que mencionan el tema.

Suelto una risotada.

—Dijo el que no es un ratón de biblioteca —resoplo.

Sebastián niega con la cabeza.

—El Velo puede atravesarse —dice— y tu padre es prueba de ello. Por lo tanto, podemos asumir que era libre de atravesarlos. Dime, Emma, ¿atravesaste el Velo cuando te marchaste?

—S-supongo, sí. Pero no sabría decir cómo…

No exactamente.

Solo caminé.

Me adentré en el bosque y llegué hasta la casa de doña Sol.

—Cosa que significa que, como tu padre, tienes tus propias habilidades —añade trazando más teorías en el aire—. La magia de La Fuente es misteriosa y sabemos muy poco de ella. Tú no estás marcada por ningún sello y debe de afectarte de manera distinta a nosotros. Por supuesto, tu padre debía de ser igual que tú. Además, eso explicaría todas las entradas en sus diarios sobre viajes a otros planos.

—¿Qué?

Sebastián asiente.

—Sirenas, elfos, troles —enumera como si nada—. Criaturas que han estado extintas en nuestros libros durante siglos, figuras mitológicas que aparecen en las historias que tu padre relata en sus notas.

—¿Mi padre escribió diarios de viaje sobre seres mágicos?

—Como lo oyes —ríe con suavidad—. Al principio lo desestimé. Hay muchos relatos sobre humanos que tienen sueños, pesadillas o trances extraños al cruzar el Velo. Pero creo que pudieron ser reales, ¿no?

Cuando me mira, siento demasiadas cosas de a una como para poner en orden mis pensamientos.

—A mí me contaba historias —admito—. Sobre mundos y criaturas. Pensaba que eran solo cuentos.

—¿Crees que tu padre podría haber sido capaz de algo así? —pregunta.

—¿De crear portales?

Asiente.

—Pues… ¿No lo sé? La verdad es que… estoy bastante confusa. Cuando pienso en él, es difícil saber…

—¿Recuerdas la última vez que lo viste?

Claro que sí.

Pero no quiero volver ahí.

No quiero pensar en que decidí dejarlo allí, sosteniendo su pincel, el pincel del set especial.

Elegí abandonarlo.

—Es posible que abriera un portal para que te fueras y uno para que pudieras volver esta vez —murmura.

Niego con la cabeza.

—Yo no decidí volver —objeto—. Algo me trajo de vuelta.

Y si mi padre era capaz de abrir portales, quizá fue él.

—Deberíamos volver a la casa —digo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Sebastián le echa un vistazo al sol que se pone en el horizonte.

—Los cuadros que estamos buscando deben de seguir allí.

Abro la puerta yo misma, sin esperar al príncipe. La respuesta a todas mis preguntas sigue escondida en esa casa.

Incluso «vuestra alteza» parece estar de acuerdo.

Todo parece llevarnos de vuelta a casa.

17

Rilke e Irina han hecho un trabajo maravilloso con la chaqueta, porque resulta de lo más cómoda para montar a caballo.

Esta vez, Sebastián y yo cogemos una montura cada uno. Mi nueva compañera es una yegua negra llamada Meda, porque tiene una pequeña mancha blanca en el pecho que parece un medallón. Esta vez descubro que el caballo de Sebastián se llama Emir, en honor a su linaje.

Emir y Meda se quedan fuera cuando entramos en la casa al atardecer.

—Tienes tiempo hasta que se haga de noche —avisa Sebastián —. No quiero tener que lidiar con más arcanos, ¿me oyes?

Le dedico una mirada divertida.

—¿No quieres tener que mancharte las manos, espiritista?

—Claro, como la señorita solo tendrá que esconderse en una esquina y dejar que le hagan la faena… —sigue él graciosillo.

—No tendría que hacerlo si me enseñaras a luchar —suelto peleona—. Piénsalo.

—Clases de historia, clases de protocolo, clases de lucha… ¿Algo más? ¿Debería buscaros un tutor de idiomas, querida?

Pongo los ojos en blanco atravesando la puerta principal. Pero la idea resulta bastante atractiva.

—¿Se hablan muchos idiomas en Valemir?

No llega a contestar a mi pregunta. Sin embargo, me sigue con las manos a la espalda. A veces hace eso. A veces abandona las conversaciones y se pierde en un detalle de la estancia.

Me pregunto si tiene que ver con su afinidad.

—En cuanto salga la primera luna, montamos a los caballos y nos vamos de vuelta al castillo, ¿queda claro? —advierte.

No es mucho rato, pero al menos algo podremos hacer.

—Por supuesto, vuestra alteza —respondo con retintín.

Sebastián y yo caminamos por la casa sin saber exactamente qué buscamos. Es ridículo pensar que el destino del reino puede depender de lo bien que se nos dé mirar unos cuadros. Los cuales no hemos encontrado, por cierto. Sin embargo, caminando por los pasillos, el fantasma de mi padre se apodera de mí.

La nostalgia me lleva al segundo piso, donde solíamos dormir. Me descubro de pie en el marco de la puerta de mi habitación, que sigue tal y como la dejé.

El recuerdo de mi padre frente a una de las estanterías del pasillo despierta mi curiosidad. ¿Cuántas veces lo vi pasar frente a la estantería con su bata? ¿Y cuántas veces me regañó por intentar alcanzar los libros de la segunda balda?

Cometo el crimen de seguir ese instinto, de desobedecer sus lecciones y obtengo la recompensa que andábamos buscando.

Guiada por el espíritu de mi rebeldía infantil, estiro la mano para quitarle el polvo a los libros y descubro que uno de los tomos es falso.

Es un bloque de madera.

—¿Sebastián? —lo llamo.

No lo espero. Tiro del libro. Oigo los pasos en las escaleras, acelerados, pero descubro que la estantería se transforma en una puerta que oculta una escalerita de piedra.

Me vuelvo con una sonrisa enorme pintada en la cara.

—¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé —explico—. Estaba pensando en él, en mi vida en la casa, recordé que no me dejaba coger libros de esta estantería y… *voilà!*

Ambos nos asomamos al hueco de la escalera a la vez. Por ella asciende un aire frío, pero supongo que ninguno de los dos tiene dudas de adónde debemos ir.

¿Qué ocultaba mi padre allí abajo?

Sebastián decide bajar por delante de mí con la mano en el pomo de la espada. Yo lo sigo con cuidado y con la cola de la chaqueta en la mano, por practicidad. Pero, cuando ambos llegamos al final de las escaleras, solo encontramos otra galería con aspecto de bodega.

Huele a cerrado y está a oscuras.

O lo estaba.

Porque en cuanto Sebastián pisa el suelo de la habitación, las antorchas de las paredes se iluminan.

El príncipe me mira y yo le leo el pensamiento.

—Tu padre era afín al fuego —digo.

Él asiente, con una sonrisa de satisfacción.

—*Voilà!* —repite.

Y, aunque no lo ha usado bien, le dedico una sonrisa enorme.

Los dos hemos pensado lo mismo: Ciro y Gael construyeron este rincón. Pero eso no es lo más importante que hemos descubierto. Lo más importante de todo esto es que creo que acabamos de encontrar justo lo que estábamos buscando.

Ha sido demasiado fácil como para ser real, pero…

—Son cuatro —dice Sebastián fascinado—. Tenías razón, son cuatro cuadros.

En la habitación secreta de mi padre hay cuatro pinturas colgadas en las paredes, pero están dispuestas de una manera muy específica: siguen la lógica del diagrama. Desde el centro de la habitación, ocupan los espacios entre los puntos de los triángulos del diagrama; allá donde deberían estar los extremos de los mismos, en la pared, hay una cinta del color correspondiente a cada una de las afinidades.

—¿Por qué sería tan importante la disposición de los elementos? —pregunto.

Sebastián tiene la cinta malva entre los dedos y se vuelve para mirarme.

Pongo los brazos en jarras.

—Habla.

—Si seguimos la teoría de los portales, es posible que la disposición ayude al equilibrio —responde con esa voz de sabelotodo —. Mi padre habría insistido.

—Cada lazo es de un color.

Sebastián asiente.

—De los colores que manan de los sellos de cada afinidad —confirma—. Los colores de las casas.

Y ninguna de las cintas es blanca.

Siento un nudo en el estómago porque, a diferencia de Sebastián, yo tengo suficiente comprensión sobre la teoría del color como para saber por qué.

Carraspeo, aclarándome la garganta.

—Son estos cuadros —digo—. Son los que andábamos buscando.

Sebastián sonríe, orgulloso con nuestro descubrimiento, y su alegría es contagiosa. Guiada por un nuevo deseo de contentarlo, me fijo mejor en los cuadros que hemos encontrado.

El que tengo más cerca es el cuadro de una montaña. Me

devuelve de inmediato a las historias de tesoros escondidos, de dragones sabios y antiguos. El siguiente que veo es el de un bosque frondoso y un arco rodeado por fauna salvaje. Sebastián está cerca del siguiente, donde un navío surca un mar tempestuoso. En mi mente, la voz de mi padre narrando las gestas de los piratas me obliga a controlar la respiración.

Sé que el sentimiento es extraño, no tengo cómo explicarlo.

Lo echo de menos.

Lo he echado de menos durante tanto tiempo que a veces ni siquiera me doy cuenta. He aprendido a vivir con ello de tal manera que parece redundante. Entiendo cómo se siente Sebastián, que perdió a su padre hará menos de una semana y soy consciente de que esa es una herida que no sanará jamás porque la mía sigue abierta. Todos los días, cuando despierto, me veo obligada a aceptar que he vuelto a perderlo.

Mi vida no es una pesadilla, porque sigo en ella.

El último cuadro está detrás de una columna, así que tengo que moverme para verlo mejor.

Se trata de un prado.

Freno en seco.

El cuadro muestra un prado de amapolas.

Avanzo con decisión para comprobar que la vista no me falla. Es un prado extenso, cubierto de puntos rojos, de vida, de luz.

No puedo evitarlo y acerco mi mano a los trazos. Siento a mi padre a través de ellos. Siento su devoción en su pintura. Reconozco el pincel que usó, las historias que contó, y recuerdo su voz.

—«¿Y para qué ibas a querer quedar atrapada en un solo cuadro cuando ya vives en todos ellos desde fuera?» —me dijo.

Cuando rozo la tela, una luz blanca me envuelve de repente.

Cegada, parpadeo, pero no siento miedo. El cuadro parece

despertar con el calor y los trazos bailan, incluso las flores bailan como lo harían si las meciera el viento.

—¿Emma?

Veo el horizonte frente a mí, el cielo que cubre el universo al otro lado del cuadro.

—¡Emma, cuidado! —pide Sebastián.

Estoy tan encandilada con las amapolas que no llego a ver las cuerdas que aparecen, que me rodean por las muñecas y por los tobillos, que me arrastran al interior del cuadro.

Sebastián no puede hacer nada para impedirlo.

18

La paleta de mi padre era mucho más pesada de lo que parecía. Recuerdo que a veces me la apoyaba en la cabeza y me pedía que me quedara quieta. Mi tarea, decía, era asegurarme de que los colores estuvieran en equilibrio.

Lo cierto es que no había ninguna necesidad real de tenerme ahí, pero a los dos nos parecía gracioso.

—Pintar raíces es muy parecido a pintar cuerdas, ¿no? —le dije una vez.

Mi padre había estado pintando un cuadro náutico y se había tirado un par de semanas perfeccionando su técnica para que las cuerdas quedaran más realistas. Había tenido el salón lleno de cuerdas de diferentes materiales para asegurarse de que conseguía plasmar la textura que buscaba.

Siempre fue excéntrico, pero de la mejor de las maneras.

Aquel día, tenía el pincel sobre el lienzo y estaba insistiendo de más en la textura de las raíces de un árbol. Había pintado un rinconcito escondido en el interior de un bosque y un gran árbol extendía sus raíces por encima de la tierra como un pulpo.

Mi padre siempre creaba historias para sus cuadros y yo tenía permiso para jugar con ellos. Si él era el arquitecto de esos mundos, yo era la decoradora de interiores.

—Hum.

—¿Qué?

—Quizá las raíces y las cuerdas se parecen —contestó—. Los barcos tienen anclas y los árboles tienen raíces. En esencia, son elementos similares, ¿no crees? Necesitas la cuerda para echar el ancla.

Siempre decía cosas así. Cosas interesantes. Y recuerdo que nunca quiso hacerme sentir solo como una niña.

Recuerdo que me tomaba en serio y que yo lo tomaba en serio a él.

—Visto así, las cuerdas son las raíces del barco —concluí—. Pero, entonces, ¿qué tenemos nosotros?

—¿Pies?

Solté una risa tonta.

—Pero los pies no nos atan a ningún lado —le dije—. De hecho, hacen más bien lo contrario, ¿no?

Mi padre levantó la paleta para mirarme a los ojos durante un instante muy largo.

—Quizá porque no somos ni barcos ni árboles, ¿no? —dijo con una intensidad extraña—. Nosotros aprendimos a decir adiós y a viajar.

Siento un nudo en el estómago.

Siento las cuerdas en las manos, en los tobillos y la sensación de estar a merced de un mar oscuro, del barro, de la tierra. De dos mundos diferentes. Y, en mitad de ese desorden, mi mayor problema es que no me encuentro los pies.

Al menos hasta que vuelven a tocar el suelo.

La lógica me dice que debería gritar, que debería protestar. Debería enfadarme y sacudirme. Sin embargo, nada de eso es

necesario, lo que sea que me retenía es exactamente lo que me ayuda a tocar el suelo con los pies y soy libre de nuevo.

Recupero el sentido y la sensación de sostener mi propio peso.

Mis pies me anclan al suelo y las cuerdas que me apresaban resultan ser solo raíces.

El recuerdo de aquel día con mi padre es de lo más embriagador y me siento aún más desubicada cuando me descubro en mitad de un espectáculo de verdes y dorados.

Doy un paso al frente, cruzo el arco que forman las mismas raíces que me han traído hasta aquí. Serpentean hasta detenerse, se endurecen tan pronto como cruzo el umbral que han dibujado para mí. Diría que no puedo creerlo, pero la suspensión de la realidad de la última semana lo hace todo mucho más plausible.

Por supuesto que un árbol acaba de depositarme en este prado.

Por supuesto que estaba de pie frente a un cuadro hasta hace un momento y ahora estoy… ¿dentro de él?

Un espejo me llevó hasta Valemir y un cuadro en un sótano me ha traído hasta aquí. Hasta el árbol, el prado y esas amapolas.

Pues claro.

Por supuesto.

Tengo el corazón encogido en el pecho, la voz y los juegos de mi padre me han puesto los nervios a flor de piel. Tengo la carne de gallina, frente a la imagen de las mismas flores que, en mi pesadilla, tomaban la forma de las manos que me arrancaron de mi hogar. Pero ¿Madrid era mi hogar? ¿Era ese piso mío?

Vivo de alquiler.

Vivo con una maleta debajo de la cama.

Tengo dos pies y aprendí a decir adiós siendo muy niña, a huir cuando era necesario. Quizá por eso, cuando me vuelvo, sé que no voy a encontrar a Sebastián.

Estoy sola otra vez.

O eso parece.

Porque lo cierto es que ahora tengo mil amapolas frente a mí y el rumor de algo que se mueve a través de la maleza me recuerda que es posible que no lo esté. Consigo ver algo corretear entre la hierba. Ratones, quizá. O eso sería lo más lógico. Sin embargo, cuando le echo un vistazo al prado de nuevo, descubro que se ha abierto un pequeño sendero que parece invitarme a avanzar.

Frunzo el ceño.

El prado se ha movido.

O las flores lo han hecho.

—Pero las raíces de los árboles son sus pies —le dije a mi padre aquella tarde, frustrada—. ¿Y si las amapolas que has dibujado en esa esquina pudieran caminar? O los árboles. ¿Y si los árboles pudieran hablar?

—Entonces no serían árboles. Ni eso serían amapolas —contestó con sencillez.

—¿Y qué serían?

—Noxfloras, Emma. ¿Qué si no?

Mi padre tenía historias para mundos impensables y la capacidad de darles vida. Cuando estaba frente a un cuadro era un prodigio, pero no se quedaba corto cuando se trataba de imaginar.

Las noxfloras de sus historias eran criaturas diminutas que se dedicaban a todo tipo de diabluras. Vivían en los prados y su actividad favorita era descansar al sol. Por ello, su mayor trastada era adormecer a los pobres inocentes que quisieran tirarse en sus tierras. Una de las historias favoritas de mi padre hablaba de un rey que, cansado de buscar una solución para la enfermedad de su hermana, decidió tumbarse en un prado de noxfloras y quedó a merced de ellas. Como venganza por aplastar a varias de sus

compañeras, las criaturas lo encerraron en sus sueños gracias a un olor mágico.

La esencia de las noxfloras era un elemento común en muchas de las historias de mi padre y podía usarse para encerrar a alguien en un sueño eterno.

En el cuento, dentro de sus sueños, el rey era feliz y su hermana se había curado. Pero en el exterior, su cuerpo estaba bajo la intemperie y las noxfloras habían empezado a entregárselo al suelo para alimentarlo y alimentarse a sí mismas en el proceso.

Siempre pensé que sus historias eran increíbles.

Ahora tienen otro sentido.

Porque si lo que tengo delante son noxfloras como las de sus historias, ¿qué significa que acaben de abrirme un camino para pasar? ¿Y cómo es posible que las hubiera olvidado?

El viento se levanta, como en mi pesadilla.

Me cubro la boca cuando un olor dulzón me arrulla de pronto, quizá guiada por las historias de mi padre. No está de más ser un poco supersticiosa, dado el contexto actual. La cuestión es que, cuando abro los ojos de nuevo, algo camina hacia mí.

Más bien, algo toma forma a medida que avanza hacia donde estoy.

Esta vez, frente a mí, no veo una silueta oscura cuyos pies jamás llegan al suelo. De hecho, ocurre al contrario: el polen y las corolas de las amapolas se mueven y se arremolinan a la altura del suelo, dándole forma a un par de pies, un par de piernas, las caderas, el pecho y por último una corola mayor.

La silueta se detiene frente a mí, pero no siento miedo.

—¿Quién eres? —pregunto.

La criatura no responde, aunque parece que pudiera entenderme. Cuando habla, su voz parece ser la de miles a la vez.

—Somos.

Le echo un vistazo al suelo. Desde detrás de la silueta, las noxfloras me observan. Sus corolas se han desprendido, y son el elemento que forma la silueta. Las raíces siguen hundidas en el suelo, pero veo los pequeños pistilos que les sirven de ojos, sus extraños rostros. De la misma forma que el espíritu arcano al que derrotó Sebastián estaba hecho de aquellas manos de carbón, la criatura que tengo delante de mí está hecha de pétalos, polen y viento.

¿Es posible que sea un espíritu?

—Tu guardián nos advirtió de tu regreso —sigue la voz.

—¿Cómo que guardián? Espera, ¿te refieres a mi padre?

—Dejó a nuestro cargo una de las reliquias para que pudiera servirte en tu lucha. La custodiamos para ti.

Me mantengo a una distancia relativa, mientras las voces llenan el prado. ¿Significa eso que Sebastián tiene razón?

—¿Una reliquia?

—Así es. Tan solo una de ellas —dice la figura, casi como una advertencia.

Los cuadros y las reliquias están vinculados. Frente a mí, una especie de espíritu que emite la voz de las noxfloras hace aparecer algo entre sus manos.

Se trata de una máscara dorada.

—Te ayudará si lo necesitas, pues te permite ocultarte y ver lo que desees a través de otros ojos —sentencia.

Antes de que pueda entender qué está ocurriendo, sé que la máscara llega a mis manos. La estoy sosteniendo.

—Saber esconderse a simple vista es una virtud —continúa la figura—. Deberías emplearla para hacerle frente a la batalla como soberana.

—¿De qué batalla hablas?

Pero antes de que el espíritu de las noxfloras pueda responder, oigo un grito que atraviesa el prado.

El tiempo cambia de golpe y la brisa destruye la figura de corolas de amapola de un plumazo.

Las noxfloras gritan.

Algo impacta sobre la tierra, húmedo y violento.

Huele a sulfuro.

19

El sonido de la pintura al caer al suelo me resulta relativamente familiar. Por desgracia, los gritos de las criaturas que huyen del extraño charco negro que impacta al final del sendero, también.

Es pintura.

Lo que veo es aquella pintura negra, la del último cuadro.

De la misma manera que ocurrió en el taller, algo toma forma y sale del pequeño charco en el suelo. Se alza poco a poco. Mi cuerpo entero entra en pánico cuando la imagen está completa, porque no tengo nada para defenderme. Sin Sebastián, ¿cómo voy a hacerle frente al espíritu arcano que aparece?

Sin embargo, la visión es incluso peor que la de aquella noche en la casa.

Aquí lo que aparece del extraño pozo sin fondo del charco en el suelo es la figura de mis pesadillas. Me observa desde el otro extremo del sendero, entre las noxfloras que huyen y buscan refugio.

Retrocedo y trastabillo al ver que de la lluvia de tinta surgen más criaturas como la que vimos en el taller. Las manos se abren paso desde el suelo y se componen en horribles criaturas antropomorfas que arremeten contra las noxfloras.

Mi pesadilla empieza a hacerse real.

Intento huir, regresar al árbol, escapar.

Las criaturas se lanzan a defenderme. Protesto. Les pido que lo dejen estar. Intento llevarme a alguna de ellas conmigo, lejos de la trayectoria de los extraños misiles de tinta que caen del cielo ennegrecido y, de repente, el custodio del cuadro desaparece. Ninguna de las noxfloras me escucha y yo caigo al suelo cuando tengo la mala suerte de tropezar con una de las raíces del árbol.

Un corte limpio detiene a una de las criaturas que manan de la pintura.

La luz es blanca, como la de un reflejo de agua o el flash de una cámara. El golpe es rápido y certero, la mano que intentaba atraparme se desprende y pierde fuerza. Los dedos se quedan rígidos y el carbón que los compone se desprende.

De pie, entre las legiones de criaturas de pesadilla y yo, veo la silueta de una mujer.

Retrocedo y pego la espalda al árbol.

—¿Quién eres?

Ella gira la espada que tiene en la mano. Es hábil y se prepara para volver a la carga. Veo que bloquea el avance de las criaturas oscuras para proteger el árbol. Anonadada, intento ponerme en pie y ayudarla. También quiero ayudar a las noxfloras.

Sin embargo, antes de que pueda entender nada, siento las cuerdas, las raíces y el suelo que me atraparon en su momento.

Grito, protesto. Sin embargo, como el rey de los cuentos de mi padre, me hundo en la tierra hasta que todo se vuelve oscuro, hasta que creo que me he quedado dormida.

Sumida en un sueño eterno, imagino que mi padre todavía me pone la paleta en la cabeza, que yo sé mantener el equilibrio y ambos somos felices.

Cuando era pequeña, yo siempre llevaba trenzas.

20

Dos voces toman posesión del universo y empiezan a darle forma. Al principio no llego a distinguirlas y se interrumpen la una a la otra.

—Si no fuerais un imprudente, nada de esto estaría ocurriendo.

—¡No fue una imprudencia!

Alguien da vueltas y el eco de sus pasos se refleja en la angustia de su voz.

—No llevasteis a ningún guardia con vos. No tomasteis ni una sola precaución al encontrar la galería. ¿Conocéis la definición de guardia?

—¡¿Y de qué me hubiera servido tener a uno aquí?! Se la ha tragado un cuadro, Alaric. ¡Un cuadro!

—Al menos os habría aconsejado que no os acercarais a los cuadros. ¡Yo mismo os lo hubiera aconsejado, idiota!

—¡Mi falsa prometida de la que todo el mundo habla ha desaparecido, Ric! —gruñe la segunda voz—. ¡¿Puedes dejar de intentar darme lecciones por una sola vez en tu vida?! ¡Necesito recuperarla! Necesito sacar a Emma de ahí.

Entonces, cuando regresan todas las formas y todos los colores, siento que rozo con el pie la suave superficie de una de las alfombras y entiendo que he estado siguiendo las voces como una sonámbula. Entiendo que, al intentar escucharlas, he regresado hasta él.

Hasta Sebastián.

Asustada, cojo una bocanada de aire.

Aunque soy consciente de que lo que ha ocurrido es imposible, la idea de lo imposible ya me resulta redundante. Pongo un pie en la alfombra de la habitación del castillo y ni siquiera me pregunto cómo he llegado hasta aquí: salgo del cuadro yo misma, por mi propio pie.

Nada me trae, nada me arrastra.

Esta vez soy yo quien decide regresar.

Ser Kergalot es el primero en verme y, cuando su rostro palidece, el príncipe se vuelve y me encuentra ahí, de pie.

Va vestido con ropa de gala.

Es de noche.

La luz atraviesa las ventanas de la habitación en la que Sebastián y yo hemos pasado los últimos días mirando cuadros. Parece que ha intentado imitar la disposición del sótano para traerlos al castillo. De hecho, incluso ha colgado los lazos de las paredes para mayor protección, supongo.

Cuando nuestros ojos se encuentran, las campanadas dan la medianoche.

—¿Te estás saltando otra cena? —pregunto—. Deberías estar en el salón, ¿no?

Los hombros de Sebastián se hunden de golpe y algo en él parece romperse como una presa.

Primero parece dolido y, después, la desesperación se apodera de él.

—¡¿Dónde demonios has estado?! —protesta.

Alzo la máscara que todavía tengo en la mano, pero no llego a hablar.

Voy a vomitar.

O a desmayarme.

Puede que vomite y después me desmaye.

El príncipe cubre el espacio que nos separa. Cuando me doy cuenta, me sostiene por los brazos y me mira la cara. Me sacude la tierra de la ropa y comprueba que el carbón es solo carbón. Se le ilumina el sello, un indicador de que está usando parte de su afinidad. Pero ¿para qué exactamente? ¿Por qué no quiere explicarme cómo funciona? ¿Qué teme que pueda descubrir?

—¡Han pasado dos noches! Dos, Emma. Llevas dos días metida ahí dentro, ¿y eso es todo lo que tienes que decir?

Ser Kergalot, mucho más comedido que el príncipe, intercede y lo aparta. Yo sigo intentando entender cómo es posible que hayan pasado cuatro días.

Solo he estado ahí dentro un par de minutos, ¿no?

—Dale espacio, bruto —suplica el caballero—. Excelencia, ¿estáis bien?

Niego con la cabeza.

—¿Te duele algo? ¿Estás herida? —pregunta Sebastián, igual de incesante que hace unos segundos.

Esta vez, cuando avanza hacia mí, doy un paso atrás. Ser Kergalot se interpone de nuevo, colocándole una mano en el pecho. Nos separa con cuidado y me da el espacio que necesito.

—Sois una criatura cuando queréis —protesta—. Dejadla respirar.

Sebastián se sacude de su agarre, pero mantiene la distancia. Algo le cruza el rostro y, cuando me mira, lo hace con rabia.

Con reproche.

—Imagina el escándalo cuando he tenido que confesar que otra de mis prometidas ha decidido darse a la fuga —gruñe—. ¡Te dije que nada de numeritos!

—Lo siento.

¿Está enfadado conmigo de verdad?

—Dos días, Emma —repite—. ¡Dos!

Se pasa las manos por el pelo y se retira un par de pasos.

Sin pensarlo demasiado, atolondrada, alzo la máscara y le presto atención de nuevo. Entonces, cualquier alivio que pudiera haber llegado a sentir al volver al castillo desaparece.

Tengo un mal presentimiento. Uno que crece y crece en mi pecho, como un ovillo de lana. Recuerdo lo que ocurrió en el prado y, casi guiada por el instinto de comprobarlo, me vuelvo para mirar el cuadro. Mientras discutíamos, ha empezado a teñirse de negro. La pintura ha empezado a cubrirlo de la misma manera que cubrió…

El corazón se me para en el pecho.

Se me escapa un sollozo.

No.

No, no, no.

La pintura negra se apodera del cuadro poco a poco, hasta que este tiene el mismo aspecto que el último cuadro de mi padre. Retrocedo, me alejo de él, aunque ser Kergalot intenta advertirme de algo. Tropiezo, me tambaleo.

Alguien me rescata antes de que llegue a tocar el suelo.

—Saca esa cosa de aquí —suelta Sebastián, de pronto—. ¡El cuadro! Sácalo de aquí antes de que algo salga de él.

Ser Kergalot se mueve tan rápido como le es posible.

—Emma, ¿qué ha pasado? —pregunta el príncipe.

—No va a dejarme ir —sollozo.

Escucho la voz de Sebastián contra el pelo, ahora me encuentro entre sus brazos. Me aferro a ellos. Él me sostiene, pero no puedo apartar la vista del cuadro. La tinta florece del centro y lo empapa todo. Oigo a las noxfloras de nuevo, siento el corte limpio en el aire. Niego con la cabeza, no sé cómo explicárselo al chico que me sostiene, que me suplica que le diga qué ha ocurrido.

Pero no sé qué ha ocurrido.

En mitad de mi estupor, ser Kergalot regresa con tres Luminares. Vienen vestidos con sus túnicas de gala y se hacen cargo del cuadro. No llego a ver lo que ocurre con él, porque el príncipe me saca de la habitación mientras el caballero intenta explicarles lo ocurrido a los monjes.

Me fallan las rodillas.

—No pasa nada, Em —insiste Sebastián—. Eh, te tengo.

No siento el suelo.

—Te tengo —repite.

Me sostiene en brazos de nuevo. Siento sus brazos bajo las corvas y su mano contra la espalda. Encuentro su cuello, como la noche del incendio, y me escondo contra su pulso.

¿Ha dicho que han pasado dos días?

Sí, eso ha dicho.

He oído las campanadas y eso solo significa que han rechazado otra candidatura a rey de Valemir, ¿verdad? Pietro, lord Azrael y… ¿quién más? Que ha habido otra cena de nombramiento. Por eso viste de gala, por eso está atacado. Yo debería haber estado en esa cena, para ayudarlo, pero estaba encerrada en un cuadro con un custodio y con esta máscara.

Intento aferrarme a los detalles que parecen reales.

Entré en el cuadro cuando aún estábamos en casa de mi padre y ahora estamos en el castillo. Han pasado cuatro días, y alguien ha sido rechazado esta noche.

Estoy diciendo algo, pero no me oigo a mí misma. Sebastián me mira con el ceño fruncido y recorre el espacio que nos separaba hasta mis aposentos sin quejarse ni una sola vez por tener que cargar conmigo. Siento las luces de las antorchas que nos flanquean como estrellas fugaces y me escondo de la luz contra su cuello.

—Necesitas descansar —insiste el príncipe—. Eso es todo, Emma. Verás que pronto te sientes mejor. ¿Te duele algo? ¿Te has hecho daño en algún sitio?

Niego con la cabeza.

—Entonces es solo el susto —dice, aunque no sé a quién de los dos está intentando convencer.

De nuevo, me sienta en un lugar mullido. En esta ocasión es una cama. Mi cama prestada. Me quita los zapatos y me ayuda a deshacerme de la ropa de montar sucia. Lo hace con manos expertas, como lo hizo en el granero. ¿Cuántas veces ha desvestido a alguien en este estado? ¿Por qué se le da tan bien?

Una persona normal estaría agradecida.

Una persona normal creería que es algo agradable que cuiden de ti.

Sin embargo, todo mi cuerpo lo rechaza.

Cuando está incorporándose para ayudarme a quitarme la chaqueta, porque le he dicho que no puedo respirar bien, algo se rompe. De repente, pongo la máscara contra su pecho con un golpe seco.

—Ten.

Sebastián me mira, sin entender nada, y encuentra la máscara.

—Esto es lo que querías, ¿no? —lo acuso.

Me mira como si no entendiera nada y yo puedo vernos como si se tratara de una película. Nos veo a los dos, desde la esquina: él está de pie, yo sentada. Él se mueve deprisa y yo soy como una estatua de piedra.

—Emma, escúchame… —dice como si pudiera leerme la mente.

—No.

Soy yo quien insiste ahora. Empujo la máscara contra su pecho, hasta que él la coge. Es lo que quería, ¿no?

Sebastián quiere recuperar sus reliquias y ser el rey de Valemir.

Quiere a este mundo.

Pertenece a este lugar.

—Sal de la habitación —exijo.

Mi voz suena distante, como si fuera la de otra persona.

—¿Emma?

—¡Que salgas!

No quería gritar.

No quiero.

Pero lo estoy haciendo.

Ya no soy yo la estatua, ahora es él quien se queda de piedra, quien no sabe dónde tiene ni las manos ni los pies. Yo me incorporo y lo empujo. Lo aparto de mí, de la habitación. Sebastián se defiende, pero yo no ceso en mi empeño de librarme de él. Grito como lo hacía mi padre y lo mando lejos. Todo lo lejos que puedo.

Cuando me doy cuenta de lo que está pasando, he cerrado de un portazo y lo he dejado al otro lado. Pese al vértigo que siento y la extraña satisfacción de haberme deshecho del príncipe, apoyo la frente en la superficie de madera como si no pudiera soportar el peso de mi propio cuerpo. Me tiemblan las rodillas. Abro la boca para dejar escapar un sollozo. ¿Estoy llorando? ¿Cuándo he empezado a llorar?

No, no siento las lágrimas.

Tengo los ojos secos.

Lo que pasa es que no puedo respirar. Necesito estar sola y lejos de todo esto. Lejos de él, de los cuadros, de las reliquias. Lejos de la corte, de Valemir. La imagen de la mujer con su espada, de pie en aquel extraño paraje dentro del cuadro, regresa a mí con ese mismo destello blanco.

Mi caja torácica se cierra sobre sí misma y me apresa los

pulmones.

—¿Emma?

La voz de Sebastián llega desde el otro lado de la puerta como una petición desesperada.

—Emma, por favor. Déjame entrar —suplica—. Al menos hasta que sepa que estás bien.

No le contesto.

—Em.

El silencio se apodera de la habitación.

—No puedo hacerlo —repito una y otra vez—. Ya tienes la reliquia. Ya sabes cómo conseguirlas. Por favor, ahora déjame en paz.

No puedo seguir exponiéndome a esto.

—Abre la puerta, Emma —me pide.

Noto que se pega a la puerta, porque siento la cercanía de su voz y el peso en la madera.

—Por favor, déjame en paz.

—Déjame entrar, por favor. Sé que estás asustada, pero…

Sollozo.

—¿Emma?

Sin saber muy bien cómo, mi mano encuentra el pestillo de la puerta. Tanteo el peso con los dedos y, como única respuesta a su petición, paso el pesado cerrojo y me alejo de su voz.

No puedo quedarme aquí.

21

Me siento en el suelo, en el centro de la habitación, pero evito tumbarme. Sé que me quedaré dormida si lo hago. Y dormir es lo último que necesito. En especial teniendo en cuenta la última pesadilla.

La luz de las lunas entra por la ventana, dibujando líneas sobre el suelo de la habitación. El recuerdo de la amapola, la mano y la figura de mis pesadillas atrapándome regresa a mí. Encaja como una profecía sobre lo que ha ocurrido en el interior del cuadro. También fue una profecía la visión del autobús, ¿no?

Las piezas van encajando y cada una de las respuestas parece más terrorífica que la anterior. Me abrazo las piernas y hundo el rostro contra las rodillas, como si así pudiera desaparecer.

No puedo seguir así.

He sido una crédula. He sido una estúpida. Durante un instante, parecía que las cosas podían empezar a cobrar sentido. Pensé que podría descubrir qué le ocurrió a mi padre. Investigando con Sebastián, mirando cuadros, atravesando los pasillos de la casa de mi infancia, pensé que hallaría una respuesta satisfactoria. Incluso cuando las cosas no eran especialmente fáciles, al menos tener un objetivo me ofrecía cierto consuelo. Sin embargo, vuelvo a estar en el mismo sitio.

Aquí.

Aquí, recomponiendo las piezas de un puzle que no logro resolver.

Aquí, encogida y asustada en el suelo de esta habitación.

¿Qué satisfacción puede haber en confirmar que en efecto siempre estuvimos malditos? Aquel cuadro pintado de negro, el espíritu arcano que manó de él, la espada de Sebastián. ¿Qué clase de futuro podría existir una vez que descubra lo que fue de mi padre?

Quizá sea mejor dejar el pasado donde está.

Le echo un vistazo a la ventana y, a través de ella, observo la luz de las tres lunas de Valemir.

Me sigue sorprendiendo.

Por supuesto que las recuerdo de mi infancia y recuerdo también la sorpresa que sentí cuando descubrí que Madrid solo tiene una. Pero ahora, al ser consciente de esa distancia que me separa de la ciudad que me dio un hogar, a mi corazón le asustan las diferencias. Lo único que estos dos universos tienen en común somos mi padre y yo. Aunque nuestras vidas se superponen constantemente, no llegan a encontrarse jamás. Voy y vengo, pero nunca estoy en ninguno de los dos lugares de verdad. Él existe de manera similar, en algún lugar en el que no puedo alcanzarle, ¿verdad?

Mi miedo era que mi padre fuera quien me hubiera traído de vuelta.

Pero, si es así, ¿dónde está? ¿Por qué no ha venido a reclamarme?

Sentada en este suelo, vuelvo a ser una adolescente que apareció en la cocina de doña Sol en mitad de la noche. Sigo siendo la chica que regresó en mitad de las llamas. Pero ahora también soy la chica que atravesó un cuadro y a la que las noxfloras le entregaron la reliquia que tanto necesitaba Sebastián. ¿Qué dijo el

custodio sobre mi padre? ¿A qué se refería con lo de «guardián»? ¿Por qué está ocurriendo todo esto ahora? ¿Tiene todo que ver con el desequilibrio del que hablaba Sebastián?

¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no sé a qué aferrarme. Por un instante, pensé que podría agarrarme a Sebastián, pero dudo que eso sea buena idea. Incluso con todo lo ocurrido, ¿adónde me llevaría eso?

Él solo quiere ser rey.

Quiere su trono y cumplir con su deber.

Cuando me incorporo y me acerco a la ventana para observar las lunas más de cerca, me doy cuenta de que sé exactamente a quién necesito. Coloco la mano en el cristal, está frío y eso me ayuda a pensar. Solo hay una persona que sería capaz de ayudarme, pero la he perdido cien veces en el último mes.

Es Sia.

Ella sabría qué hacer.

Frustrada, me siento al borde de la cama. Y justo cuando estoy empezando a creer que quizá sea buena idea intentar dormir, escucho los arañazos.

El ruido parece venir de la esquina más oscura de la habitación, justo de detrás del espejo. Se me tensa todo el cuerpo.

Ris, ras.

Sin más remedio para el miedo que caminar, decido que quizá el frío sea mi amigo. Busco una capa y me la echo por encima de los hombros. Abro la puerta de la habitación y descubro que no hay guardias postrados en el pasillo. Recuerdo los recovecos y los pasillos, camino mientras pienso en ella.

En mi Sia.

¿Qué estará haciendo?

—¿Emma?

La voz viene del interior de un pequeño claustro. Me vuelvo con la capucha puesta. Estaba intentando pasar desapercibida, supongo, cuando me la he puesto. ¿Quién me ha reconocido? ¿Y por qué me resulta tan familiar esa voz?

Justo ahí, como si nada, hay una mujer sentada en un banco. No me mira. Sin embargo, roza la piedra del banco con una mano, como si quisiera invitarme a tomar asiento. Puede que no sepa mucho sobre Valemir y sus costumbres, pero he visto suficientes películas de terror con Sia como para saber que no es buena idea ceder.

Asustada, frunzo el ceño. La mujer tiene el pelo casi blanco y muy largo. Viste un camisón y una bata con detalles azules.

—¿Te conozco? —pregunto.

Ella niega despacio con la cabeza. Parece frágil y distraída, me parte el alma cuando insiste de nuevo en que me siente. Su mano golpea la piedra con suavidad un par de veces, cada una más tímida que la anterior.

—¿No tienes frío?

Cuando me muevo un poco para verla mejor, descubro que ni siquiera lleva zapatos.

—¿Qué te ha pasado? —insisto intentando ser cauta.

Ella niega con la cabeza de nuevo. Sin responder, repite el gesto de la mano. Yo suspiro y cedo a sentarme donde me lo pide con una idea en mente: descubrir quién es y qué hace ahí. Y por qué su voz resulta familiar. Sin embargo, en cuanto me siento a su lado y su mirada se encuentra con la mía, mis sospechas se transforman en certezas.

Tiene los ojos plateados, pero reconocería esa nariz en cualquier sitio.

Anonadada, no llego a decir nada.

Lady Basira me coge una mano y la envuelve entre las suyas. Su mirada se pierde en las líneas de mi piel y, antes de que pueda preguntarle qué ve, empieza a trazar círculos con el pulgar. Tiene la piel helada, pero la imagen me devuelve a otra muy distinta.

Pies descalzos, carbón.

Círculos.

Ris, ras.

—¿Lady Basira? —pregunto.

Pero ella no escucha.

—Debes tener cuidado con las baladas, Emma —dice de pronto —. A veces, una historia resulta demasiado cautivadora, ¿no crees? Una canción triste es un arma peligrosa. Cuando un corazón melancólico escucha una voz capaz de expresar algo que él es incapaz, pronto se arroja a su merced.

Asustada, trago saliva. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué acaba de decir? Debería intentar hacer algo para ayudarla. Parece desorientada. Con el corazón en un puño, intento cubrirla con mi capa, pero ella ignora cualquier gesto y me retiene la mano. Esta vez me busca el rostro.

Me busca con la mirada.

—La mujer —dice con una sonrisa—: ¿sabes quién es, Emma?

Mi cuerpo vuelve a quedarse rígido, tenso. Frunzo el ceño, los círculos que todavía me dibuja en la palma con el pulgar parecen una extraña amenaza. Se me encoge el estómago.

—¿No tienes frío? —insisto—. Hace mucho frío. Tu hijo estará preocupado y deberías…

—La mujer que te sacó del espejo.

Mi corazón se encoge en un puño.

—¿Qué?

—La mujer que te sacó del espejo —repite—. Me resulta familiar,

tal vez…

—¿De qué espejo estás hablando?

¿Cómo sabe ella eso? Porque habla del espejo de mi baño, ¿verdad? Pero eso es… Es imposible. ¿Es por su afinidad? ¿Por qué me mira como si supiera todo cuanto debe saberse y no pudiera explicarlo? Sus palabras, su voz, su pelo, sus ojos.

Frente a mi miedo, ella ríe con suavidad.

—Hay demasiados espejos, demasiados reflejos —suspira triste —. Lo siento, Emma, no siempre sé lo que digo. ¿Te estoy asustando?

Cuando alza una mano, se la sostengo entre las mías. No me faltan razones: está helada. Parece tan frágil, tan ida. Verla así me parte el alma. Ver a nadie así es descorazonador. Pero, por supuesto, hay alguien en quien no puedo evitar pensar. Alguien que, como ella, me acarició el rostro igual que lo hace ella ahora.

—No pasa nada —digo.

Alguien que, precisamente porque sabía que me estaba asustando, me suplicaba que le perdonara cada vez que gritaba, que decía cosas como esas.

—Deberíamos devolverte a tu habitación —suplico.

—Oh, no. No, no —susurra—. Yo ya no tengo frío. Estaré bien, tranquila. No tienes que preocuparte por mí.

Como ocurre con la luna de Madrid y las tres lunas de Valemir, en lady Basira veo a más gente de la que debería: ella, mi padre, yo.

—Pero hace mucho frío, deberías…

—Emma, por favor.

—Te prometo que vas a estar bien —le sonrío—. Ven conmigo. Te acompañaré a tus aposentos y…

No deja que la levante.

—Emma, necesito que hagas algo por mí.

—Claro, lo que sea.

—No dejes que devoren a mi Sebastián —suplica entonces.

Me quedo de piedra.

—No dejes que lo desgarren, que lo trituren con sus dientes —sigue asustada.

Se le acelera la respiración.

—Basira, Sebastián está bien —la tranquilizo—. Está durmiendo en sus aposentos… ¿Quieres ir a verlo?

—No dejes que se lo lleven —me pide—. Tienes que asegurarte de que esté bien, de que mi pequeño puede volver a casa. Dile que es bueno y que yo lo espero. Lo espero lo que haga falta…

Intento consolarla, pero no lo consigo. Como si pudiera ver a esos monstruos en mi rostro, lady Basira se zafa de mí. Recupera sus manos. Se pone en pie y se aleja. Me incorporo e intento seguirla. Le pido que me espere, pero ella huye. Huye de mí o eso parece.

Grita y yo intento seguirla.

Como a mi padre, le digo que no hay nada. Le digo que soy yo, que no pasa nada. Le pido que respire, pero nada funciona. La veo tropezar cuando entra en el pasillo de piedra. Veo cómo levanta la mano para señalar algo, algo que se esconde entre los arcos del claustro.

Cuando alzo la vista, lo veo: los mismos ojos de aquella noche.

Puedo oírlos.

Sus pasos.

Bajo la luz de las lunas, veo sus piernas de sombras formarse. La criatura da un paso bajo el haz de luz, la absorbe con arrogancia. Basira grita, resbala, retrocede. Está justo entre la criatura y yo. Tiene raspones en las manos, tiene los pies sucios de barro.

Oigo sus pasos, el rumor de las voces.

Veo al gato. Veo al lobo en el que se transforma. Veo los haces de luna que no atraviesan la figura de las sombras, las cuales tienen peso y respiran y se transforman en algo peor. Veo que se retuerce y veo el basilisco, que llena la galería y abre la boca y se lanza hacia nosotras.

Me llevo las manos a la cabeza y me incorporo en la cama de la habitación.

Cuando me llevo la mano al pecho, tardo un instante en entender que todo ha sido un sueño. Bueno, una pesadilla. Que me habré dormido en algún momento sin darme cuenta. De hecho, cabe la posibilidad de que jamás llegara a salir de la habitación, ¿verdad?

Porque sigo en la cama, vestida con la misma ropa con la que he llegado.

Además, lady Basira no podría estar sola por el castillo, vive encerrada en una torre. Cleia me lo contó, Sebastián lo confirmó. Yo no podría salir al pasillo sin toparme con los guardias, porque los hay por todas partes. Las protecciones del castillo se han debilitado y esa es la razón por la que las pesadillas han regresado. Pero no pueden tocarme, ¿verdad?

Vuelvo el rostro para comprobarlo y el infierno se hiela cuando me doy cuenta de que la puerta de la habitación está entreabierta, como sucedía en casa.

Me pego todo lo que puedo al cabecero de la cama. Me alejo de todo, intento tener una mejor visión periférica de la habitación. Intento controlar la respiración. ¿Y si la he abierto sonámbula? ¿Cabe la posibilidad de que…?

No.

Yo no he hecho nada.

Intento entrar en razón. Intento controlar el latido de mi corazón y calmarme.

No hay nadie.

No hay nadie en la habitación.

Excepto que, desde donde estoy, sí que veo a alguien sentado junto a los pies de la cama. Tiro de las sábanas, como si eso fuera a salvarme la vida. Aunque no salgo corriendo, no me faltan ganas.

Por suerte, las tres lunas me ayudan a verlo con claridad. Con su cabello oscuro y vestido apenas con una blusa y unos pantalones mal atados a la cintura, Sebastián duerme en una silla. Está en una postura que parece increíblemente incómoda, con los pies apoyados en el borde de la cama. Es como si hubiera estado ahí para velar mis sueños. ¿Cuándo ha entrado? ¿Cómo?

Se me parte el alma cuando me doy cuenta de que, si ese era su propósito, protegerme, no lo ha conseguido. Le he gritado y le he echado y, aun así, ha vuelto. Sé exactamente cómo se siente porque yo habría hecho lo mismo. Yo también habría regresado para comprobar que él estaba bien. Pero, aunque el gesto le honra, no estoy bien: las pesadillas han regresado y todo va a ir a peor.

Es injusto, pero es cierto.

No puedo pedirle a nadie que lidie con cómo me siento, con el miedo que se apodera de todo, con la maldición que se va a apoderar de mí. Es incluso más injusto sabiendo que yo abandoné a la única persona que me necesitaba cuando estaba pasando por lo mismo. Es incluso peor sabiendo que Sebastián, que ya tiene suficiente con cargar con el legado de su padre, la tragedia de su madre y la amenaza de las leyendas de su reino, está al otro lado de mi nuevo espíritu volátil.

Vacilo, pero consigo incorporarme y taparlo con una de las mantas de la cama. Veo que frunce el ceño y me pregunto si él también tiene pesadillas. ¿A quién se las cuenta? ¿A quién se las cuenta si no confía en nadie?

—Shhh —murmuro—. Eh, Bash, no pasa nada.

Él parece escucharme y se recoloca. Se aferra a la manta, todavía dormido, y apenas encuentra la voz para contestarme.

—Lo siento mucho, Ana.

Parpadeo confusa. El chico murmura algo más, algo que suena a disculpa, pero no llego a entenderlo bien. Solo sé que no me habla a mí. Ana debe de ser su anterior prometida, ¿verdad? Aquella a la que perdió, la que prefirió tirarse por un acantilado. He oído suficientes historias sobre ella como para saber que no estaban enamorados.

El príncipe no me ha contado nunca los detalles de lo que pasó. Sin embargo, su murmurar confiesa algo que quizá ni él mismo sepa.

Puede que no la amara así, pero también la perdió.

Sebastián ha perdido demasiado.

No puedo evitar sentirme un poco culpable cuando noto un pinchazo de envidia. A pesar de todos los problemas que tiene, es capaz de compartir algunos de ellos. Con Alaric. Con Rilke e Irina. Soy consciente de que yo no puedo hacer eso y de que tampoco puedo ayudarlo con los suyos. Soy una carga añadida y solo va a ir a peor.

Por eso, oírlo musitar el nombre de la chica a la que perdió me ayuda a entender cuál es la decisión que tengo que tomar por el bien de los dos.

—Lo siento mucho, Sebastián.

Tengo que escapar de Valemir.

EL COMPROMISO

22

Las cocinas están vacías porque todavía no ha amanecido. Cojo un par de manzanas y me las meto en la bolsa. No sé cuánto tiempo voy a estar por ahí, buscando una vía de escape, pero espero no necesitar más comida. En un último gesto desesperado, también agarro algo de pan duro.

Una vez en los establos, le pongo la silla a Meda como puedo, ya que no tengo mucha experiencia. La yegua acepta mi peso con tranquilidad y sin miedo alguno cuando monto, pese a la nocturnidad y la torpeza. Al parecer, ni a ella ni a mí nos importa el frío de la madrugada.

Tengo que irme de aquí.

Tengo que volver a Madrid.

Mientras atravesamos juntas la distancia que separa el castillo de la casa donde me crie, solo puedo pensar en aquella última noche que pasé en Valemir, en la última vez que vi a mi padre. Recuerdo hacerme el lazo de las botas, el peso de la bolsa cruzada sobre mi pecho y su silueta frente al cuadro.

Siempre vuelvo a esa imagen.

La tengo grabada como una fotografía.

Recuerdo su puño apretado alrededor de su pincel, su última mirada: violenta, resentida. Vuelvo a ella como si mi vida dependiera de ello cada vez. Y puede que así sea. ¿Encontraré en ella alguna

respuesta más? ¿Encontraré el camino que recorrí?

Soy consciente de que no tengo ni idea de cómo cruzar el Velo y de que lo único a lo que puedo acogerme es a la extraña fantasía de que, si rehago mis pasos, cabe la posibilidad de que encuentre la forma de volver a Madrid. Pero estoy desesperada y la desesperación no me ofrece mucha más claridad.

No apremio al animal, pero intento que mantenga el ritmo hasta que lleguemos a nuestro destino.

El castillo descansa a mi espalda y, en él, el joven príncipe debe de seguir dormido en la silla en la que lo he dejado. Me ha parecido oír algo de revuelo al salir de los establos, pero asumo que será porque empieza la jornada de los panaderos, no porque nadie sepa nada de mi huida.

Todavía tengo un par de horas antes de que Sebastián se dé cuenta de que me he ido, ¿verdad?

El camino hasta la casa se me hace eterno, aunque el sol casi no se mueve. Tengo el corazón en la boca cuando atravieso la verja del jardín y me adentro una última vez en los terrenos en los que un día creí que viviría por siempre.

Dejo a Meda junto a la casa y, aunque podría atar las bridas al poste del porche, no lo hago. No estoy segura de que sea buena idea. Después de todo, no voy a volver a buscarla. ¿Quién podría encontrarla si la ato aquí? ¿Regresará el príncipe a la casa para ver si me he colado entre los tablones de madera?

Soy consciente de lo que estoy haciendo.

Sé que lo estoy abandonando.

Pero, si no lo hago ahora, lo que sea que estaba en mis pesadillas y que ayer destrozó a las noxfloras hará lo mismo conmigo.

Siento otra vez ese pinchazo de culpabilidad. Sin embargo,

cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que hago lo correcto para mí y de que he cumplido mi parte del trato. Sebastián ya sabe cómo encontrar las reliquias, así que no me necesita.

No en realidad.

Quedarme en Valemir, con todo lo que ha pasado, sería un suicidio.

Soy consciente de que gran parte de mi decisión la guía el miedo. Pero, aunque pasan las horas, este no desaparece. Ese pavor es también lo que me ha mantenido con vida todos estos años y no puedo desestimarlo.

Si no me adentro en el bosque, como hice aquella vez, es posible que no haya vuelta atrás. Es posible que esa cosa de mis pesadillas me atrape de una vez por todas o que yo misma acabe tan desorientada como la lady Basira de mis sueños, perdiéndome en un laberinto de mi propia mente, enfrentándome a un basilisco en un pasillo en el que no hay nada.

Recuerdo su voz, sus ojos plateados y su extraña petición.

La mujer parecía real y su miedo sigue siendo contagioso. De hecho, llevo intentando deshacerme de él desde que he abierto los ojos y he visto a su hijo postrado a los pies de mi cama, pero no hay manera.

La imagen de Sebastián durmiendo en la silla de mala manera me atraviesa el corazón como una flecha envenenada, pero no dejo que eso me detenga.

Esto es lo mejor para mí y, aunque él no lo crea, también es lo mejor para él.

No podría hacerle pasar por lo mismo que pasé yo.

Si pierdo la cabeza, no quiero que nadie esté ahí para verlo.

Necesito irme de Valemir y la única otra vez que lo he conseguido ha sido a través del Bosque de los Marcos. No recuerdo

exactamente cómo, pero estoy segura de que puedo repetir el proceso. Solo debo cruzar la arboleda que rodea la casa en la que crecí, alejarme de ella de nuevo. Eso fue lo que hice la última vez. ¿Funcionará ahora?

Con una bolsa cruzada al pecho y bajo la capa que encontré en el armario de la habitación, dejo atrás el caballo y me acerco a la linde de los árboles.

Cuando era niña, mi padre y yo nos adentrábamos sin miedo en el Bosque de los Marcos en busca de hojas y setas. A mi padre le interesaba todo y la flora no era una excepción. A aquello que desconocía, le ponía un nuevo nombre. Después, si lo traíamos de vuelta a casa, buscábamos en los libros de la biblioteca para ver si encontrábamos algo parecido entre las páginas.

—¿Y qué hacemos con el nombre que le hemos dado? —pregunté una vez.

—La planta puede tener tantos nombres como quiera —dijo él—. No deja de ser ella misma, ¿no crees?

—¿Y si yo pasara a llamarme Astrid?

—¿Astrid? —soltó una carcajada—. ¿Ese nombre te gusta?

—No, papá, es que esta planta…

Ahora sé que Gael fue quien le dio esos libros, esa biblioteca y esa casa.

La verdadera pregunta es: ¿Por qué se quedó él en Valemir hasta perder la cabeza? ¿Por qué no intentó huir? ¿Por qué no me llevó de vuelta a su mundo, al otro lado del Velo? La respuesta más obvia es que quizá se quedó atrapado aquí, por sus amigos o por mí. Pero yo no puedo dejar pasar la oportunidad de intentar escapar antes de que sea demasiado tarde, precisamente porque él nunca lo hizo.

En mi pecho siento la certeza de que cada segundo que paso a

este lado del Velo es un clavo más en mi ataúd.

Cojo aire y me adentro en la arboleda con decisión.

Aquella noche acabé en casa de doña Sol, pero qué hice para lograrlo sigue siendo un misterio. No hubo nada mágico en aquella huida, solo la desesperación de una chica que deseaba desaparecer.

Por suerte, sigo siendo esa chica.

Y sigo estando igual de desesperada.

La cuestión es que mi padre siempre fue cuidadoso con el bosque. Me insistió en que uno no debía adentrarse en él sin compañía o sin intenciones de regresar, pues los árboles pueden ser traicioneros. Por eso, cuando entrábamos a investigar plantas, siempre dejaba una vela encendida en casa. Como aquella noche yo no tenía intención alguna de regresar y hubiera aceptado cualquier destino excepto el camino de vuelta a casa, no encendí ninguna vela.

Ahora, si mi teoría es cierta, serán los árboles quienes decidan qué hacer conmigo una vez más.

No he encendido ninguna vela para que me lleve de vuelta, así que el único camino que me aguarda es…

Observo un pequeño halcón posado sobre una rama. Lo veo agazaparse, preparado para alzar el vuelo. Después desciende sobre algo que corre, pero no logra huir, y a la presa los gritos no le sirven de nada. Cierro los ojos, asustada.

Mientras avanzo, otro recuerdo me encuentra en mitad de la nada.

Una madrugada, a través de las ventanas de la cocina, vi a mi padre regresar del Bosque de los Marcos cargado con madera y bolsas de hojas. Junto a la ventana había una vela encendida.

Junto a él, el joven aprendiz parecía pálido, cansado. Mi padre apoyaba una mano en su hombro, orgulloso de su incursión.

Es extraño.

No recordaba algo así.

Pero supongo que yo no era la única a la que mi padre acompañaba en misiones como aquellas, recolectando setas, flores y hojas secas. No era la única niña de la casa, aunque fuera la última. Pero ¿qué harían en el bosque aquella noche? ¿Lo recordará Sebastián? ¿Y por qué estoy pensando en ello en este momento?

Ahora que sé que este es el lugar donde mi padre apareció en Valemir por primera vez, supongo que sus advertencias tienen mucho más fundamento.

A simple vista, es un bosque normal y corriente: la flora reina en el paraje y los desniveles no están hechos a la medida del hombre y sus caminos. He hecho bien en dejar atrás a la yegua, porque dudo que hubiera podido encontrar una senda para llevarla conmigo.

Me detengo un momento para beber algo de agua, entre la bruma del amanecer. El sol sale entre los árboles, dibujando las sombras de los troncos y creando un juego de luces fascinante.

Pienso en cómo sería para el rey Gael toparse con un joven humano y perdido en estas tierras de nadie.

No puedo evitar preguntarme cómo fue para Ciro, mi padre, llegar a este universo lleno de magia y misterio. Me pregunto si echaba de menos a alguien cuando pintaba o si alguna vez quiso perderse en el bosque de nuevo como lo estoy haciendo yo ahora.

Pero nada de eso importa ya.

Ambos no son más que fantasmas a los que no conoceremos jamás.

Es entonces cuando el sonido de los cascos de los caballos me detiene en seco. Alzo el rostro y los busco, pero en la extraña neblina solo distingo los haces de luces y sombras. Como no sé cómo medir bien las distancias, intento esconderme.

Pensaba que estaba sola, pero al parecer es todo lo contrario.

Busco un escondrijo entre los árboles. Sin embargo, justo cuando me hago a un lado del camino, un caballo me corta el paso. Sorprendida, levanto el rostro y oigo a la segunda y a la tercera montura.

La silueta que aparece frente a mí, recortada contra el amanecer, es imponente.

—Deteneos —ordena ser Kergalot. Hay algo en su mirada que escuece—. Seréis llevada de vuelta al castillo, lady Emma.

No.

No, no, no.

Retrocedo un paso y mi primer instinto es pensar que quizá pueda colarme entre los árboles.

Que soy rápida y que puedo alejarme si lo intento.

—Lo siento mucho, ser Kergalot, pero no puedo volver.

¿Qué es lo que hice para llegar a Madrid? ¿Correr?

—No es conmigo con quien debéis disculparos.

«He sido una estúpida», pienso.

No tenía ningún plan real. Solo quería escapar y los árboles no han querido ni acogerme ni condenarme.

No sé cómo salir de aquí.

Dios, si ni siquiera sé cómo he llegado tan lejos.

Vuelvo el rostro para comprobar que hay otros dos caballos. Algunas siluetas aparecen a pie y me bloquean toda vía de escape.

Estoy rodeada.

—No lo entiendes: si no me voy —explico—, perderé la cabeza. Me ocurrirá lo mismo que a Ciro. Si no me voy ahora, me quedaré atrapada aquí para siempre. Como mi padre o como lady Basira. ¡Las pesadillas…!

Si fueran en caballo, sería mucho más fácil huir a pie. Pero hay

soldados de infantería y tienen ballestas. ¿Me dispararían? Estoy segura de que los caballos no podrán seguirme el ritmo ni cambiar de dirección tan rápido gracias a lo abrupto que es el terreno. Perdería a tres perseguidores, pero tendría que ser capaz de enfrentarme a otras seis personas armadas. ¿Qué posibilidades tengo?

Ninguna.

Con el corazón acelerado, siento la mirada de los otros guardias sobre mí y sé que no voy a lograrlo.

No tengo coraje suficiente como para hacerle frente a algo así.

—Por favor.

Ser Kergalot aprieta los dientes y niega con la cabeza.

—Quiero vivir una vida normal —suplico—. Quiero sentarme al final del día con mi mejor amiga y ver una película. Quiero escuchar música en el autobús y comer comida china para llevar. Los cuadros, la casa, ¡las reliquias! ¡Viste lo que todo eso le hizo a mi padre! Soy humana. Este lugar va a acabar conmigo, Alaric.

El capitán alza la vista, ignorando mis súplicas, y a mí se me cierra la garganta de golpe. Su caballo y los otros dos relinchan, quizá molestos por el cambio de temperatura del alba, pero ninguno de los jinetes intercede.

—¡Me estáis condenando a muerte! —protesto agarrada a mi bolsa.

Un cuarto jinete, que avanza hacia nosotros con desdén, es quien podría congelar el infierno con una mirada. Oigo sus botas contra el suelo y, al volverme, me topo con sus ojos negros.

—Parece una condena justa para los traidores de Valemir, ¿no crees? —dice frío y vengativo.

—Sebastián.

El príncipe me dedica una sonrisa cruel.

—No sufras, Emma. Puede que todavía tenga algo de piedad que malgastar contigo —responde—. Al menos en honor a mi padre, que siempre creyó lo mejor de la gente de vuestra calaña.

Antes de que pueda defenderme, hace un gesto con la mano enguantada.

—Apresadla.

Con un giro de la muñeca, la Guardia Real al completo desciende sobre mí con total impunidad.

23

Todo ocurre con tanta rapidez y efectividad que apenas vale la pena describirlo. De nuevo, las manos de otra persona están sobre mi cuerpo. De nuevo, soy incapaz de tocar el suelo con los pies. Como una de las reliquias que Sebastián tanto desea poseer, soy transportada de un lugar a otro y custodiada en una sala cerrada a cal y canto.

Como un objeto, soy depositada entre cuatro paredes para coger polvo.

El sol marca el paso de las horas sobre la alfombra del suelo. Enjaulada como un animal y con un par de moratones en brazos y piernas, fruto de algo que podría llamarse rebelión, planeo mi emboscada. No pienso dejar que Sebastián se salga con la suya y mucho menos después de esa mirada fría que me ha lanzado en el bosque.

Podría intentar salir por la ventana, pero no se abre.

Podría intentar dibujar un pentagrama de algo en el suelo y crear un portal que me lleve al mismísimo infierno, pero nunca acabé de ver *Embrujadas* y nadie se habría arriesgado a explicarme cómo hacerlo. Descarto la idea tan pronto como se me ocurre, aunque no pierdo las ganas.

También podría romper la ventana sin más y saltar. De esa fijo que me abro la cabeza y el viaje al infierno está asegurado.

Podría intentar pedir ayuda, ver si Irina o Rilke están cerca, pero dudo que estén de mi lado. Aunque pensar en ellas me lleva a otra idea. Tiene que haber algo en esos baúles o en el armarito de la esquina que pueda usar a mi favor.

Un aro, un clip.

Algo.

Busco y rebusco.

Hago inventario de zapatos, juegos de sábanas y tocados.

Por eso, cuando la puerta se abre por primera vez en horas, estoy más que preparada para el enfrentamiento.

Desde detrás de la cama, arrojo el libro más pesado que he encontrado con todas mis fuerzas. Sebastián lo esquiva sin despeinarse: el tomo cae en el pasillo, a los pies de un guardia, y no consigue detener al príncipe.

—¡Cretino! —grito enfadada y lanzo un libro con cada palabra—. ¿Cómo…te atreves…? ¡Bruto!

El príncipe esquiva los dos siguientes proyectiles y atrapa el tercero con una destreza que resulta inaguantable. Le echa un vistazo a la tapa, mientras la acaricia con las manos enguantadas. Todavía viste la ropa de montar y, aunque mantiene su elegancia, veo todas sus imperfecciones.

—No me dejaste otro remedio, querida —responde.

Con rabia, lanza el libro hacia atrás. Retrocedo, buscando la pared con las manos, atrapada.

—¡No te acerques a mí!

Mi queja no lo detiene y es obvio que cualquier simpatía que pudiera haber sentido por mí se ha esfumado.

—¡Silencio!

Cierra la puerta tras él con toda su rabia. El portazo me afianza en el sitio, ya desprovista de munición tras el primer ataque. Mi plan

llegaba hasta aquí: quería darle en la cabeza, empujarlo, salir pasillo abajo.

Viéndolo en perspectiva, no era un buen plan, pero al menos era mío.

—No quiero oír ninguno de tus lamentos —brama el príncipe—. Si vuelves a hablar, me aseguraré de que no te apetezca volver a abrir la boca en los próximos doce años, ¿queda claro?

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago, pero su mirada es peor. Mucho peor. Por orgullo, me niego a asentir, aunque me mantengo callada.

Sebastián me mira con esa frialdad y esa rabia que vi en el Bosque de los Marcos, y no requiero de traductor para saber que jamás voy a conseguir escapar. De hecho, él mismo se va a encargar personalmente de que nunca salga del castillo.

—Vas a quedarte aquí y vas a obedecer mis órdenes —dictamina.

Niego con la cabeza, enfadada.

—Vas a quedarte aquí —repite— y harás lo que yo te pida.

—No.

—Te he dicho que no hables.

—No puedes obligarme a ayudarte.

¿Le tengo miedo? ¿Por eso me late así el corazón? ¿Qué ha sido de mi Sebastián? ¿Del chico del colmillo, del niño que perseguía gallinas? ¿Quién es el hombre que tengo delante y por qué me mira así?

—Puedo hacer contigo lo que me dé la gana —responde cruel.

Asqueada, le dedico una mueca y él sonríe con esa nueva crueldad. Aunque, ¿es nueva?

Quizá esta sea la Ruina de Valemir de la que todo el mundo habla.

Alzo el mentón aguantándome las lágrimas de pura rabia.

—Quise ser amable —continúa el príncipe—. Te ofrecí buenas condiciones para que los dos estuviéramos tranquilos. Te di la opción de ser mi prometida, de jugar a los vestidos y de tener tu propio servicio. Te di a Rilke e Irina. Y tú, por tu lado, decidiste que lo mejor que podías hacer era traicionarme.

Tengo un nudo en la garganta.

—Te traje la máscara.

—¡No es suficiente! —brama.

Su voz se hace eco en mi pecho y, aunque no quiero, tiemblo. Abro la boca y, aunque desearía defenderme, lo único que sale de buenas a primeras es un titubeo.

—No te he traicionado —respondo—. No era mi intención…

—Ah, ¿no? Veamos: has robado una yegua, provisiones y la ropa que te ofrecí. Has huido en mitad de la noche como una forajida y has intentado adentrarte en el Bosque de los Marcos para cruzar el Velo, ¿no es cierto?

—Eso no es traicionarte.

—¿Cuál crees que es la definición de traición entonces?

—¡No puedes retenerme aquí!

Sebastián abre los brazos para señalar toda la habitación.

—Pero sí puedo —objeta—. Soy el príncipe regente y el futuro rey, pero tú apenas eres nadie. Nadie te conoce. Nadie sabe quién eres ni dónde estás. En dos semanas, Valemir olvidará que existes. Para el mundo, eres solo una muchacha que aparece y desaparece. Para mí, una simple humana oportunista que es incapaz de cumplir sus promesas.

Cuadro los hombros, dolida.

—Soy tu prometida —le echo en cara.

Sebastián suelta una carcajada.

—La última saltó por un acantilado —responde divertido—. No

creo que nadie se sorprenda cuando haga saber que esta decidió tomar belladona.

Me quedo helada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Te di la opción de que fuéramos aliados —sigue encogiéndose de hombros—. Te di la opción de que fuéramos amigos. Pero ahora me has dejado sin opciones: o eres útil para recuperar las reliquias o no me sirves de nada. ¿Qué prefieres?

—¡¿Entonces por qué no me has dejado que me marche?!

Hay algo en su mirada. Algo que es un reflejo directo de la mía. Está en su lenguaje corporal, en su rabia. Su frialdad es reemplazada por una llama y la primera chispa está ahí.

Me mira con resentimiento y algo en mí sabe traducir su frustración.

—Me necesitas —entiendo.

—No —responde cortante—. No, Emma, no necesito a una inútil que solo lloriquea. Sin embargo, me perteneces y tengo derecho a hacer contigo lo que me venga en gana.

Ahí está.

Ahora entiendo por qué la gente cree que su padre es un espíritu arcano y su madre es una bruja capaz de hechizar a un rey.

Lo veo con claridad.

—Eres un monstruo.

Sebastián sonríe, como si estuviera halagándolo, y esa es la gota que colma el vaso.

—Eres un engreído, un paranoico y un déspota —sigo despegándome de la pared—. ¡Un mentiroso y un manipulador!

—¿Es un concurso de adjetivos? —contesta divertido—. Está bien. Eres una desequilibrada y una irresponsable.

No tengo más munición ni nada con lo que defenderme, pero no

la necesito.

Necesito golpearlo donde más duele.

—Ah. —El príncipe alza un dedo, como si se le acabara de ocurrir una idea—. Y una traidora, claro. Una de tus grandes cualidades. Después de todo, abandonaste a su suerte a tu propio padre enfermo.

No me contengo.

Llevada por la rabia, recorro el espacio que nos separa y lo empujo. Sebastián parece sorprenderse, pero se recupera pronto. Da un traspié, aunque mantiene el equilibrio. Sin embargo, yo ya tengo lo que quería: una apertura.

Con la mano abierta, lo abofeteo.

De derecha a izquierda.

Siento su cara bajo la palma de la mano y cómo se le gira el cuello. Disfruto del estridente chasquido que me llena la cabeza. A él no le da tiempo a sostenerme por la muñeca, porque lo evito con rapidez, pero, cuando me ve dispuesta a escalar el nivel de violencia, me interrumpe.

Sus manos impactan contra mis hombros y el empujón me lanza contra la cama. Siento el golpe en la cadera, tras tropezar con la alfombra. Para su sorpresa, me recompongo con rapidez. Me mira incrédulo con una mano en la mejilla.

Mi memoria muscular parece tomar las riendas de todo mi cuerpo y busca la trayectoria más rápida hacia el suyo.

Quiero defenderme.

Puedo defenderme.

Y eso es lo que hago.

Me lanzo contra el príncipe, dispuesta a derribarlo. Sin embargo, mi peso no es suficiente. Recuperando algo de terreno, me atrapa las muñecas y me da la vuelta para apresarme contra su pecho, pero

de espaldas. Me atrapa con los brazos sin ser consciente de que no soy tan débil como parece.

La posición me resulta beneficiosa. Así, me encojo y hago uso de toda mi fuerza para golpearle la nariz con la parte posterior de la cabeza.

Sebastián me suelta por acto reflejo. Lo oigo quejarse y retroceder, sorprendido por la sangre que empieza a brotarle de la nariz. Yo no me detengo.

Recupero mi cuerpo y mi espacio.

—¡Estate quieta! —exige con sangre en los dientes.

Soy yo quien sonríe ahora satisfecha.

—Buena suerte recuperando las reliquias sin mí, vuestra alteza —suelto fanfarrona.

Porque soy consciente de que eso es lo único que quiere. Si me tiene aquí encerrada, solo puede haber una razón. Si no se ha deshecho de mí después de lo que él considera una traición, debe de haber una razón de peso.

A Sebastián solo le importa una cosa: su trono.

No me retiene aquí porque quiera, sino porque no le queda otra opción.

Su rabia confirma mis sospechas. Cuando se lanza sobre mí e intenta reducirme, no soy lo suficiente rápida como para atraparlo, así que caigo al suelo. Siento su peso contra la cadera y mantengo vivo el recuerdo de Sia, su aliento sobre el mío, nuestros entrenamientos de boxeo.

«Defiéndete, Emma».

Soy consciente de que el suelo es el peor lugar del que recuperarse: Sebastián es más alto, más fuerte y está mejor preparado que yo. Cuando me agarra por las muñecas y me las sostiene a la altura de la cabeza, sé que quiere asustarme. Sé que

quiere pararme. Pero no voy a dejarle ganar, porque me niego a pasar por su castigo.

Siento las gotas de su sangre resbalar hasta mi cara. Forcejeo con él, pero la adrenalina me devuelve a los pasos que debería haber aprendido en muchísimas otras ocasiones. Las palabras de Sia son las que me guían.

«Haz que pierda el equilibrio».

«Recupera la posición de poder».

Justo cuando cree que me tiene, golpeo la cadera con la suya para desequilibrarlo. Sin precedente, él pierde el equilibrio, pero no me suelta las muñecas. Se recupera con facilidad, quizá sea experto en ello.

No sería una locura creer que un príncipe sabe algo de combate a cuerpo.

Sea como sea, no me dejo vencer y aprovecho el momento para separar los brazos y las manos todo lo posible de mi cuerpo, mientras él intenta evitarlo. Su rostro se inclina hacia el mío cuando se ve obligado a extender los brazos para atrapar mis muñecas y, casi por arte de magia, consigo liberar una mano.

Se le escapa de la garganta una especie de ruido de esfuerzo y yo río triunfal. Le clavo la palma de la mano en la barbilla y uso todo el brazo para apartarlo de mí. Intenta esquivarme, pero es tarde. Incluso si todavía tiene una de mis manos retenidas, no me rindo. Forcejeamos un poco más. Y, como me quedo sin ideas, le muerdo el brazo dominante con toda la rabia acumulada.

Lo oigo gritar y aprovecho el momento para, por, obligarlo a girar sobre el suelo. Le clavo una rodilla en la ingle y libero la única mano que tenía presa. Ágil, y porque lo noto cuando giro, lanzo la mano a su cinturón y encuentro algo aún más útil.

Un cuchillo.

Cuando lo desenvaino y se lo coloco contra el cuello, quiero creer que no sería capaz de hacerle daño de verdad. Sin embargo, cuando veo su cara manchada de sangre y sus ojos negros, no estoy tan segura. Me veo reflejada en esas pupilas y me tiembla el pulso.

Creo que ya lo he hecho.

Creo que nos hemos hecho más daño del que jamás podremos perdonarnos.

—Permitirás que me vaya —ordeno.

Sebastián ha dejado caer las manos por encima de la cabeza. Me mira con rabia, intentando controlar la respiración. Se incorpora despacio, aunque desafiante, contra el filo de su propio cuchillo.

—No.

—O me dejas ir o me aseguraré de que Valemir se quede sin equilibrio y sin príncipe regente —advierto manteniendo el filo contra su piel—. Me importa una mierda tu reino o tus chanchullos. No voy a ser tu prisionera, Sebastián.

Con rabia, el aludido sigue incorporándose contra el cuchillo. Para mi horror, parece comprobar que no estoy dispuesta a cumplir mis amenazas. Al menos no la mitad de lo que él está dispuesto a arriesgarse.

Me estoy tirando un farol y él está más que seguro de ello. Cree que no soy ese tipo de persona y que no tengo lo que hace falta para hacerle daño, ¿verdad?

El filo rasga la piel de su cuello y una pincelada carmesí aparece sobre su piel. Justo a la altura de su sello, el cuchillo dibuja un corte limpio. Vacilo y retiro un poco el arma.

Cuando miro al príncipe, el niño de mis recuerdos vuelve a aparecer, y me arrepiento al instante. ¿Qué estoy haciendo?

Me retiro asustada, aunque sigo sentada sobre su cadera. Retrocedo. El cuchillo cayendo sobre la alfombra provoca un ruido

húmedo y acolchado.

—Lo siento —murmuro mirándome las manos—. Yo…

Recuerdo a mi padre sosteniendo su pincel frente al cuadro, sus gritos, su rabia. Veo la sangre en el rostro de Sebastián y recuerdo el cabezazo que le he dado en la nariz, la fuerza que se requiere para atrapar a alguien en el suelo.

—Lo siento, Sebastián.

Pero él no lo siente.

—Ya veo. También eres una cobarde —escupe.

No siente haberme encerrado ni tampoco volver a lanzarse contra mí en cuanto tiene la oportunidad.

Porque eso es exactamente lo que hace cuando me empuja y me obliga a darme la vuelta. Me estampa contra el suelo sin ningún miramiento. Lo oigo golpear el cuchillo con un pie para asegurarse de que no lo recupero y me pega la cabeza contra el suelo, luego se me sienta en los riñones para que no logre darme la vuelta.

Tampoco lo siente cuando me coloca los brazos a la espalda ni cuando estira los cordones del corsé de mi vestido para esposarme. No lo siente cuando me deja en el suelo y sale de la habitación airado y dando un portazo.

La única que llora, avergonzada y derrotada, soy yo.

Pego la frente al suelo, intento incorporarme un poco, encontrar las rodillas. Sin embargo, no tengo fuerza suficiente.

Nunca la he tenido.

Nunca podría tenerla.

24

Paso un buen rato en el suelo. Al menos hasta que decido que la razón por la que me falta el aire es porque alguien ha decidido cerrarme el corsé demasiado. No sin fracasar un par de veces en el intento, consigo incorporarme y sentarme junto a la cama con las manos todavía atadas a la espalda. Intento recuperar el cuchillo para liberarme, pero cabe la posibilidad de que Sebastián se lo haya llevado en su huida, porque no lo encuentro.

Tras un par de intentos de salir del enredo, siento que la sangre ya no me circula por los dedos y abandono. Me quedo sentada en el suelo, junto a la cama, bajo la luz de la ventana mientras el día avanza.

Me obligo a mantenerme despierta para evitar las pesadillas. Aunque, a decir verdad, es posible que fueran más amables que la realidad.

Tampoco podría quedarme dormida.

Ser Kergalot me encuentra ahí: en el suelo, junto a la cama, con los dedos entumecidos por las ligaduras y desesperada. Cuando la puerta se abre y el caballero entra, no me escondo. No intento parecer estoica. Siento los ríos de lágrimas en las mejillas y la presión en el pecho. He estado llorando. Me duele todo.

Cuando su mirada coincide con la mía, veo algo en su expresión: parece defraudado.

Lo oigo cerrar la puerta tras él y que abre un cajón y lo cierra. Noto sus manos en mi hombro, pero no dice nada. Ser Kergalot habla con las manos cuando usa un abrecartas para librarme de las ataduras y suspira.

Cuando por fin puedo mover las manos, no estoy segura de que sepa cómo funcionan. Me encojo en el suelo y trato de acompasar mi respiración con la suya. Dibujo círculos en las palmas de mi mano, con el pulgar. Recuerdo la visión de lady Basira, sus manos pálidas contra las mías.

Ser Kergalot me mira con algo de pena, pero pronto veo cierto orgullo en la comisura de sus labios.

—Tu padre era un hombre lánguido e incapaz de cualquier gesta física —dice como si intentara bromear—. Una vez tuvimos que rescatarlo de un pozo.

—¿De un pozo?

—Así es —sonríe—. Dijo que había oído algo al fondo y que había bajado a buscarlo. Usó la cuerda y esta se desprendió. Intentó subir un par de veces, pero era incapaz de cargar con su propio peso.

Suelto una risilla.

—Suena bastante posible.

—No te miento —dice Alaric con cierta calidez—. Te alegrará saber que estaría orgulloso de saber que su hija casi le parte la nariz a un imbécil que le saca casi una cabeza y ha entrenado con los mejores caballeros del reino.

En cualquier otro contexto, la idea sería divertida. Quizá lo sea, y por eso mis labios se curvan en una pequeña sonrisa. Sin embargo, esta desaparece tan pronto como llega. La ternura es reemplazada bastante pronto por la desidia.

—No me ha servido de mucho —digo—. Sigo aquí atrapada.

Mi voz suena ronca, seca, resentida.

—En tu propio pozo —dice el caballero.

Fastidiada, niego con la cabeza.

—Gael siempre confió en su destreza como pintor —sigue—. No dudó de que su fuerza debía ser empleada de otra manera.

Parece que está dándome una lección y no sé exactamente qué debo aprender de ella. Arrugo la nariz.

—¿Estás intentando decirme que no debería haberle pegado?

—Aunque estoy seguro de que en los últimos días que pasaste con tu padre no debía mantener ese mismo juicio —dice ser Kergalot con cierto cariño—, siempre supo quiénes eran sus enemigos de verdad.

Resoplo ofendida.

—Me estaba defendiendo —protesto—. Me ha encerrado en esta habitación. Me ha atrapado en este reino. Solo quiere usarme para conseguir sus reliquias y…

El hombre me sujeta los antebrazos y me masajea la piel con cuidado. El gesto me interrumpe, hasta que entiendo que no pretende hacerme daño. Lo único que hace es intentar ayudar a mi circulación. Su bondad resulta casi un insulto.

Niego con la cabeza, dolida.

—Déjame ir —suplico—. Si Ciro fue tu amigo alguna vez, déjame ir, Alaric. No puedo quedarme aquí. Las pesadillas se están haciendo más fuertes y las visiones…

El hombre suspira y busca mis ojos.

—Por favor —insisto—. No se lo diré a nadie. Desapareceré y nadie sabrá jamás que me ayudaste.

Busco sus manos con las mías, esta vez sin pelear. No me quedan fuerzas y tampoco quiero emplearlas contra un hombre mayor y mucho más experto que el príncipe. La forma en la que me

he enfrentado a Sebastián ha sido… impulsiva. No estaba pensando y creo que Alaric puede verlo en mí.

De ahí la lección de los pozos.

De ahí que me sostenga las manos con cuidado, entre las suyas.

—No puedes pedirme que elija entre uno o el otro, Emma —responde él—. Porque elegiré a Sebastián.

Siento su aliento contra mis manos, sus manos rodeando mis muñecas para acercárselas a la cara y el suave brillo dorado que mana de ellas.

—Ese chiquillo es todo lo que tengo —concluye—. Y haré lo que sea necesario para protegerlo.

Frunzo el ceño cuando me evita la mirada avergonzado.

Cuando libera mis manos, porque las retiro, puedo sentir un nuevo peso en las muñecas. Algo toma forma en ellas. Poco a poco, algo aparece alrededor de mis muñecas. Una placa de piedra, otra. Es un grillete. Emite un suave brillo dorado que delata a su creador.

Ser Kergalot es afín a la tierra.

Siento mis manos hundirse contra mi pecho con mis nuevos grilletes de piedra alrededor de las muñecas.

Pego la nuca a la cama, dolida.

—Lo siento mucho, Emma.

Niego con la cabeza.

—No es necesario que me mientas —protesto—. Has tomado tu decisión.

—Los grilletes son también para tu protección —ofrece, amable. Aunque su amabilidad cae en saco roto—. Mientras te quedes en la habitación, no te harán nada. No dolerán. Si respetas los límites, serás libre de hacer cuanto te plazca. Si no, el peso de los grilletes hará el resto. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—¿Y cómo me protege eso?

Quizá, si pruebo ahora a salir por la ventana, los grilletes me harán impactar contra el suelo con fuerza suficiente. Puede que la única forma de librarme del Reino de Valemir sea escapando de mi propia vida.

Se me hunden los hombros.

—Podrás caminar por tus aposentos, comer —sigue Alaric, intentando sonar comprensivo—. Podrás moverte, no estar atada en el suelo. Si te portas bien, podríamos dejarte salir a pasear. Eso es posible, ¿sabes? Es sencillo. Podríamos vincularte a…

—Sigo estando presa.

—Pero al menos no estás en un calabozo.

Aprieto los labios y giro el rostro para evitarlo. No puedo creer la extensión a la que está dispuesto a llegar por… ¿Por qué? ¿Qué pretende?

—Todos somos prisioneros de algo, Emma —dice—. No eres la única que está atrapada. ¿Crees que lo hago porque quiero hacerte daño?

—Creo que no te importa una mierda si me lo haces —escupo—, pero te preocupa no ser tan buena persona como pensabas.

Dolido, el hombre ladea la cabeza.

—Puede que tengas razón.

Pese a su último intento, ser Kergalot acepta mi silencio y acaba dejándome a solas en la habitación.

Al rato, unas doncellas a las que no conozco traen agua y comida. Dos manzanas, de hecho.

Son las mismas que estaban en la bolsa con la que pretendía huir.

No necesito una nota para entender el mensaje.

Cuando la luz de las lunas me roza los pies, la idea de saltar por la ventana parece más que atractiva, incluso me pregunto si la

antigua prometida del príncipe tuvo que vivir así. Me pregunto qué fue de ella y cómo fueron sus días en el castillo. ¿Viviría en esta habitación? ¿Se peinaría frente a ese espejo? ¿Llevó grilletes como estos alguna vez? ¿O serían los suyos de otro tipo?

Sus padres eran lord Azrael y lady Agnes, quienes quisieron casarla para asegurarse de que su hija tuviera una posición de poder. Pero ¿qué poder podría tener en un lugar como este? El final de su historia me lleva a pensar que es posible que la joven no quisiera tener nada que ver con todo esto. Quizá era más como dame Ygritte, con sus vestidos dorados en honor a su difundo marido, sola y ausente, intentando hacer algo consigo misma lejos de las expectativas del resto.

Ahora, de pie frente al espejo, sé que no soy tan distinta a ella. Solo soy una idiota con mala suerte. Eso y un peón más en un juego que desconozco.

Frustrada, me lavo la cara y me peino el pelo, que sigue hecho un desastre desde la pelea de esta mañana.

Los grilletes pesan, pero no son una molestia. Cuando decido bañarme, no consigo quitármelos. Sin embargo, no me impiden volver a vestirme.

Cuando me pongo el camisón, las mangas los cubren con facilidad.

Sé que dormir no será agradable, porque las pesadillas regresarán. Pero, en este contexto, incluso las pesadillas parecen más agradables que seguir despierta y encerrada en esta habitación.

No tengo ni idea de qué puedo hacer para escapar.

El príncipe regresa entonces para recordarme que no hay nada que pueda hacer que vaya a librarme de mi destino.

—Sacadla de la cama y llevadla a la sala de los cuadros.

Me incorporo cuando la puerta se abre, y veo a Sebastián entrar

con cinco guardias. Sentada bajo las mantas, me incorporo lo suficiente como para que me saquen de la cama. Me resisto, pero no sirve de mucho.

Incluso cuando busco el suelo con los pies y opongo resistencia, me arrastran hacia la puerta.

—Los grilletes —suplico—. No, ¡esperad!

Pero me sacan de la habitación sin hacerme caso.

—¡Los grilletes me harán daño si me sacáis de la habitación!

—No seas llorica.

Lo cierto es que los grilletes no pesan más cuando cruzo la puerta y, aunque forcejeo con los guardias, descubro que la amenaza no se cumple. Frunzo el ceño. ¿Acaso han intentado hacerme creer algo así solo para retenerme?

No.

Tiene que ser otra cosa.

Y estoy casi segura de que tiene que ver con el anillo que Sebastián me muestra con retintín. En su mano, el oro emite un brillo similar al que vi en los grilletes y las palabras de ser Kergalot regresan a mí: había una posibilidad de hacer algo así, ¿verdad?

Camino tras él, rodeada de guardias. La seguridad me parece excesiva, pero me lo tomo como un halago.

—¿Tienes miedo de que acabe de romperte la nariz? —digo andando descalza por los pasillos del castillo—. ¿Por eso están aquí tus guardaespaldas?

—No soy yo quien tenía miedo de que unos simples grilletes de piedra le hicieran daño —responde sin más.

—¿Los estás controlando tú?

Sebastián me dedica una sonrisa cruel, mientras espera a que le abran la puerta.

—Esta es la habitación —anuncia a los guardias—. Soltadla

dentro.

Los soldados obedecen sin más, pero esta vez no me resisto. Dejo que me levanten del suelo y me carguen hasta el centro de la habitación como un reo. Vestida con apenas un camisón y los grilletes, me vuelvo y veo que Sebastián les ordena a los guardias que nos dejen a solas.

Arrugo la nariz.

¿Y qué piensa hacer si decido defenderme de nuevo? ¿Llamarlos para que sus fortachones lo libren de mí?

Cuando cierra la puerta, me observa con curiosidad.

—Arrogante —observa él.

Alzo el mentón.

—Irascible también —observa—. No me pilla por sorpresa. Tu familia tiene su historial. ¿Sigues viendo siluetas en las pesadillas? ¿O las siluetas están con nosotros en la sala? —suelta burlón.

Lo fusilo con la mirada.

—Si estamos en una competición de parecer locos, no soy yo quien lleva un anillo para controlar a su falsa prometida —respondo enfadada.

Sebastián suelta una risita y se acerca al centro con fanfarronería.

—No te he traído para discutir —dice—. Te he traído porque, aunque te pese, parece ser que sigues siendo necesaria para recuperar las reliquias. Y no tengo tiempo que perder.

Lo fusilo con la mirada.

—Tenías razón: estos son los cuadros que buscábamos y tu padre las ocultó en ellos. Asumo que, fuera lo que fuera que ocurrió dentro, tiene que ver con dichos Custodios. ¿Te importaría explicármelo? —dice con cierto retintín.

Le giro la cara.

—Asumí que esa sería tu posición, sí —suelta chasqueando la lengua—. Es una verdadera pena, porque estaba dispuesto a escucharte. Pero bueno, supongo que seguiremos adelante con mis teorías.

Pongo los ojos en blanco.

—Verás, Emma, asumamos que cada cuadro oculta una reliquia —dice— y que conseguiste traer la primera. La máscara está a buen recaudo, pero sigo necesitando las otras tres.

—Ya tienes los cuadros y sabes dónde están —protesto—. ¿Por qué no entras tú a buscarlos? ¿No quieres mancharte las manitas?

Él ladea la cabeza y veo la sombra de un moratón en su nariz.

—Es cierto, no puedo. Si mi teoría sigue siendo cierta: te necesito para conseguirlas —responde—. Porque solo tú puedes activar los cuadros, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco, siempre tan seguro de sí mismo. Además de paranoico, es un pedante.

—La arboleda a través de la que intentabas huir… La llamas el Bosque de los Marcos, ¿verdad? —dice de repente. Lo veo caminar hacia uno de los cuadros, rozando la madera—. Es un nombre un tanto simplón si lo piensas. Nosotros la llamamos Thyralssos, que se traduce como «la Arboleda de las Puertas». De nuevo, las leyendas son clave para esto, ¿no crees? Tu padre era un hombre de historias e imágenes.

«Marcos». Mi rostro reacciona antes de que pueda controlarlo cuando entiendo a lo que se refiere.

—Tu huida me ha dado otra idea —sigue él—. Atravesaste el bosque para cruzar el Velo, ¿cierto? Como bien teorizamos, tu padre poseía esa habilidad. Creemos que podría ser capaz de crear sus propios portales, de alguna manera. Pero ¿y si también tuviera que ver con el lugar? ¿Y si fueran las dos cosas?

Aprieto la mandíbula, pues entiendo su lógica.

—¿Crees que usó madera del bosque para el marco de los cuadros? —parpadeo sorprendida.

Sebastián sonríe, orgulloso de sí mismo.

—Es una idea, sí. Pero el Bosque de los Marcos solo era peligroso para ti y para tu padre —sigue—. A menos que estudies las viejas leyendas del Thyralssos, a nadie se le ha perdido nunca nada ahí. Bueno, alguna que otra zorra en la época de caza, pero poco más.

El detalle no se me pasa por alto y decido ignorarle de nuevo.

—Enhorabuena, Sebastián —respondo burlona—, ¡es posible que ahora los Luminares te acepten en su club de lectura! Desde luego, estás hecho todo un ratón de biblioteca con ínfulas de grandeza.

El comentario consigue lo que yo quería: insultarlo. Sebastián avanza hacia mí con decisión y, aunque retrocedo, me atrapa por la muñeca.

—Vamos a entrar a ese cuadro —ordena tirando de mí.

Y aunque me gustaría decir que me queda algo de respeto a mí misma y me resisto de manera estoica, no es así.

Intento dejarme caer en el suelo para evitar que me arrastre. Uso todo mi peso para evitarlo y grito cuando me ataca.

—¡No! ¡No, Sebastián! No puedo volver a entrar a uno de esos cuadros, ¡está dentro! ¡Esa cosa está dentro! ¡Escúchame!

Vuelvo el rostro a tiempo para ver el espacio vacío del primer cuadro que visité. Los Luminares se lo llevaron. ¿Qué han hecho con él? Las imágenes regresan: las noxfloras, la criatura que se apoderó de su mundo, la espada de la mujer de la trenza.

Forcejeo con Sebastián, que no deja de insistir.

—Tráeme las reliquias y te dejaré ir —responde sin más.

—¡No! Suéltame, Sebastián. ¡No quiero!

Desde donde estoy, veo la herida que le hice en el cuello. Él aprieta la mandíbula y usa toda su fuerza para arrastrarme hasta el cuadro.

—No es una sugerencia, es una orden —gruñe.

Tira de mí y me obliga a colocarme frente al cuadro. Me agarra por el grillete con fuerza y me exige tocar el marco como lo hice en el sótano de mi casa.

En cuanto mi mano roza el cuadro, la luz blanca ilumina la habitación como lo haría un relámpago en mitad de la noche.

Esta vez, sin embargo, la consecuente tormenta nos engulle a los dos.

25

El viento sopla con fuerza y el mundo se zarandea. El suelo bajo nuestros pies se inclina y resbala, también tantos otros objetos que no logro distinguir se deslizan con nosotros. La lluvia me empapa de la cabeza a los pies y, aunque pudiera parecer una locura, ni las caídas ni los golpes me resultan importantes.

Nada de eso me importa: ni el golpe en la cabeza contra la madera ni el agua helada ni el hecho de que he sido arrastrada a otro apocalipsis.

Lo único que me importa es lo mucho que me arden las muñecas.

Grito hasta desgarrarme la garganta. Siento el peso al que se refería Alaric y, por un momento, creo que los grilletes van a hundírseme en la piel, creo que van a aplastarme los huesos y a cercenarme las manos.

Sebastián me encuentra y, entre los torrentes de agua, intenta deshacerse de los grilletes. Nada de lo que hace lo logra, porque no es afín a la tierra. La persona que ha cerrado los grilletes alrededor de mis muñecas, ser Kergalot, está a universos de distancia.

Aunque parece que el anillo ha dejado de funcionar, los grilletes cumplen su cometido.

—¡Maldita sea! —gruñe el príncipe desistiendo en su empeño.

—¡Es tu culpa! —contrataco.

No sé cómo encuentro la fuerza, pero supongo que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa. Incluso al dolor. El frío ayuda, creo. Los bandazos del suelo de madera también.

Y la rabia, claro.

La rabia es un gran analgésico.

—¡Deja de moverte! Estoy intentando…

—¡No me toques!

No tengo miramientos: me duelen las manos, pero no los pies. Con rabia, pateo a Sebastián para alejarlo de mí. Aunque no lo consiga, el gesto me resulta la mar de satisfactorio.

—¡Eres un cerdo egoísta y un tirano! —grito.

El cielo parece estar de acuerdo conmigo: a través de las nubes, un relámpago atraviesa las alturas e impacta contra algo en la distancia. El trueno nos encuentra demasiado rápido, señal de que la tormenta está justo encima de nosotros.

Sebastián está a punto de decir algo cuando el viento vuelve a arrojarlo al suelo.

A mí no me importa si el navío en el que hemos aparecido se hunde ahora mismo. De hecho, lo prefiero.

No me importa si la tempestad nos mata a los dos.

No me importa nada que no sea decir todo lo que he callado en las últimas horas.

—¡Tú eres el experto en afinidades! —grito a través de las cortinas de agua—. ¡Tú has obligado a ser Kergalot a ponerme estos grilletes! ¡Tú nos has traído hasta aquí! ¡Todo esto es culpa tuya!

Cuando Sebastián resbala de nuevo al intentar ponerse en pie, suelto una carcajada. Con la espalda pegada al borde de la cubierta, me mantengo algo más estable.

—¡¿Cómo demonios querías que supiera que esto era así?! —se queja el príncipe avergonzado.

—Pensaba que lo sabías todo —respondo rápida—. Pensaba que eras el príncipe heredero y La Fuente estaba de tu lado.

—¿Qué?

—Pensaba que eras, oh, todopoderoso —sigo dolida—. ¿Vas a llamar a tus guardias para que te saquen de esta? ¿En volandas a poder ser? ¡Nos has metido en el cuadro! ¡No va a poder venir nadie a rescatarte! ¡Nadie sabe dónde estamos, imbécil! ¡Y nadie puede sacarnos de aquí!

De nuevo, la tempestad sacude el barco y esta vez incluso yo salgo despedida al otro lado de la cubierta.

Porque estamos en una cubierta.

En un barco.

En mitad de un mar airado, rabioso.

El segundo cuadro era el de un mar en tempestad y ahí es donde hemos ido a parar. El mundo aquí también llega a su propio fin.

No queda nadie más en este barco.

Sebastián se lleva una mano a la sien y comprueba que no sangra. Yo agradezco la estabilidad del peso de los grilletes, pues soy incapaz de sentir el dolor con la misma intensidad que antes.

No siento las manos.

No siento los pies.

El frío ya no ayuda.

Con el pelo empapado y pegado a la cara, me resulta en parte gracioso que, al final, parece que sí vamos a morir.

Lo único horripilante es tener que morir con él.

—¡Emma!

Cuando miro al frente, veo que una de las cajas de carga se ha soltado con la conmoción. Y viene directa hacia mí. Sin pensarlo, el cazurro del príncipe salta para evitarla. Por supuesto: debe salvar su

valiosa herramienta para recuperar las reliquias, ¿no?

Supongo que asume que puedo hacernos entrar en el cuadro y que, por lo tanto, también soy su billete de vuelta.

Sebastián me aparta de la trayectoria del cajón y me cubre la cabeza con las manos, así que ahora resbalamos sobre la cubierta juntos. De hecho, si no fuera porque soy lo suficiente ágil como para aferrarme al mástil, ambos habríamos acabado en el agua. El brazo de Sebastián nos afianza en nuestro sitio, mientras el navío se tambalea de un lado al otro luchando contra el oleaje.

Guardamos silencio, enfrentándonos al clima y al océano que nos acecha. En el cielo, quizá los relámpagos siguen impactando contra el agua o entre sí. Los truenos retumban con fuerza en el aire y la madera absorbe el eco.

—Tenemos que ponernos a cubierto —murmuro.

Pero, cuando Sebastián suelta el mástil, sé que no es a mí a quien le está prestando atención.

La advertencia de la visión de su madre regresa a mí en forma de lamento y las historias de mi padre conjuran el conocimiento suficiente sobre este lugar como para entender lo que va a ocurrir.

Un navío, una tormenta, el océano.

De repente, la pesadilla en la que aparecía lady Basira parece otra profecía. Una advertencia similar a la de aquella amapola en el suelo.

—Sebastián, ¡vuelve aquí!

Oigo el sonido de los cantos, la balada triste y encandiladora. Estoy segura de que eso es lo único que oye Sebastián, porque su cuerpo entero parece obedecer a la extraña cacofonía del mar.

—¡No seas imbécil! —suplico lanzándome a buscarlo—. ¡Son sirenas!

Me lanzo para detenerlo, pero él me ignora. Y lo que es peor: no

quiere que lo detenga. Forcejea conmigo. Parece que ni me ve. Tiro de sus hombros en un intento por despertarlo, pero sus ojos negros se le han cubierto de una suave capa de niebla que envuelve la pupila. Intento hacer que entre en razón, pero no tengo la fuerza suficiente para retenerlo. No la tendría incluso si no tuviera estos malditos grilletes.

Cuando me empuja y caigo mal sobre los tablones de la borda, los chispazos de dolor vuelven. Intento arrancar las losas de piedra de los grilletes, pero solo me hago daño en las puntas de los dedos, en las uñas.

Sebastián se incorpora y avanza a través de la tormenta. Lo llamo por su nombre, pero, antes de que pueda hacer nada para detenerlo, se arroja al mar.

El grito es un acto reflejo.

Eso o una forma de infundirme el valor suficiente como para luchar contra el dolor que me provocan los grilletes de ser Alaric Kergalot. Pesan lo bastante como para mantenerme pegada a la cubierta y la sensación de que voy a perder las manos regresa, pero el dolor no me frena.

Salto al agua tan pronto como alcanzo el rincón de la cubierta en el que lo he visto por última vez.

Me tiro al agua tras el príncipe. Con las manos por delante, como aprendí a hacer en la piscina en su momento, entro en el agua. El peso de los grilletes ayuda y atravieso las olas en busca de su silueta.

Quizá he sido estúpida e imprudente.

No, quizá no.

Lo he sido.

Estoy intentando rescatar a mi carcelero, a mi verdugo.

En cuanto entro en el agua helada, los dos elementos que

juegan en mi contra ganan aún más intensidad: quedo a merced del frío y del peso de los grilletes. Uso todas mis fuerzas para intentar no perderme en las corrientes y abro los ojos. Por eso mismo el agua salada me hace daño y la temperatura me obliga a buscar la superficie para coger aire de nuevo.

No dejo que eso me humille.

Saco la cabeza y, aunque a duras penas cojo aire, lo intento un par de veces hasta que estoy satisfecha.

Entonces, vuelvo a sumergirme.

Debe de haber alguna manera de encontrar a Sebastián bajo las aguas. La oscuridad es tan intimidante como intensa, pero no es lo peor. Porque, en cuanto me sumerjo de nuevo, la canción del mar me atrapa. El volumen es devastador. Siento la presión en los oídos y trato de nadar hacia la superficie de nuevo, aunque desorientada.

A diferencia de cómo suena la canción para Sebastián, asumo, para mí es horripilante.

—¿Y qué saben las criaturas de los mares de la música? —protesté una vez con la paleta en la cabeza.

Mi padre me miró de reojo.

—No lo sé.

—Seguro que a mí no me convencerían —dije fanfarrona—. Tengo un gusto musical exquisito.

Recuerdo su risa mientras atravieso las aguas y es entonces cuando veo el brillo dorado de los grilletes frente a mí.

Nado hacia la superficie una segunda vez, a merced de las olas. Allí arriba, el dolor aumenta y el brillo, también. Cojo aire, intento mantenerme a flote. Los grilletes desean llevarme a las profundidades. ¿Por qué?

Aunque en un primer momento dudo, creo que puedo

descifrarlo: cuanto más cerca estoy de Sebastián, que lleva el anillo, menos me duele.

Cojo una bocanada de aire y vuelvo a sumergirme. Hago de tripas corazón, me enfrento a las olas y al dolor de mis muñecas y nado hacia el fondo. Dejo que la luz de los grilletes se apague, que me guíe.

Cuanta menos luz, más cerca estoy del príncipe, ¿verdad?

Esa es la clave.

Alargo la mano y siento el roce de algo viscoso contra las piernas. Algo nada por mi lado, otro cuerpo se aparta. Doy una brazada más, casi sin aliento, y encuentro la reliquia sin la que no podría salir de este fin del mundo.

Mi mano se cierra alrededor de la chaqueta de Sebastián justo a tiempo de que una de las sirenas lo atrape.

Tiro de él y la criatura se aleja con tal rapidez que el agua nos empuja.

La sensación de triunfo se ahoga en la realidad: la superficie está muy lejos y Sebastián parece inconsciente. Incluso cuando puedo sostenerlo, su peso nos hunde. Cuando alzo la vista, la canción de las criaturas me ensordece incluso más.

Un enjambre de sirenas nos oculta de la luz del exterior.

En la oscuridad, no suelto a Sebastián. De hecho, me vuelco en mantenerlo junto a mí. Nada me impide intentar nadar, después de todo. El chico pesa y temo que sea demasiado tarde, pero no tiro la toalla.

El canto de las criaturas me desorienta. Incluso cuando no puedo verlas, puedo sentirlas a mi alrededor. Frustrada y con lo poco de fuerzas que queda en mí, hago una apuesta aún más arriesgada.

Si incluso cuando no funciona el anillo ha tenido cierto efecto, es posible que pueda usarlo a mi favor. Otra vez. Tal y como lo he

usado para encontrar el cuerpo de Sebastián, ¿podría usarlo para…? Por eso, busco su mano y lo arranco de su dedo. Después lo arrojo al fondo del mar.

Tan pronto como este se sumerge, mi teoría se confirma y dos cosas ocurren a la vez: los grilletes empiezan a brillar y el dolor se hace aún más intenso.

Pero consigo lo que quería.

La luz dorada se apodera del paraje.

Bajo la nueva luz, las criaturas aparecen frente a mí. Largas, con cola como las de las serpientes, con colmillos, con branquias. Ofendidas quizá por el brillo, bufan y sisean mientras se alejan de nosotros.

Así, me abren una vía directa hacia la superficie.

Inquietas, las sirenas nos rodean. No quieren acercarse, pero tampoco quieren perdernos de vista. No me detengo a cuestionarlo, porque mis pulmones necesitan aire. Tengo la sensación de que deberíamos habernos ahogado hace mucho rato.

No tengo ni idea de cómo lo consigo, pero salgo a la superficie.

Trago agua. Busco aire. Intento que Sebastián tome aire, pero no tengo ni idea de si está vivo. No está consciente, eso seguro. De hecho, cuando miro bien, creo que veo sangre en el agua. ¿Está sangrando?

Eso explicaría por qué las sirenas forman un círculo a nuestro alrededor, están acechando a su presa.

La imagen regresa a mí: ris, ras. Lady Basira, dibujando un círculo, sus pies sucios, su pelo blanco, su petición.

«No dejes que lo devoren».

Sostengo a Sebastián cerca de mí y me antepongo tanto como puedo al dolor de mis muñecas. Trozos de madera que parecen haber caído del navío flotan a nuestro alrededor, pero no consigo

alcanzar ninguno. El color de los labios de Sebastián me recuerda que es posible que esté todo perdido, que no haya escapatoria; malva, lavanda.

Una de las sirenas decide atacar entonces lanzándose a buscar a su presa. Sebastián se hunde y yo me sumerjo para recuperarlo.

Llena de rabia y dolor, hago lo más estúpido que se me ocurre.

Sujetando a Sebastián por la mano y, bajo el agua, grito.

Grito con rabia, con pena, con frustración.

Y, aunque no tiene sentido, cuando chillo, la extraña canción de los mares se detiene y el océano escucha. Las sirenas, ofendidas y aturdidas, dejan de cantar. Sin más dilación, devuelvo a Sebastián a la superficie y busco un trozo de madera donde apoyarlo. Nado, gasto todas mis fuerzas intentando mantenerlo a flote.

Y, sin embargo, no me rindo.

No lo abandono.

No puedo dejarle morir.

Recuerdo los ojos plateados de su madre. Recuerdo su colmillo, sus risas y sus juegos. Me recuerdo a mí misma riendo con él. Las palabras de ser Kergalot y su pena no me permiten seguir enfadada.

Todos somos presos de algo.

Cuando las sirenas vuelven a intentar acercarse, grito y siseo como han hecho ellas. Helada y tiritando, a merced de las olas y sin saber cómo salir de este cuadro, me antepongo y me defiendo como buenamente puedo. También defiendo a Sebastián, que es poco más que un saco apoyado en un trozo de madera que se hunde por momentos.

Le aparto el pelo de la cara, pero no respira.

—Sebastián, despierta.

La canción regresa, distante.

—Sebastián, no me dejes aquí —protesto—. ¡Haz algo!

Pero no está consciente. De hecho, cabe la posibilidad de que esté hablando con su cadáver. ¿Es eso posible? ¿Puede alguien morir dentro de un cuadro?

—¡Por favor!

El mar parece calmarse un poco y las sirenas se mantienen a una distancia prudente. Mis súplicas parecen resultarles curiosas. Lo suficiente como para que una de ellas, la misma que antes ha intentado arrebatarme el cuerpo de Sebastián, avance despacio hacia nosotros.

No tengo nada con lo que defenderme, pero ella parece ver en mí que no lo dejaré pasar si intenta llevárselo. Con la mitad de la cara sumergida, se muestra apacible y se mueve con parsimonia. Su mirada se clava en la mía. Por alguna razón, la sirena trae consigo un trozo de madera y no es la única.

La lluvia arrecia.

De repente, las criaturas que nos envuelven recopilan los trozos flotantes de madera y se aseguran de ofrecernos algo mejor para mantenernos a flote.

Aunque al principio no confío en que se acerquen, acepto el gesto cuando una de ellas me trae un tablón lo suficiente grande como para que pueda apoyar a Sebastián en él y mantenerlo fuera del agua.

El aire es tan frío como el agua, pero al menos no se hunde.

—Lejos —advierto—. Manteneos lejos de él.

La criatura se aparta un poco, pero me busca con la mirada. La canción regresa y puedo notar su poder. Siento lo que Sebastián habrá sentido antes de caer a las aguas: es triste, es pesada. Mientras el cielo se aclara, del interior de las aguas, la sirena hace aparecer un collar.

Se trata de una lágrima de zafiro.

La sostiene en el aire para que yo pueda verla.

La canción se vuelve cada vez más triste y suplica perdón. Aunque parece completamente fuera de lugar, es como si el mar y sus secuaces quisieran disculparse. ¿Es eso lo que están haciendo?

—No las acepto —protesto—. No acepto tus disculpas.

La sirena abre las branquias del cuello. Sigue teniendo su vista clavada en mí y me ofrece el collar con insistencia.

Pese al frío y los elementos, mis neuronas hacen sinapsis.

—Un momento, ¿sois los Custodios de este cuadro?

Eso tendría sentido, supongo.

Y si no lo tiene, no sé qué más hacer con ello.

Débil y asustada, decido aceptar lo que me ofrece. Estiro una mano, con su grillete brillante, y lo acepto. Ella me ve sostener el collar entre los dedos y sonríe con todos los dientes, como si estuviera orgullosa de su trabajo.

Y debe de estarlo.

Porque, en el momento en el que lo suelta, el collar que ahora yo sostengo se transforma en un ancla que nos hunde a Sebastián y a mí.

La tristeza de la canción se transforma en una cacofonía de risas y, sin darme tiempo a reaccionar, el collar nos arrastra a las profundidades.

26

La oscuridad lo consume todo y el peso resulta desgarrador. Creo que voy a perder el brazo o que ya lo he perdido. La presión aumenta y mis oídos se resienten. Sin embargo, todo eso cesa cuando choco con algo.

Siento el golpe contra el suelo y el mar colapsa en mi interior.

Por acto reflejo, tras el golpe, empiezo a toser.

Estoy segura de que tengo agua en los pulmones. Me arde la garganta y me quema la piel. Siento la sal en la boca. El cambio de temperatura me resulta asfixiante. Me doblo sobre mí misma, tiritando, y trato de sacar toda el agua que he tragado. Pero mi primer instinto no es el de entrar en calor, sino el de soltar la reliquia.

Mandarla lejos de mí.

Arrojo el maldito collar al otro lado de la sala, casi temiendo que pueda llevarme a otro lugar. El zafiro rueda sobre la piedra, imperturbable, mientras el recuerdo de las risas de las sirenas hace que se me erice la piel.

—Sebastián —suelto sin pensarlo.

Está ahí, a mi lado, en el suelo.

Ha caído en el suelo igual que yo.

Lo he conseguido, supongo: lo he traído de vuelta, aunque no se lo merezca.

Temblando, presa del pánico y sin saber qué más hacer, me arrojo hacia él. Intento colocarlo de lado, obligarlo a escupir el agua.

Escupe algo, pero su garganta parece bloqueada.

Sebastián lleva mucho rato sin respirar. Está pálido y sus labios están de un color violeta para nada prometedor. Con la vista fija en ellos, estoy segura de que el boca a boca sería estúpido. Sin embargo, una chispa infantil me grita que lo intente, que así es como funciona todo en los cuentos.

Me agacho sobre él, le abro la boca y soplo con todas mis fuerzas.

No es eso lo que lo salva, sino la luz blanca que brota de mis manos amoratadas cuando las coloco sobre su pecho. Puedo sentirlo. Noto el mismo poder que aquella vez, tras el accidente de moto, el pitido de los coches.

Mi cuerpo está en automático y parece funcionar mejor así. Parece ser mucho más efectivo cuando no hay nadie para ponerlo en tela de juicio.

No ejerzo presión sobre su pecho, como hubiera hecho en cualquier otra circunstancia. En lugar de eso, coloco ambas manos sobre su torso y me centro en la luz blanca, en la calidez que emite.

Suplico para mis adentros.

Siento que mis energías se desvanecen, que mi cuerpo se resiente ante el esfuerzo. Imagino que, si algo ocurre, habrá un precio que pagar, pero estoy dispuesta a ello. Haría lo que fuera por oírlo respirar, por oír su voz otra vez.

Mantengo las manos sobre su pecho con la esperanza de revertir el proceso y solo justo cuando estoy a punto de perder la esperanza, Sebastián empieza a toser.

Agotada, me dejo caer hacia atrás.

—¡Menos mal!

El joven se vuelve, se incorpora. Tose agua, asustado. Mira a su alrededor sin entender nada y, cuando mis manos le encuentran, pedigüeñas, se topa con mis lagrimones. Empapados y tras haber logrado salir del cuadro, los dos debemos de ser una imagen digna de manicomio.

Estiro las manos hacia su rostro y él se pierde en mi semblante. Su mirada desciende a los grilletes, a la ausencia de su anillo, pero regresa pronto a mis ojos.

—Emma, ¿eres…? ¿Eres tú? —tartamudea—. ¿Tu pelo…?

Niego con la cabeza para restarle importancia. Sin embargo, él estira una mano y me recoloca un mechón tras la oreja. Veo la rabia que se transforma en miedo. Algo muy distinto aparece en sus labios azulados cuando tuerce el gesto.

Y sé lo que es.

Se siente culpable.

Acto seguido, lo único que sé es que estoy entre sus brazos. Sebastián me atrapa y me hunde contra su pecho. Lo hace con desesperación y, aunque parece que le cuesta respirar, hunde su rostro en mi cuello y toma todo el aire que puede contra mi piel. El peso de nuestra ropa mojada no ayuda. Los dos estamos muertos de frío, pero noto la vaga calidez de su temperatura contra la mía.

Sin pensarlo, mis brazos rodean su cuerpo, su cuello. Lo aprisiono contra mis hombros y él parece satisfecho con la idea. Sostengo su cabeza contra mi clavícula cuando escucho algo parecido a un sollozo y finjo estar sorda para no avergonzarlo. Sin embargo, hundo mis manos en su pelo mojado y lo sostengo en mis brazos.

No se lo merece, pero lo arrullo y finjo demencia. Finjo no recordar que hace una hora los dos hemos estado a punto de matarnos.

A ambos nos cuesta respirar, pero Sebastián habla entre jadeos.

—Los grilletes.

—Shhh.

—El anillo, ¿dónde…?

—Ser Kergalot se hará cargo de eso en un momento.

Me he acostumbrado al dolor.

Puedo soportarlo.

—Pero Emma, tu pelo y…

—No te muevas, por favor.

Aunque lo intenta, Sebastián decide obedecer, quizá por primera vez en su vida.

—Si te mueres, tu madre se pondrá triste.

Siento su frente contra mi clavícula, su aliento contra el camisón empapado.

—Gracias.

Su voz aparece como una caricia. Su aliento me roza el cuello. Alza el rostro y me busca con la mirada. Algo contrariada, resoplo. La intensidad de su mirada resulta demasiado real y no estoy segura de poder aceptarla.

—Uno pensaría que un príncipe sabe que no se debe escuchar a las sirenas —respondo—, pero estáis lleno de sorpresas, vuestra alteza.

Sebastián suelta una risilla y una mueca se apodera de su rostro. Me roza la mejilla con el pulgar. Yo reparo en la herida de su cuello, que se ha cerrado. Pero el príncipe sigue viendo sangre a consecuencia del ataque de las sirenas, ¿verdad?

No.

De hecho, parece ser que mis poderes han hecho un buen trabajo al traerlo de vuelta. No hay ni rastro de las heridas.

Tampoco del moratón de su nariz.

—Tenías razón —dice.

Parpadeo.

—¿Acabas de decir que tengo razón?

Él asiente.

—La canción de las sirenas, todo lo que… —Hace un gesto—. El cuadro. La reliquia. Las notas de tu padre.

Sebastián parece tener problemas para poner en orden sus pensamientos. Preocupada, le aparto el pelo de la cara y confirmo que no hay ningún golpe visible. Pero ¿es posible que sangre por dentro?

—Estar así contigo ha sido un error —dice—. No puedo permitir que seamos enemigos. No puedo permitir que tú también seas uno de ellos al otro lado de la puerta. Te necesito a mi lado.

Frunzo el ceño.

—No he sido yo quien se ha vuelto loco.

—Estaba ciego —sigue frustrado—. Estaba cegado por… Mi madre. Tú. Ella…

Mi corazón se detiene cuando recuerdo el sueño.

—¿Qué ha ocurrido con tu madre?

Sebastián solloza, pero controla sus emociones lo mejor que puede.

—Ha desaparecido.

Intento sostenerle el rostro entre las manos, pero el príncipe me las aparta. Dolido, se retira.

—¿Cuándo? ¿C-cómo?

Se lo pregunto, pero temo obtener la respuesta que conozco. Temo saber exactamente lo que ha ocurrido y cuándo.

—No lo sé. No… —Sebastián se encoge, se aparta de mí—. Pero ¿qué más da? Las reliquias, los cuadros. El estúpido trono. ¿De qué sirven? ¿De qué me sirve todo eso? ¿Cuál es mi deber si no puedo

cuidar de ella?

Lo observo con el corazón encogido.

—Lo estaba pagando contigo —dice dolido—. Estaba… estaba castigándote por algo que no es culpa tuya. Por abandonarme, por desertar. Pero ha estado… Ha sido un error, Emma y ahora…

Me mira asustado, pero no sé si me teme a mí o se teme a sí mismo. Y lo entiendo. Entiendo ese sentimiento.

—Sebastián, no pasa nada.

—Sí pasa —se queja—. Yo te he puesto esos grilletes, te he encerrado, te he obligado a meterte en ese cuadro, ¡y tú…! Tú me has salvado la vida como si nada. Lo que… No recuerdo… Estaba ahogándome, Emma. Así, ¡plaf! Adiós. Habría…

—Has sido imprudente, pero…

El príncipe suelta un largo suspiro.

—Entiendo por qué quieres irte —sigue agachando la cabeza—. Si yo pudiera, también me marcharía.

Se me parte el alma al oír su confesión.

—Si pudiera huir de mí mismo, yo también lo haría.

Niego con la cabeza, soy incapaz de sobrevivir a su mueca de dolor. No lo dice de verdad. Lo he visto mirar el paraje, lo he visto hablar de su reino.

Lo ama.

—Escúchame —le pido—. Encontraremos a tu madre.

—Emma, no…

—Haremos algo —insisto—. Yo… También lo siento. Por irme, por… por gritarte. Por cerrarte la puerta. Yo también tenía miedo y lo resolví como siempre lo resuelvo. Pero no estuvo bien.

Como lo hizo él en su momento, me coloco la palma de su mano en mi pecho. En el gesto, creo que le suplico que me entienda, que me escuche. ¿No era eso lo que él me pidió a mí aquella primera

noche en la habitación?

Mi corazón late acelerado.

—Me dejé llevar por el miedo —confieso—. Los dos lo hicimos.

Él me mira y, aunque hace un amago de hablar, decide cerrar la boca y escuchar. Un hito en nuestra historia, supongo.

Sebastián me sostiene la mirada.

En el gesto, me sostiene a mí con esos dos ojos negros.

—Pero no puedes huir de ti mismo —añado—. Por mucho que lo intentes. Por mucho que pases de un mundo a otro. Eres el príncipe de Valemir y el buen hijo de tu padre, el rey Gael. Quieres hacer las cosas bien y lo veo. Aunque te esfuerces en esconderte en esa reputación, yo lo veo.

La mano de Sebastián acaricia mi clavícula y, como se resiste, dejo que se mueva un poco. El joven se incorpora, todavía sentado en el suelo, y sostiene mi rostro con una mano. Acaricio su muñeca, cerrando los ojos y centrándome en mantener el dolor a raya.

—Emma…

Casi había olvidado el dolor de los grilletes cuando la presión de la habitación me los recuerda. Al abrir los ojos, su luz dorada dibuja sombras en el rostro de Sebastián.

—Dime a qué le temes tanto —me pide.

Lo miro con cuidado.

Busco los recovecos.

Decírselo solo le daría más poder sobre mí y ya tiene suficiente. No puedo contárselo. No puedo hacérselo saber.

En el momento en el que lo oiga, saldrá huyendo.

En el momento en el que lo diga, se hará real.

Y, aun así, él no aparta la mirada. No se va. No duda. Trago saliva.

—Lo que sea que hizo que mi padre enfermara me ha

encontrado en esas pesadillas —digo— y no parará hasta que me destruya.

Sebastián me acaricia las mejillas con cuidado.

—No dejaré que lo haga.

—No hay nada que puedas hacer —confieso apesadumbrada—. Haga lo que haga, ocurrirá. Ha atravesado las protecciones del castillo y sigue atrapándome en sueños. Está en los cuadros. Hará conmigo lo que fuera que hizo con él.

—Es posible que solo sea un espíritu arcano —susurra él, intentando apaciguar mis nervios—. Si hubiera una forma de acceder a tus sueños…

Asustada, niego con la cabeza.

—Es mucho peor, es…

—Emma, eh.

Le devuelvo la mirada.

—No voy a permitir que te pase nada, ¿vale? —insiste.

Y, aunque sé que es ridículo, aunque sé que es contraproducente, aunque sé que Sebastián me ha traicionado una y otra vez y hay muchas cosas en el aire, la verdad es que quiero creerlo.

Quiero creer que, cuando estamos a solas, somos nosotros de verdad.

Él y yo.

Por eso, cuando se inclina hacia mí y siento su aliento, acepto su promesa y acepto su caricia. Ladeo el rostro, siento el roce de su nariz contra la mía, el roce de sus labios.

«Solo un beso», me digo. Me parece el precio justo.

Por un beso, me condenaría a este reino.

27

La puerta de la habitación se abre de golpe y choca contra la pared haciendo temblar los cimientos del muro. El ruido de unas botas encontrando el equilibrio bajo el marco pasa desapercibido por el estruendo y creo que ni Sebastián ni yo escuchamos el siseo de la flecha hasta que es demasiado tarde.

Ocurre a una velocidad impensable.

Alguien ha abierto la puerta, ha apuntado y ha disparado sin piedad alguna.

Lo siguiente que sé es que el príncipe ha recibido un flechazo en el hombro y que por eso gime de dolor. El proyectil emite una especie de humo malva y el aire se llena de esporas de luz. A mí se me corta la respiración y descubro que no tengo ni idea de qué hacer en una situación como esta.

Me cubro la boca con las manos, asustada, y retrocedo cuando el príncipe me empuja. Aunque el dolor se apodera de su brazo izquierdo, Sebastián me aparta con su mano diestra. Versado en el arte de estar a punto de ser asesinado en su propia casa, intenta cubrirme con su cuerpo antes de que un segundo flechazo pueda alcanzarme.

El príncipe se interpone en la trayectoria, entre la silueta que le apunta con una ballesta y yo. Me resisto, aunque no lo suficiente, porque mi mirada se pierde en el aspecto de las botas negras.

Algo hace que me salten las alarmas, pero mi intuición se ahoga en todas las emergencias inmediatas.

El cuadro.

El cuadro va a…

—Sebastián, ¡el cuadro!

El ballestero piensa lo mismo que yo, porque cambia la dirección del arma con rapidez y dispara una segunda vez justo a tiempo de evitar nuestra peor pesadilla.

La flecha impacta contra el cuadro y lo que parece la esencia de la misma se asegura de detener el desastre. A su manera, es lo mismo que Sebastián hizo con el cuadro negro aquella primera noche, ¿verdad?

No me da tiempo a entender qué está ocurriendo, lo único que puedo entender es que la flecha ha evitado que algo mayor saliera del cuadro.

El portal se disuelve y, con él, la obra de mi padre.

—La reliquia.

La voz de Sebastián me encuentra con el corazón en la mano.

—Coge la reliquia y huye, Emma.

Tardo un momento en recordar a qué reliquia se refiere, pero, cuando sigo su mirada, la veo sobre la alfombra. El collar de las sirenas. Estoy a punto de arrojarme a buscarla, antes de que el asesino nos la arrebate, cuando siento su sombra por encima de nosotros. No me da tiempo a reaccionar.

Alzo la vista justo a tiempo de ver que nuestro atacante se ha cubierto el rostro con una malla de plata y que tiene la ballesta alzada por encima de la cabeza.

La ballesta impacta contra la cara de Sebastián.

Intento interponerme, separarlos, pero los grilletes me aprisionan contra el suelo cuando pierdo toda la capacidad de

resistirme a ellos.

La extraña figura vestida de negro sostiene el arma con una mano y agarra a Sebastián por la pechera para levantarlo. Lo aleja de mí como si no pesara nada, como si solo fuera un fardo de paja.

—¿Estaba fresquita el agua, hijo de puta? —gruñe—. ¿El toqueteo qué era, para evitar la hipotermia?

Desde el suelo, logro ver cómo el rostro de Sebastián se tuerce al reconocer a su atacante.

—Oh, ni muerta me dejas vivir —protesta el príncipe.

Y lo hace con arrogancia, consciente de que su comentario solo recibirá un golpe como respuesta. «Muerta». ¿Es una mujer?

Se conocen.

Son rápidos. Tanto Sebastián como su atacante golpean con destreza. Mientras yo me retiro en el suelo, un más que desvalido príncipe lucha por recuperar el equilibrio. Cuando me vuelvo, veo que su atacante lo empuja hacia atrás. Mientras este trastabilla, la figura asesta una patada en el centro de su pecho que lo lanza contra la pared más cercana. Encuentro el collar, pero vacilo: ¿no debería ayudarlo?

Cambio de decisión en el último momento. El atacante no tiene ningún interés en la reliquia. Solo quiere hacerle daño a Sebastián. Por eso, desde el suelo, estiro una mano para agarrarle el tobillo antes de que me pase de largo. Se zafa de mí con facilidad, por desgracia.

Pero, cuando pasa de largo, algo se me retuerce en el estómago.

Veo sus botas impactar contra el suelo, con sus andares decididos y el olor a vainilla me llena las fosas nasales.

Sebastián está a punto de incorporarse cuando recibe otra patada en el estómago. La silueta lo agarra por el pelo y lo obliga a levantar la cabeza para que la mire a los ojos. El príncipe se ríe,

como si todo fuera una broma del destino.

Oigo el repiqueteo de las armaduras de la Guardia Real en la distancia y la voz de ser Kergalot llamando a otros guardias.

El sonido es disonante y la cosa más horripilante que he oído jamás.

Me estoy mareando.

—Voy a matarte, parásito psicópata —dice la atacante—. ¡No sonrías! En cuanto supe que…

Sebastián cae de espaldas contra el suelo cuando ella lo empuja de nuevo y sonríe con la ceja y el labio partido. Le pone la bota en el cuello y el príncipe coloca las manos a la altura de su cabeza, como fingiendo que se rinde.

Deja de oponer resistencia.

—Estás siendo una maleducada —protesta él a media risa.

A menos de un metro de ellos, todavía en el suelo, siento que voy a vomitar. Alaric entra por la puerta y sus guardias apuntan sus propias ballestas hacia la atacante, que le pisa el pecho a Sebastián con rabia.

Cuando la guardia le anuncia que se detenga, ella alza las manos en el aire.

—Emma —anuncia Sebastián arrogante—, te presento a Anastasia du Mort, mi difunta prometida.

La aludida se vuelve para mirarme. Como si le faltase el aire, se arranca la máscara de plata que le cubre el rostro y me mira a los ojos.

No puede creerlo y yo tampoco.

Jamás pensé que verla de nuevo podría hacerme sentir así.

—¿Sia?

28

Los comensales bailan. Las luces fatuas cuelgan de los candelabros del salón de actos en el que se celebra otra cena de nombramiento. Mientras los Luminares deliberan con La Fuente el destino de quien sea que se postule esta noche, yo me pierdo en los haces de colores y la destreza de los bailarines.

Sebastián, sentado a mi lado, bebe en silencio.

Siento sus ojos clavados en mi rostro, pero no le presto ni la más mínima atención. No sabría cómo hacerlo ni cómo evitar el tema candente. Estamos atados a la mesa y a las expectativas de la corte, atrapados en nosotros mismos apenas unas horas después de lo que ha ocurrido en el cuadro de la tormenta.

Anastasia.

Ana.

Sia.

Su prometida.

En perspectiva, soy consciente de todo lo que ha ocurrido: Sebastián me ha tenido encerrada en mi propia habitación, me ha obligado a entrar en el cuadro, hemos salido de él con vida de puro milagro, he conseguido traerlos de vuelta, a él y a la reliquia. Después hemos sido atacados por su exprometida, que le ha disparado en el hombro y ha evitado que los espíritus arcanos atravesaran el cuadro. En el proceso, en algún momento, he usado

magia suficiente como para que el mechón blanco de mi pelo ocupe ahora demasiado espacio y no es posible esconderlo entre los rizos.

Rilke e Irina han insistido en colocarme un tocado de perlas para peinarlo de manera que fuera visible, «para que sea un accesorio y no una tara», han dicho.

Sebastián no le quita el ojo de encima.

Yo no puedo dejar de pensar en el beso que no ha llegado a ser.

A lo largo de la tarde, las costureras también han encontrado un vestido de manga larga para cubrir las cicatrices y heridas que han causado los grilletes de ser Kergalot. Ninguno de los presentes en el banquete es consciente de lo ocurrido y las marcas en el rostro de Sebastián parecen pasar inadvertidas.

El joven juega con la copa, mientras yo me pregunto por qué no he hecho lo propio y se las he curado como lo hice antes.

Supongo que porque entonces habría tenido que admitir que he sido yo quien lo ha traído de vuelta, quien ha curado los mordiscos de las sirenas. Aunque todo haya cambiado, mis miedos siguen siendo los mismos. ¿Y si se lo contara y el príncipe descubriera que hay algo extraño en esa habilidad? ¿Y si lo achacara al cuadro o a…?

No lo sé.

La cuestión es que no hemos tenido tiempo para casi nada.

Ser Kergalot se mantiene junto a la puerta del salón de baile, obediente. Ha sido él quien ha llegado a tiempo para detener a Sia, tras los avisos de los guardias. También para informar a Sebastián de que lady Seraphina von Funke iba a postularse en la cena de nombramiento.

El contexto ha sido insostenible y tan surrealista que Sia se ha dejado reducir sin más.

Si me esfuerzo, todavía puedo escucharla gritar mi nombre mientras se la llevaban.

El día ha pasado como en una nube y, aunque soy consciente de que Sia ha intentado acercarse a mi habitación, también sé que ahora está oculta en uno de los torreones del ala oeste, donde no puede perturbar la posición del príncipe.

Está encerrada en algún sitio de este castillo, a unos metros de mí y mucho más lejos de lo que lo ha estado jamás. Pero ¿qué hace aquí?

Dos mundos colisionan de la forma más catastrófica: Sia, Anastasia, Valemir, Madrid. Si no tengo cuidado, siento que todo se me viene encima.

Necesito mantenerme fría, serena.

—¿Ha podido ser Kergalot informarte sobre tu madre? —pregunto tensa.

Las miraditas de Sebastián me están poniendo nerviosa. El joven se incorpora en su asiento y habla en un susurro.

—Me temo que no.

Vuelvo un poco el rostro.

—¿No te ha informado o no sabe qué ha ocurrido?

—Es difícil informarme de su muerte sin encontrar el cuerpo —responde con rudeza.

Dolida, frunzo el ceño. Habla con esa frialdad de nuevo, pero, cuando aprieta la mandíbula, noto que le duele.

Sia le ha golpeado con todas sus fuerzas.

—Todavía cabe la posibilidad de que la encuentren con vida —objeto.

No dejo que me contagie su desidia y vuelvo a prestarle atención al baile. Quizá, si esperamos, lady Basira reaparezca. Si lo hiciera, ¿significaría eso que mis sueños pueden equivocarse? ¿Significaría que existe alguna forma de evitar ese destino extraño y convulso que la criatura me muestra?

En el centro de la pista, la homenajeada baila con su padre.

Lady Seraphina ríe y su padre la hace girar. Desde donde estoy, no podría importarme menos su posición como postulante. Sin embargo, no soporto cómo me hace sentir verla divertirse así. La impotencia se apodera de mí. Con las manos sobre la falda, tengo que esforzarme por no arrancarme las costras de las heridas de las muñecas.

Ser Kergalot se ha deshecho de los grilletes, pero me van a dejar cicatriz. Y sé que podría curármelas, pero no quiero agotar todas mis fuerzas. ¿Qué ocurre si me esfuerzo demasiado? ¿Y si…?

De repente, la mano de Sebastián encuentra mis dedos y me detiene. El príncipe me lanza una mirada de advertencia, como suplicándome que deje las heridas, así que me detengo.

—No tienes por qué quedarte durante toda la cena —murmura —. Si te duele, puedes retirarte. No querría que…

Aprieto los labios en una fina línea y le dedico una mirada de reojo, molesta.

—Estoy bien.

—No querría que estuvieras aquí si estás incómoda —termina la frase marcando cada palabra con cuidado—. La cena acabará y la gente se irá.

Cuando me topo con sus ojos negros, sé que él también está pensando en Anastasia. Sé que me ha explicado que, al parecer, la joven fingió su muerte y huyó de su destino, que estaban prometidos. Pero, de nuevo, nada tiene sentido y no sé por qué debo cargar yo con ello. Con saber que esa chica a la que aterrorizó lo suficiente como para saltar de un acantilado es Sia.

No sé por qué estoy atrapada en un laberinto que está claro que no me pertenece.

No sé cómo sentirme.

Ni qué hacer.

Cuando deslizo la mirada hacia la pista, me siento rodeada de alimañas, de traidores. Mi corazón se resiente al recordar la forma en la que Sebastián sostuvo mi rostro, la forma en la que mi boca buscaba la suya justo antes del primer disparo.

He sido una estúpida.

—Entonces iré a tomar el aire —respondo.

Con el hombro como lo tiene, él no debería moverse. De hecho, cada vez que se menea, nos arriesgamos a que la sangre le manche las vendas que oculta bajo su ropa de gala y todo el mundo se entere de que ayer lo atacaron.

—Por supuesto.

Antes de que nadie pueda interceder, me levanto y busco una salida. El príncipe no me sigue, mantiene su figura en la mesa que nos ha sido asignada. Toda la corte es testigo de que el príncipe me deja ir sin más. Como si nada.

«Ahora sí tengo permiso», pienso.

Ahora sí puedo huir si lo deseo.

Siento que el rencor se me acumula bajo la lengua.

Cuando llego a la puerta, me vuelvo y veo que Sebastián se bebe su copa de un golpe, sin más. Cuando la coloca sobre la mesa, no puede dejar de jugar con ella, de darle vueltas entre los dedos. ¿En qué pensará?

Lo odio.

Odio que parte de mí quiera quedarse a su lado y la otra parte, la que me grita que soy imbécil, me esté chillando que aproveche y salga corriendo.

Abandono la sala y tomo el pasillo que va hacia mi derecha. Me levanto la falda del vestido, me quito los zapatos y le hago caso a la segunda voz.

Corro.

El frío de la piedra me despierta, me hace sentir presente en mi propio cuerpo. En las últimas semanas he estado a punto de morir tantas veces que la idea de temer un resfriado me parece ridícula. Los guardias que me ven pasar no cuestionan lo que ocurre, aunque sí que se fijan en los detalles.

En uno de los giros, compruebo que me siguen, aunque no de forma apremiante. Supongo que incluso sin grilletes, no soy del todo libre.

Tomo un giro y el siguiente.

No lo pienso.

Me lleno los pulmones de aire, todavía estoy frustrada por lo encogidos que estaban ayer por la noche, tras el cuadro. Cuesta respirar.

Cuando llego al claustro y descubro la torre de la madre de Sebastián frente a mí, creo que entiendo que mi cuerpo sabía cuál era exactamente la respuesta que buscaba.

Los guardias que me siguen mantienen la distancia, me dejan hacer.

Mis miedos se hacen realidad una vez más.

Entre ellos, la desaparición de lady Basira.

Aunque jamás he podido verla, aunque no la conozco en persona, su desaparición pesa sobre mis hombros. A pesar de que debería encontrar una forma de estar enfadada con Sebastián por ocultarme el nombre de su prometida, entiendo que es un enredo imposible.

De hecho, no sé si estoy enfadada.

Creo que lo que estoy es avergonzada y dolida.

También me siento culpable.

La situación es lo bastante compleja como para mandar al mayor

filósofo a la tumba. Cuanto más lo pienso, más siento que los tres hemos estado atrapados en un ciclo impensable. Que debería haber aceptado la invitación de Sia de esta tarde y, sin embargo, lo único que he hecho ha sido pedirles a las doncellas que le dijeran que no estaba disponible.

Me he quedado en la cama y he vuelto a ignorar sus mensajes.

¿Cómo ha llegado hasta aquí mi amiga? ¿Cómo nos hemos reencontrado de esta manera? ¿Cómo es posible que las dos viniéramos de este mundo?

Nada tiene sentido.

Las preguntas se me agolpan en la garganta y no me ayudan a respirar.

Me detengo en uno de los escalones, apoyo las manos en la pared y me pregunto por qué demonios estoy subiendo a los aposentos de la madre de Sebastián. Pero últimamente he descubierto que, a veces, debo hacerle caso a mi intuición. Que a veces necesito escucharme a mí misma, sin más.

Así que eso hago.

Me adentro en la torre.

La respuesta está escondida bajo la superficie, en forma de mil y una preguntas. La más importante es también la más simple: ¿por qué la vi en sueños?

Cuando por fin llego a los aposentos de lady Basira, me da un vuelco el corazón. Reconozco el lugar como solo se reconocen rincones que uno imagina. Reconozco la ventana, la cama, y no puedo evitar volver a pensar en Cleia y en sus palabras. ¿Qué ha sido de ella? ¿Quién es Cleia? ¿Adónde ha ido?

Como esta habitación, la extraña doncella no existe solo en mi cabeza.

Esas visiones no son imaginaciones mías. Algo o alguien es

capaz de adentrarse en mi mente mientras duermo. Sea lo que sea, me está lanzando advertencias. Me está guiando. Pero ¿debería confiar en ellas?

Avanzo hacia el interior de la habitación de lady Basira y logro ver sus esbozos, los círculos perfectos que dibujó. De hecho, al prestarle atención suficiente, la disposición de los muebles también parece crear un círculo perfecto. Suspiro al encontrar un trocito de carbón debajo la cama.

Lo recupero, sintiendo que me embarga la tristeza.

Igual que mi padre, Basira buscaba refugio en sus propias obras de arte. Y los círculos, si uno lo piensa bien, son solo lunas.

Porque las lunas son lo único que se ve a través de su ventana.

Esa ventana que está rota.

—Según los rumores, saltó —dice.

Cuando me vuelvo, Sia está apoyada en el marco de la puerta. Viste el atuendo de cuero de ayer, pero esta vez no lleva ninguna máscara. Esconde los nudillos, porque sé que los tiene amoratados tras la paliza que le dio anoche a Sebastián.

No hay guardias, así que asumo que los ha esquivado.

—¿Por la ventana? —la señalo aceptando su presencia.

Ella se encoge de hombros.

—Eso dicen los cotillas del castillo. Sebastián debería revisar mejor el servicio —resopla—. Esa gente habla de todo.

—Pero, si así fuera, habrían encontrado el cuerpo, ¿no crees?

Ella asiente dando un paso al interior. Cuando lo hace, me doy cuenta de que se tambalea. Consigo, Sia lleva lo que parece una botellita de licor. Zalamera y siempre risueña, hace un gesto con las manos.

—Y si así fuera, los cristales no hubieran caído hacia dentro, ¿no crees? —responde. Se da un pequeño golpecito en la sien—. Con

suficientes pódcast de crímenes reales, una aprende a distinguir esas cosas.

En otro contexto, sus palabras me harían reír. Esta noche, por eso mismo, por el contexto, no estoy segura de que pueda hacerlo. Y, al parecer, eso a ella le parte el alma.

—Sé que estás enfadada conmigo, Emma —empieza.

—No estoy enfadada contigo.

—No hace falta un máster en Psicología para ver que estás cabreada —añade rápida—. Crees que te he mentido todo este tiempo, ¿verdad?

—No, no es eso. Además, no sería justo —suspiro—. Yo tampoco te hablé de esto.

—¡Tenía mis sospechas! —dice arrastrando la última vocal—. Pensé que iba a morir y ahí estabas tú, como un ángel. Fue demasiado milagroso como para ser solo un momento de suerte. Pero nunca… Tú no…

Cojo aire y aguardo, porque sé que va a dar un discurso en vez de dejarme hablar.

Quiere exponer su caso y lo hará tanto si la dejo como si no.

—Yo nunca he tenido suerte. Tenía que ser otra cosa. Siempre pensé que había gato encerrado —añade, entonces veo más claro que está borracha—. ¡Miau!

Dolida, ladeo la cabeza.

—Sia, dame la botella.

—¿Quieres? Está rico.

—Dámela.

Cuando intento agarrar el frasco, ella lo aparta. Frunzo el ceño, frustrada. Vuelvo a intentarlo y ella baila a mi alrededor, divertida.

Nunca había visto a Sia borracha.

De hecho, creo que nunca la había visto beber. Bueno, de fiesta.

Pero no así, claro. Está claro que le ha afectado todo lo ocurrido y no la culpo. Pero ¿no es eso un poco inmaduro por su parte ahogar las penas así? ¿Con todo lo que está pasando?

—Sia —advierto.

Y es entonces cuando por fin dice lo que quiere decir:

—Es un retorcido —suelta—. Siempre lo ha sido.

Suspiro.

—No creo que quieras tener esta conversación ahora.

—¡Quería tenerla esta tarde, pero no has querido verme! —protesta—. Sebastián de Pyrramiede es un retorcido y un bastardo, deberías mantenerte lejos de él. ¡No dejes que te atrape con su labia!

Suspiro.

—No es mi prometido de verdad —respondo a la defensiva—. Es falso. No tienes que preocuparte por nada.

—¡Claro que no es de verdad! Ese tío no podría amar a nadie ni a punta de pistola, Emma. Su corazón es tan pequeño que es posible que todavía le…

—Sia —ladro enfadada—. No creo que estés como para hablar del corazón de nadie. Creo que tienes que darme esa botella.

—Lo conozco.

—Si te rompió el corazón, no es mi…

—¡Él no me rompió el corazón! —protesta ella, alzando la voz—. ¡Tú me lo has roto!

Eso me calla al instante. Aunque quiero preguntar, Sia hace un gesto y camina por la habitación, poniendo distancia entre nosotras de repente.

Y yo dejo que lo haga.

—Nunca fuimos amigos —empieza—. Nunca me cayó bien. Yo a él tampoco. Pero padre quería que me casara con él y madre

insistió. Hice lo que me pidieron y él accedió. Podría haberse negado. Podría haberme repudiado y yo habría sido libre, ¡pero no!

Anastasia Du Mort aparece en sus gestos.

Como poseída por su propio fantasma, mi Sia y ella deambulan por la habitación, enrabietadas.

—Decidió que aceptaría el compromiso porque era beneficioso para él. Para impresionar a su padre, me sacaba a pasear. Para impresionar a la corte, me sacaba a bailar —sigue—. Pero a la hora de la verdad, me dejaba sola en mis aposentos. Me arrancó de mi hogar, de mi familia, de todo. ¿Para qué?

Siento pena por ella, pero hay algo fuera de lugar.

—Y, aunque suene horrible, yo estaba agradecida.

Sia sonríe, se ríe.

—¿C-cómo?

Le da un largo trago a la botella.

—Ese fue el primer momento de soledad que tuve jamás —explica eufórica—. El primer momento en el que pude dejar de pensar a quién le afectaba mi afinidad y cómo. Sola, tranquila. En paz. Pospusimos la boda, vivimos tranquilos. Pero claro, esa situación no iba a durar para siempre. Él querría un heredero, querría una esposa…

Aprieto los labios.

—Empezó a contarme sus teorías sobre el Velo y lo que se ocultaba más allá. Hablaba de mundos, de brechas…

Sia deambula por la habitación como lo hizo Sebastián en su momento, con sus teorías. No puedo evitar pensar en que existieron en un mundo que yo jamás conoceré.

—¿Y cómo descubriste que tirarte por el acantilado era la forma de huir de aquí? —pregunto sorprendida.

Ella me mira con una sonrisa arrogante.

—Saltando, Emma.

Abro los ojos, sorprendida ante la admisión.

—¿Saltaste sin saber qué iba a ocurrir?

Eso es horrible.

—Solo quería ser libre —responde cansada—. Me valía cualquiera de las dos formas. Creo que la tía Ygritte es la única que podía entenderlo. Quizá porque jamás encontraron el cuerpo, debió de albergar la esperanza de que algún día regresara.

Recuerdo a la mujer del vestido dorado, su mirada perdida. Es familia de Sia, claro. También lo son el temible lord Azrael y su fría mujer.

Son sus padres.

—¿Has hablado con tu tía?

Sia da un largo trago y no contesta a la pregunta. Enrosca el tapón de la botella y suspira. Parece armarse de valor, pero también dolida.

—¿Qué pensaste que haría cuando desaparecieras, Em?

Trago en seco al notar el reproche en su voz.

—No lo sé.

—¿Pensaste que lo dejaría pasar?

—Sia, yo…

—Eres tan injusta a veces —me interrumpe.

Enfadada, se apoya en la pared y yo la sigo.

—No era mi intención regresar a Valemir —explico—. Sé que no he tenido tiempo de contártelo, pero…

—Desapareciste de la noche a la mañana.

—Me atraparon. Me metieron en el espejo y…

—No, Emma, mucho antes de eso —protesta—. Cuando te fuiste, cuando cogiste el ascensor. Estabas a dos metros de mí y más lejos que nunca…

Agacha la cabeza y se aparta el pelo de la cara.

—Ya no sé vivir sin ti, Emma —confiesa con los ojos vidriosos—. Eres mi mejor amiga. Eres mi persona. Quiero estar contigo todo el tiempo, ¿no lo ves? Y sé que no… no soy la mejor elección, y que…

Estiro una mano en busca de la suya y ella suspira. Se le escapa un sollozo y, con solo ese gesto, siento todo su miedo. Y el mío también. ¿Cómo debe de ser haber vuelto a este sitio después de todo lo que hizo para huir? ¿Y quién la entiende mejor que yo?

—Sia.

Ella me mira y un puchero aparece en sus labios.

—¿Qué hice? —me pregunta con un hilillo de voz.

Sin saber qué más hacer, encuentro su rostro con las manos y la obligo a mirarme. Quiero decirle que no hizo nada. Que fui yo. Quiero decirle que es todo culpa mía y que ella no tiene de qué preocuparse. De hecho, se me olvida que le ha disparado a Sebastián, que es una fugitiva, que está borracha.

Y a ella, al parecer, también se le olvida todo lo demás.

Por un momento, solo existimos ella y yo, y su mirada puesta en mi boca. Su respiración entrecortada y su mano en mi cintura. Sia es capaz de deshacerse del espacio que nos separa y, por primera vez en su vida, parece no tener el control. Siento sus dedos contra la espalda, el temblor de su boca contra la mía.

Cuando me besa, la habitación da vueltas. Siento su nariz contra mi mejilla y apoyo la mano en su hombro cuando se inclina sobre mí. «Todos estos años —pienso—, todos esos años juntas solo hacen que este momento resulte aún más intenso, más profundo». Juraría que Sia tiembla, que sus manos me suplican. En la forma en la que me besa puedo sentir todo lo que me necesita y algo me dice que jamás seré suficiente, pero me encantaría serlo.

Me gustaría poder ser quien Sia necesita.

Un traspié es lo único que necesito para volver en mí misma. Contrariada, frunzo el ceño y ni yo misma entiendo por qué lo hago. Algo me dice que esto está mal. Que ya no soy esa chica. Algo ha cambiado y no puedo regresar a ese mundo. Es imposible.

Y eso es lo que me parte el corazón.

—Sia, yo… —murmuro—. Lo siento, pero no puedo.

Ella niega con la cabeza y se aparta de mí con rabia, dolida. Se limpia la boca y se aleja un par de pasos.

—Ya veo.

Niego con la cabeza, contrariada y tan dolida como ella. Pero ¿qué es lo que me lo impide? ¿Por qué?

—Usaste tu afinidad conmigo, ¿verdad? —pregunto entonces de repente—. Cuando… A veces, si…

Creo que el pensamiento siempre ha existido en la parte posterior de mi mente: Sia siempre ha hecho conmigo lo que ha querido.

Cuando me mira, veo la admisión en su rostro. El miedo a la represalia es el mismo que vi en el rostro de Sebastián cuando intentó hacerme entender que siempre sería un monstruo a ojos de los demás.

Su rostro palidece.

—Oh, Sia…

—¡Solo para convencerte de hacer cosas buenas para ti!

—No puedo creerlo —suspiro llevándome una mano al puente de la nariz—. ¡¿Cómo pudiste hacer algo así?!

—¡Por ti! Eras tan tímida y estabas tan encerrada y… ¡Tú también usaste la tuya conmigo!

—¡Para salvarte la vida!

—¡Es lo mismo! —protesta—. Es lo mismo, Emma, te lo juro. Jamás la habría usado para algo que no fuera bueno para ti.

Dejo caer el rostro en las manos, no sé qué hacer con nuestro desastre. Suspiro y siento las manos de Sia buscando las mías, su voz suplicándome que la escuche. Pero no tengo fuerzas.

No me quedan.

—Lo siento mucho, Sia —mascullo—. Siento no haberte contado jamás nada, pero…

—Yo también lo siento, Emma. Eh, Em —suspira—. Em, mírame.

Y, cuando lo hago, algo le cruza la mirada.

—Es por él —dice en voz alta.

Es esa rabia de nuevo y el alcohol no ayuda a ponerle freno.

—No, Sia.

—Es por Sebastián.

—No es lo que piensas —repito—. Él no tiene nada que ver con este tema.

Ella niega con la cabeza, ofendida.

—Vuelve a ser como con Kevin —protesta alzando las manos en el aire—: un muchacho te habla y pierdes el norte. ¡Por supuesto!

—No te pases.

—Le pones la alfombra roja para que entre, claro.

—Sia, estás borracha.

—¡Y tengo razón!

Cuando arroja la botella contra la esquina de la habitación, sé que no es lo que quiere hacer. Puedo vérselo en la cara porque, en cuanto oye el ruido del cristal, se encoge en el sitio sorprendida. Sé que es el dolor, que es la falta de control sobre su vida. Sé que hay más que lo que está diciendo, algo que nunca me ha querido explicar.

Su actitud errática, la forma de moverse.

Nunca pensé que Sia podría sentirse insegura o celosa. Que pudiera tener miedo como lo tiene ahora mismo. Desde donde estoy,

cuando la miro, parece tan pequeña, tan sola. Y lo entiendo. Claro que entiendo la sensación.

Pero no sé cómo llegar hasta ella.

—¿Sabes algo más sobre las afinidades de los Herederos de Valemir? —dice enfadada.

—Sia, vamos a dejarlo, va.

—No, tienes que escuchar esto. Solo esto.

—Vale, como quieras.

—¿Sabes cuál es la afinidad de Sebastián?

—Es espiritista —suspiro siguiéndole el juego.

—Ah, bien. Bueno, la nena es una alumna aventajada —ríe—. ¿Y sabes qué pueden hacer los espiritistas?

Me encojo de hombros, ahí estoy perdida.

—¿Controlar a los espíritus? Lo he visto derribar a un par de espíritus arcanos con la espada. Si te soy sincera, creo que no hacen falta tantas florituras, pero le gusta lucirse.

Sia se ríe, divertida y resentida.

—Dios, es insoportable. ¿Sabes qué más puede hacer, Emi? Hablar con los espíritus —dice—. Apuesto a que eso no te lo ha explicado, ¿eh? Que los espiritistas tienen sus métodos para hablar con los muertos. De hecho, así también es como lo hacen los Luminares. Por eso apenas hay casos de asesinato en Valemir. ¡Ves! De los pódcast de crímenes reales se aprende mucho, querida. ¡Se aprende de todo!

Me encojo en el sitio, no sé por dónde van los tiros.

—No he podido evitar hacer un par de preguntas a las doncellas, para entender qué tienes que ver con Valemir —dice—. Irina no quiere ni verme, pero a Rilke le encanta charlar. ¡Al pequeñín apenas lo recordaba! Mi Enara está hermosa. Dime: Ciro de Valemir era tu padre, ¿cierto?

Asiento confusa.

—No entiendo qué quieres decirme con todo esto.

—Nada. Supongo que es mera curiosidad mía —responde enfadada—. ¿Por qué no intenta Sebastián hablar con el espíritu de tu padre? Porque esa es la razón por la que sigues aquí, ¿verdad?

Me quedo de piedra.

—Te conozco, Emma —dice—. Y sé lo que tu padre significa para ti. Incluso cuando evitas hablar de él. ¿Por qué no te ofrecería Sebastián esa solución? ¿Por qué no se aprovecharía de su habilidad?

Se me encoge el corazón en el pecho. Hay muchas posibilidades, pero Sia tiene razón. A Sebastián le habría interesado más hablar con la persona que creó los cuadros, no conmigo. Entonces ¿por qué…?

—Porque no está muerto, supongo —concluyo en voz alta.

Sia asiente despacio, cruel.

—Es una cosa muy curiosa que mantener en secreto, ¿no crees? —responde.

—No sé qué es lo que crees que estás subrayando, pero…

Sia se ríe.

—Dime, Emma, ¿qué te prometió Sebastián para que lo ayudaras? Seguro que te prometió algo. ¿Te prometió descubrir qué fue de él?

¿Cómo lo sabe?

—¿Estás insinuando que él ya sabe qué fue de mi padre?

Sia se encoge de hombros, teatrera. Después me apunta con un dedo, aleccionadora, y suspira.

—No puedes confiar en él, Emma —concluye déspota—. Pero no te preocupes. Cuando te des cuenta, yo seguiré aquí. Porque yo sí te conozco y te quiero y nunca te haría algo así.

Alzo las manos al aire, frustrada.

—¿Por qué? ¿Por qué estás actuando así? ¿Por qué? ¿Por qué has vuelto a Valemir si lo odias?

Sia me mira como si la estuviera acuchillando.

—No lo sé, Emma. ¿Tú qué crees?

Por mí.

A lo lejos, las campanas dan la medianoche y sé que la cena va a llegar a su final. Sebastián me espera en el salón y todavía tenemos cosas por resolver.

—Creo que deberíamos dejarlo estar —respondo agotada.

Sia asiente y decide obedecer mi petición. Sin embargo, cuando llega a la puerta, tras pasarse una mano por la boca, se vuelve para mirarme una última vez.

—Quería ser libre de este infierno —dice—. Y siendo libre descubrí que la libertad no sirve de nada si no tienes con quién compartirla.

Ladeo la cabeza, siento un nudo en la garganta.

—Solo quiero que volvamos a casa —sigue—. ¿Quieres saber por qué he vuelto a Valemir? ¿Quieres saber cuál es la única razón por la que atravesaría este infierno? Bien. He venido para llevarte a casa, Emma.

—No es necesario que…

—Pero puedo esperar —sigue cortante—. Lo que haga falta.

Me mira con una intensidad increíble.

—Esperaría una eternidad por ti —confiesa.

Escucho las doce campanadas, que resuenan a través de la torre de lady Basira. Las palabras de Sia duelen y hacen mella en mí.

Tengo demasiadas cosas en las que pensar.

Por eso no vuelvo al salón de baile.

Como Sebastián aquella noche, estoy más que segura de que

Seraphina no va a ser el nuevo rey de Valemir.

29

El viento se levanta.

El campo está seco, agrietado. El rumor y las palabras regresan con la arena, hablan en idiomas distintos. Me quedo en el sitio mientras el viento se calma, baila, mueve la arena que se alza.

Entre las motas de polvo y arena, me observa.

La silueta de mis pesadillas me mira directamente a los ojos y yo, cansada de que me persiga, decido avanzar hacia ella. Ella no retrocede, sino que me espera. Me aguarda en nuestra prisión, un lugar familiar.

Cuando extiendo la mano para que me toque de una vez por todas, para que me dé la visión que desea darme, me parece ver una sonrisa y un colmillo.

De la nada, siento el roce de sus dedos bajo la palma de mi mano. La gira con delicadeza y se dobla por la mitad para hacer una reverencia. Incluso me besa los dedos de la misma manera que hizo Sebastián aquella noche en el granero.

Cuando miro a la sombra, el recuerdo regresa a mí y, en él, Sebastián tiene sus ojos.

Aparto la mano, rápida, pero la visión llega tan pronto como dejo de tocar a la criatura. En ella, el mundo se cubre de nuevo, Valemir cae en las ruinas. Sebastián se hunde en las aguas oscuras, entre las sirenas. Cuando su cuerpo llega a las profundidades, millones de

rostros lo acogen. Los náufragos de otros tiempos lo acogen y lo acunan en el fondo del mar mientras la tormenta de la superficie azota su reino.

De nuevo, ríos de sangre.

El peso del collar, el dolor de una batalla que no termina y una traición que no me pertenece. Cadenas, el peso de los grilletes en mis muñecas y un lamento inexplicable. La voz de mi padre que me llama por mi nombre.

Mi padre, que me pide que luche, que sea fuerte.

A su voz se unen las de otros: decenas, cientos, millones.

Los rostros del mar, Sebastián y Sia.

Todos me suplican lo mismo: que luche y que lo detenga antes de que lo destruya todo. Que los salve de él.

Que los salve del Corruptor.

EL CORRUPTOR

30

Dos días después de la última cena de nombramiento, sigo en la misma habitación. Sentada al borde de la cama, dejo que una de las doncellas del ala oeste me acerque algo de comida. Aunque no cuenta, es lo más parecido a una rutina que he tenido en demasiado tiempo: alguien me trae algo que llevarme a la boca, yo se lo agradezco y mastico un tanto ausente.

Necesito tiempo para pensar.

Necesito espacio.

Sebastián me ha mandado libros, quizá con la intención de ayudar a distraerme. Sia no ha vuelto a intentar hablar conmigo después de lo de la noche en la torre. El mechón de cabello blanco sigue ahí, visible y real, como una prueba fehaciente de todo cuanto ha ocurrido. Es como un brochazo que no puedo corregir y tiene el mismo impacto que la idea que no deja de rondarme la cabeza.

Las pesadillas han empeorado, pese a las protecciones del castillo. Sin embargo, eso significa que también son un poco más claras y, por lo tanto, ya no puedo huir de la idea más obvia de todas.

Si el Corruptor es un mago de leyenda, una figura de destrucción que intentó drenar La Fuente en su beneficio propio, ¿cabe la posibilidad de que sea él quien está arruinando los cuadros? ¿No tendría sentido que fuera él quien intentara detener a Sebastián?

Si la historia en la que se fundamenta Valemir es real y no simple folclore, esa es la respuesta más obvia.

La criatura de mis sueños es él.

—¿Lady Emma?

Cuando vuelvo el rostro, una silueta asoma por la puerta entornada. Parece tímida pero decidida. Tiene el pelo oscuro y los ojos marrones. Viste de gris, pero no como una de las doncellas. De hecho, es mucho más joven que cualquier otra doncella que haya visto hasta la fecha. Es una niña.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con vos, excelencia?

Me yergo un poco en mi asiento y dejo la bandeja de comida a un lado. ¿Quién es? ¿Qué necesita?

—Adelante, sí —digo curiosa—. Pasa, pasa.

Ella entra y, cuando lo hace, algo en mi estómago se encoge. ¿Y si estuviera cometiendo un error?

—Mamá tenía razón —dice ella con una sonrisa—. Sois de lo más curioso. Y tenéis un pelo precioso.

Mi cara se ilumina cuando veo su ropa: es un traje de pantalón y chaqueta de montar como el mío. No tiene la misma ejecución y no usa telas tan grandilocuentes, pero reconozco a la muchacha en el momento en el que sonríe.

Tiene la sonrisa de su madre.

—Tú debes de ser Enara —deduzco. Ella asiente—. Me encanta tu chaqueta.

—Gracias, me la he hecho yo misma.

La sorpresa se me nota en la cara y ella hincha el pecho como un pequeño palomo orgulloso.

—¿De qué querías hablar?

La joven suspira y se toma el asunto con la seriedad de un

ministro.

—Veréis, excelencia —empieza—. Soy consciente de que el príncipe ha ordenado que nadie os moleste, pero quería invitaros de todos modos.

Parpadeo.

—Esta noche mamá, Niko y yo vamos a celebrar mi nacimiento —dice—. Y he creído que podría haceros ilusión salir y tomar algo con nosotros.

No hay una invitación formal ni grandes gestos. No hay una corte ni expectativas. Lo que Enara me ofrece es apenas una piedra de jardín pintada con su color favorito. Me avisa de que es necesaria para poder pasar a su celebración y que deberé depositarla a la entrada, donde su hermano pequeño las recogerá y las contará.

Con una sonrisa, me doy cuenta de que, mágicos o no mágicos, los valmirienses no son tan distintos a un humano corriente y moliente.

La chica vacila, antes de irse.

—Cuando Rainer se fue, mamá también tuvo un tiempo en el que solo quería estar encerrada en su habitación —explica como si eso fuera suficiente—. Pero yo creo que, cuando a alguien le preocupa algo, lo peor que puede hacer es estar solo.

He oído suficientes detalles de esa historia como para entender qué es lo que la chiquilla explica. Habla con honestidad y, dada su posición en el castillo y la mía, con valentía.

—¿Rainer es tu padre?

Molesta, Enara niega con la cabeza.

—El de Niko —resopla—. A mi padre se lo llevaron los espíritus. Rainer es solo un desgraciado y un papanatas.

Así que Rilke perdió a su primer amor y después conoció al padre de Niko, entiendo.

—Lo siento mucho por tu padre, Enara —respondo sin perder de vista la confesión.

Ella se encoge de hombros.

—No lo recuerdo —añade con sencillez—, así que no pasa nada. Para mí, mi madre lo es todo.

La certeza con la que habla me llena los pulmones. No recuerdo haber celebrado mi cumpleaños jamás a esa edad. No con una fiesta al menos. Recuerdo un bizcocho y velas y a mi padre aplaudiendo. Porque yo sí lo recuerdo, incluso cuando es difícil. Incluso cuando es a parches y a través de los peores momentos de sus últimos años.

A quien no recuerdo es a una madre.

Tampoco recuerdo preguntar jamás por ella.

Pero la añoranza es la última de las razones por las que le prometo a Enara que iré a su fiesta. La primera de ellas es la sonrisa de pura alegría que aparece en su rostro cuando le digo que allí estaré.

—¿Enara?

—¿Sí, excelencia?

—Tienes razón —respondo antes de que se vaya—. Lo peor que puedes hacer es estar sola cuando estás preocupada.

Es un consejo simple, aunque suena un tanto hipócrita cuando soy yo la que lo dice en voz alta. ¿No es eso lo que llevo haciendo toda la vida?

Ante cualquier problema, mi solución es asegurarme de que estoy sola.

Si estoy sola, tengo el control.

Pero no puedo permitirme estar sola, ¿verdad? ¿No fue algo así lo que Sebastián dijo aquella noche, justo antes de que Sia le disparara? Que no podemos huir de nosotros mismos. ¿No es eso lo que debería haber aprendido?

Precisamente porque están ocurriendo demasiadas cosas, me aferro a la posibilidad de algo tan común y normal como lo que la joven me ofrece.

Cuando se va, me siento aún más decidida.

Quizá ir a verlas me ayude deshacerme del polvo de estos días, del olor a pinturas y del peso de los marcos. Olvidarme, aunque solo sea un momento, de toda esa aventura que rodea a Sebastián, de los secretos de Sia o de las extrañas profecías de mis propias pesadillas. Dar un paso atrás y respirar.

Aunque Enara no sabe hasta qué punto lo es, mi sonrisa es sincera y mi promesa de ir a su fiesta de cumpleaños también.

Cuando se acerca la hora del evento, decido vestirme con el traje de montura en su honor. Antes de irse, me ha recordado treinta veces que sus festejos son en las cocinas en las que trabaja, así que no tiene pérdida.

Tomo las escaleras que encontré el primer día y, al llegar al final, descubro una figura alta y vestida con mucha más sencillez que yo.

Una blusa, unos pantalones de talle alto.

—¿Sebastián?

Se vuelve y me mira por encima del hombro. Está de pie frente a un niño, que asumo que es Niko, porque le está reclamando algo. Risueño, el príncipe me muestra su propia piedra.

Contagiada por su diversión, yo le muestro la mía.

En su sonrisa encuentro algo que creía haber perdido. Y, aunque creía que venía a las cocinas a olvidarlo, la sorpresa es agradable.

—¡Muy bien, tenéis el pago! —protesta Niko—. Dádmelas, dádmelas. ¡Van en esta cesta!

Detrás de él, las cocinas están llenas de gente. Veo a Rilke y a Irina, que charla con uno de los guardias. El hombre no viste su armadura, pero creo que reconozco su porte. Un poco más allá, hay

un corrillo de adolescentes que asumo que deben de ser los amigos de Enara.

—Qué exigente, chiquillo —bromea el príncipe.

—¡Solo podéis pasar si me dais las piedras! Enara está esperando. Venga, venga. ¡No hagáis esperar a mi hermana!

—Aquí tienes, Niko —digo.

Me acerco y me coloco a su lado para poner la piedra en su cesta. Niko parece tener su tarea en alta estima, porque lo celebra. Lo veo contar las piedras, que no son pocas. Después apunta el número, con algo de carbón, en un trozo de papel.

De pie a mi lado, el príncipe me ofrece el brazo para pasar al interior de las cocinas, su gesto me resulta algo teatrero. Aunque dudo, lo tomo. Él parece tranquilizarse un poco cuando lo hago.

—Cualquiera diría que estamos destinados a encontrarnos en eventos como estos —bromea con retintín.

Aunque está encantador, noto que también está nervioso. Creo que él tampoco esperaba verme, pero, como yo, una parte de él esperaba que así fuera.

No lo he visto desde…

Desde que casi nos besamos. No hay otra forma de describirlo. Aunque, bueno, después de eso tuvimos que estar sentados a la mesa, frente a toda la corte, sin poder hablar de nada. Magullados.

Cuando le dije que necesitaba estar tranquila, le pidió al servicio que no me molestara y me dijo que lo avisara cuando necesitara algo.

No lo he hecho.

Esta es la primera vez que salgo de la habitación desde entonces.

—Puede que esta cena también sea una encerrona, alteza —le advierto siguiéndole la broma—. La madre de la homenajeada se tira

las tardes diciendo que nuestro acuerdo es el telón de fondo de un romance. Y es un poco alcahueta, por lo que cuenta el servicio.

Cuando me oye hablar así, Sebastián me sigue el juego.

—¿Y cuál es tu opinión al respecto, querida?

Veo algo nuevo en su mirada.

—Me temo que nos han enredado para que los entretengamos esta noche —lanzo divertida—. Pero prefiero este tipo de cenas, desde luego. Aquí parece que la gente se soporta.

Sebastián ríe y es el sonido más hermoso que he oído en mucho tiempo.

—Y la comida está mucho más rica —me da la razón.

Después de eso, avanzamos juntos hacia la mesa en la que están los demás. Sebastián me suelta para saludar a uno de los caballeros. Lo veo acercarse a Irina, que le acaricia el brazo con sus manos de dedos largos. De pie junto a la mesa, vuelvo el rostro y veo a Enara y a sus invitados, que parecen ser todo el servicio y…

Sia.

A quien tampoco he visto desde que nos besamos.

¿Esa es mi vida ahora? ¿Que alguien intente besarme y no llegue a ningún puerto? ¿Topármelos en el cumpleaños de la hija de mi costurera?

He salido de la habitación para distraerme y he acabado arrojada al ruedo.

Enara está sentada frente a Sia que, junto al fuego, les está contando una historia sobre un monstruo llamado «autobús» que devora a los ciudadanos de un pueblo y los arroja en otro lugar. Los jóvenes parecen tan fascinados como incrédulos y lanzan preguntas que Sia responde con total impunidad, como siempre.

Pienso en la última conversación que tuvimos, en los reproches que le hice.

Lo cierto es que no sé exactamente por qué me dolió tanto pensar que Sia podría haber usado su afinidad de doblegadora conmigo. Bueno, sí lo sé. La idea de que pudiera obligarme a hacer cosas que no quería hacer de esa manera me parece terrorífica. Sin embargo, no es distinta a la forma en la que el propio Sebastián me ha tenido presa y engañada. Y… ¿lo he perdonado a él?

Resoplo.

Tengo el corazón hecho un lío.

—Enara casi se muere de la ilusión cuando le dije quién había regresado —dice alguien a mi derecha.

Es Rilke, que me sonríe. Le dedico una sonrisa al escucharla. Imagino que se refiere a Sia, a quien las dos vemos desde donde estamos.

—Cuando Anastasia vivía en el ala oeste, Enara era su favorita —explica la mujer—. Puedes imaginarte su sorpresa cuando descubrió que seguía viva. Pensé que se lo tomaría peor, pero no. Dijo que los espíritus se la habían devuelto y que no iba a cuestionárselo.

Imagino a Sia vistiendo los vestidos que vestí al llegar, a una Enara mucho más pequeña.

—Perdón —interrumpe Rilke—. Tú la llamas Sia, ¿verdad?

—Así es como la conocí yo —digo rápida—. No sé cuál prefiere, la verdad. Tendríamos que preguntarle.

Y no quiero ir a hablar con ella ahora mismo. Parece contenta y tengo la ligera sospecha de que al menos hoy no está borracha ni enfadada. Si me acerco o si me ve, eso cambiará, ¿verdad?

En cuanto me vea, su buen humor desaparecerá.

—Creo que ha pedido que la llamemos Sia —sigue Rilke—. Por lo poco que hemos entendido, y teniendo en cuenta que debería estar muerta, es mejor que nadie sepa nada de ella. Mucho menos quién es. El príncipe ha sido bastante estricto al respecto, ¿sabes?

Miro a Rilke de reojo y sé exactamente lo que está haciendo: me está dando toda la información que me he perdido estos dos últimos días. Le dedico una pequeña sonrisa de agradecimiento y ella me la devuelve tan radiante como la de su hija.

—Pensaba que vuestra alteza odiaba a Sia.

—Puedes odiar a alguien y desear que esté a salvo —responde ella cruzándose de brazos—. No está reñido.

Asiento, recordando lo poco que sé de su vida. ¿Es así como se siente sobre…? ¿Cuál era su nombre?

Rainer, creo.

—Me alegro de que hayas venido —dice la costurera—. Imagino que no están siendo días fáciles para ti.

Sia hace que los adolescentes se echen unas carcajadas y yo parpadeo muy rápido. Tengo un nudo en la garganta, las lágrimas me asoman a los ojos y ni siquiera sé por qué. Noto la mano de Rilke en la lumbar y su voz se suaviza aún más.

—No tienes que pensar en eso —dice—. Pero puedes pensar en el bizcocho que me he tirado toda la tarde preparando. ¿Quieres que te enseñe la receta?

Asiento con fervor, porque la idea de poder hablar de algo que no tenga que ver con magia, leyendas o espíritus me resulta desesperantemente necesaria.

Y eso es lo que ocurre.

Durante las siguientes horas, Enara es la protagonista de nuestra historia. Su madre me explica cómo se hace el bizcocho que me enamoró la primera mañana que amanecí en Valemir. A Irina se le da genial jugar a las cartas y derrota al menos a tres contrincantes antes de perder contra la jovencita que celebra sus doce años de vida. Niko, el hijo pequeño de Rilke, decide que soy yo quien tiene que llevarlo en brazos para que lo vea todo bien, así que se lo

concedo.

Sia no se acerca, pero cuando nuestras miradas se encuentran, me dedica una leve sonrisa. Y yo se la devuelvo.

Por supuesto que se la devuelvo.

De pronto, descubro que es capaz de tocar algo de música con lo que parecen otros miembros del servicio y dejo que la vieja Irina intente enseñarme los mismos bailes que el príncipe intentó enseñarme hará unas semanas. Me alecciona cuando me equivoco, pero se ríe, cariñosa.

Rilke, que baila con el príncipe, me guiña un ojo.

Hay un momento mientras bailamos en el que mi mirada se cruza con la de Sebastián. Un universo entero ocurre en ese segundo, pero ninguno de los dos se atreve a adentrarse en él. La presencia de Sia tampoco me ayuda porque, pese a todo lo que Sebastián me hace sentir, ella sigue siendo mi mejor amiga.

Mi Sia.

Cuando la noche empieza a llegar a su fin y siento a Niko apoyado contra la clavícula, salgo de las cocinas junto a su madre para meterlo en la cama. Parece que la fiesta va a continuar hasta altas horas de la noche, pero yo he llegado a mi límite.

De camino a la habitación de los niños, Rilke me agradece todo cuanto he hecho por sus hijos. Juntas, metemos a Niko en la cama. Después, cuando le digo que preferiría volver a mis aposentos, ella decide ayudarme a escabullirme.

Caminamos juntas por los pasillos.

—Enara me comentó que el padre de Niko os dejó —murmuro.

Ella niega con la cabeza, algo azorada por el tema. Supongo que no debe de ser fácil hablar de algo así. Y mucho menos saber que tu hija va contando tus secretos por ahí. Pero creo que hay algo de lo que quiero hablar.

—Rainer es un romántico —dice de repente—, un idealista. Siempre supe que lo haría. Es incapaz quedarse en un lugar durante mucho tiempo y siempre hablaba de mundos imposibles, de lugares nuevos. Pero yo tengo dos niños y un oficio. No podía seguirlo en sus aventuras.

—Uno de ellos es suyo —protesto—. Es ser un poco caradura.

Ella suelta una carcajada.

—No te falta razón. Pero supongo que no le guardo rencor.

Asiento caminando a su lado.

—¿Ni un poco?

—No más de lo que me preocupa que esté bien —murmura—. Con todas las noticias que llegan del reino: las inundaciones, los temblores, las lluvias. Cada vez que pienso en él, solo puedo pensar en si está bien.

—¿Tienes alguna forma de contactar con él?

Ella niega con la cabeza.

—Cuando se fue, me dejó claro que no escribiría, y que eso sería lo más fácil para los dos.

Aprieto los labios, me siento algo culpable por haber preguntado. Lo cierto es que entiendo por qué Rainer creería eso. Las despedidas son duras. Aunque, pensándolo con perspectiva, yo nunca he llegado a despedirme de nadie. Y mucho menos bien.

—Parece un poco cruel dejar a alguien atrás así. Sin más.

Siento un nudo en la garganta.

—Supongo. Pero a veces —dice Rilke—, te enamoras de alguien con quien sabes que no vas a pasar el resto de tu vida. Y eso no lo hace menos real, ¿no crees?

Cuando alzo la vista para mirarla y veo el cariño en su rostro, siento cierta envidia de la cumpleañera. A su madre se le da increíblemente bien leer mis sentimientos. Además, tiene cierta

sabiduría que me hace sentir minúscula y, a la vez, comprendida.

Antes de que pueda decir nada, Rilke se vuelve.

Parece haber oído lo mismo que yo: pasos. Alguien se acerca a nosotras por el pasillo, pero se detiene a una distancia prudente, como si entendiera que su presencia podría asustarnos.

—Secuestrando a mi prometida, ¿eh? —bromea Sebastián.

Rilke sonríe y se relaja, pero se lleva una mano a la cadera.

—Vos la pusisteis a mi cuidado, alteza —replica sin más—. Lady Emma pidió volver a la habitación y vos disteis órdenes de hacer caso a sus peticiones. ¿Cómo dijisteis? Ah, sí, ¿incluso si pide un mordisco de la tercera luna? Como veis, Emma, vuestra alteza es un poeta.

Suelto una risilla. Aunque no lo veo bien, juraría que Sebastián se ruboriza. Se pasa las manos por el pelo y carraspea. Avanza hacia nosotras sin responder y yo me muerdo el labio inferior para evitar, con todas mis fuerzas, soltar una carcajada. Así que un mordisco de la tercera luna, ¿eh? ¿Es esa una expresión valmiriense o se le ha ocurrido a él solito?

—Me haré cargo de que llegue a su habitación, Rilke, muchas gracias —dice el príncipe.

—Por supuesto, alteza —suelta ella con retintín—. Estoy segura de que os sabéis el camino como la palma de vuestra mano.

Rilke me dedica una sonrisilla, se asegura de que estoy de acuerdo con la decisión y se va por el mismo pasillo por el que veníamos. Vuelve a la fiesta de su hija, que debe de estar todavía intentando mantenerse despierta porque es lo suficiente mayor para ello.

Le dedico una mirada de curiosidad a Sebastián y él suspira aliviado. Si hay algo que he aprendido esta noche es que no es tan estirado ni tan privado como parecía. Aunque dice que no confía en

el servicio, miente. Irina fue su ama de cría. Está en la fiesta de Enara. De hecho, lo he visto apostar con otro de los guardias en un momento dado.

De pie frente a mí, solo es un chico.

Y también un trolero.

—Ha sido divertido —admito.

En cuanto hablo, se relaja.

—No ha estado mal.

—¿Has ganado alguna de las apuestas?

—Me han asaltado como bandidos —admite siguiéndome cuando reanudo la marcha.

Suelto una risa y niego con la cabeza.

—Justicia de clase —suelto encogiéndome de hombros.

—Me alegro de que mis desgracias te resulten agradables, querida —responde.

—Bueno, tienes que admitir que tiene su aquel: el príncipe pierde el dinero contra los guardias de los que abusa todo el día.

—Podría encerrarlos en una prisión si quisiera.

—Pero no lo vas a hacer.

—¿Quién dice que no?

—No seas ridículo.

—Soy la Ruina de Valemir, Emma —responde, todavía de broma —. ¿Crees que me he ganado ese título yendo a fiestas de nacimiento?

Niego con la cabeza y sigo andando porque no sé qué más decir. Sebastián coloca las manos a su espalda, vestido con su camisola y sus pantalones.

A su lado, me siento demasiado arreglada.

—Creo que el título te viene grande.

—Au.

Pero en realidad no le ofende.

—No te he visto hablar con Sia —ofrece con la misma curiosidad con la que yo he mencionado a Rainer no hace tanto—. Ha habido un momento en el que creía que ibas a acercarte, pero luego…

—¿No la llamas Anastasia?

—Según me ha explicado ella misma: Anastasia murió y solo queda Sia. Así que debería llamarla por el nombre que ella elija, ¿no?

—¿Te ha dicho eso?

Sebastián niega con la cabeza e hincha el pecho en un gesto que yo misma he visto no hace tanto en…

Ah, Enara.

Como un palomo.

—Mis fuentes afirman que Sia y tú erais amigas en el Reino de Madrid —explica—. Al parecer, eres la razón por la que mi prometida, que hubiera preferido morir antes que casarse conmigo, decidió volver a su infierno personal para llevarte de vuelta a casa.

—Eso dice, sí —admito con un suspiro.

Al parecer, el tono de mi voz es suficiente para explicar lo que siento al respecto. Él me observa con cuidado, como si pudiera leerme. Como si quisiera entenderme mejor. Y yo solo puedo pensar en su pelo mojado, en su aliento contra mi boca.

El beso que no nos dimos.

—Creo que, por primera vez en mi vida, la entiendo —sonríe Sebastián.

Puedo ver la puerta de mi habitación, así que reduzco el paso. Dejo que sus palabras hagan mella en mí y siento un pinchazo de culpabilidad. ¿La entiende?

No estoy segura de querer seguir hablando del tema.

Sebastián.

Sia.

Preferiría no meterme en ese enredo de sentimientos, en lo que siento por uno o por el otro. Se suponía que iba a la fiesta de Enara para dejar de pensar en todo eso y, sin embargo, vuelvo a estar en la misma encrucijada.

Supongo que nos hemos quedado sin tiempo para esas distracciones.

—¿Has conseguido más información sobre tu madre? —pregunto frente a mi puerta—. No he oído nada estos días.

Sebastián clava los pies en el suelo, casi como un militar, y niega con la cabeza. No responde y no hace falta. Lo veo todo en su rostro. No sabe qué ha ocurrido y las piezas que tiene son de lo más confusas, claro.

No tiene buena pinta.

No sé si debería contarle nada sobre las pesadillas o sobre lo que vi de ella. Puede que solo sea una confusión y no me gustaría arruinar el momento.

Quizá sea mejor decírselo mañana.

—¿Emma?

—¿Sí?

Alzo la vista.

—Me gustaría disculparme de nuevo —dice—. Por lo ocurrido la otra noche. Tanto por lo que hice como por cómo te hizo sentir.

La noche en la que casi nos besamos, quiere decir. Casi como si lo recordara ahora, le echo un vistazo a su hombro, que parece haberse recuperado perfectamente. Si no hubiera aparecido ella, ¿habríamos…?

Mi mente me hace tropezar con un beso que sí tuvo lugar: recuerdo las manos de Sia, su boca.

—No fue mi mejor momento y creo que te puse en una posición

imposible —sigue el príncipe como si lo hubiera ensayado—. Pero necesito que sepas que aprecio tu esfuerzo y la dedicación que le estás mostrando a un lugar al que ya no consideras tu hogar. De no ser por tu ayuda, jamás habría podido conseguir las reliquias. Ni siquiera habría sabido por dónde empezar.

Ahí vuelve la motosierra y la sensación de que me están destrozando desde dentro. Eso es lo único que nos une, ¿verdad?

Por supuesto que Sebastián no está pensando en el beso ni en la forma en la que se aferró a mí. Está pensando en su tarea hercúlea, en su honorable causa para su nación y reino. Y yo apenas soy otra herramienta crucial del proceso. Asiento, hago de tripas corazón y trato de hacer lo mismo que él.

Intento ser madura, noble.

—Solo quería ayudar —admito—. Y descubrir qué fue de mi padre.

Recuerdo las palabras de Sia, lo que dijo sobre él, y observo con atención la reacción de Sebastián cuando menciono a Ciro.

—Me temo que yo he sido de poca ayuda —responde él enseguida—. Y por eso me disculpo también.

Mira hacia su izquierda, agacha la mirada.

Evita la mía.

—Era un hombre complicado —defiendo—. No esperaba que pudieras darme toda la historia de a una. De hecho, me quedan pocas esperanzas de poder saber nada más.

Sebastián frunce el ceño y parece callar algo.

—¿Has tenido más pesadillas? —pregunta entonces.

Niego con la cabeza, casi por instinto. Sin embargo, mi expresión me delata. Él me sostiene la mirada y entiende lo que no digo igual que yo entiendo lo que él no está diciendo. Asiente, como si no quisiera perseguirme, y decide dejarlo estar.

Al parecer, yo le ofrezco lo mismo.

—Espero que esta noche puedas descansar —dice—. Buenas noches, Emma. Ha sido un placer verte.

Con una pequeña reverencia, Sebastián desaparece por el pasillo.

A medida que se aleja y la distancia que nos separa se hace mayor, siento la necesidad de seguirlo, de explicarle todo cuanto desconozco: mis pesadillas, mi extraña capacidad para acceder a La Fuente, lo de Cleia. ¿Por qué no lo he hecho?

Aunque me callo, descubrir que me gustaría confesarlo es suficiente para mi pobre y desgastado corazón de fugitiva.

Porque, mientras se pierde en el castillo, sé que Sebastián miente y que me oculta demasiadas cosas.

Y que seguirá haciéndolo siempre.

31

Cuando cierro la puerta de la habitación a mi espalda, el fuego se enciende solo. Asustada, parpadeo. Todavía no me he acostumbrado a la magia del ala oeste, pero esa chimenea es el equivalente a tener climatización y luz automáticas.

Me desvisto con cuidado y cuelgo la ropa junto al espejo, como lo harían Rilke e Irina. Atrapo mi imagen en él durante un instante y me suelto el pelo. Frustrada, decido trenzar el mechón blanco para aislarlo. Quizá porque trenzarlo me ayuda a distraerme, acabo peinándome el pelo en una trenza aún más complicada para irme a dormir. En el gesto, intento tejer todas mis dudas, mis preguntas, mis miedos.

¿Sia tiene razón sobre Sebastián?

Intentando verlo desde fuera, Sebastián ha hecho cosas terribles. A mí, en concreto. Me miente, me engaña, oculta información importante, se aprovecha de los datos que me faltan y usa lo poco que tengo a mi favor para su propio beneficio.

¿Soy solo una tonta que quiere creer que es más que un príncipe tirano?

Doña Sol siempre dijo que mis trenzas eran impresionantes y yo le expliqué que mi doncella en casa de mi padre era una apasionada de los peinados.

Cuando me vuelvo para meterme en la cama, algo me espera en

ella.

Yo la miro.

Ella me mira a mí y mueve la cola.

—¿Hola?

Hay una gata naranja y negra, con sus ojos brillantes, mirándome con curiosidad. Cuando me acerco, estirando una mano para acariciarla, mi intuición hace que me salten todas las alarmas. El animal se acerca y se restriega contra mi mano, pero yo siento un frío sobrenatural. Me quedo de piedra, muy quieta. La gata baja al suelo de un salto, se restriega contra mis piernas y desaparece a mi espalda.

—Desde luego —anuncia una voz—, te gustan mucho las mascotas.

Me vuelvo rápida y descubro a Cleia de pie en el centro de la estancia. Me mira con una ceja alzada, altanera. Busco a la gata, pero no la encuentro.

Cuadro los hombros.

—¿Qué haces en mi habitación?

Cleia no responde y, con toda sinceridad, no sé a qué atenerme. Intento encontrar algo que me ayude a descifrar si esto es real o no. ¿Era Cleia la gata?

—¿Por eso estás permitiendo que el príncipe te amaestre? —suelta con toda la intención—. Supongo que obedecer te resulta una sensación familiar. ¿Qué será lo siguiente? ¿Le darás la patita cuando te lo pida?

—¿De qué estás hablando?

Cleia suspira molesta.

—Siempre cometes el mismo error —protesta—. Buscas un punto de apoyo, confías en él, ¡y pum! Pensé que ibas a confiar en mí más de lo que confiarías en él. Te dije que no es de fiar y tú, sin

embargo…

—Puede que Sebastián no sea de fiar, pero tú, desde luego, tampoco lo eres —protesto.

—Ah, pero a él si lo crees —protesta la supuesta doncella—. Aunque te encadene cuando le da la gana. Incluso cuando usa la fuerza bruta para retenerte.

Siento un pinchazo al recordar el momento de los cordones de mi corsé.

—¿Cómo sabes eso?

—Todavía tienes marcas en las muñecas, Emma —señala sin más.

Es cierto. No puedo negarlo. Sin embargo, eso no significa que ella tenga derecho a aparecer así, a hablarme de ese modo.

—¿Tienes algún propósito con todo esto? —protesto—. Este es tu segundo discursito contra los nobles. Si quieres que confíe en ti, quizá deberías empezar por decirme quién o qué eres de verdad. Dudo mucho que las doncellas tengan permiso para…

—Acaba de mentirte otra vez, ¿sabes? —dice cortante clavándome la mirada—. Sobre tu padre.

Sus palabras impactan en el centro de mi pecho. Aunque me gustaría pensar que no desconfío de él, lo cierto es que yo misma lo he pensado.

—Vaya, parece ser que tampoco confías tanto en él —añade—. Bien por ti, Emma. Pensaba que te había perdido ante los encantos del principito.

Me cruzo de brazos y me doy cuenta de que, aunque podría haber avisado a alguien de su presencia, no lo he hecho. Aunque ahora mismo me intimida, estoy casi segura de que, si Cleia quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho.

Ahora bien, hay algo que no puedo quitarme de la cabeza.

—¿Fuiste tú?

—¿Hum?

—Dime que no fuiste tú quien atacó a la madre de Sebastián.

La sonrisa de Cleia le llena las mejillas y veo orgullo en su mirada cuando la posa en mí de nuevo.

—Hermosa e inteligente —responde divertida—. ¿Ves? Eso es mucho más interesante. Eres mil veces más encantadora cuando no te dejas domar.

—Responde.

—¿Quién crees que visita tus pesadillas, Emma?

La muchacha suspira y niega con la cabeza, dejándose caer en el mismo asiento en que Sebastián montaba guardia.

—¿Eres tú?

Ella ladea la cabeza, divertida, pero tampoco contesta. ¿Podría ser Cleia? Acabo de verla convertirse en un gato.

—¿Qué quieres de mí?

Su pelo negro y su mirada resultan casi tan encantadoras como las del propio príncipe, aunque de una forma muy distinta. Siento un vacío en mi estómago cuando la visión se superpone con la de la muchacha que lavó el agua de mi baño.

Aquella primera noche, confié en ella sin más.

—No tengo ningún interés en la soñadora —dice—. Jamás lo he tenido. De hecho, su vida siempre me ha parecido injusta y no me gustaría verte acabar igual que ella. Por eso estoy aquí. Porque eso es lo que ocurrirá en cuanto hagas uso de tu don de nuevo. ¿O acaso no es cierto que tus pesadillas son peores ahora desde que…?

Me apunta con el dedo, señala mi pelo.

—No sé de qué hablas.

—Eres tan cabezona —insiste—. Lo hace más divertido a ratos. ¿Qué crees que pensará Sebastián cuando descubra que tienes la

capacidad de acceder a La Fuente y no se lo has dicho? ¿Crees que se lo tomará bien? Porque no es tan tranquilo como tú. Y estoy segura de que te has dado cuenta de que usa su propia afinidad para domar sus emociones. Pero ¿qué pasará cuando no quiera domarlas?

Siento un nudo en el estómago.

—Pongamos que te creo —empiezo—. Y que no le has hecho nada a lady Basira, pese a que muchos indicios apunten a lo contrario.

—¿Qué indicios?

—Has estado desaparecida desde entonces.

—Supongo, sí. Pero soy una joven ocupada, Emma. No todo el mundo tiene tiempo para estar por ahí leyendo libros y confabulando teorías sobre reliquias.

—Te vi mirando su torre aquella noche —protesto— y tienes opiniones bastante específicas sobre ese encierro.

—Hasta donde yo sé, todos somos libres de opinar. Y no recuerdo decir nada en contra de la pobre desgraciada.

—Y la visión del basilisco de aquella noche en el claustro te conecta a la escena del crimen —añado.

—Entonces ¿crees que yo te di esa visión? ¿Por qué sería tan tonta de hacer algo así? Sería incriminatorio.

No respondo, pero parece que ella sigue el hilo de mis pensamientos.

—Esas pesadillas son bastante interesantes, ¿no crees? Proféticas, ¿te has dado cuenta? Aunque tu teoría tiene fallos: yo no soy soñadora. Soy afín al agua. A menos que, por supuesto, existiera la posibilidad de tener más de una afinidad. Algo que Amira evitó hace mucho. ¿Cómo explicarías eso, mi querida Emma?

Se está burlando de mí y me estoy cansando.

—Sea lo que sea que quieres, Cleia, no confío en ti. No has hecho nada por mí y tu actitud no está ayudando.

—¿Acaso no te ayudé a entender Valemir la primera noche que pasaste aquí?

Molesta, ladeo la cabeza.

—También desapareciste como un espejismo y solo apareces para decir cosas sospechosas.

Ella sonríe de nuevo, jugando con el cojín de la silla.

—Entonces ¿por qué no le has hablado a nadie de mí?

—He estado ocupada —protesto—. Y no eres tan importante.

¿Hay guardias en el pasillo? Todo el servicio estaba en la fiesta de Enara y tengo la sensación de que esa es exactamente la razón por la que Cleia está aquí ahora. Sea lo que sea que tenga que decir, quiere que solo yo lo escuche.

—Por supuesto —ríe—. Como no soy una de las reliquias que tu queridísimo príncipe anda buscando, no merezco ni una fracción de tu tiempo.

Agotada, resoplo.

¿Por qué estoy hablando con ella?

Me dejo caer al borde de la cama, cansada, y la miro desde allí.

—¿Te ha contado para qué sirven las reliquias? —pregunta Cleia.

Y, aunque la situación es ridícula, decido ceder.

—No.

Ella se vuelve a reír.

—Apuesto a que ni siquiera él lo sabe —dice entre carcajadas—. ¡Ah, menudo imbécil!

—¿Lo sabes tú? —protesto—. Porque si lo sabes y no lo dices, no es tan diferente de como me miente él.

Ella se incorpora y me lanza una mirada cruel.

—Haz algo por ti misma —responde— y empieza a hacerte

mejores preguntas. Por ejemplo: ¿Para qué sirven las reliquias? ¿A quién pertenecen? ¿Qué son los Custodios? ¿Quién era mi padre? ¿Qué podría hacer Sebastián con ellas? Has estado distraída, Emma. ¿Qué puedes hacer tú con ellas?

—No quiero las reliquias para nada —respondo cansada.

—¿Y si pudieran darte la respuesta que tanto buscas? —contrataca—. ¿Y si pudieran ayudarte a descifrar la verdad que Sebastián sigue ocultándote? O lo que sospecha, aunque no tiene información suficiente.

Contrariada, niego con la cabeza.

—Y si tú sabes qué me oculta, ¿por qué no me lo dices?

Cleia sonríe una vez más.

—Porque sé que no me creerás a menos que lo veas con tus propios ojos.

Aunque quiero protestar, no puedo.

De hecho, cuando me pongo en pie, Cleia vuelve a desvanecerse y me deja a solas con una verdad innegable. Suelto todo el aire que contenía, enfadada y contrariada. ¿Por qué la he escuchado? ¿Por qué estoy aquí temblando?

Con el corazón en un puño, me pregunto si acaso puedo confiar en lo que veo o en lo que siento. Pero tampoco puedo confiar en nadie más para obtener las respuestas, ¿verdad?

Sebastián siempre va a tener motivos ocultos.

Sia me mintió durante años y yo le mentí a ella.

La gente de Valemir no me conoce.

No queda nadie en Madrid que me recuerde.

Lo único que tengo y lo único en lo que puedo confiar, aunque suene peliagudo, soy yo misma.

Intranquila, decido consultarlo con la almohada. Me meto en la cama y me cubro la cabeza con las sábanas. Mi mente es un

batiburrillo de ideas, miedos y sospechas. Le doy vueltas y vueltas a todo lo que ha ocurrido: el espejo del baño, las manos, los espíritus del cuadro, mis pesadillas, incluso el Corruptor y que Sebastián cree que es real. ¿Y yo? ¿Creo yo que es real? ¿Y cómo podría negar mi propia intuición?

Las pesadillas.

Las profecías.

Los cuadros.

El Corruptor es quien nos sigue la pista, quien lleva persiguiéndonos a mi padre y a mí toda la vida, ¿no es cierto? Es lo que resulta más obvio. Por eso las protecciones del castillo han empezado a caer. Por eso lady Basira, que estaba en mis sueños aquella noche, ha desaparecido. ¿Estoy siendo una lunática al creerlo? ¿Estoy siguiendo las pistas adecuadas?

Me incorporo en la cama tras horas de insomnio y me muerdo la piel de los dedos como lo hice en mi casa, en Madrid.

No sé en quién puedo confiar.

Y, aunque no lo soporto, Cleia tiene algo de razón: necesito responder a mis propias preguntas.

Cuando salgo de la cama al amanecer, la luz es tenue y azul. Hace frío, así que me echo una manta por encima de los hombros. Espero al cambio de guardia para salir de la habitación, pues temo que, si me ven, alerten a Sebastián y la cosa escale aún más.

Avanzo pasillo abajo y tomo los giros adecuados, porque recuerdo la disposición del ala oeste y asumo que, si las reliquias están en algún lugar, deben de estar en su estudio.

Empujo la puerta con suavidad, escondiéndome.

Me adentro en el estudio del príncipe y encuentro la primera de las reliquias tras una vitrina. No llegamos a hablar de ello ni de nada. Veo la suave luz malva que la protege y asumo que Sebastián,

por supuesto, la ha protegido para que nadie pueda llevársela. Sin embargo, no me dejo achantar.

Rozo la vitrina con cuidado y le pido que me deje levantarla. Hago lo que Cleia me enseñó a hacer la primera noche y se lo ordeno como le ordené a mi piel que se cerrara. La luz malva se aclara poco a poco hasta volverse blanca y la vitrina me obedece sin más.

Recuerdo a las noxfloras y lo que el custodio me dijo sobre la máscara.

«Te ayudará si lo necesitas, pues te permite ocultarte y ver lo que desees a través de otros ojos».

Con dudas, pero siguiendo mi intuición, pienso en Sebastián y en lo que Cleia cree que me oculta. Lo que sé que me oculta, porque está en su naturaleza hacerlo. Con cuidado, aunque me siento como Pandora al abrir la caja, me pongo la máscara frente a los ojos.

Pienso en él y observo con atención.

A través de la máscara, descubro que Sebastián está en el mausoleo de los Reyes de Valemir y que los reflejos del agua arrojan luz de un rincón de la sala a otra. Es cierto lo que dijo: la cripta es fría y está mal iluminada, aunque resulta imponente de todos modos.

Con él, ser Alaric Kergalot camina entre lo que parecen calles de una necrópolis subterránea.

—Sin más pruebas, será difícil encontrarla —dice el caballero.

El príncipe suspira intranquilo.

—No sé si estoy seguro de que seguir buscándola sea la mejor opción —añade y puedo sentir su corazón roto—. Temo que solo encontremos el cadáver y que perdamos recursos. Necesitamos más guardias protegiendo la zona sur.

El príncipe y su guardia más leal recorren el lugar con

familiaridad, bajo su extraña y fría luz. Los Luminares no están presentes, aunque he oído decir que deberían estarlo. Supongo que le han dado espacio para ver a su padre, a sus antepasados.

Bueno, antepasados adoptivos, supongo.

—Los herederos que restan te darán un respiro —añade ser Kergalot—. Los peores ya han pasado, pero no deberías esperar mucho más para postularte.

—No puedo postularme sin las reliquias.

Ser Alaric parece agotado de tener la misma conversación una y otra vez.

—¿Y qué harán las reliquias por ti? ¿Se sentarán contigo en el trono? ¿Gobernarán también?

—No lo sé —responde el joven cortante—, pero si mi madre dijo que necesitaba las reliquias, las necesito. No voy a volver a discutir el tema.

Vaya, supongo que los dos piensan lo mismo que la última vez que los escuché discutir. Y luego yo soy la cabezona.

—No me importa lo que tenga que hacer —añade Sebastián—, pero cumpliré con la profecía de mi madre. Conseguiré las reliquias y eso será lo que me ayude a encontrar al rey que Valemir necesita.

Alaric le pone la mano en el hombro. Siento el roce de sus dedos en la nuca, como si fuera la mía propia. Cuando el guardia agarra a Sebastián como si fuera su propio hijo para mirarlo a los ojos, se me encoge el corazón en el pecho.

—¿Y dónde vas a encontrarlo si no en ti mismo, chico? —protesta.

Por cómo lo mira, sé que lo cree.

Pero Sebastián le aparta el brazo y sigue su camino entre las tumbas. La cripta parece ser un lugar de reposo. Es circular y tiene varias entradas y salidas, así como pequeños riachuelos en el suelo

que le ofrecen cierta serenidad al lugar. Aun así, con las flores y las decoraciones de mármol, resulta tan terrorífica como la imaginé cuando Sebastián habló de ella aquella noche.

—La profecía no dice que sea yo el monarca —protesta—, sino que será hallado la noche en la que la Casa de Amira se postule.

Ser Alaric suspira.

—Sois un cabezón, alteza.

—¡De quién lo aprendería! —ríe Sebastián—. ¿Sabes? De pequeño soñaba con que erais mi tío de verdad. Que éramos familia.

El caballero cuadra los hombros y, a través de los ojos del príncipe, soy capaz de ver que se está mordiendo la lengua. Veo que quiere decirle que lo son. Familia. Y, como recuerdo sus palabras, sé que Sebastián es la única familia que Alaric tiene.

Que lo elegiría siempre.

—¿Crees que es cierto? —pregunta Sebastián de repente—. Nunca lo has mencionado, pero debes de tener tu opinión.

—Alteza, mi opinión…

—Oh, siempre la regalas. No seas pejiguero ahora.

Creo que entiendo que hablan de su padre. Del padre de Sebastián, el real. No del rey Gael, que lo crio. No de Alaric, que se hizo cargo de él.

Hablan del hombre que lo engendró.

—A veces creo que es cierto —admite Sebastián— y que por eso soy así. También temo que sea la razón por la que temo que, si me precipito, nuestro plan sea un fracaso. Porque la profecía no dice que yo deba ser el próximo rey, Alaric. Esas no son las palabras adecuadas.

—¿De verdad es lo que deseas? Ser el rey.

Sebastián observa la corriente del agua y creo que entiendo cómo se siente cuando decide no contestar.

—Si nos precipitamos, podríamos destruir el destino que lady Basira predijo —responde frío y distante—. Por no hablar de que nuestra única prueba fehaciente sobre lo ocurrido en la torre son los restos de magia prohibida.

Alaric parece ser capaz de leerle la mente mejor de lo que nadie jamás ha sabido hacerlo. Cuando cruza el pequeño riachuelo para unirse a su joven príncipe, pone en palabras lo que él no dice.

—Temes que se la hayan llevado para desmoralizarte y obligarte a postularte cuanto antes —dice.

—Solo tengo una oportunidad —responde casi como una admisión—. Como todos los demás. Si La Fuente no me considera merecedor, no sé si podrá ayudarla. De hecho, ni siquiera sé si puedo. No sé dónde está o qué ha sido de ella. Además, la lógica…

—Nadie podría culparte por abandonar tu deber como príncipe heredero un par de días, Sebastián. —Alaric tuerce el gesto.

—Pero es algo que no me puedo permitir —responde herido—. Necesito conseguir las cuatro reliquias y necesito el trono. Necesito encontrar a mi madre y necesito traerla de vuelta a casa antes de que el Corruptor gane más terreno. Sus pesadillas… —Escucho la frustración en su voz—. ¿Crees que sus pesadillas tienen algo que ver con las pesadillas de la hija de Ciro?

Cansado, Alaric suspira.

—Emma parece una buena chica, Sebastián.

—No puedo presionarla más —se queja el aludido—. Pensé que podría encandilarla y ya. Pero siempre que creo que consigo acercarme lo suficiente, se retira y desconfía. Por no hablar del desastre de…

Sebastián chasquea la lengua con fastidio.

—¿Puedes culparla?

—No, por supuesto que no —protesta el joven—. Pero te juro

que a veces creo que, pese a lo inestable que es, sabe todo lo que le estoy ocultando. Creo que ve a través de mí o que puedo verme reflejado en su mirada. Lo que veo no me resulta particularmente agradable, si te soy sincero.

El corazón me da un vuelco cuando Sebastián se detiene frente a una de las estatuas. La imagen me resulta familiar: es una mujer que sostiene una espada y su cuerpo está envuelto por sogas. No, no son sogas.

Es una trenza larga.

El guardia se aleja, atravesando una de las puertas que lleva a un pequeño mausoleo y Sebastián lo sigue. Me pregunto qué habrá en ellos, si los reyes están expuestos en el centro del habitáculo. ¿Estarán retirándose?

—Siempre podrías contárselo —dice Alaric—. Creo que merece saber la verdad, Sebastián. No deberías ser el único que carga con ese peso.

Cuando Sebastián se vuelve y lo sigue, yo logro ver lo mismo que él. Con media sonrisa en la boca, ve al guardia que tiene la vista puesta en un viejo amigo.

—No hasta que no tenga lo que necesito —responde Sebastián —. Debo ser cauto o volverá a salir corriendo.

Cuando su mirada se centra en el cuerpo que yace en la tumba abierta, espero ver el rostro de Gael. Lo he visto en los telares del castillo, pero la idea de verlo ahora me resulta impactante.

¿Seguirá teniendo el mismo aspecto?

Pero algo no tiene sentido: Gael debería estar con los otros reyes. Esta debería ser otra persona.

Y lo es.

El rostro que Sebastián ve en la tumba no es el de su padre.

—Si estuviera despierto, te molería a palos —dice ser Kergalot—.

Era escuálido pero peleón.

—Entonces es una suerte que no esté despierto —responde Sebastián mordaz—. Aunque su hija tiene un buen derechazo.

El rostro del hombre de la tumba es el de mi padre.

Ciro de Valemir.

El corazón se me acelera y suelto la máscara, que cae al suelo. La visión de la cripta desaparece, pero la voz de Sebastián sigue resonando en mi cabeza.

Mi padre.

Sebastián tiene a mi padre en la cripta.

Sabe dónde está y, de hecho, estoy segura de que lo sabe desde el principio. Por supuesto que está usándome para conseguir las dichosas reliquias. Está ocultándome lo que sabe para protegerse a sí mismo, para salvar a su madre. Siento un dolor en el pecho que no puedo calcular. ¿De qué se protege? ¿De mí? ¿Y yo qué le he hecho? ¿Cómo ha podido ocultarme algo así? Eso o lo de su madre y mi padre compartiendo pesadillas. ¡Sabe mucho más sobre ellas de lo que dice!

Lo he ayudado.

He aguantado sus berrinches.

Me he metido en esos cuadros y me he enfrentado a sus monstruos, pero él…

No puedo creerlo.

Traicionada de nuevo, intento no perder el norte.

Recupero la máscara y la coloco bajo la vitrina.

Aunque me digo a mí misma que no hay nadie en quien pueda confiar y que Cleia ha conseguido lo que quería con todo esto, mis pasos son firmes. Porque no es cierto. Nunca será cierto. Siempre habrá alguien en quien puedo confiar, pero solo si yo le ofrezco lo mismo. Solo si me atrevo a pedírselo de verdad contándole mis

miedos.

Alguien en quien podría haber confiado más si no me hubiera dejado confundir por esa atracción ridícula hacia el paranoico sociópata de Sebastián. ¿Cómo ha podido hablarme así o mirarme a la cara esta noche sabiendo todo esto? ¿Cómo puede pedirme disculpas y seguir ocultándome todo lo que necesito saber?

Cuando abro la puerta de su habitación, estoy tan enfadada que creo que gruño del esfuerzo. Cojo aire y lo suelto, decidida.

—Tienes que jurarme que no vas a ocultarme ni un solo secreto más —exijo.

Mi voz sale certera, familiar.

La figura que se ha incorporado de la cama de golpe al oírme entrar me mira como si pudiera entenderme mejor de lo que me ha entendido jamás nadie. O como si estuviera dispuesta a seguirme al último círculo de los infiernos si se lo pidiera.

No exige explicaciones.

No intenta enredarme.

Solo me mira confusa.

—Lo juro —dice Sia alzando la mano con solemnidad—. Pero ¿qué cojones haces despierta tan temprano?

Me quito las zapatillas de un puntapié y me arrojo a la cama.

—Hazme hueco —le pido.

32

Es tan sencillo como lo ha sido siempre.

Tan pronto como salto a la cama, Sia me hace hueco. Nos tapamos con la manta. El sol sigue saliendo, pero nosotras nos quedamos dentro y hablamos durante lo que parece una eternidad sobre todo lo que necesitábamos decirnos.

Sea como sea, vamos contra reloj, y no puedo quitármelo de la cabeza.

—… y claro, entonces hice que le pusieran perlas al vestido para retrasar la boda una semana más —explica Sia— e Irina se pilló un rebote increíble. Por eso, anoche… Oye, Emma, que me has preguntado tú por esto. ¡Estoy aquí abriéndote mi corazón y tú en babia!

Me vuelvo para mirarla y me doy cuenta de que me he despistado.

—Perdón. No puedo dejar de pensar en…

—Puaj.

La fusilo con la mirada.

—No es lo que piensas.

—Lo que tú digas —responde, siempre picada—. Entonces ¿en qué piensas? ¿En la economía rural? ¿En los problemas del sur?

Suspiro y salgo de la cama. Casi como si estuviéramos atadas por una cuerda otra vez, Sia me sigue. «Es increíble lo bien que le

sienta la ropa de este mundo», pienso. Pero bueno, dudo que haya un universo en el que hagan ropa que a ella no le sentara bien.

La veo atarse la bata y seguirme sin cuestionárselo.

—¿Adónde vamos?

Me calzo los zapatos a la pata coja.

—Acabo antes si te lo enseño —respondo.

—¡Hum! Me gusta esta nueva Emma —suelta siguiéndome sin pensárselo—. Decidida, atrevida.

—Y no hacía falta doblegarme para ello —suelto un poco resentida.

—Oye, que ya me he disculpado como tres veces —protesta Sia.

Le suelto un caderazo cuando franqueamos la puerta y ella se ríe de nuevo. Suena ridículo, y sé que aún hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, pero no puedo permitirme distanciarme de Sia.

De hecho, no sé cómo he podido permitir jamás alejarme de ella.

Me he sentido más viva en las últimas dos horas que en todas los días desde que llegué. Me he sentido yo.

No la prometida de Sebastián.

No la hija de Ciro.

Solo Emma.

Cuando uno de los guardias se vuelve al oírnos reír, aunque no tiene sentido, tanto ella como yo nos ocultamos detrás de una columna. Siento las manos de Sia alrededor de mi cintura y su aliento contra el pelo.

No puedo evitar pensar en todo lo que dijo la otra noche, aunque estuviera borracha.

—¿Y bien? —susurra cuando me suelta.

—¿Por qué nos estamos ocultando?

—Pensé que te resultaría divertido —bromea—. Además, se supone que estoy muerta, ¿recuerdas? No quiero provocarle un

infarto a nadie.

Me cubro la boca para no reírme a pleno pulmón y le dedico una mirada que, aunque intenta ser de reproche, no llega a reprochar nada. Soy consciente de que anoche estaba en una fiesta con todo el servicio, porque yo también estaba allí. En principio, el servicio guarda el secreto de la existencia de Sia en sus vicisitudes. Por supuesto, siempre hay cierto riesgo, claro.

La agarro de la mano y tiro de ella, antes de que el pobre guardia nos descubra haciendo el idiota.

—Anda, ven.

Y eso hace.

Eso hacemos.

Porque las dos juntas recorremos los pasillos medio escondidas, aunque no haya una verdadera necesidad de ocultarnos. Así, la guío hasta la habitación en la que Sebastián guarda los cuadros.

—¿Por qué te gustan tanto los museos? —pregunta curiosa.

Sé que está pensando en el Palacio de Linares.

—Por lo mismo que a ti te gusta la comida china —bromeo—. Cada uno tiene sus cosas.

Ella suelta una carcajada, pero se acerca a los cuadros.

—¿Qué estoy mirando? Una montaña… ¿y un bosque? —apunta pasando de uno al siguiente—. ¿Qué son las cintas de la pared?

—Protecciones, creo.

—¿Protecciones? Ah, es un pentagrama. —Hace un gesto de reproche—. Muy de exorcista.

—¿Exorcista?

—Tu prometido es exorcista, Emma, ¿recuerdas? —suelta.

Asiento con un largo suspiro.

—No se me olvida. Pero no te he traído aquí para hablar de las habilidades de tu exprometido al que abandonaste en el altar.

Sia suelta una risita.

—Me has traído a ver los cuadros de tu padre —cae en la cuenta antes de que yo pueda hablar—. Que fue el maestro de Sebastián.

—¿Lo conociste?

Niega con la cabeza.

—No. Pero, como su prometida, estaba al tanto de su vida —explica—. Siempre había alguien dispuesto a vender sus secretitos: —Habla sola. De hecho, hasta pone voces—. Ciro de Valemir había sido su maestro. ¿El pintor? Sí, el pintor loco de la colina, el humano.

Frunzo el ceño, algo contrariada ante su teatrillo para aligerar la atmósfera. Por mucho que fuera pintor y fuera un loco, no significa que me siente bien que se mofe de él.

Yo voy a ser la veterinaria loca. Si no lo soy ya. Y si no lo soy ya, es porque no sé si podría seguir siendo veterinaria después de toda esta movida, no porque sienta que estoy en mis cabales.

—Sin ánimo de ofender —concede Sia—. Es lo que conocíamos de él. Lo que no sabía es que tuviera una hija. Diría que nadie lo sabía, de hecho, ¿me equivoco?

—Si te hace sentir mejor, yo tampoco sabía que vosotros existíais.

Ahora es Sia quien parece contrariada. Pero, antes de que nos perdamos en esos derroteros, decido explicarle lo que necesito explicarle.

—Antes había cuatro cuadros —empiezo.

En la sala quedan dos pinturas que no se han cubierto por esa extraña tinta negra.

—Estoy al día —responde rápida—. Cuatro cuadros, cuatro reliquias. Se activan cuando tú los tocas, pero Sebastián no puede acceder a ellos sin ti. La teoría es que cada uno de ellos contiene un custodio. ¿Qué custodian? Es de asumir que las reliquias. ¿Por qué?

Al parecer, no lo sabemos. Tampoco sabemos nada del primero, más que lo que conseguiste: una máscara. Del segundo os vi salir yo misma, pero no sé qué conseguisteis además de un disgusto. Sebastián cree que los Custodios eran sirenas y la reliquia es un collar, ¿correcto?

Hace una pausa y yo, boquiabierta, tardo un segundo.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes todo eso?

—Sigo siendo buena doblegadora y no me gusta perder el tiempo —sonríe presumida—. Ser Alaric no es inmune a mis habilidades. Puede huir de mí, pero no esconderse.

Me coloco las manos en las caderas.

—A veces puedes ser terrorífica.

Aunque veo que le molesta un poco, no se achanta y se encoge de hombros, carismática.

—Una chica hace lo que haga falta para valerse por sí misma, Emma. En especial en este castillo de traidores y mentirosos.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que supongo que nadie sabe es para qué quiere las reliquias el príncipe —suelta ella orgullosa de sí misma.

Con los brazos en jarras, me vuelvo a mirarla, frustrada.

—Ni siquiera él lo sabe.

—Hum.

Ahí está la nueva Sia, la que no soporta a Sebastián y le guarda todo el rencor del mundo. Veo cómo ladea la cabeza y se muerde la lengua.

—Si sabes algo más, has jurado no guardar más secretos.

—Mi padre es un hombre meticuloso —explica—. Lord Azrael du Mort siempre ha querido ir un paso por delante. No son tan distintos, ¿sabes?

—¿Estás diciendo que tu familia sí sabe para qué sirven?

Hace un gesto para admitir lo obvio.

—Por supuesto. Según sus notas, esas reliquias forman parte del tesoro de Amira —explica—. Entiendo que ya te han hablado sobre Amira, ¿verdad?

Cuando asiento, ella continúa:

—Bien, imagina que eres una princesa de las de antes y guardan tus cosas en algún lugar del castillo y vives en un mundo mágico, así que todo tiene que ver con la magia. Obvio. ¿Qué puede pasarles a tus reliquias? Pues que contengan parte de tu magia.

Asiento despacio.

—¿Estás diciendo que son como… el Santo Grial?

Sia da una palmada, divertida.

—¡Piensa en Indiana Jones! O, yo qué sé, en *La momia* con Rachel Weisz —suelta y las dos nos entendemos—. Esos somos nosotros ahora mismo.

—¿Tú eres Rachel Weisz?

Ella me mira de arriba abajo.

—No, yo soy Rick y tú eres la bibliotecaria —se mofa—. Aunque bueno, teniendo en cuenta… Es igual. Sabemos que, históricamente, existen cinco reliquias.

—¿Cómo que cinco? Solo hay cuatro cuadros.

—Eso es porque la corona solo poseía cuatro. Pero los Luminares siempre han creído que encontrarían la última reliquia si conseguían accionar las cuatro que poseían…

—¿Y crees que eso es lo que quiere Sebastián? ¿La quinta reliquia?

Ella pone cara de asco.

—Lo que quiere Sebastián es ser la princesita más importante de la historia y que todo el mundo le diga que siempre tuvo razón —responde contundente—. Pero, más allá de sus delirios de grandeza

y su necesidad de aprobación, que ya es molesta de por sí, lo que no puedo dejar de preguntarme es por qué las quiere ahora.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Sia me dedica una mirada de reproche y tarda un instante en decir lo que le parece tan obvio. Siendo sincera, empiezo a entender por qué Sebastián y ella se llevaban a matar.

Porque son igual de arrogantes.

—La respuesta sois tu padre y tú, Emma —suelta ágil.

Supongo que es obvio, pero no quiero verlo así.

Tiene que haber algo más…

—Mi padre era un pintor y yo solo soy su hija. No hay más historia. Quien de verdad debía de saber lo de las reliquias era el rey Gael y con su ascensión…

—No te lo crees ni tú —protesta—. Tu padre era una persona muy importante en Valemir, Emma. ¡Tiene más historia que nadie! Hay canciones escritas sobre tu padre, ¿sabías?

—Sebastián comentó que era famoso, pero…

—¡Famoso dice! Sus historias con Gael son… —Frustrada, Sia me dedica otra mirada de reproche—. Pero claro, me apuesto lo que sea a que has estado demasiado distraída como para ir a la biblioteca. Tenías cosas más interesantes que hacer, como besar al príncipe psicópata que te está manipulando.

Me ruborizo de golpe.

No.

Claro que no.

—No me está manipulando.

—Pfff.

—Bueno, perdona por no ir a buscar las fuentes académicas. Estaba ocupada entrando y saliendo de cuadros y perdiendo la

cabeza porque no hay quien duerma —protesto abochornada.

Ella hace un gesto con la mano, como restándole importancia.

Yo pongo los ojos en blanco.

—No te lo tomes como algo personal —dice con todo el morro—. Solo quiero que tengas los consejos adecuados. Cuando te comprometen con un manipulador nato, paranoico y rarito a la tierna edad de once años, aprendes a hacerte con la información que necesitas cuando la necesitas. De una prometida a la otra: no te creas ni una palabra de lo que dice. Su culo es meramente decorativo, porque toda la mierda la saca por la boca.

Cuando se acerca para hacerme cosquillas, la empujo, fastidiada. No puedo creerme que estemos aquí de bromitas. Pero lo cierto es que me río un poco y eso lo hace todo más llevadero.

Así es como ha sido siempre.

Sia hace que mi vida sea más cómoda, más fácil.

—¿Podemos dejar de odiar a Sebastián por lo que está claro que fue una infancia terrible y las expectativas de la corte? Vamos a centrarnos en lo importante.

—La psicóloga soy yo, ¿recuerdas? —protesta mi amiga.

—En fin, qué más da —suspiro cruzada de brazos—. La cuestión es que ahora, además de tener dos cuadros más por delante, no tengo ni idea de…

Me muerdo la lengua y Sia puede leerme la mente.

—Habla.

No quiero.

Veo que alza una ceja y siento el tirón que he sentido mil y una veces. Ahogo un quejido y ella sonríe cuando ve que su afinidad tiene efecto en mí casi de manera inmediata.

—No me gusta cuando haces eso.

—Entonces no me obligues. Y cuéntamelo.

Me muerdo el labio inferior, esperando a que se detenga. Aunque me cuesta mucho más, esta vez elijo hablar, no hay necesidad de que Sia use su afinidad.

—Creo que tenías razón.

—¿En qué?

No puedo decírselo.

—¿Emma?

Pero como no hablo, clava su mirada en mí, aprieta la mandíbula y me lo saca a la fuerza.

—Sebastián tiene a Ciro en la cripta y me lo ha estado ocultando. No puedo saber qué me oculta y qué no, porque además no confía en mí —confieso sin filtro alguno—. Así que yo tampoco puedo confiar del todo en él y me duele.

—Voy a matarlo.

—¡Sia, no!

Le corto el paso rápida.

—¡Esto es a lo que me refiero! —protesto y tiro de ella para detenerla—. Dame un momento. Deja de meter a Sebastián entre nosotras. Es un arrogante y un paranoico, sí. Y siempre espera que la gente actúe así con él, por lo de su padre. Por eso siempre va cuatro pasos por delante de todo el mundo.

Sia gruñe.

—No podrá ir ningún paso por delante cuando lo mate —responde sin más. Pero no se mueve.

Su influencia ha desaparecido y ahora es ella quien parece la más frustrada de las dos. Ahora que lo pienso, si puedo tener paciencia con Sebastián, ¿por qué no con Sia?

Para ella, su habilidad era natural.

Si las mentiras son el método de supervivencia de Sebastián, el de Sia es este.

—Escúchame —le pido—: su madre ha desaparecido, está atosigado por la corte. Y sé que estoy siendo quizá un poco buenaza dejándolo pasar, pero está distraído con otras cosas. No sabe que tú y yo estamos hablando. Y si te soy sincera, no creo que perseguir a Sebastián y tratarlo como el villano vaya a hacer que consigamos nada.

—Pero ¡si se lo está ganando a pulso!

—Sospecho que tenemos problemas mayores —sentencio.

Creo que mis palabras hacen mella en ella, pese a la protesta.

—Mira, Sebastián será muchas cosas, pero si matarnos o herirnos le fuera útil, ¿por qué no lo ha hecho?

Contrariada, Sia aprieta los labios.

—Por lo tanto, solo quedan dos opciones —sigo—. Una, no le es útil. Dos, no le da la gana. Lo que quiere es mantener a su madre a salvo, quiere ayudar a Valemir y quiere mantener el equilibrio. ¿No lo ves? Y si tan enterada estás de todo, estoy segura de que te habrás enterado de lo del río Iocast y de las tragedias de estas últimas semanas. Anoche oí a Rilke hablar de que hay algo matando al ganado en la zona sur.

Sia se ablanda un poco.

—Algo he oído, sí.

Suspiro y trato de ponerlo todo en perspectiva. La pregunta es ridícula y me siento tonta, pero debo confiar en mí misma.

—Sebastián piensa que el Corruptor anda detrás de todo eso, ¿qué crees tú?

Mi pregunta no le resulta extraña ni fuera de lugar. De hecho, parece que también lo ha reflexionado antes.

—Lo cierto es que fue bastante difícil usar la vela para cruzar —explica con un suspiro—. Los espíritus están alterados y llegar hasta aquí ha sido un suplicio.

—Entonces Sebastián tenía razón.

—¿En qué exactamente? —responde molesta.

—En que cruzar el Velo era peligroso —murmuro. Entonces, algo me llama la atención—. ¿Usaste una vela?

—Es lo único que me llevé de casa antes de saltar: un candelabro. Asumí que ayudaría. Aunque solo fuera para llegar hasta La Fuente y que esta me socorriera. Yo qué sé, Emma. Estaba desesperada por encontrarte y recordé una vez que me hablaste de que cuando te sentías perdida encendías una vela, como la que tu padre dejaba encendida en la ventana para que pudiera volver a casa y…

Frunzo el ceño.

—No hay muchas ocasiones para cruzar el Velo, ¿verdad?

—No.

—Pero decidiste venir a por mí.

—Claro.

Suspiro otra vez.

—Bien, entonces creo que esto te va a gustar —anuncio antes de hacerle una propuesta—: lo que vamos a hacer ahora es conseguir las reliquias, ayudar a Sebastián a conseguir el trono y volver juntas a casa cuando lo tenga.

Ella frunce el ceño.

—¿Y qué hay de tu padre?

Me encojo de hombros.

—Mi padre está en una cripta mágica y se ha ido al otro barrio con sus secretos —respondo no sin algo de rencor—. Prefiero vivir mi vida a perderla intentando descubrir su pasado, la verdad.

—Uf, qué profundo.

Y, aunque bromea, siento el roce de su mano en el brazo.

—Lo único que me preocupa es…

—¿Hum?

—Las pesadillas —admito—. Y sé que suena a locura y que parece un delirio, pero…

—No, Emma, no es tan…

—Sebastián cree que la figura de mis sueños puede ser un espíritu arcano y que cabe la posibilidad de que acosara a mi padre y después viniera a buscarme a mí.

—¿Y crees su teoría?

No soy capaz de confesarle qué es lo que creo que nos acecha. Ni por qué. Cuando me ve hundirme un poco, Sia me busca la cara con las manos.

Con cuidado, apoya su frente contra la mía.

—Eh, escúchame —me pide—: no estás sola, ¿vale? Esa cosa no te va a alcanzar porque es un bicho de mentira. Yo soy de verdad. Estoy aquí y no voy a dejar que te pase nada.

Clavo mi mirada en la suya y sé que lo dice de verdad.

Sé que siempre estaré a salvo con ella.

—Me gusta tu plan —sigue—. Vamos a conseguir esas reliquias, se las daremos como pago a Sebastián para que deje de joder la marrana y después nos iremos a Madrid —dice, y la idea me resulta reconfortante—. Volveremos a casa, juntas. Y lidiaremos con tus pesadillas como se pueda. Paso a paso. Juntas.

Suspiro.

—¿Y si tuviéramos que quedarnos aquí?

Porque quizá la única solución para deshacerme de esas pesadillas está en Valemir y quizá no pueda cumplir mi promesa. O mi plan.

—Entonces me quedaré donde estés tú —dice con cariño.

Se me encoge el corazón en el pecho, me siento culpable.

—Huiste de aquí, fingiste tu muerte.

—Me pondré otro nombre —dice como si nada—. Me cortaré el pelo.

—¿Qué hay de tus padres? ¿Y si…?

—Me iré a vivir a la casa del pintor loco si hace falta —bromea—. Viviré recluida. O puedes venir conmigo, si quieres. Me las apañaré, Em. Siempre lo hago.

Intento protestar, pero ella insiste:

—Además, he conseguido mandarle un mensaje a mi tía Ygritte, así que estoy segura de que ella se encargará de cualquier remoto desliz. Nadie sabe que estoy aquí y nadie va a descubrirlo. Anastasia murió y solo quedo yo.

Sia me roza la mejilla con el pulgar y me sostiene el rostro entre sus manos con cuidado. Sonríe. Su mirada cae a mis labios. Veo cómo coge aire y hace un esfuerzo titánico para apartarse. Y el peor de los pensamientos me embarga: no estoy segura de si quiero que lo haga.

—Siento lo de la otra noche —dice—. No debería haber intentado besarte así.

—No te preocupes por eso.

—Si te soy sincera, te lo agradezco y todo.

—¿En serio?

Asiente.

—Si alguna vez volvemos a besarnos, espero que tú también quieras hacerlo —responde con ese carisma suyo—. De hecho, si en algún momento piensas que te apetece, no dudes. Lánzate, porque yo me muero de ganas.

Suelto una carcajada sintiendo el rubor en las mejillas. Niego con la cabeza.

—Puede ser un besito de amigas, si lo prefieres, que no te intimide el…

Supongo que ya no tiene nada que perder, ¿no? No es como si jamás hubiera tenido vergüenza, precisamente.

—Sia, no seas ridícula.

—¡Solo le estoy quitando peso al asunto! ¡No quiero que pienses que es algo malo o algo…!

Se calla. Un segundo pasa.

—¿Emma?

—Dime.

—Nada podría cambiar lo que siento por ti —añade—. Yo siempre te voy a querer y voy a desear lo mejor para ti. Tanto si me quieres de esa manera como si no.

Siento un nudo en la garganta.

Pero no sé lo que siento por ella. No he conseguido descifrarlo jamás. Nunca me había permitido pensar que tenía la oportunidad de sentir nada.

Por nadie.

Y ahora…

—Entonces —suelta tras una palmada—, ¿entiendo que la razón por la que me has traído de cita a la mazmorra de los cuadros mágicos de tu padre es porque quieres entrar en el siguiente cuadro sin que Sebastián lo sepa?

La miro de reojo.

En realidad, me lee la mente cuando quiere.

—¿Te parece mala idea?

Sia niega con la cabeza y les echa un vistazo a las pinturas.

—No, si por mí genial. Ahora bien: ¿podemos ir al del bosquecito que parece menos peligroso que el volcán en erupción? —bromea.

Suelto otra carcajada y se lo concedo.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunta.

—Dame la mano.

Cuando rozo el cuadro, este se endurece. Se enfría. Sin embargo, esta vez no me arrastra ni me lanza a ningún sitio. En lugar de eso, la madera pierde su color macizo y ennegrece. Ante la atenta visión de Sia, el paisaje parece adquirir cierta vida cuando el peso de lo que ahora parece ser roca hace que el cuadro se descuelgue y caiga al suelo frente a nosotras. Estoy preparada para que el objeto haga de las suyas cuando ambas vemos que se extiende y la piedra se monta sobre sí misma hasta construir una especie de arco. Es una puerta nueva, inclinada en la pared.

—Vaya, qué civilizado —bromeo.

Sia me mira como si esperara una explicación.

—Es el único cuadro que no me ha atrapado —explico—. El primero me absorbió con las raíces de los árboles.

—¿Y el segundo?

Pongo los ojos en blanco.

—Como Sebastián me obligó a tocarlo, nos absorbió a ambos y nos arrojó en un barco en mitad de una tormenta. Y casi se lo comen unas sirenas.

Ella mira al arco, al bosque que hay al otro lado, y parece considerar nuestro destino. Si tiene alguna opinión, se la guarda.

—Está bien —acepta—. Qué más da. Tal vez el custodio de este cuadro es más agradable que las sirenas, ¿no? Vamos a creer eso. Eso nos motivará a ignorar lo terrorífico de meternos en a saber dónde.

Arrugo la nariz.

—Las noxfloras fueron agradables —respondo intentando animarla.

—¡¿Noxfloras?! ¿Como las de las leyendas? Las que te duermen y te comen, y…

—Eran bastante reales cuando me hablaban. De hecho, incluso

intentaron protegerme cuando esa cosa…

—¿¡TE HABLABAN LAS NOXFLORAS?!

Parece que eso sí le hace ilusión y su ilusión lo hace todo más fácil.

Visto así, la idea de esta aventura sí que tiene algo de emocionante. He estado tan asustada que no he podido ni…

Bueno, disfrutar de lo que supone descubrir un mundo nuevo; el mundo de las leyendas de Valemir y su magia. Pero, por supuesto que Sia es quien me hace verlo así: con ligereza, con ilusión.

Creo que podría hacer cualquier cosa con Sia.

Cuando hago un gesto, ella accede y me sigue al interior del cuadro sin dudar.

33

Sia tiene razón: este lugar parece agradable.

Cuando pisamos la hierba, la calidez que emite la luz del sol resulta acogedora. Los rayos se filtran a través de las copas de los árboles. Cuando alzo la vista, puedo ver un par de pájaros grises y azules bastante grandes.

Ellos me miran a mí y, tras lanzarme un vistazo que parece satisfacer su curiosidad, salen volando.

—¿Ahora qué? ¿Esperamos? —pregunta Sia de pie a mi lado.

—No lo sé.

Ella se lleva las manos a las caderas.

—Supongo que ser la Cazatesoros de los Cuadros Mágicos no es una ciencia exacta —bromea tan tranquila—. ¿Te importa explicarme un poco más del tema? Tengo la sensación de que Alaric tampoco lo tenía muy claro cuando lo obligué a contármelo todo.

Suspiro y me vuelvo para ver que el arco de piedra sigue tras nosotras. Intento recopilar la información que parece necesaria para poder contarle lo poco que sé al respecto.

—De momento, los dos cuadros han tenido solo una cosa en común —explico—: los Custodios me ofrecen una reliquia y después podemos salir.

—Vamos, que es como una especie de nivel de videojuego. Lo recorres, encuentras a un bicho que te habla y te da algo. Pum.

Fuera.

Me aguanto la risa y la miro. Ella me dedica una sonrisa triunfal, carismática. Supongo que sí, es así, pero no lo estaba mirando desde esa perspectiva tan… ¿humana?

—¿Por qué los llamas «Custodios»? —insiste.

—Porque así es como los llamó mi padre en sus notas —explico. Y, cuando me doy cuenta de que le falta información, añado—: Los cuadros son suyos, así que Sebastián cree que los pintó para esconder las reliquias por orden del rey Gael.

—¿Y qué opinas tú?

Está claro que no lo soporta.

—Ah, eh. No lo sé, supongo que tiene lógica —suspiro—. Gael y él eran amigos. Pero no entiendo de qué querían esconderlas. A menos que fuera por…

—¿Por…? —insiste mi compañera cuando me muerdo la lengua.

—Algo ha estado siguiéndome y corrompiendo los cuadros —respondo.

Ella asiente y me lee la mente de nuevo.

—Y tú crees que es la criatura de tus pesadillas.

Asiento algo confusa. La idea es ridícula, pero, si Sia tuviera razón y todo esto tuviera que ver con mi padre, con lo que nos persigue… ¿Sería tan extraño creer que ese bicho también quiere las reliquias de Amira?

—Pero no sé por qué.

Debería poder hablar con alguien sobre esto y sé exactamente quién tendría más información al respecto, pero no sé si puedo confiar en él.

Al menos no después de lo que he visto.

—Bueno, supongo que para eso estamos consiguiéndolas —responde Sia encogiéndose de hombros.

No puedo dejar de pensar en ello.

—¿Crees que Sebastián…? Es una pregunta un tanto infantil, pero ¿crees que de verdad es malo? Que… es completamente egoísta o irredimible. ¿Crees que es la Ruina de Valemir como dicen?

Supongo que entiendo a qué se refieren.

Puedo imaginarme a Sebastián siendo cruel y distante y frío. Puedo verlo haciendo uso de todos sus recursos para salirse con la suya. ¿Acaso no es eso lo que ha estado haciendo también conmigo? Y no es como si no creyera que está mal o como si no me doliera. De hecho, estoy aquí haciendo lo mismo que haría él: mirar por mí misma.

Pero…

Sia pone los ojos en blanco mientras revisa unas plantas del suelo.

—¿Prefieres que te mienta o que te diga la verdad? —resopla.

Estoy a punto de responder cuando las dos oímos algo que viene rodando hacia nosotras. Nuestra conversación queda suspendida en el aire cuando vemos que las piedras que nos rodean parecen moverse en la misma dirección.

Y esa dirección somos nosotras.

Sia no dice nada, pero no hace falta. En cuanto puede, se pega a mí. Ambas sabemos que sea lo que sea que se está formando, sea lo que sea que está atrayendo las piedras, es lo que hemos venido a buscar. Pienso en las noxfloras, en cómo juntaron las corolas para crear al espíritu extraño.

Recuerdo a las sirenas y que todas juntas formaban un mar de engaños.

¿Qué será esta vez?

Como ha ocurrido con el cuadro, las piedras se montan las unas sobre las otras construyendo un muro a nuestro alrededor. La

rapidez con la que lo hacen resulta arrolladora, como si el viento pudiera levantar la estructura. Las hojas se suman a lo que sea que está ocurriendo, los árboles se mecen y las copas de los árboles parecen despedirnos cuando las piedras cubren el cielo.

—¡¿EMMA?!

En la oscuridad, Sia desaparece.

No sé explicar cómo es posible, pero algo crece entre nosotras y nos separa. Dejo de notarla a mi lado y, cuando estiro las manos para recuperarla, me topo con una pared.

—¡Sia!

—¡Emma, no te muevas! —Su voz viene del otro lado de la pared —. ¿Me oyes?

—Sí, sí.

—No te asustes —me pide. Aunque me parece imposible—. Recuerda: es un cuadro, nada puede hacerte…

—No, Sia —suplico—. ¡Es un cuadro, pero pueden hacerte daño! Sebastián casi muere en el último, tienes que…

—Vale, shhh, Emma, respira. Estoy entera.

—Sia, por favor…

—Respira. Te oigo hiperventilar desde aquí —protesta—. Aprieta las palmas contra la pared, que está fría. ¿Emma? ¿Estás poniendo las manos en algo frío? Coge aire, venga.

Hago lo que me dice. Después de todo, y pese a todo, confío ciegamente en Sia. Cojo aire y lo suelto.

—Necesitamos calma. Necesito que respires bien —anuncia—. Encontraremos al custodio, superaremos la prueba y volveremos a casa. Paso a paso, Em.

«Paso a paso», me repito a mí misma.

—¿Cómo nos encontramos?

Un segundo de silencio.

—No veo nada, pero estoy segura de que, si seguimos la pared, llegaremos a algún destino. No dejes de describirme lo que ves, ¿vale?

Pero no veo nada. De igual manera, con las palmas de las manos, sigo la pared. Oigo a Sia al otro lado y hablo para que pueda localizarme.

Entonces, al final del pasillo, algo empieza a brillar.

—Sia, veo algo.

Una de las piedras del techo parece haberse hecho a un lado y un haz de luz me ciega.

—¿Sia?

No la oigo, pero oigo pasos. Siento una mirada clavada en el cogote y, cuando me vuelvo, creo que sé que no va a ser ella.

Para mi sorpresa, no veo nada. Al menos no hasta que me vuelvo de nuevo hacia el haz de luz y veo a la gata en el centro.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunto—. Cleia, sé que eres tú.

La gata avanza hacia mí y yo me retiro cuando la sucesión de imágenes regresa: el gato, el lobo, el basilisco. En cuanto se adentra en la oscuridad, la criatura cambia, crece, se lanza a por mí.

Grito y caigo hacia atrás.

Alguien me sujeta y yo, aterrada, intento zafarme como puedo.

—¡Emma! —Siento las manos en los hombros. Siento el golpe contra el suelo para controlarme. Yo pateo con fuerza—. ¡Emma, soy yo!

Pero no sé quién es.

Podría ser cualquiera. El pánico se ha apoderado de mí y quiero huir. Quiero salir corriendo y esta persona es lo único que me lo impide. Ella, sin embargo, no se rinde. Clava su cadera contra la mía y me obliga a mantenerme contra el frío suelo de piedra. Me retiene

como lo hacía en nuestras clases de boxeo.

—Emma, ¡soy Sia!

Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, siento la fuerza y la intensidad de su mirada como si fuera mi única guía.

Está usando su afinidad.

—Mírame.

No puedo apartar mis ojos de los suyos. Su fuerza física es sustituida por una fuerza diferente.

Su voz de terciopelo me sostiene.

—Coge aire. Imítame —empieza. Y lo hace, así que la imito—. Hasta que notes los pulmones. Así.

Es tan fácil seguir sus indicaciones.

—Recuerda a lo que hemos venido —me pide—. Piensa en cómo podemos volver. Mantén la cabeza fría, vamos.

Es lo que intento. Pienso en el mueble que montamos en Madrid. Las mantas de casa de Sia, la leche y el bizcocho de mi primera mañana en Valemir o el tablón de madera que hacía ruido en el pasillo, el que solo pisaba si quería que Sebastián me encontrara.

Todos los detalles, como las piedras del laberinto, se acumulan.

En mi casa nunca hubo puertas cerradas. Mi padre siempre las dejaba abiertas. O eso era lo que yo creía. Ahora he descubierto que mi padre y yo vivimos a ambos lados de una pared infranqueable.

Aprendí a huir, pero jamás a regresar.

Jamás llegué a despedirme.

Tras un instante, los recuerdos de mi padre me devuelven una nueva historia. O una antigua.

Una que puede ser la respuesta a nuestros problemas.

—Los secretos y las mentiras nos encierran —digo y siento que es él quien habla a través de mí.

Sia, que sigue sentada en mi cadera, ahora bajo un haz de luz,

me mira como si quisiera creer que existe una lógica a lo que le estoy diciendo.

Me hace espacio para que me incorpore y aguarda.

—Mi padre me contó una historia sobre un bosque mágico —explico—, en el que los secretos y las mentiras encerraban a los incautos en laberintos imposibles. Solo la gente sincera encontraba el camino.

Sia se sienta a mi lado en el suelo y resopla fastidiada.

—¿La leyenda de Celyat y la reina Magna? —dice como si fuera obvio.

Frunzo el ceño.

—¿Es otra leyenda de Valemir? ¿Como las noxfloras?

La doblegadora suspira y me ayuda a ponerme en pie. Me sacude la ropa bajo el haz de luz que se cuela entre las paredes de piedra.

—¿Quieres una teoría de gratis? —propone.

—Adelante.

—Creo que tu padre te contó esas historias para que pudieras resolver el entuerto de los cuadros —dice—. Te habló de las noxfloras, ¿cierto?

Parpadeo sorprendida, pero sigo su lógica.

—Y me contó mil historias sobre las sirenas —respondo ágil.

—Tu cerebro ha ido directamente a esta historia sobre el bosque mágico y las mentiras. Eres capaz de recordar una historia mitiquísima, de las que se les cuenta a todos los niños de Valemir —sigue—. Pero tú misma has dicho que jamás quiso que supieras nada sobre el reino. ¿Qué razón tendría si no? Era humano. ¿Por qué se aprendió todas esas historias? ¿Por qué te las enseñó?

Tiene razón.

—¿Crees que mi padre…?

No me salen las palabras y a ella le cuesta no tragarse las suyas:

—Puede que Sebastián tuviera razón respecto a ti —dice—. Puede que seas la única forma de conseguir esas reliquias. Como si… Como si tu padre te hubiera preparado una caza del tesoro personalizada o algo. Como si fueras la clave, sí.

¿Es eso posible?

—Son demasiadas coincidencias, Emma.

La imagen de mi padre, de pie frente a aquel cuadro negro, me atrapa de nuevo. La última noche que lo vi. Bueno, aquel último amanecer. Recuerdo el peso de la bolsa y recuerdo el miedo. Sin embargo, por mucho que me esfuerzo, siempre es tan difícil poner en orden mis pensamientos cuando se trata de volver a lo que ocurrió entonces…

No soy tonta.

Sé que lo estoy bloqueando.

Sé que hay algo más.

Por eso estoy aquí.

Por eso estoy buscando las respuestas.

Por eso entiendo a Sebastián cuando actúa de esa forma y por eso entiendo a Sia por querer huir de este lugar. Pero ¿puedo hacer que me entiendan ellos?

—No lo sé, yo…

—No tienes por qué seguir ayudándolo, Emma —insiste mi amiga.

Niego con la cabeza.

—Pero lo necesito —admito—. No es solo por ayudar a Sebastián. Encontrar las reliquias podría… Tengo miedo de que el Corruptor sea lo que volvió loco a mi padre, que él sea quien nos haya estado acosando todo este tiempo.

En cuanto lo digo, ambas escuchamos que el pasillo de piedras

se viene abajo. No es todo el laberinto y no nos ofrece una vía de escape. Sin embargo, Sia y yo tenemos la misma idea a la vez.

—Los secretos y las mentiras nos encierran —repite ella.

—Así que la verdad… debería sacarnos de aquí.

Aunque suene tonto, no tenemos nada que perder. Sia se vuelve hacia una pared y le habla con su confianza contundente.

—No me gusta la comida china —dice—. Solo la como porque Emma piensa que me gusta.

Ahogo una risa cuando veo que, al parecer, es cierto. Porque el muro que tiene delante cae. Sia se vuelve para mirarme, liberada y algo abochornada por la idea.

—¿De verdad?

—Es muy aceitosa —protesta—. Pero a ti te gusta, así que no me quejo.

Niego con la cabeza y decido que nuestra mejor opción es seguir adelante y hacer lo mismo que ha hecho Sia.

—Estoy hasta las narices de ver pelis de miedo —digo, sincera—. Quiero que podamos ver una comedia romántica de vez en cuando.

—Pero ¡si yo no he dicho que no podamos!

—Nunca me dejas elegir la peli —protesto.

Aunque Sia está dispuesta a defenderse, la piedra cae dándome la razón. Por eso añado:

—Y no siento nada por Kevin —lo digo con contundencia—. Ni me atrae ni me deja de atraer. Es majo, pero eso es todo.

Cuando las dos oímos la piedra caer, Sia pone cara de niña chica. Se cruza de brazos, celosa, y finge que no se lo cree. Pero ambas sabemos que la magia no nos engañaría. Si lo que digo no fuera cierto, no funcionaría.

—Menos mal —responde—. Porque no me cae nada bien. Y odio que te llame Pecas.

—Pfff. No te caería bien nadie que me parezca interesante —añado arrogante—, porque eso te hace sentir incómoda.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad, Sia.

—¡Que no! Emma, es un cuatrojos enamorado de cuatro piedras que no deja de babear por ti. No es ni buen partido. Solo me preocupo por ti. ¡Podrías tener a quien te diera la gana!

Me quedo callada y le dedico una mirada a las piedras. Ninguna se ha movido, por lo que Sia lo intenta de nuevo, con insistencia.

—No estoy celosa de Kevin.

Suelto una carcajada cuando los segundos pasan y nada ocurre. Sí lo está. O lo estaba. Razón por la que, y esto es solo para mi deleite, se ruboriza.

—Estás siendo un poco injusta conmigo, eh —responde.

—¿Por qué? Tú llevas friéndome todo el día con lo horrible que es Sebastián. Además, eres tú quien se ha metido en el lío de decir verdades.

Ella niega con la cabeza.

—Está bien, si lo que quieres es oírlo, que así sea —añade. Se vuelve para hablarle a la pared—. Siento celos de cualquier persona con la que Emma decida pasar tiempo porque sé que, en el fondo, cualquier persona sería mejor para ella que yo.

Abro la boca, pero no consigo decir nada. La pared cae y Sia, que siempre ha sido así, no se detiene.

—De hecho, incluso el gilipollas de Sebastián me parece mejor que yo.

La veo avanzar, derrotando muros.

—En el fondo, solo soy una egoísta que quiere que Emma me elija a mí —dice—. Pero me da pavor decírselo, porque no sé qué haría si yo no fuera la elegida.

—Sia.

—Soy una cobarde —añade— y esa es la única razón por la que nunca podremos estar juntas.

La luz del sol recorta su silueta y Sia, orgullosa, ni siquiera se vuelve para mirarme. Yo la miro a ella. Veo sus hombros tensos y me pregunto por qué. ¿Por qué ahora? ¿Por qué decirlo? ¿Por qué así?

Pero lo cierto es que parece que se quita un peso de encima cuando lo dice. Cuando se confiesa.

La alcanzo, está de pie frente a la salida del laberinto, y no puedo evitar decirle mi verdad.

Busco su mano con la mía.

—Yo siempre he creído que eres la persona más valiente del mundo, Sia.

Ella me dedica una mirada, como si no creyera lo que le digo, pero estuviera dispuesta a aceptarlo como premio de consolación.

Sus dedos se enredan con los míos y las paredes restantes caen.

Por suerte, el laberinto no nos engulle en el proceso. Las piedras regresan al suelo y se acumulan en diferentes montículos, lejos de nosotras. La luz regresa y, cegadas, nos descubrimos en el borde de lo que parece un claro.

Frente a nuestros ojos, los montículos se apilan y se transforman en centinelas de piedra. Se colocan como pilares alrededor de lo que parece un trono. O las raíces de un árbol hermoso y alto cuya copa rosada le añade una belleza incalculable al lugar.

En él, hay una hermosa criatura sentada.

Tiene toda su atención puesta en nosotras. Dos ojos ciegos, como lunas, nos observan con intención. El pelo largo se le mueve cuando se levanta, acepta nuestra presencia y se nos acerca un par de pasos.

Aunque mi primer instinto es retroceder, no me muevo.

—Hay runas en el suelo —observa Sia—. Si entramos en el círculo, no podremos salir a menos que nos deje.

La criatura ríe y su vestido desciende por los escalones hacia nosotras como el río del alba. los colores son impresionantes, como los de la luz del cuadro que pintó mi padre.

Mi mente lo asimila antes de que yo pueda comprenderlo siquiera.

—La reina de los elfos —murmuro.

—La Reina Magna —me corrige Sia.

Y nuestros mundos se entretejen para mostrarnos a la criatura que se acerca a nosotras como lo que es: el custodio del cuadro.

—No podréis hacer nada a menos que yo esté de acuerdo con ello —dice—. Sin embargo, las runas son para protegernos, no para herirnos. No nos sobra el tiempo.

La doblegadora abre la boca y la cierra.

Azorada, asiente. No obstante, aunque las dos podemos sentirnos como idiotas por creer en leyendas y mitos, parece que todo a lo que nos atenemos nos da la razón: el laberinto, los centinelas, las runas. Incluso el aspecto de la criatura que nos observa parece estar de acuerdo con nuestra teoría.

La reina se detiene, es alta y esbelta, con la vista fija en nosotras, alza una mano. Como si obedecieran, sus centinelas de piedra se dan la vuelta y nos ignoran manteniendo la vista fija en las lindes del bosque.

Viendo el cabello blanco de la reina, no puedo evitar pensar en lady Basira.

—Tu Guardián me dio un nombre en su momento —explica solemne—, mas el tiempo lo ha borrado. El vuestro, me temo, también ha cambiado. ¿Me equivoco?

Me mira directamente a mí.

—No —vacilo—. No, mi nombre sigue siendo Emma.

Y ella sonríe como si lo encontrara gracioso.

—Emma. —Me observa con el ceño fruncido y después descarta una idea—. Ah, ya veo. Qué curioso.

Lo anuncia como si saboreara las palabras.

—¿Y vuestro fiel caballero? —dice con una sonrisa sutil—. ¿Tiene nombre?

Me vuelvo para mirar a Sia, que endereza los hombros. Su mirada supervisa el círculo de runas y busca más rostros entre los árboles. De hecho, los encuentra. Entonces veo a los caballeros de la reina: sus cabellos blancos, sus arcos escondidos entre los árboles.

Entiendo por qué la llama «mi caballero», porque parece a punto de lanzarse a la batalla de un momento a otro.

—Ella es Sia —explico cordial—. Es mi mejor amiga.

La reina asiente y, con un simple gesto, hace que los centinelas de piedra guarden el trono en el que estaba sentada cuando hemos llegado.

Nosotras estamos dentro del círculo, mientras que el resto de su pequeña comitiva nos observa desde fuera. El gesto parece hacer dudar a Sia, que ahora busca cualquier resquicio de peligro en la reina o en los que nos apuntan con arcos desde los confines del claro.

Juraría que la reina intenta parecer conciliadora, pero sus dientes de tiburón resultan la mar de inquietantes.

—¿Solo sois vosotros? —pregunto ágil.

A diferencia de las noxfloras o de las sirenas, la reina está protegida por cinco centinelas que ella misma parece haber construido o, al menos, gobierna como una extensión de sí misma. Su mirada se pierde entre los árboles con algo de nostalgia y yo solo

cuento tres arqueros.

—Somos el último bastión de quienes fuimos —dice sin demasiada emoción—. Todo cuanto queda.

La miro sin entender a qué se refiere.

—¿Qué ocurrió con el resto?

—La oscuridad ha sesgado su tiempo y el nuestro, Emma —insiste la reina solemne—. Vuestros trucos y nuestras promesas son el origen del fin de un mundo que jamás respetasteis. He aquí vuestro fracaso, en un lugar sin honor. Y he aquí nuestro cementerio.

Se me hiela la sangre.

—¿A qué te refieres?

—Apuesto a que pensáis que los cuadros no son más que fábulas o historias —sigue. Mira a Sia con desprecio—. ¿Buscáis la espada de Celyat? No la encontraréis, Sia. Todo cuanto pudimos tener jamás ha sido saboteado y destruido por gentes como vos. Sin embargo, mi misión continúa siendo la misma: cumplo la promesa de mis ancestros y os devolveré la reliquia que nos confinasteis para poder nutrir al monstruo que retenéis en esa trampa para ratones que llamáis tiempo.

Sus palabras son complejas, como si construyera un poema. Pero no son imposibles de seguir.

—El Corruptor —adivino—. El Corruptor ha estado aquí.

Su mirada se torna fría, distante.

—Debéis pasar la prueba como lo hicisteis antaño, Emma —ofrece—. Incluso si debo ser el último bastión, que así sea. Nuestra promesa con vosotros se cumple y somos libres de partir de una vez por todas.

Sia intercede.

—¿Antaño?

—No tenemos más tiempo para explicaciones —brama la reina.

Esta vez, se acerca y extiende una mano frente a mí. Aunque Sia vacila, acepto el gesto y coloco mi mano sobre la de la reina. Ella me observa y me muestra un anillo.

Es una banda de oro simple, corriente y moliente.

—En esta vieja promesa se halla una verdad que has querido ignorar —anuncia como si fueran los votos de una antigua profecía —. Para entregártela, debes probar que eres capaz de soportarla.

Asiento.

—Estoy dispuesta.

—¿Segura?

Asiento de nuevo. Sia nos observa con precaución.

—Así como Gael de Valemir no es el padre de tu amado príncipe, Ciro no es quien os engendró, Emma —dice—. La respuesta no se halla en él.

Siento de nuevo esa motosierra y Sia me mira como si entendiera exactamente cómo me siento.

Mantengo la compostura bajo la supervisión de la reina, que evalúa si puedo aceptar la información. No hay ninguna prueba, aunque puedo sentir sus ojos, como dos de las tres lunas de Valemir, puestos en mí.

En ellos puedo recordar el destello de una espada, la trenza.

Mi corazón se acelera.

—La respuesta se halla en ella —concede.

La reina deposita el anillo en la palma de mi mano con cuidado.

—Las mentiras y los secretos nos encierran —dice y puedo oír el eco de la voz de Ciro en sus palabras. La reina me pone el anillo ella misma—. No dejes que nuestro sacrificio sea en vano, Emma.

—¿Qué sacrificio?

—Acaba con él —exige.

Y, tan pronto como sus labios rozan las últimas letras de su petición, algo devora la luz e inunda el último bastión de la Reina Magna.

34

Algo surge del trono. Como si este no fuera más que un huevo eclosionando. Reina Magna, Sia y yo retrocedemos. Vemos la extensión de unas patas, largas como las de una araña, buscando el suelo. Oscuras como el carbón, son finas y parecen hechas de fibra, como de hilo.

Tardo un instante en comprenderlo.

Es pelo.

—¡Emma, cuidado!

Sia se lanza sobre mí y consigue apartarme de la trayectoria de uno de los látigos. Aunque no tengo tiempo para pensarlo, el pensamiento llega de todos modos.

Es el Corruptor.

Sea lo que sea que nos ataca, tiene que ver con él.

Lo que la reina ha dicho sobre sus mundos, los cuadros, la madera del Bosque de los Marcos, las teorías de Sebastián. Si el mundo humano y Valemir están conectados, ¿qué impide la existencia de otros universos como el suyo? El mundo de las noxfloras, el mar de las sirenas, los mitos y las leyendas que mi padre contaba de la mano con sus notas sobre las aventuras.

Los ha estado consumiendo.

Uno a uno, más allá del tiempo o el espacio.

Hay demasiadas piezas del puzle y también hay algo intentando

destrozarlas. Ese algo debe de ser él. Y tengo la ligera sospecha de que no quiere que sepa más de lo que ya sé.

—Tenemos que salir de aquí —digo—. Ahora.

Es imposible ganar contra él.

Me apoyo en el brazo de Sia para poder ver mejor nuestra situación: los látigos que han salido del trono han derribado a un par de centinelas de la Reina Magna, los cuales se retuercen en el suelo.

Aunque ella es capaz de detener el avance de algunas de las cuerdas, estas toman posesión de sus criaturas.

La reina grita cuando uno de sus centinelas cae. Otro asesta un golpe certero, pero, aunque lo intenta, la piedra vuelve a reconstruir a la criatura. Lo que antes parecía un guardián de piedra es ahora apenas un títere. El mismo que los látigos utilizan para romperle el cráneo a uno de los arqueros de la reina.

La magia del Corruptor aprovecha los pedazos de su propio destrozo, de ahí su nombre, y alzan al arquero de nuevo.

—¡Sia, cuidado! —grito.

Otro centinela comprometido arremete contra ella y es capaz de lanzarla lejos de mí. Grito e intento seguirla, pero no lo consigo. El arquero dispara y apenas logro esquivar la flecha a tiempo de puro milagro.

La Reina Magna tira de mí y me arrastra lejos de la trayectoria de los ataques. Sin embargo, uno de los centinelas de piedra arremete contra ambas. De un golpe, nos separa y me atrapa.

Consigue levantarme del suelo con total impunidad. Me agarra la mano, la del anillo, la reliquia de Amira, y me sostiene en alto.

—¡Emma!

Cuando grita, una flecha surca el aire y se dirige hacia mi captor. No llego a ver qué ocurre, si le da o no. El centinela me alza y me zarandea. Aunque pataleo e intento soltarme, lo único que consigo

es descubrir que vuelvo a estar atrapada.

Esposada.

Siento las heridas de mi muñeca reabrirse y me parece escuchar la carcajada de Cleia en mis recuerdos.

Los látigos hechos de pelo cordado son capaces de quitarme el anillo, de arrebatármelo, demostrando así que yo tenía razón.

Es lo que quiere.

Las reliquias.

—¡No!

La Reina Magna intenta interceder, pero algo la detiene. Uno de los látigos la atraviesa por el centro y sus dos arqueros se centran en intentar rescatarla del ataque.

Enfadada y esperanzada a partes iguales, coloco la palma abierta sobre la piedra. Si bien Sia dijo que podía ayudarme a controlar mis emociones, ahora mismo dejo que sean mis emociones las que me guíen.

Quiero deshacerme de mi atacante.

Quiero ayudar a la reina, quien, pese a la herida, pelea contra la figura que nace del trono.

Quiero salvar a Sia, que gime a lo lejos, y lucha por defenderme a mí, porque yo le he pedido que lo haga.

Siento la luz blanca antes de que llegue y la orden que le doy es la más directa que le he dado hasta ahora.

Quiero destruir al centinela.

Quiero que se destruya a sí mismo.

El centinela de piedra se tambalea. Como si la propia luz hiciera que el dominio de la magia corruptora se retirara, mi orden se hace mucho más diestra. Caigo al suelo porque me suelta y, desde ahí, cierro los puños con fuerza y me centro en lo que deseo.

Deseo que no pueda hacernos daño.

La luz obedece y, con certeza, atraviesa cada recoveco de mi atacante. Un corte, otro, un tercero. Como estrellas fugaces, algo se asegura de que las extremidades del centinela resulten inútiles. La magia oscura se desvanece como lo ha hecho otras veces, frente a la destreza de Sebastián, pero esta vez parece que algo más surge.

Una silueta.

Aunque por un segundo me gustaría pensar que es él, lo cierto es que prefiero saber que está a salvo.

—Levántate —me pide.

La mujer me agarra de las manos y me pone en pie. Su rostro me resulta familiar, pero imposible. Su mirada recorre mi cuerpo como si intentara descubrir si estoy herida de muerte o no. Parece que lo que ve le satisface, porque no espera ni un segundo más.

Lleva piezas de armadura viejas y oxidadas, así como el pelo trenzado y blanco.

Parece agotada.

—¿Quién…?

—Emma, tienes que sacar a Sia de aquí.

—Pero…

—Olvida todo lo demás: sal del cuadro, Emma.

Quizá porque sé que tiene razón o quizá porque la orden es tan clara que es imposible rebatirla, le hago caso. Pese al dolor y a que he perdido la reliquia, lo único que me importa es encontrar a Sia. Le echo un vistazo al extraño círculo del bosque, donde la luz se ha desvanecido y las siluetas luchan contra sí mismas.

La imagen de la Reina Magna en el suelo me parte el alma y su última petición hace que se me encoja el corazón. Se abraza a sí misma, con la otra mano en el aire, suplicándole a su arquero comprometido que no dispare.

Oigo el siseo de la cuerda.

Me pitan los oídos.

—Sia. ¡Sia!

Mis brazos encuentran los suyos y descubro que mi amiga se las ha apañado mucho mejor que yo. Blandiendo una de las espadas de los guardias de la reina, parece que ha sido capaz de mantenerse en pie.

—¡Eso es el puto Corruptor! —anuncia apuntando con la espada al centro del trono.

En cuanto lo hace, ambas podemos ver a la figura que se ha sentado. La figura que nos mira a las dos como suele mirarme en mis pesadillas.

Mi verdad ineludible.

—Rápido —le pido—. Tenemos que salir de aquí.

Tiro de ella hacia el exterior del círculo de runas con la esperanza de que eso sea suficiente. Sia se apoya en mí y yo la ayudo a caminar. Creo que se ha hecho daño en el pie luchando, pero no puedo detenerme a comprobarlo.

Vuelvo la vista atrás y no logro ver nada.

Al recordar a la mujer de la trenza y la armadura, siento un dolor incipiente en las sienes. El pitido regresa.

Lo siguiente que sé es que estamos de nuevo en el estudio de Sebastián. Sé que Sia todavía tiene la espada en la mano, como recordatorio de dónde hemos estado. Que la clava en el cuadro antes de que lo que sea que acaba de devorar su universo pueda llegar a nosotras y que no va a ser suficiente.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en la calidez de mis manos, en lo denso y líquido que es lo que me las mancha.

Es sangre.

Y, cuando Sia se lleva las manos al costado, entiendo que no es mía.

35

Sia se tambalea.

Yo busco algo en lo que apoyarla, aunque tengo las manos temblorosas.

Veo que se sostiene la ropa contra el costado y escucho sus arrullos mientras me pide que no me preocupe; mientras me dice que está bien, que no hace falta que llore. Pero no está bien. Está sangrando.

Y la herida que encuentro es horrorosa.

Me olvido de la historia del cuadro, la historia de mi familia o la idea de las reliquias. Sostengo el cuerpo de Sia con las manos y me aseguro de ayudarla a tumbarse en el suelo para que no pierda el equilibrio.

—¡Sia, estás sangrando!

Ella hace un gesto de broma que intenta ocultar su dolor.

—Eso parece, sí.

Me limpio las mejillas con las manos sucias y maldigo en voz alta. Casi de forma instintiva, me deshago de su ropa para ver mejor la herida. Es larga, profunda. La sangre brota a borbotones negros. Pero nada de eso importa. La verdad es que no. No necesito analizar el corte para darle los puntos de sutura necesarios.

En cuanto coloco la mano sobre la herida, sé que podría dejarme la vida intentando cerrarla si eso supusiera que Sia no pasa ni un

solo instante de dolor más.

Centro todas mis fuerzas y todas mis energías en hacer que la orden llegue hasta su piel. Me mancho las manos y busco el destello de esa luz blanca, de esa afinidad. Recuerdo el agua de la bañera, mis propias heridas, las extrañas palabras de Cleia.

No tengo ningún sello visible, ningún apellido que explique por qué puedo hacer lo que hago, pero recuerdo el día que conocí a Sia y la súplica en su mirada.

Nadie jamás ha estado tan lleno de vida como Sia y no pienso dejar que se la arrebaten. Mucho menos por mi culpa.

Es ella quien me sostiene por la muñeca para que me detenga.

—Para —me pide—. Para, Emma, detente.

Frustrada, me aparto las lágrimas de la cara. Pero, cuando le miro el costado y los cortes, sé que no se ha curado del todo.

—Puedo curarte —suplico.

—Vas a agotar tus fuerzas —insiste ella—. No sirve de nada si te matas intentando salvarme…

—¡¿Y TÚ?! —protesto dolida—. ¿Qué es lo que estás haciendo tú, eh?

Me mira como si hubiera perdido el horizonte. Todavía dolorida, Sia se incorpora un poco y yo la empujo sin fuerza ninguna descargando mi rabia con ella.

—¡Estás dispuesta a sacrificarlo todo sin pensarlo! —protesta.

—Emma, haría cualquier cosa por ti.

—¡Yo no te lo he pedido! —sollozo.

Sia me detiene de nuevo y me sostiene la mirada. Pero yo no puedo dejar de pensar en que toda esa sangre es por mí. Que siempre va a haber alguien herido por mi culpa.

Que es mi culpa.

—Lo hago porque te quiero, Emma —repite—. Si eso implica

tener que pelearme con seres mitológicos poseídos en un cuadro, ¡que así sea! No seas cabezona, ¿quieres? Acaban de darme una buena paliza.

Siento cómo los hombros se me hunden y suelto todo el aire despacio, buscando las fuerzas para no regañarle otra vez. La vergüenza se apodera de mí, pero Sia solo hace un pequeño gesto de dolor cuando se sienta mejor en el suelo y me mira.

—Vas a flipar cuando te veas en el espejo —dice.

—¿A qué te refieres?

Sia me muestra otro mechón de mi propio pelo: es blanco. Cleia no mentía: todo tiene un precio. La sangre ha vuelto al cuerpo de Sia, los cortes se han cerrado y ahora solo son moratones.

Si el precio es el color de mi pelo, no me da ninguna pena.

—No te queda nada mal —susurra.

Suelto una risita y suspiro, dejando que la habitación se quede en silencio.

—Agh, no soporto la idea de decirte esto, pero…

—¿Hum?

—Parece que Sebastián tenía razón —dice a regañadientes—. Y los lazos deben de ser una especie de protección.

Cuando me vuelvo, eso es lo que descubro: aunque Sia ha clavado la espada en el cuadro, la magia del Corruptor nos ha seguido. Ella no es exorcista, así que asumo que ha sido por eso. Sin embargo, las protecciones la han retenido en el perímetro designado para el cuadro. Frunzo el ceño, preguntándome si vamos a meternos en un lío muy grande por eso.

Y entonces lo recuerdo.

—Sia, he perdido la reliquia —suelto derrotada—. ¿Qué cojones vamos a hacer ahora?

Ella me sostiene la mirada. De la nada, y con todo el orgullo del

mundo, alza la mano para mostrarme la alianza de oro que lleva en el dedo anular.

—Ah, Emma, ¿qué harías sin mí?

Abro los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho —responde—: soy una mujer preparada para cualquier cosa.

—Pero se me cayó y…

—Lo recuperé del suelo antes de que uno de los guardias de la reina lo atrapara —ofrece—. Por eso me ensartaron como un pinchito. De ahí saqué la espada. ¿No pensarías que conseguirían atacarme así como así? Te sorprenderá saber que tuve un entrenador de esgrima bastante bueno.

—Estás loca.

—Mira quién habla —responde con una risita—. Quizá por eso hacemos buen equipo.

Aunque le cuesta moverse y tomo nota mental de intentar volver a curarla en cuanto pueda. En cuanto haya descansado. Ella, sin embargo, se quita el anillo. Toma mi mano y, aunque parece dudar, al final me lo coloca en la palma y la cubre cerrándome los dedos.

La sostiene ahí.

Creo que las dos estamos pensando lo mismo cuando nos miramos.

El peso de las últimas horas se apodera de nosotras y las consecuencias de lo ocurrido en el interior del cuadro son demasiado grandes como para que podamos lidiar con ellas nosotras solas. Lo que la reina ha dicho sobre mi padre, la presencia del Corruptor en el interior del cuadro…

Tenemos tres de las cuatro reliquias.

—Hemos prometido no guardar más secretos —murmuro con

toda la intención.

Ella suspira molesta. Pero supongo que dice la verdad cuando asegura que haría cualquier cosa por mí. Se deja caer hacia atrás, volviendo al suelo, y decide hacerse la gruñona un poco más.

«Tal vez puede leerme la mente», pienso, porque creo que las dos coincidimos en que la única forma en la que podemos seguir adelante es hablando con cierta persona.

—No voy a ser agradable con él —protesta.

Se refiere a Sebastián.

—Solo necesito que seas civilizada —le pido.

—Y no me comprometo a ello.

EL SACRIFICIO

36

Para ser alguien que parecía haberse quedado sin palabras al vernos entrar en sus aposentos de la nada y que ha guardado silencio como un muerto durante nuestra confesión, Sebastián lleva regañándonos casi una hora y media. Yo estoy de pie, con los brazos cruzados, escuchando con paciencia. Imagino que es mejor que descargue toda su frustración de una. Sia, que está sentada en una de las sillas del despacho del príncipe, encuentra mi mirada y me dedica una mueca divertida.

Aprieto los labios para no reírme.

Cuando el príncipe, que está a mitad de su discurso, sigue mi mirada y se topa con otro gesto muy distinto, es como si se le renovaran las fuerzas. Cualquiera diría que el bostezo que se le escapa a Sia es un crimen capital.

—Eres tan insolente como irresponsable, lady Anastasia du Mort —brama—. Cada amanecer desde el último me arrepiento de no haberme deshecho de ti yo mismo cuando tuve la oportunidad.

—¡Uy, con el nombre completo y todo! Ahora sí se puso serio, Em —se burla.

Sebastián se vuelve a mirarme.

—Podrías haber muerto —suelta airado—. O peor aún: vuestros cuerpos podrían haber servido de vehículo a algún espíritu arcano para entrar en el castillo y destruir aún más protecciones y…

—Ya, ya, ¡déjala en paz! —lo interrumpe Sia con sus protestas—. A todo le pones pegas, chico. Estamos vivas y te lo estamos contando todo. ¿Qué más quieres? ¡Jesús! Había olvidado lo horroroso que era estar cerca de ti.

Sebastián guarda silencio durante un milisegundo y después explota de nuevo.

—¡Soy tu príncipe! —ruge—. Me hablarás con el respeto debido y dejarás de comportarte como una… O… ¡¿Quién cojones es Jesús?! ¿Qué pinta en esto?

Esta vez soy yo la que mete la pata y suelta una carcajada. No puedo evitar reírme cuando entiendo por qué su pregunta me resulta tan graciosa. Porque no sabe quién es Jesús, por supuesto.

Sia me mira con un cansancio fingido, pone otra mueca divertida, y es en su mirada que entiendo la mayor diferencia entre el príncipe y ella.

Sebastián es de Valemir y solo ha existido en Valemir.

Sia ya no pertenece a este lugar, sino a Madrid, al mundo humano.

Y quiere hacerlo.

La sobriedad de Sebastián se reduce a marchas forzadas frente a Sia y lo enervante que parece resultarle. Me cubro la boca para detener la risa, porque no quiero echar más leña al fuego y Sebastián me mira como si tuviera que reprimir el impulso de condenarme de por vida a los calabozos.

—Perdón.

—Olvidemos a Jesusito, que no tiene culpa ninguna de nada —propone Sia— y centrémonos en lo importante: hemos conseguido la tercera reliquia que tanto querías. Y sin tu ayuda, por cierto. ¡De nada!

Sebastián contrataca.

—Casi mueres en el proceso.

—Y tú casi la espichas cuando te lanzaste a las sirenas como un idiota, ya que nos ponemos a hacer listas. —Cuando Sebastián se tensa, Sia sonríe de nuevo—. ¿Qué? ¿Pensabas que no me iba a enterar? Oh, mi príncipe, deberías saber que no hay nada de lo que no pueda enterarme.

—Erré en un cálculo —responde de repente, abochornado—. En uno. Uno de los trescientos cálculos que debo hacer porque tengo responsabilidades y me hago cargo de ellas. Tú eres una traidora y una egoísta que casi muere porque sí y, lo que es peor, para mi desgracia y sorpresa no lo has hecho. —Sebastián me lanza una mirada furtiva—. Emma, ¿por qué no mencionaste jamás que eres capaz de acceder a La Fuente?

«Porque no quería que nadie supiera que puedo hacer nada que no entiendo» es la respuesta que debería dar, porque es la más honesta.

Sin embargo, me encojo de hombros y no contesto nada.

—Resulta curioso, porque no tienes ninguno de los sellos —sigue.

Sia se incorpora en su asiento, con la nariz arrugada, celosa.

—Ah, ¿y cómo sabes tú eso?

—Simplemente lo sé.

—No te hagas el donjuán. Eso funciona con otras —se mofa mi amiga—. ¿Has puesto a Rilke y a Irina a investigar? Ah, ahí está. ¿Ves? Nuestro largo noviazgo dio sus frutos. Emma, toma nota, si pillas a Sebastián con las manos en la masa, mira al suelo como un perrito.

Y es cierto.

Cosa que solo ofende más al aludido.

Lo veo clavar la vista en la ventana que hay detrás de Sia como

si eso fuera a contradecir lo que ella ha dicho, pero va tarde. En lugar de llevarle la contraria, como yo misma he hecho hace dos segundos, se encoge de hombros. Y, aunque no hace tanto tiempo que conozco a este nuevo Sebastián, juraría que lo hace por la misma razón por la que lo he hecho yo.

Tiene una respuesta, pero no va a admitir nada.

De hecho, ahora que lo pienso, Rilke e Irina me obligaron a enseñarles el paladar en un momento dado. Aunque me pareció raro, no le di mayor importancia.

Ahora todo encaja: las palmas de mis manos, las palmas de mis pies, el paladar. Son los lugares en los que están los sellos. Yo misma he ido descubriéndolo estos días. La suya está en el cuello, la de Sia dentro de la boca.

—No es por meter mierda, pero si no empezamos a ser más sinceros los unos con los otros —suelta Sia—, quizá no salgamos de esta. Y no sois los únicos interesados en mantener el equilibrio y que las cosas vuelvan a su cauce. Quiero recordaros que estoy aquí, arriesgándome a que mis padres, a quienes odio por encima de todas las cosas, descubran que fingí mi muerte para librarme de todos vosotros.

—Nadie te lo ha pedido —resopla Sebastián.

Le lanzo una mirada.

—Yo sí —suelto rápida—. Gracias por ayudarnos, Sia. Y tienes razón.

Ella le dedica un gesto cargado de retintín al príncipe y se reclina en su asiento, contenta de recibir mi apoyo.

—Creo que ninguno de nosotros puede permitirse mantener más secretos —añado desde mi posición—. Ya te hemos contado lo ocurrido en el cuadro y hemos escuchado tus reproches. La situación sigue siendo la misma. ¿Qué hacemos ahora?

Sebastián suspira, cruza los brazos y después los descruza.

Tiene ojeras.

Profundas.

Y sé que no ha dormido demasiado en los últimos días. Sé que ha estado buscando a su madre y lidiando con las malas noticias. Sé que sigue ocultándonos cosas y que hay demasiados frentes abiertos.

Pero este es nuestro frente común: las reliquias.

—Puede que tuvieras más razón de lo que creías —observo—. Puede que todo esto tenga que ver con el Corruptor, con Amira y el desequilibrio de La Fuente. Incluso puede que eso explique por qué, siendo una simple humana, puedo acceder a ella.

—Pues claro que tenía razón —protesta él—. Por supuesto que la figura más terrorífica de nuestra historia iba a elegir regresar justamente para…

—¡Buaaa, buaaa! —interrumpe Sia—. Soy el príncipe más desgraciado de la historia, el reino me odia y soy un bastardo. ¡Mis planes! ¡Mis queridos planes!

—Sia —la corto.

Ella se calla tan pronto como me oye hablar.

—¿Sebastián?

El susodicho se vuelve, controlando sus emociones, y rechaza su turno para hablar. Es obvio que está intentando no empezar otra pelea y acepta mi nuevo rol como mediadora. Me muevo. Sia sigue sentada tras el escritorio de Sebastián, con los pies en la mesa. Él está al otro lado del mismo, mordiéndose el pulgar.

Y yo estoy entre ambos, de pie, y necesito que dejen de pelearse como niños.

—Sigo sin entender por qué no te postulas de una vez —protesta Sia contrariada.

Soy yo quien contesta por él:

—Quiere asegurarse de hacer posible la profecía de lady Basira —explico—. Su madre dijo que la noche en la que la Casa de Amira se postulara, se alzaría el verdadero rey de Valemir. Pero teme que la interpretación de la profecía sea muy libre y tener las reliquias parece ser crucial porque…

—Porque mi madre dijo que las cuatro reliquias debían estar en el castillo para entonces —dice, casi sin pensarlo, mirándome con el ceño fruncido—. Pero ¿cómo sabes tú eso?

Carraspeo, me siento algo atrapada.

No puedo decirle que usé la máscara para espiarlo porque eso lo enviaría de cabeza a otra espiral de paranoia. Lanzo una mirada de reojo al objeto, que se encuentra tras la vitrina, pero me corrijo tan pronto como me doy cuenta de lo que ocurre.

No sé si confesarme ahora juega a mi favor. Soy consciente de lo hipócrita que es eso, pero…

—¿Qué pasa? ¿Te molesta no ser el único cerebrito del equipo? —lanza Sia, que sí sabe la verdad.

Sebastián la apunta con el dedo.

—Tú no formas parte del equipo.

—Esa es tu opinión —rechista—. Si Emma está en el equipo, yo estoy en el equipo. Vete haciendo a la idea.

Casi como una protesta, él se vuelve para mirarme. Hay rabia contenida y algo de súplica en la mirada que me lanza. Esta vez, no me achanto. Me recuerdo a mí misma todo de lo que es capaz el príncipe. Creo que puede aguantar con tener que lidiar con Sia, mi mejor amiga y su exprometida, para salvar su mundo.

Si está tan entregado a su reino como para apresarme y obligarme a entrar en uno de los cuadros, que ponga un poco de empeño en hacer que esto funcione.

—Sia está en mi equipo, por supuesto —respondo—. La verdadera pregunta es si lo estás tú, Sebastián.

Él abre la boca, ofendido, y mi amiga suelta una carcajada de orgullo.

—Por supuesto que estoy en tu equipo —responde él fingiendo que le duele—. ¡Es mi equipo!

Yo le dedico una mirada cargada de desafío.

—Eso no es muy de jugar en equipo por tu parte —protesto—. Es nuestro equipo.

Él me sostiene la mirada apretando los labios. Y no lo sabe, pero creo que sospecha que sé que sigue estando de pie, delante de mí, y que sabe más de lo que me cuenta.

Sabe dónde está mi padre.

Sigue teniendo respuestas que me ha prometido y creo que entiendo que la única razón por la que no me las da es porque cree que saldré corriendo en cuanto las tenga.

Pero no lo hago, ¿verdad?

Sigo rompiendo sus expectativas, como él destroza mis esperanzas.

—Voy a tomarme este silencio como una vía de escape. —Con un gesto divertido, Sia se pone en pie—. Porque la idea de ver cómo os lanzáis miraditas un solo segundo más me está dando arcadas.

Sebastián la fusila con la mirada.

—¿Es posible que sean las costillas rotas? —responde con la misma inquina que ella.

—No, estoy segura de que sois vosotros dos.

—Haz que te miren los moratones —exijo mientras se aleja.

—A sus órdenes, excelencia —añade con retintín—. Os veré a la hora de la cena.

Sia no se vuelve y sé que está haciendo algo que no quiere

hacer porque cierra la puerta con cuidado.

La conozco.

Más que a nadie.

Me sé todos sus trucos y sus expresiones. Y ella, al parecer, conoce muchos de los míos… y de los de Sebastián, que frunce el ceño y niega con la cabeza todavía con la vista clavada en la puerta.

Cuando sus ojos negros se posan en los míos de nuevo, sé que hay una conversación en el aire.

Nos hemos quedado a solas y en silencio.

—Usé la máscara —admito.

—¿La reliquia de Amira? —Parece que la confesión le pilla por sorpresa, pero asiento con convicción—. ¿Cómo?

—Para descubrir lo que me ocultabas. Las noxfloras dijeron que podía usarla para ver a través de otros ojos. Pensé que quizá… Bueno, me arriesgué y funcionó. Y te vi en la cripta esta madrugada, hablando con ser Alaric.

El príncipe abre la boca, pero no se defiende. Tal vez porque teme darme más información de la que pudiera haber obtenido.

En lugar de eso, escucha sin más, contrariado.

—Siento haber invadido tu privacidad —empiezo—, pero tienes que admitir que eres el primero que no ha sido sincero conmigo.

Al final, cede. Sebastián ladea la cabeza y un mechón de pelo le cae sobre la frente. Es como si quisiera pedir clemencia y el recuerdo de su aliento sobre el mío me resulta una tortura.

Le cuesta un instante admitir:

—Es difícil.

—¿El qué?

—Ser sincero —responde—. Contigo. O con cualquiera. La línea es muy fina. Había demasiadas cosas que desconocías y no me gusta equivocarme. Pero tienes razón. Después de lo que ocurrió

con el segundo cuadro, no he podido dejar de pensar en todos los errores que he cometido con respecto a ti.

Alzo una ceja.

—Son unos cuantos.

—Parece que no se me da tan bien como creía lidiar contigo —suspira—. Eres un tanto impredecible.

Lo veo arrugar la nariz y algo en él resulta más cercano de lo que ha sido jamás. Parece arrepentido.

—¿Cuánto escuchaste?

—Para ser tan medido con tus palabras frente a la corte, querido —suelto con intención de torturarlo—, es obvio que dejas que ser Kergalot oiga todos tus pensamientos más profundos. Pero supongo que incluso la Ruina de Valemir necesita un confidente.

Sigue contrariado y se pone arrogante.

—Yo probé a usarla y no lo conseguí —dice intentando cambiar de tema—. Es curioso que tú sí pudieras.

No voy a picar el anzuelo.

—¿Por qué crees que cuanto más te acercas más me alejo? —suelto sin más—. Me muero por oír tus teorías.

Lo veo torcer el gesto de nuevo, intentando recordar qué dijo y cuánto. Creo que, como Sia, estoy empezando a saber leer sus gestos. Sebastián mira al suelo y puedo oír los engranajes de su mente girar a toda velocidad: ¿Qué he visto? ¿Qué pienso de él? ¿Cómo puede asegurarse de que mantiene el control?

Eso solo me hace sentir más cariño por él.

Porque eso es lo que siento.

—Dime, ¿crees que alguna vez descubriré algo lo bastante horroroso? —suelto y es casi una apuesta—. ¿Por eso me ocultas cosas? Porque no sabes cuánto soy capaz de aguantar, porque soy inestable.

Sebastián se aclara la garganta.

Como un niño pequeño, sale en su propia defensa.

—Dicho así, suena peor de lo que es.

—¿Por qué creíste que ocultarme a mi padre te ayudaría?

Él suspira cansado.

—No pensé que fuera óptimo para tu estado —responde—. Parecías desequilibrada y ya tenías bastantes cosas encima como para añadirle una más.

—Así que me lo ocultaste para protegerme.

—En parte —admite—. No voy a esconderme: te necesitaba estable para que me ayudaras a recuperar las reliquias, sí. Tener a tu padre a buen recaudo era información delicada y útil en ciertas circunstancias. Eso no significa que no…

Pongo los ojos en blanco y lo interrumpo:

—Eso no es todo —intuyo—. Lo abandoné una vez. Para ti, es obvio que podría hacerlo de nuevo. Como Sia, soy una irresponsable, traidora y egoísta que abandonó a su propia familia.

—Tu padre estaba enfermo —protesta—. No es la misma situación.…

—Pero sí lo es. Tú no abandonaste a tu madre y estás cumpliendo con tu deber como príncipe por tu padre, pero Sia abandonó todo eso y te abandonó a ti —respondo rápida—. La razón por la que te enfadaste tanto conmigo… Tú mismo lo dijiste aquella noche. Pensaste que iba a abandonarte a ti también, ¿correcto?

Ah.

Sus cejas se alzan con sorpresa y entonces mira al suelo.

Lo admite.

¿Es eso un rubor?

El mechón de pelo que le cae sobre la frente me está distrayendo. Me muero de ganas de peinarlo, de apartárselo de la

cara.

Está lo suficiente cerca y a la vez tan lejos.

Quiero deshacerme de todo eso que nos separa.

—Lo he pensado mucho —admito—. Y, sin duda, me pareces un arrogante y un paranoico. De hecho, lo tuyo roza la sociopatía. ¿Ocultarme que mi padre está en esa cripta? Es despiadado. Pero no es lo peor que has hecho. Has sido bruto, violento y cruel conmigo, con la corte e incluso con Alaric.

Lo veo carraspear y guardar silencio, está encajando el golpe.

—Pero no estoy ciega —sigo—. Desde tu perspectiva, entiendo que yo soy una bomba de relojería, y que el hecho de que me necesitabas para conseguir las reliquias ha determinado muchas de tus decisiones. Decisiones nefastas, pero bueno, visto con perspectiva tienen sentido. Me has visto como a una herramienta más, no como a una persona.

—Emma, eso no es…

Alzo una mano para callarlo.

—No estoy diciendo que eso sea lo único que ves en mí —respondo—. No soy una chiquilla. Sé que la vida es más compleja que ser una cosa u otra. Rara vez somos solo una cosa. Mi padre no era un pintor loco. —Resoplo, al caer en ello—. De hecho, según la Reina Magna, no era más mi padre de lo que Gael era el tuyo.

Parece que la información hace mella ahora en Sebastián también. Llevamos una hora discutiendo detalles que ya conocía, pero este es nuevo para él.

Parpadea y su cerebro empieza a echar humo.

Intento mantenernos en la conversación actual, no desviarnos.

—Sebastián, quiero que sepas que no voy a abandonarte —termino—. Y quiero ayudarte. Incluso cuando escapé, porque tenía miedo, parte de mí siempre ha querido ayudarte. No necesitas hacer

nada para merecer esa ayuda.

Sus ojos se enternecen de repente y aparta la mirada.

—Eres el único amigo que recuerdo haber tenido jamás —digo—. Eres la única otra persona del universo que sabe quién era antes de que esa cosa destruyera la psique de mi padre, antes de que todo se fuera a pique.

Confesar mis sentimientos es mucho más fácil así. Lo cierto es que no sé qué siento exactamente por Sebastián. Todo esto es nuevo para mí, pero lo que digo es cierto. Le explico todo lo que llevo en el corazón: no voy a abandonarlo porque me importa. Quiero ayudarlo de verdad. Todo este tiempo, lo único que he querido hacer ha sido cuidar de él, ofrecerle mi mano.

—Me he pasado la vida huyendo —digo sincera— y no he llegado jamás a ningún lugar en el que pueda sentirme segura.

Intenta decir algo, pero continúo:

—Sebastián, la otra noche, cuando dijiste que no dejarías que me pasara nada, te creí —admito—. Y te creo. Porque recuerdo al chico que fuiste y sé que sigue ahí. Y parte de mí quiere creer que tú recuerdas esa versión de mí y que puedes entendernos a ambas.

Él asiente con cuidado y busca mi mirada.

A mí me tiembla la voz, porque jamás habría podido decir algo así. Sin embargo, siento que necesito decirlo.

—No pertenezco a Valemir y no pertenezco a Madrid —admito casi en un susurro desesperado—. Mi padre no es mi padre y no sé…

—Emma, mírame.

Lo miro. Pero, en cuanto lo hago, la imagen de su mueca de pena me nubla la vista. O las lágrimas me la nublan.

Intento decir algo, intento explicarme.

No puedo dejar de pensar en lo que dijo la reina. Tampoco puedo dejar de pensar en la imagen de la estatua de la cripta o en

la pregunta de Cleia, la que no quise contestar. Siento un nudo en la garganta y me da mucha pena que su madre haya desaparecido.

No puedo dejar de pensar que es culpa mía y que, si hubiera hecho caso de mis pesadillas, quizá hubiera podido rescatarla antes de que ocurriera.

Me siento terriblemente inútil.

Sin embargo, Sebastián me mira como si hubiera encontrado todo lo que buscaba.

—Hay un lugar al que siempre pertenecerás —murmura tirando de mis mejillas—. Emma, conmigo. Allá donde yo esté, siempre habrá un lugar para ti, ¿no lo ves? Tú me perteneces, como yo te pertenezco a ti.

Me busca y me encuentra de nuevo mirándole la boca. Esta vez no se corta ni un pelo y me besa.

Cuando sus labios al fin se posan sobre los míos y pese a que me falta el aire, siento que por fin puedo respirar.

37

Sus labios rozan los míos como si creyera que está tentando a la suerte. Yo me deshago como un terrón de azúcar dentro de su boca.

Siento que su cuerpo busca el mío y encuentro el escritorio que tenía detrás con la punta de los dedos. Él se dobla sobre sí mismo, intentando que nuestra diferencia de altura no sea un problema. Yo, sin apartarme del beso, le encuentro la solución.

Le pongo las manos en mi cintura y él me levanta y me ayuda a sentarme en el escritorio a la vez que su lengua roza la mía. Su boca se abre y su cuerpo se pega al mío. El beso se intensifica y se intensifica. Se desborda cuando él decide besarme la mejilla, la oreja, el cuello.

Desesperada y vestida todavía con el camisón con el que entré al cuadro, me deshago de las capas de ropa de Sebastián que me parecen ahora un insulto y una injusticia. Cuelo la mano al interior de su chaqueta y lo obligo a apartar las manos de mí solo para poder quitársela.

Siento su sonrisa contra mis labios cuando me besa de nuevo.

—Por fin —suspira.

Se me contagia la sonrisa.

—¿Tanto te molestaba?

Me refiero a la chaqueta, pero parece que él piensa en otra cosa, porque niega sutilmente con la cabeza y se ríe para sí mismo.

—¿Cuánto más quieres que confiese, Emma? —gruñe—. ¿No te vale esto?

Siento sus manos buscando el borde del camisón y alzo una ceja, lo detengo antes de que me bese de nuevo.

Lo sostengo por las mejillas con las manos y lo obligo a mirarme a los ojos.

—Todo —exijo—. Si me mientes otra vez, te dejaré tirado en tu estúpido castillo.

Él aprieta los labios y veo que el reto le parece interesante.

—Si me lo permitís, querida, me gustaría ocupar la boca con otros asuntos.

Suelto una carcajada y veo sus ojos puestos en el escote de mi camisón. Aunque duda, cuando deshace el lazo que cierra el escote, lo hace con decisión.

—No he dejado de pensar en ti de esta manera desde la primera cena —admite algo azorado.

—¿Así cómo?

Se ríe contra mi beso.

—Así.

Siento sus manos en mis caderas, la presión de la suya contra la mía y lo que esconde bajo la ropa. Resulta halagador, desde luego, y le pone dimensiones a las ganas que le tengo ahora mismo.

Casi quiero contestar a la injusticia, rodeo sus caderas con las piernas y presiono contra el bulto de sus pantalones. Lo veo cerrar los ojos y mantener el equilibrio contra la mesa y le beso el cuello con cierta travesura.

—Ahora sí te entiendo, ¿ves? —digo divertida.

No sé si es el mejor momento, pero tampoco quiero que pare. No quiero volver a las discusiones ni a las peleas. Por eso lo beso de nuevo.

¿Es una buena idea?

No lo sé.

Solo sé que, por una vez en mi vida, se me han quitado las ganas de ser cauta. Caprichosa, encuentro la forma de colar las manos bajo su blusa, y me pego a él como un punto de sutura. Solo interrumpo uno de sus besos cuando lo obligo a quitarse la prenda para poder acariciarle los hombros y la espalda.

Me mira divertido cuando aparece tras la tela, pero nada lo detiene. Sebastián vuelve a su tarea. Vuelve a besarme, a besar mi cuello y a besarme la clavícula como si hubiera encontrado en ella agua tras años de sequía.

—Puede que yo también haya pensado en ti así —admito dejándome llevar.

—¿Montando a caballo? —murmura contra mi piel.

Asiento.

—Y cuando te vi con las gafas —admito—. Aquí, tan…

—¿Aquí?

Se incorpora de pronto para mirarme, como si yo hubiera admitido un pecado aún mayor que el suyo. Veo la sonrisa traviesa en su boca y planto la mano en su cara antes de que pueda reírse de mí.

—Ah, ya veo. ¿Te gusta que te explique cosas? —bromea.

Puede que, de hecho, lo esté haciendo de todos modos mientras se hunde en mi cuello y lo besa.

—¿Quieres que te guíe un poco, Emma? —susurra.

Sí.

La respuesta es sí.

Desesperadamente.

Nunca me había parecido tan odioso nada como me lo parece la ridícula distancia que nos separa. Puede que sea algo nuevo y

embriagador. Por supuesto que me he acostado con otros hombres, pero… Bueno, ninguno era un príncipe maquiavélico con una clara debilidad por mí y ninguno me importaba demasiado.

Sebastián es diferente.

O me hace sentir diferente. Y ese sentimiento es nuevo, es embriagador.

Cuando se aparta un instante, deslizo la mano por su abdomen hasta que llego al borde de sus pantalones. Me da vergüenza admitir el nivel de súplica que se esconde en mi mirada. Él me observa con algo distinto en sus ojos negros, con ese dichoso mechón de pelo en su frente y yo alzo una ceja con intenciones de provocarle.

Pero él vacila, así que me detengo y cedo.

Siendo sincera, desde donde estoy veo el premio gordo, pero puede que me esté acelerando. Puede que él tenga razón. Pero también puede que todo el reino esté a punto de venirse abajo y que el fin del mundo, la locura y todo lo demás solo me hagan desear este momento aún más. Paso la vista del bulto de sus pantalones a su rostro, y me topo con otro beso, uno más intenso aún.

Me pierdo en él. Sebastián me obliga a arquear la espalda para pegar mi pecho al suyo. Hay cierta timidez ahora en la forma en la que parece esconderse en el beso y también en la forma en la que me toca. Me centro en el tacto y en sus manos, que pasan de mi cintura a mi abdomen. Son las mismas manos que me tienden sobre el escritorio de forma diligente, dedicada. Aunque pierdo el roce de su cadera, el peso de su latido contra al mío, sus labios encuentran mis costillas y mi pecho.

Con un dedo, aparta la tela. Siento el frío de la desnudez cuando alza la blusa y la humedad de su boca me roza la piel de los pezones. Como me sobra la ropa, yo misma me deshago del

camisón y le añado el frío suficiente a la ecuación para que hasta el aliento de Sebastián sirva para ponerme los pelos de punta.

El príncipe coloca su peso sobre mí, doblado sobre la mesa, y su cadera regresa a la mía. Abro las piernas para asegurarme de que puedo acogerlo y me restriego contra él para echarle en cara que siga poniendo ciertas distancias, para fastidiarlo por fastidiarme y querer añadirle paciencia a un momento al que le sobra.

—Emma —se queja.

—Ya estamos prometidos —gruño contra su boca cuando vuelve a por un beso—. Me has hecho prometerme contigo, me has arrastrado por la corte. Me ataste las manos con mi propio corsé. ¿Dónde está esa energía ahora, Bash?

Hay un destello de culpabilidad y algo de curiosidad en su mirada cuando se da cuenta de a qué me refiero. Supongo que está preguntándose hasta dónde estoy dispuesta a llegar o qué quiero. Lo veo calculando, sufre como estoy sufriendo yo. Pero tengo manos y no tengo miedo a usarlas.

Esta vez, las cuelo en el interior de sus pantalones. Como sigue colocado sobre mí, siento mis propios nudillos al otro lado de la tela. Lo oigo tomar aire y tratar de contenerse, pero al mismo tiempo me da espacio. Sebastián se incorpora con suavidad y yo me incorporo con él. Por primera vez desde que llegué a este condenado lugar, siento que tengo las riendas de verdad.

Lo acaricio con cuidado, asegurándome de tener espacio suficiente. Y, con malicia, le devuelvo el golpe bajo con mi propia dosis de paciencia. Siento su frente golpear mi hombro y un pequeño gemido sale de su boca.

—¿En esto habías pensado? —pregunto.

Sinceramente, no sé qué me está pasando, pero me gusta.

Me gusta esta versión de mí misma.

Entre un jadeo y el siguiente, Sebastián encuentra el momento para mirarme a los ojos.

—Nunca he ido tan lejos.

La admisión incluye un rubor y un pequeño quejido cuando me detengo. Para no torturarlo más, reanudo las caricias.

—¿A qué te refieres?

Sebastián tarda en contestar, desconcentrado, así que me detengo hasta que obtengo la respuesta.

—Nunca he ido tan lejos con nadie más —admite.

—¿Nunca?

Niega con la cabeza y él busca mi boca, azorado. Lo beso con cuidado y, cuando retiro la mano del interior de sus pantalones, lo hago porque sé que hay algo más importante que la fantasía del momento.

Parece que acabo de herir su ego, pero él es lo suficiente orgulloso como para no decir nada más. Aprieta los labios. Aunque quizá no sea orgullo. Quizá sean nervios. Quizá sea miedo.

Por supuesto.

Es un desconfiado y lo es por culpa de sus planes maquiavélicos. ¿Qué cabida tiene la intimidad en algo como eso? ¿Qué lugar puede tener el sexo? Lo entiendo, porque yo he sido igual en esa misma medida.

Antes de que Sebastián pueda creer que su confesión ha roto el misterio, le dedico una pequeña sonrisa y me bajo de la mesa.

Él duda.

—Emma, yo…

—Shhh.

Alcanzo la silla del escritorio y la coloco contra la puerta, porque no puedo dejar de pensar en el hecho de que alguien podría entrar en cualquier momento.

Lo veo vacilar, sosteniéndose los pantalones con una mano. Ahí está: sin blusa, con el pelo revuelto y ruborizado hasta las orejas.

—Fuera de esa puerta, eres el príncipe regente y el que se encarga de todo —digo—. Pero a este lado de la puerta, mando yo.

Traga en seco, pero los hombros se le hunden del alivio. Cuando me vuelvo hacia él, está quieto, obediente. Me observa con curiosidad y yo busco algo con lo que recogerme el pelo.

—Voy a enseñarte en qué no puedo dejar de pensar yo exactamente —digo con cierta travesura—. Y la lección va a durar un ratito, Sebastián.

No puedo evitar sonreír, porque es divertido e interesante. Nunca había visto al príncipe así. Cuando me mira desde arriba, juraría que va a salírsele el corazón por la boca.

—¿Aceptas mi propuesta? —pregunto.

Él asiente más que dispuesto, pese a que sigue siendo el mismo arrogante de siempre. Recuerdo que esta fue la misma pregunta que él me hizo a mí, el muy cretino.

—Necesito que lo digas más claro, Sebastián.

Él ladea la cabeza, tiene el orgullo herido. Pero solo porque sé que es lo que desea.

—Emma.

Ahora bien, necesito que lo diga. Si queremos que esto funcione, necesito que me diga las cosas a las claras.

—Pídemelo por favor —digo jugando con la cintura de sus pantalones.

Le tiembla la voz de las ganas.

—¿Por favor?

¿Y quién soy yo para negarle nada si me lo pide así?

38

Cómo llegamos a sus aposentos es un misterio que solo puede explicarse a través de entender que ambos estábamos más que dispuestos a repetir. A echarle empeño al aprendizaje. A hincar los codos y a echar horas extra.

Mientras doy vueltas por su habitación, trasteando con un libro que tenía en la mesita, Sebastián me observa desde la cama como un tonto que está hasta las trancas. En cuanto nuestras miradas coinciden, los dos tenemos que esconder las risillas de nuevo.

Cuando coloco el libro contra la estantería, recuerdo la noche anterior, su mano contra la balda y cómo la estructura entera resistía con templanza para ayudarnos a hacer resistencia. Desde luego, la idea de los libros frente a mí y él a mi espalda resulta ahora de lo más excitante, pero no la mitad de interesante que recordar el ritmo de Sebastián, su respiración contra el oído y mis propios gemidos.

Aparto la vista para distraerme, porque creo que no podemos perder otro día sudando en sus aposentos. La silla que me observa desde la esquina, en la que estaba sentada cuando Sebastián alzo el rostro para mirarme justo antes de lamer el fruto de su labor, no me da mejores ideas.

Alzo la vista al techo.

—¿En qué piensas?

Su boca encuentra mi cuello y cierro los ojos.

—En que tenemos muchas cosas con las que lidiar y deberíamos ponernos manos a la obra.

—Hum. —Su mejilla roza la mía y creo que ve lo mismo que yo: la silla y, en ella, los recuerdos—. Eres muy mala mentirosa, ¿sabías?

Creo que es capaz de leerme la mente cuando ríe un poco y me rodea la cintura con los brazos. Llevo una de sus blusas, aunque mi ropa está tirada junto a la cama. Siento sus manos contra los muslos, el suave ascenso de sus dedos hacia mí y mi poco autocontrol quiere salir huyendo.

«Como conejos», pienso. Pero nada logra despejarme tanto como el roce de su mano, su voz pidiendo indicaciones, cuestionando si es suficiente. Resulta increíble pensar que el arrogante de Sebastián puede tener tanta disposición a complacer a nadie.

—Ahí —murmuro acompañando su mano con la mía.

—¿Así? —insiste.

Y, cuando sus dedos recorren mis pliegues y se me escapa un gemido, me sorprendo a mí misma sintiendo el orgullo de saber que no soy la única a quien le emociona la idea.

—Pégate más —le pido.

—Es tu turno —exige—. No me toca.

Es fascinante lo mucho que le gusta seguir las normas. Pero creo que intento recordarle quién manda cuando arqueo la espalda y me restriego contra él de nuevo.

—Pégate, he dicho.

Él asiente y encuentra espacio para salirse con la suya. Retira su mano, algo que ha aprendido de mí. Me sostiene por la cadera y me da la vuelta sin más. Contrariada, apoyo una mano en su hombro y lo veo sonreír cuando lo que le ofrezco es un puchero.

—Anoche dijiste que la paciencia es una virtud y una maldición

—suelta tentador—. Y que a cada uno le llega su turno.

—Creo que te he enseñado cómo de cerca quiero que estés. Y lo que pasa si eres honesto conmigo —respondo.

Pero, antes de que pueda tocarlo, Sebastián me detiene por la muñeca y la atrapa tras mi espalda. Su beso me empuja de vuelta a la cama y, aunque quiero caer, él me detiene. Siento su ronroneo cuando alzo una pierna buscando apoyo. Lo oigo reír contra mi boca cuando tiro de su mano para que vuelva a tocarme.

—Si no lo haces tú —digo entre dientes—, puedo hacerlo yo sola.

—¿En mi cama? —se queja—. ¿Y conmigo aquí? Escribiré una ley al respecto, algo que te encarcele si tienes el atrevimiento.

—No me dejáis otra opción, alteza —protesto—. No puedo dejar de pensar en ello y no le estáis poniendo remedio.

Lo veo pasar la lengua por ese dichoso colmillo suyo y me siento como una presa.

—¿A qué no le estoy poniendo remedio, Emma?

El ronroneo de su voz me atraviesa como no lo hace lo que debería. No me gusta cómo se están dando la vuelta las tornas. Sebastián es muy bueno a la hora de recuperar el poder y, aunque no me da miedo lo que pueda hacer conmigo porque, de hecho, me da de todo menos miedo, quiero mantener el poder que tengo sobre él. De rodillas en la cama, sigo con la mirada fija en la suya.

—En nuestro primer viaje a caballo —murmuro.

Y ahí está: su rubor.

—Estaba desnuda —sigo acercándome despacio—. Fuiste muy muy caballeroso.

—No soy un animal —protesta.

—Razón por la que ahora estoy casi desnuda en tu cama y te estoy dando la oportunidad de repetir la experiencia.

Siento su aliento contra el mío, una confesión de que entiende exactamente a lo que me refiero. De rodillas al borde de la cama, enredo mi mano en su nuca, y tiro de él. Rozo su lengua con la mía y él se resiste solo para molestarme. Lo noto sonreír, pero hago desaparecer su sonrisa cuando le tiro de la mano y me la llevo al pecho. Así lo enredo para que me siga a la cama.

Hemos dormido, por supuesto. Unas reglamentarias dos o tres horas, al menos. Y a nadie le importa qué estamos haciendo, porque nadie ha venido a buscarnos. No sé cuánto tiempo más tenemos antes de que alguien eche en falta al príncipe regente. Tengo hambre, pero siento mucha más urgencia por mantenerlo junto a mí, aunque solo sean un par de minutos más.

Consigo que Sebastián apoye la espalda contra la cama y me coloco sobre su cadera con cuidado. Dejo que me aparte el pelo de la cara y lo beso, apoyando mi peso sobre él. Pese a que ya no hay ropa entre nosotros y su mano asciende bajo mi blusa para rozar mi pecho, que parece ser su cosa favorita del mundo, los roces son solo la antesala de lo que quiero.

Me quito la blusa para entregarle la visión de mi cuerpo desnudo, que es una promesa que él quiere mantener.

—No te desconcentres —le pido colocando una mano en su esternón—. Sigue mi ritmo, no pienses en nada más.

Me mira como si quisiera hacer todo lo contrario, pero obedece cuando coloco sus manos en mis caderas.

—No me estás usando —digo severa— y yo no te estoy usando a ti.

Puedo notar cómo sube. Puedo sentir su latido. La idea de que no lo estoy usando me parece ahora un poco mentira, porque lo cierto es que cuanto más se crece, más útil me resulta. Y lo estoy torturando un poco, la verdad.

Cuando lo oigo quejarse, uso una mano para asegurarme de que su pene entra de la manera más cómoda.

Me sostengo a cierta distancia haciendo uso de mis piernas, pero solo porque es lo óptimo. Creo un espacio entre nosotros y lo resuelvo, devolviéndole lo que espero que sea la misma sensación que anoche, cuando me incliné hacia delante y él buscaba cómo entrar. Y entró con la misma facilidad que ahora, como si fuera el único lugar en el que quisiera estar.

Sebastián gime con desesperación y yo lo monto con suavidad, agradeciéndole a Valemir que tenga la misma gravedad que la Tierra para poder perderla de a una.

—Lo estamos haciendo juntos —le recuerdo, meciéndome con suavidad contra él— y tienes que aprender a hacerlo conmigo, Sebastián.

Él asiente mordiéndose el labio inferior.

—Si no lo haces, no va a funcionar. Necesito que no quieras tener todo el control —jadeo—. ¿Lo notas?

—Sigue —suplica—. Sigue, Emma.

Tengo que esforzarme para mantener la respiración controlada, para encontrar mi voz y para provocarle el placer que, de manera inevitable, encuentro para mí misma. Cuando sus manos me piden más, me resisto un poco. Cuando quiero acelerar, recuerdo que, si lo hago, él sabrá lo que deseo antes de que pueda decírselo. Y, si quemamos la mecha demasiado rápido, podríamos dejar de entendernos. Pronto las palabras se vuelven innecesarias, pero la comprensión nos hace seguir jugando en el mismo equipo. Encontramos el mismo ritmo que hemos estado ensayando las últimas horas.

Cuando mi frente roza su pecho, con él todavía dentro de mí, los dos luchamos por mantener la extraña excitación con vida,

sobrepasados.

—Ahora entiendo muchas cosas —masculla.

Yo suelto una risa.

—¿A qué te refieres?

Niega con la cabeza.

—Esta es la razón por la que todo el mundo pierde la cabeza —ríe para sí mismo.

Creo que tiene razón.

Jamás me había sentido así con otra persona.

Porque lo que siento cuando Sebastián me busca para besarme de nuevo es algo relativamente familiar. Cuando caigo sobre mi espalda, entre las sábanas, sudada y mojada, soy consciente de que las palabras para describir lo que siento estaban ahí aquella primera noche.

Cuando estamos solos, nosotros dos somos lo único que existe. Pese a las complicaciones, las tensiones. La puerta sigue cerrada y el mundo que está ahí fuera no puede tocarnos. Nos miramos a los ojos otra vez y no sé ni qué pensar, porque estoy segura de que lo quiero. Estoy segura de que es algo que sé y que he sabido antes de todo esto. De besarlo o de acostarme con él. También sé que no puedo decírselo así como así, pero que soy consciente de por qué me mira así.

«Tengo que aclarar mis sentimientos conmigo misma», pienso. A ser posible no justo después de una muy buena sesión de sexo.

Creo que está a punto de decir algo justo cuando alguien llama a la puerta. Nos miramos como críos, pero él suspira y pregunta quién es. El tono de voz de ser Kergalot es suficiente para hacerlo salir de la cama. Me incorporo y me digo a mí misma que no hemos hecho nada malo. De hecho, técnicamente estamos prometidos. No porque me importe, sino por el qué dirán, supongo.

Sebastián se ha medio vestido con su blusa y, sin molestarse a peinarse, abre la puerta para ver al que ha sido su guardia personal todos estos años.

Su mirada es suficiente para saber qué ocurre.

—Siento interrumpir.

Sostengo las sábanas contra el pecho y siento la congoja de ambos. Veo la forma en la que Sebastián apoya todo su peso en la puerta.

—Lady Basira ha sido hallada —dice—. Un par de campesinos han dado la señal de alerta.

39

Los siguientes tres días son devastadores.

El ala oeste se tiñe de luto. Intento no atosigar a Sebastián ni dejarlo solo, aunque él insiste en esconderse. Pasa las noches solo y no me deja verlo donde puede quebrarse. Le entiendo, pero la distancia no me duele menos.

Por eso, intento mantener algo de equilibrio en lo poco que me deja hacer por él.

Como su prometida, puedo presentarme a sus reuniones con él. Junto a ser Kergalot, intento mostrarle mi apoyo en todas ellas. Sia, que sigue escondida, me ayuda a descifrar parte de las peticiones que se hacen en la corte cuando voy a visitarla y le pido ayuda con el tema. De hecho, parece que estaba más que preparada para ser la reina consorte, porque tiene respuestas para absolutamente todo.

Cuando intercedo por Sebastián frente al jefe de la Casa de Nahr el segundo día, tanto Alaric como Sebastián parecen sorprenderse. Sin embargo, solo pido tiempo y paciencia para un hombre que ha perdido a su padre y a su madre en menos de un mes.

La discusión se intensifica y alguien quiere poner en duda la fortaleza de la Casa de Amira.

Ante eso, no me achanto y les dejo claro que el príncipe regente no es su único representante. Lo veo guardar silencio, ponderar su situación y, al final, aceptar mi ayuda. Cuando Sebastián asiente y se

incorpora para disolver la reunión anunciando que debe hacerse cargo de otros asuntos, la corte lo obedece.

—Eso ha sido arriesgado —susurra Alaric cuando nos quedamos a solas.

Me cuadro de hombros.

—Estaban siendo injustos —respondo cabezona—. ¿Sebastián?

Él asiente agotado.

—Necesito dar un paseo —dice.

Y eso es lo que hace durante el resto del día.

El último día antes del funeral, Sebastián pasea. Yo intento no seguirlo, aunque no lo pierdo de vista. Me acerco a ver a Sia, pero no me atrevo. No sé cómo me siento respecto a nada y siento que la muerte de lady Basira ha caído sobre nuestros hombros como un jarro de agua fría.

El príncipe se aleja y me preocupa no poder estar ahí para él. Pero tampoco sé cómo apoyarlo y no puedo contarle nada sin sentir que estoy hiriendo sus sentimientos. ¿Cómo podría decirle lo que siento por él si ni siquiera lo entiendo? Bueno, lo entiendo. Pero precisamente encontrar las palabras para explicárselo me parece cruel.

Por eso, como él, mantengo la distancia.

Al día siguiente, el mundo sigue siendo el mismo cajón de sastre. Para mi sorpresa, resulta que en Valemir se viste de rojo en sus funerales, así que Irina y Rilke han confeccionado algo para la ocasión.

—Los Luminares anunciaron esta madrugada la llegada de un eclipse —dice Rilke mientras me recoge el pelo— y la gente está perdiendo los estribos.

—Las cosas siguen yendo a peor —añade Irina.

—Dicen que encontraron el cuerpo en uno de los pocos maizales

que no se había visto afectado por los temporales —les digo.

Ambas me miran cuando me oyen hablar de lady Basira. Me disculpo, porque no sé cómo lidiar con la conmoción, pero necesito saber qué han oído ellas. A Sia se le da bien conseguir secretos, pero necesito confirmar la poca información que tengo.

—Eso dicen, sí.

—¿A kilómetros del castillo? —digo.

Rilke asiente.

—¿Cómo es eso posible? —insisto—. ¿Cómo llegó tan lejos?

Es imposible.

Cosa que solo significa que Sebastián tiene un misterio más con el que lidiar y yo una pregunta más sin respuesta.

Las gentes de Valemir, por eso mismo, son las que parecen más inquietas: el desbordamiento del río no solo causó muertes, sino que ha tenido un impacto irreversible. Muchos de los campesinos de la zona han sido alojados en el castillo y se han perdido la gran mayoría de las cosechas de este año. Los ataques del sur han creado más refugiados y ahora, para más inri, la posición del cuerpo de lady Basira cuando lo encontraron ha extendido el rumor de una plaga nueva. Hay quien cree que es un presagio oscuro.

Los rumores dicen que la muerte de lady Basira es solo un recordatorio de los orígenes de Sebastián y no son pocas las personas que injustamente creen que él mismo la ha asesinado.

La llegada del eclipse es el telón de fondo perfecto para sus inquietudes.

Ser Kergalot y los guardias son quienes me guían hacia el prado en el que la madre de Sebastián va a recibir su última despedida. Camino de su brazo y, aunque él no dice palabra, creo que ambos apreciamos el silencio y la compañía.

Cuando alzo la vista del terreno, logro ver a Sebastián de pie con

la heredera de la Casa de los Caminos.

Ellos son quienes se encargan de los ritos funerarios de Valemir.

Sia me ayudó a entender la distinción entre la Casa de los Presagios, que son la familia consanguínea de la difunta, y la Casa de los Caminos. Unos son adivinos y los otros son los que representan la afinidad más espiritual. O como ella prefiere llamarlos: «los exorcistas». Son quienes conocen más sobre las luces fatuas que Sebastián me mostró y la casa que debería acogerlo si no fuera el príncipe regente y el principal representante de la Casa de Amira. De hecho, si se postulara y La Fuente lo rechazara, ese sería su destino, creo.

La heredera de la Casa de los Caminos es una mujer pequeña y de pelo negro. Lo lleva recogido en la nuca y tiene las manos colocadas frente a ella, solemne. Su ropa tiene detalles de color violeta, como indicador de su capacidad para tratar con espíritus arcanos. «Igual que Sebastián», pienso.

—Eshe —murmura Alaric, como si quisiera ayudarme—. Su nombre es Eshe Amani. Y los siete que tiene detrás son sus hijos.

Asiento agradecida.

Dado que Sia no puede estar con nosotros, ya que sus padres están presentes en el acto, tener a Alaric es más que una bendición. Por encima de nosotros, pese a que es de día, las tres lunas de Valemir nos recuerdan el eclipse que los Luminares han predicho.

Todo es gris e insulso.

Pero creo que eso lo hace más llevadero que si hiciera buen día, la verdad.

Lady Basira ha sido colocada en el centro de una explanada de gravilla, en medio de una pira funeraria. Está dentro de un ataúd, aunque hay figuras de paja, tela y flores para decorar la pira. Cuando alcanzo a Sebastián, tengo que luchar con todas mis fuerzas

para no darle la mano porque sé que, tal y como está, no podría soportarlo.

Uno a uno, según las costureras me han explicado que ocurriría, los presentes arrojan algo a la pira.

Tardo un instante en descubrir lo que es.

De hecho, solo lo descubro cuando Sebastián me ofrece algo para que yo también participe en el rito. Es carbón, para asegurarse de que las llamas consumen el cuerpo de manera adecuada.

Lord Cornelius von Funke, jefe de la Casa de Fáyr, se hace cargo de encender las llamas y a través de ellas la veo, al otro lado del círculo.

Con su pelo negro, las manos sucias de carbón y su mirada puesta en mí.

Cleia.

El cuerpo entero se me tensa y actúo sin pensarlo. Me vuelvo hacia ser Kergalot, que parece entender lo que le pido: que me tome el relevo. Me retiro con toda la cautela posible, buscando la silueta de la doncella. No la estoy imaginando, no. Está ahí y espera el tiempo suficiente, hasta asegurarse de que la estoy mirando, para sonreírme.

Tras eso, se da la vuelta y se pierde entre los presentes.

Maldigo e intento seguirla.

Busco en la zona en la que estaba y Enara me pregunta qué busco. Cuando describo a Cleia, ella frunce el ceño. Sin embargo, el pequeño de los niños de Rilke es valiente y se hace oír, como si supiera que había algo extraño en lo que sí ha visto.

—Yo he visto a un perro —dice—. Gris y grande. Y no era nuestro.

Cierro los puños.

—¿En qué dirección se ha ido, Niko?

El niño señala la linde de los árboles de los terrenos y yo, que al parecer he perdido cualquier instinto de supervivencia, sigo su indicación.

Cruzo la linde y me adentro en los terrenos. De hecho, tardo un instante, pero me ubico porque recuerdo caminar por esta arboleda cuando Sebastián quiso mostrarme los terrenos del ala oeste. El eclipse, sin embargo, me atrapa bajo las copas de los árboles y dura lo suficiente como para hacer que mi búsqueda sea imposible.

No la encuentro.

De nuevo, Cleia se escapa de mí.

Cuando regreso al ala oeste, siento un gatillazo de culpabilidad por haber abandonado a Sebastián en mitad del entierro de su madre. Atravieso las caballerizas y avanzo a través de las cocinas, preguntándome qué puedo explicarle de Cleia o para qué. El recuerdo de una de las bromas de Sebastián hace que se me erice el pelo: dijo que no había hombres lobos, pero que sí había criaturas mitológicas en leyendas que cambiaban de forma. ¿Qué le impide a Cleia ser otra de las monstruosidades que anda buscándonos?

¿Qué quiere de mí?

Recorro el espacio que me separa de mi destino con la mente en otro lugar. Me quito los pendientes, me suelto el pelo.

Sé con quién necesito hablar.

Con quien siempre puedo hablar de estas cosas.

No puedo cargar a Sebastián con el peso de algo así.

Camino con agilidad y abro la puerta de la habitación de Sia sin ni siquiera pensarlo.

Al otro lado, descubro que no soy la única que piensa así, porque Sebastián está encogido en un sillón. Sia, sentada a su lado, le acaricia la espalda con cuidado. El muchacho se esconde en su cuello como un niño.

Y si hasta ahora solo los había visto querer matarse el uno al otro, esta visión me revela algo distinto.

La idea no me había cruzado la mente aún, pero, al verlos, entiendo que Sia creció con Sebastián de la misma forma que lo hice yo. Ella también conoce al niño al que yo conocí. De hecho, conoce a una versión que yo jamás llegué a ver.

Cuando alza la vista, el príncipe tiene los ojos rojos y sé que ha estado llorando.

—Emma.

Veo la vergüenza en su mirada y soy testigo de cómo aparta a Sia. Se pone de pie con rapidez, solemne y siempre protocolario. Lo hace como si fuera lo único que sabe hacer.

—Disculpa —empieza—. No es lo que piensas, estaba…

—Oh, Sebastián —empieza Sia resoplando—. No seas idiota.

Me acerco a él rápida y le cojo el rostro.

—No te disculpes —le pido—. Solo has venido a buscar el apoyo de una amiga. Es lo más normal del mundo.

Y lo entiendo.

Claro que lo entiendo.

Puedo leerle la mente con facilidad: cree que está a solas en una habitación con la que fuera su prometida y que su vulnerabilidad lo hace débil. Cree que yo voy a pensarme que sus intenciones eran otras, porque eso es lo que le ocurre constantemente. Todo el mundo espera lo peor de él.

El reino sospecha que ha matado a su madre y tal vez que también le hizo algo a su padre.

Es la Ruina de Valemir, ¿no?

Cuando deslizo la mirada hacia Sia, ella niega despacio con la cabeza, pero puedo ver que también ha estado llorando. Veo que hay algo de culpabilidad en su rostro, aunque nunca pensé que

podría sentirse así. Frunce el ceño y creo que entiendo que estamos pensando en lo mismo. El reino cree que Sebastián la mató a ella también, ¿no?

No todo el mundo cree la historia de que ella saltó por ese acantilado.

Aunque suene retorcido, y pese a que sea extraño, creo que es el mejor momento para contarles la razón por la que yo he estado desaparecida durante un par de horas. Puede que ni lo hayan notado, pero creo que lo que tengo que decir los ayudará a dejar de pensar en todo lo que han perdido.

—Hay alguien que ha estado siguiéndome desde que llegué —confieso.

Los dos me miran como si hubieran recibido un puñetazo en el estómago y parecen olvidar todo lo demás.

Es embriagador.

—Su nombre es Cleia y creía que era una doncella del castillo, pero dudo mucho que eso sea lo que es.

—¿Qué? —Sia parpadea confusa.

—La doncella por la que me preguntaste aquella noche —recuerda Sebastián—. ¿Por qué…? ¿Por qué no has dicho nada antes?

—Porque no estaba segura —respondo frustrada—. No quería estar equivocada ni sacar conclusiones precipitadas…

—Espera, un segundo —pide Sia—. Hay una doncella que te sigue. Y tiene nombre y te cuenta cosas. ¿Por qué hablas con extraños, Emma?

Me ruborizo ante la reprimenda.

—Todo el mundo es un extraño en este castillo —protesto.

—*Touché*.

Suspiro.

—Apareció la primera noche y me ayudó a bañarme. Fue amable y me explicó cosas sobre Valemir. Me contó la leyenda de Amira, me contó cómo funcionaban las cenas…

Sebastián se lleva una mano a la cabeza, como si acabara de entender algo.

—Eso es lo que noté en la habitación.

Lo recuerdo mirando en los baúles, en todas partes.

—¿Lo que notaste en la habitación? —repite Sia como queriendo dar pie a que se explique.

—Noté que alguien había estado trasteando con la energía espiritual en la habitación y no recordaba haber sido yo —explica—. Por eso buscaba runas, pero no encontré ninguna. Pensé que estaba perdiendo el norte y lo dejé pasar.

—¿Y qué significa eso? —pregunto.

—Que tu doncella Cleia tiene más habilidades de las que parece —responde—. ¿Ha hecho algo más?

Aprieto los labios, intentando darle solo la información necesaria. Pero supongo que hay cosas que no puedo ocultarle.

—La encontré mirando la torre de tu madre aquella noche, por eso me asusté cuando me topé contigo —admito—. Parecía muy contraria ante la idea de que estuviera allí encerrada.

Ninguno de los tres dice lo que está pensando, pero creo que es lo mismo.

Antes de que Sebastián o Sia se decidan a hablar, me lanzo a contárselo todo.

—Al volver a mi habitación, vi un gato —explico—. Ella era el gato. No sé cómo es posible, pero sé que es cierto. Me hizo dudar de lo que Sebastián quería de las reliquias. De hecho, sin ella, jamás hubiera usado la máscara. Parecía que también sabía lo de mi padre.

—¿Cómo? —Sebastián frunce el ceño—. Eso es imposible: solo

Alaric lo sabe.

Sia ladea la cabeza, siempre presumida.

—Alaric y yo, que lo obligué a darme todos los detalles en cuanto me enteré. ¿Es posible que sea doblegadora?

Sebastián gruñe como respuesta, pero no me interrumpe.

—No lo sé —explico—. Porque también hizo uso de su afinidad con el agua la primera noche. Y os juro que era el gato.

—Podría ser una cambiaformas —propone Sebastián, aunque no tiene mucha confianza en su propia teoría.

—¿Existen?

Sia y Sebastián intercambian una mirada.

—En los mitos y las leyendas, sí —responde ella.

—Hoy estaba en el funeral —digo—. Por eso me he alejado. He intentado encontrarla, pero creo que ha tomado la forma de un perro y se ha perdido en la arboleda.

Agotado, Sebastián vuelve a sentarse. Sia me mira desde el brazo del sillón y después mira al príncipe con sorna.

—Te despistas un par de días para llevar el luto de tu madre y te pierdes tres temporadas de ocurrencias, principito —bromea.

Y, de alguna manera, pese a que se tapa los ojos y juraría que quiere echarse a llorar, Sebastián se ríe con Sia.

—Estoy pagando por una vida anterior —masculla él.

—Lo dices como si no hubieras sido un puto diablo en esta —le contesta ella ágil—. ¿Emma?

—Dime.

—Pídele perdón a Sebastián.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído —suelta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque prometimos no ocultarnos más cosas y estoy segura de

que hace mucho tiempo que sospechas de esa tiparraca —responde —. Y ya tiene suficiente el pobre.

Sebastián parece sorprendido de verdad, pero el gesto le resulta agradable. Yo doy un pequeño pisotón, algo orgullosa, porque no son momentos para ponerse así. Pero entiendo que esa es Sia y esta es la forma en la que podemos funcionar.

Enderezo los hombros y hago lo propio, incluso a regañadientes.

—Lo siento, Sebastián.

Como respuesta, y para mi sorpresa, él alza una mano para hacerme una peineta. No necesito un mapa para descubrir quién le ha enseñado eso, porque Sia estalla en una carcajada.

El príncipe me mira confundido.

Chasqueo la lengua.

—¿Qué te ha dicho que significa? —pregunto con una ligera sospecha.

Sebastián se ruboriza por enésima vez y le doy gracias a todos los Velos y Fuentes y Luminares por la posibilidad de verlo ser así.

—Todo bien —responde—. Claro que no significa eso, ¿verdad?

Sia explota en una carcajada aún más grande y Sebastián, que no es tonto, encuentra un cojín para golpearla con él.

Acabamos de incinerar a alguien y el mundo se precipita a su propio fin. El equilibrio de la magia de la que bebe Valemir se está viniendo abajo. Y, sin embargo, su disputa infantil es lo más esperanzador que podría ver hoy.

Escondo una sonrisa.

Decido que quizá sea mejor así y que el mundo no puede recaer sobre los hombros de un chico que lo ha perdido todo. Cierro la puerta y dejo que se peleen en otra sala. Después le explico a Sebastián la verdad sobre lo que significa una peineta.

Las horas pasan rápido en compañía. Cuando las verdaderas

doncellas del ala oeste nos traen algo de cenar, comemos en el suelo como lo hicimos cuando investigábamos los cuadros.

Entre los tres, llegamos a la conclusión de que lo mejor que podemos hacer es no perder el horizonte. Sia propone entrar al último cuadro y Sebastián parece de acuerdo con ella. Así que ponemos en común los aspectos más importantes de esa parte de la historia, hasta que la conversación se va por derroteros y la noche se hace con todo.

Sebastián es el primero en quedarse dormido.

—Puaj.

Pongo los ojos en blanco al escuchar a mi amiga. Siento el peso de la cabeza de Sebastián sobre la falda de mi vestido. Lleva ahí un buen rato. Ha estado jugando con un hilo que ha encontrado en el suelo hasta que se ha quedado roque.

Ella lo mira con un deje de disgusto.

—Eres una cría, Sia.

—Si tú lo dices.

—Está agotado —protesto—. Sus padres han muerto. Dale un respiro, ¿quieres?

—Está fingiendo que está dormido para que le toques el pelo —responde ella resoplando. Yo sostengo la mano en el aire, ¿está fingiendo? No lo parece—. Pero bueno, como te gusta, no te importa que te engañe todo el día, así que no me meto.

—No me está engañando.

No niego la parte de que me gusta y ella lo nota.

Sé que siempre tira el anzuelo, esperando que mi silencio sea suficiente admisión. Acaricio el pelo oscuro de Sebastián y no puedo quitarme de la cabeza el recuerdo de sus besos, de su cuerpo contra la cama, sus risillas, su disposición.

Supongo que lo tengo escrito en la cara. No importa si se lo

cuento a Sia o no, porque ella siempre puede verme con claridad.

—¿De verdad te gusta? —pregunta asqueada.

Aprieto los labios.

—Está loco, Emma —sigue—. Es un manipulador nato, un mentiroso y hará esto una y otra vez. Su vida es un berenjenal de gente de la corte intentando matarlo, él intentando deshacerse de la gente de la corte y todos intentando deshacerse del Corruptor. Y así en un ciclo eterno…

Me encojo de hombros.

—Lo sé, pero…

—¿Pero? —Me dedica una mirada de tedio.

—Precisamente porque todo parece tan incierto… ¿Qué más da? —pregunto—. Lo que sienta por él o lo que no. Es algo irrelevante, ¿no crees? No he querido darle muchas vueltas. No he tenido tiempo. Es algo pequeño y no creo que sea importante…

Sia frunce el ceño y decide obligarme a tirar abajo todos los muros una vez más.

—Pero sí lo es, Emma —responde—. Siempre finges que esas cosas no te importan. Crees que querer a alguien no es para ti y que no podrías hacer feliz a nadie, pero no es cierto. Te conozco y sé que lo quieres.

—Sia, yo…

—Lo veo en cómo lo miras. Y sé que lo querrás sin que te importe nada más y que esa es la razón por la que estamos haciendo todo esto —suelta con algo de desdén.

Le sostengo la mirada con cautela. Si me conoce tan bien, ¿cómo es posible que las dos pasáramos tanto tiempo esperando a la otra? ¿Es posible que esperáramos demasiado? Porque lo cierto es que, cuando la miro, sé cuál es la verdad.

—También te quiero a ti, Sia.

Ella me sonríe y asiente. Las llamas de la chimenea de su habitación le iluminan los ojos vidriosos.

—Ya, pero no así.

Lo verdaderamente triste es que las dos sabemos que tiene razón.

40

A la mañana siguiente, sigo pensando en lo que Sia dijo cuando Sebastián me encuentra a la salida de una de sus reuniones y me invita a dar un paseo. A caballo, al parecer. Y esta vez es un paseo de verdad.

Nos reímos un poco, como idiotas, porque tardo un momento en entenderlo y la primera idea que me ha cruzado la mente me parece entre indecente y la mar de aceptable. ¿Por qué no querría volver a acostarme con él?

De hecho, Sebastián sigue riéndose de la cara que he puesto mientras Emir, su caballo, lidera el camino.

Meda lo sigue, mientras yo observo el paraje.

—Sia tenía una cita con su tía Ygritte —explica cuando ya casi llevamos una hora de viaje.

No me ha venido mal el silencio, pero agradezco oír su voz.

—Dijo que la hermana de su padre estaría de su lado —digo—, ¿ha pasado algo?

Sebastián se vuelve.

—La única condición de su tía para ayudarla era que accediera a verla —explica—, así que me he asegurado de desalojar a los curiosos y dejarlas un ratito a solas.

Me parece de lo más tierno.

—Espera, ¿por eso nos has sacado del ala oeste?

Sebastián sonríe.

—Eres un imán para los problemas —ofrece—. No podía hacerle eso a la pobre Ygritte.

Suelto una risotada y lo dejo pasar.

Pese a que parece que nosotros estamos más tranquilos, cada vez se hace más obvio que la tormenta que se está formando en el horizonte es cada vez mayor. Desde el eclipse, he oído hablar de todo tipo de malos presagios: bandadas de pájaros que caen rendidas y en picado, hambrunas, siluetas en el cielo.

Sin embargo, no he vuelto a tener ni una sola pesadilla.

Y temo que estas hayan llegado a su fin en un momento tan crucial casi tanto como la llegada de la siguiente.

Sebastián y yo tampoco hemos hablado de lo que ocurrió entre nosotros. De cuando nos besamos, nos acostamos y nos volvimos a acostar. Puede que con todo lo ocurrido, él no quiera pensar en ello.

Yo no he podido dejar de hacerlo, pero no sé cómo comentárselo. No quiero precipitarme ni sentir que me estoy imponiendo.

—¿Qué es este lugar?

Sebastián desmonta el caballo cuando llegamos junto a un pequeño claro. Y pequeño se queda corto. Pero el lugar es hermoso: hay un riachuelo que corre con alegría y lo que parecen huellas de algún ciervo en la tierra mojada.

—Pensé que podíamos encontrar otro escondrijo —responde intentando parecer casual—. Un momento para nosotros solos.

Me llevo las manos a las caderas.

—No pienso montármelo en el suelo a lo salvaje, si es lo que propones.

Sebastián me mira como si pudiera escandalizarse y niega con la cabeza, vuelve a estar azorado. Es tan divertido saber que algo así le

hace sentir avergonzado. Porque, por lo general, yo soy la que se avergüenza de cosas así.

—Me gusta —admito—. Es bonito.

Cuando alzo la vista del agua, él me está mirando a mí.

—A mí también me gusta.

Y juraría que mi corazón se salta un latido.

Lo dejo pasar, intentando parecer también casual, y acabo sentándome junto a él en el suelo. Dejo que me ofrezca algo de pan, porque al parecer venía preparado, y le presto atención al cantar triste de los pájaros.

Me pregunto si Sia está disfrutando de la visita con su tía y cómo debe de sentirse explicándole lo que ha sido de su vida estos últimos años.

—Cuando era pequeño —dice Sebastián de repente—, solía venir aquí. Cuando algo me disgustaba o algo me preocupaba, cogía un caballo y venía a este rincón hasta que se me pasaba.

Me vuelvo para escucharlo. ¿Por eso hemos venido? ¿Para que «se nos pase» lo que sea que nos está pasando?

—Tendremos que volver de todos modos al final del día —digo algo pesimista.

Él asiente.

—Ya, suele pasar, sí —ofrece con un suspiro—. Pero mientras estaba aquí, las cosas siempre parecían más fáciles.

Entiendo por qué: la paz, la claridad del agua, el silencio, los árboles.

—Solo tiene una pega —dice.

—¿Cuál?

—Cuando vengo, pienso que es una lástima que no haya nadie para compartir el momento —sonríe encantador—. Siempre he querido encontrar a alguien en quien confiar lo suficiente para

mostrárselo. Para sentarme con esa persona aquí.

Lo miro enternecida y sin respuesta. Supongo que mi expresión es suficiente. Lo único que quiero es preguntarle si cree que soy yo esa persona. Porque creo que él podría ser esa persona para mí.

Pero no me hace falta preguntar porque, cuando él me devuelve la mirada, se inclina y me besa sin más. De nuevo.

Con dulzura.

No es un beso apasionado o de esos que te pierden. Es un beso corto, simple. Son dos palabras que ninguno de los dos nos atreveríamos a decir porque es o bien muy pronto o bien muy tarde.

Apoyo la cabeza en su hombro y le presto atención al riachuelo.

—Podemos quedarnos un ratito más —ofrezco.

—Un par de minutos, sí.

Sia tiene las manos en las caderas otra vez. Viste de negro, por supuesto. Se ha puesto sus mejores galas para la ocasión, pero parece que, pese a todo lo que se ha preparado, sigue igual de contrariada que cuando ella misma propuso el plan.

—¿Tu padre no podía haber pintado una playa? —protesta.

Dejo que Sebastián me ayude a colocarme una especie de muñequeras que, según insiste él, me ayudarán a evitar cualquier posible dolor que sienta después de los grilletes.

—¿Tienes que ponerle pegas a todo? —protesta él.

—Se me da demasiado bien como para privar al mundo de mi don, Sebastián.

—Soy de la opinión de que a veces deberías privar al mundo de todos tus dones.

No tengo el corazón de decirle al príncipe que mi pelo blanco es la razón por la que ya no me duelen las muñecas. Porque sí: me he

asegurado de que Sia no sienta más dolor después del ataque en el último cuadro y me he asegurado de que no queden ni las cicatrices de aquellas heridas mías.

Pero eso tiene un precio.

Cleia no mentía.

Mi cabello es ahora completamente blanco y me siento más cansada de lo normal. También he estado comiendo más de lo necesario y durmiendo mejor. Quizá la ausencia de pesadillas también tenga que ver con lo agotada que me siento cuando llega el final del día.

Nunca había usado tanto mi… ¿afinidad?

Pero ¿eso es una afinidad? Creo que los tres lo estamos dejando pasar porque es más fácil centrarnos en algo más certero, como el tema de las reliquias o los cuadros. Pero Sebastián siente curiosidad por mis habilidades y parece tener sus propias teorías.

—No os chinchéis más —protesto—. Ciñámonos a la orden del día: entramos en el último cuadro, recuperamos la reliquia y salimos.

—¿Alguna idea de lo que podemos encontrar dentro?

Sia está curioseando la parte de la habitación que sigue… Bueno, no sé cómo explicarlo. Lo que sea que nos atacó en el rincón de mundo de la Reina Magna nos siguió hasta aquí. Y, aunque sigue contenido en ese espacio, parece que los Luminares tampoco han podido hacerlo retroceder.

Las protecciones que idearon Gael y Ciro parecen ser suficientes para pararlo, pero nadie sabe cuánto ni cómo aguantarán.

—¿Emma?

Sebastián me mira esperando que conteste.

—No os va a gustar la respuesta que tengo.

—¿Qué podría ser peor que las sirenas? —bromea él.

Aprieto los labios y le echo un vistazo al cuadro de la montaña,

al fuego que mana del volcán. Chasqueo la lengua, contrariada. ¿Qué otra cosa podría haber en esa montaña? ¿Por qué tengo que dar siempre yo las malas noticias?

—Es un dragón.

La sala se queda en silencio.

—¡LOS COJONES!

Contra todo pronóstico, Sia celebra la respuesta mientras Sebastián suspira agotado. Desde donde estoy, veo que se le eriza la piel de la nuca. Sin embargo, su exprometida, la que fingió su muerte, parece que jamás ha recibido una mejor noticia.

—¡Un dragón!

—Mi intuición dice que sí —respondo intentando hacerlo más fácil—. La montaña, la lava, el cielo oscuro… Creo recordar una historia sobre un dragón que guardaba los tesoros del tiempo.

Sebastián se pellizca la nariz.

—Hablas de un dragón que era capaz de recordarlo todo, ¿no? —termina él.

Asiento y Sia parece entender la referencia.

—Es otra leyenda de Valemir —explica ella.

—La leyenda del pozo de Nementhalos.

Sia y Sebastián comparten una miradita y yo frunzo el ceño. A Sia se le han quitado un poco las ganas, aunque nada podría ocultar la ilusión que le hace la idea de ver un dragón.

—¿Debería estar preocupada? —pregunto—. No recuerdo el final de la historia.

Derrotado, Sebastián hace un gesto con la mano.

—Mejor para ti.

41

En cuanto rozo la madera del marco, este cede como lo haría una puerta. Frente a los tres, el cuadro desaparece en cuanto lo rozo. Se vence hacia atrás y revela una galería oscura tras el portal.

Antes de que ninguna de las dos pueda quejarse de lo oscuro que es, Sebastián suelta un suspiro de alivio. De su abrigo manan luces fatuas. Estas parecen más que dispuestas a echarnos una mano, pues se adentran al final de la galería para ayudarnos a encontrar el camino.

—¿Siempre las llevas encima? —pregunto curiosa.

—Te repito que están aquí porque quieren, Emma. No las controlo yo.

Sia lo mira como si fuera la persona más extraña del planeta.

—No me extraña que haya gente que crea que te engendró un espíritu arcano —dice como si nada.

—¡Sia! —protesto—. No puedes decir esas cosas.

Pero Sebastián resopla divertido.

—Es lo más amable que ha dicho desde que me conoce —añade en la misma línea.

—No es cierto. Una vez te dije que tus ojos eran profundos.

—Como pozos de un infierno, si mal no recuerdo.

Sia sonríe orgullosa.

—Me has echado de menos, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco y avanzo hacia el interior de la galería porque, siendo sincera, no tenemos tiempo que perder.

Necesitamos esa última reliquia para, al menos, poder desentrañar si existe una quinta o no. Cuando Sia y yo le contamos a Sebastián sobre nuestra teoría, él dijo que lo había considerado, pero que no tenía suficientes fuentes empíricas para constatar si era una leyenda o no. Sia, por su lado, dijo que las leyendas parecen estar más vivas que nunca. Así que creo que cuando me siguen, los tres pensamos lo mismo: la profecía de lady Basira sobre el rey de Valemir es confusa, pero parece estar guiándonos en la dirección correcta.

Hasta el momento, hemos conseguido la máscara, el colgante y el anillo. Por curioso que parezca, los tres objetos son accesorios. Aunque, teniendo en cuenta que pertenecieron a la primera reina de Valemir, no me extraña. ¿Qué objeto se custodiará en el interior de esta cueva?

Intento recordar de qué iba la leyenda o la versión que mi padre me contó, pero más allá del detalle de la memoria, su voz parece haberse perdido en algún lugar remoto.

—Entonces ¿cuál es la leyenda de Nementhalos? —pregunto.

Gracias a las luces fatuas, vemos en el interior de la extraña gruta, que pronto empieza a descender.

Vuelvo el rostro, buscando la respuesta de los dos valmirienses.

—¿Era un caballero? —insisto.

—Nementhalos es el dragón —explica Sia—. La historia cuenta que…

—La leyenda es bastante confusa. No hace falta que entremos en detalles —interrumpe Sebastián.

Sia pone los ojos en blanco.

—Y dale perico al torno.

—¿Qué?

Se me escapa la risa.

—Significa que estás volviendo a hacer lo de siempre —explico —, guardándote información.

—Lo que pasa es que yo también recuerdo la leyenda —sigue Sia — y no me da miedo contarte de qué iba, ¿ves?

—Adelante.

Sebastián es quien pone los ojos en blanco esta vez y en protesta insiste en que nos aseguremos de no pisar nada en falso.

Las luces fatuas flotan a nuestro alrededor.

—La leyenda cuenta que hace mucho mucho tiempo —empieza Sia—, una madre tenía una hija. Su hija solía jugar junto a un prado. Un día, la hija partió y jamás regresó. Desesperada, pidió ayuda a los vecinos. Las gentes de su pueblo decidieron ayudarla a llegar al prado.

Le echo un vistazo a Sebastián, que mira al suelo, apesadumbrado.

—Al llegar al prado, el pueblo entero descubrió que en el centro había un pequeño pozo.

—¿Un pozo?

—Un pozo, sí —sigue Sia—. Y, como es obvio, el pozo no había estado ahí nunca, ¿no? Y todos se quedaron en *shock*. Preocupados, se acercaron al pozo creyendo que quizá encontrarían la solución, que la chica se había caído dentro. Cuando uno de los hombres del pueblo se asomó, creyó oír la voz de la muchacha. Todo el mundo se alegró y pensaron en bajar a buscarla, lógicamente.

—Cuando el hombre descendió era joven, fuerte, valiente —interrumpe Sebastián tomando el relevo—, pero el que regresó tenía los cabellos blancos, arrugas y los huesos débiles.

Pronto, la gruta da espacio a una galería con arcadas que

parecen hechas a mano. Frunzo el ceño al escuchar la historia, pero no puedo evitar acercarme y rozar la estructura con los dedos.

No es mármol, porque no está frío.

Es mucho más poroso.

—¿Qué había en el fondo del pozo?

—Nementhalos.

Frunzo el ceño cuando reconozco el nombre.

—¿El dragón?

Sia asiente.

—El dragón que guarda todos los recuerdos —termina.

El mismo que, al parecer, vive en el fondo de una montaña con galerías hechas de hueso. Siento un escalofrío.

—Nementhalos le mostró la verdad al hombre —culmina Sebastián—, aquello que se escondía a sí mismo.

—¿Y la chica?

Sia se encoge de hombros.

—Solo Nementhalos lo sabe —responde—. Pero nadie que haya bajado al pozo a preguntarle ha regresado para contar la historia.

La extraña galería se abre y la gruta se transforma en un pasillo con arcadas. Todas ellas se abocan a lo que parece un espacio central enorme e iluminado por una extraña luz blanca.

En el centro, la roca respira.

Sia, Sebastián y yo avanzamos despacio, nos acercamos a las arcadas talladas en hueso con una sospecha. La roca es húmeda y se expande.

Entonces, abre los ojos.

No sé cómo describirlo, porque dudo que pueda haber ninguna descripción. Solo sé que un momento estoy de pie en una gruta y al siguiente he pisado el tablón de madera de la puerta del taller de mi padre.

Vuelvo a tener quince años.

La madera gruñe bajo los zapatos, pero mi padre no es Ciro, sino otro hombre, y el taller es otra sala distinta. Mi padre no es pintor, no está pintando ningún cuadro, está sentado frente a una fuente. Oigo su voz, que me suplica que considere mis planes. Pero no le hago caso, me despido, y salgo por la puerta como lo hice cuando era una adolescente. Pero no soy una adolescente, no del todo. Siento el peso de la armadura y avanzo pasillo abajo, donde me esperan tantos otros rostros que reconozco, pero que no sé identificar.

Cuando salgo al exterior, las tres lunas han eclipsado el sol.

Los ojos de Nementhaloss son violetas y naranjas, como las llamas de una hoguera, y danzan. Tienen la pupila rasgada, como la de los reptiles.

Cuando esta se dilata, veo mi silueta reflejada en ellos.

Sacudo la cabeza y me vuelvo, la consciencia es una licencia que nadie me ofrece. No sé dónde estoy ni adónde he ido, pero parte de mí sabe que algo no va bien.

Parte de mí sabe que aquí no es donde debo estar y que lo que siento, lo que intuyo, es solo parte de una vida que ya no me pertenece.

O una vida que no me ha pertenecido nunca.

—¿Papá?

La imagen es mucho más clara ahora. Con las manos en el marco de la puerta, asustada, puedo ver a Ciro sosteniendo el pincel frente a aquel cuadro y sé que este sí es mi recuerdo.

Sé que mi padre retrocede un paso, asustado, y se vuelve para verme. Sus ojos son sinceros cuando le oigo susurrar mi nombre.

—Emma.

Su cuerpo entero cambia cuando me ve junto a la puerta. La

tinta negra cubre algo, pero su pincel está limpio. La pintura se extiende y se extiende, cubriendo lo que parece un retrato de alguien. Suelta la paleta en cuanto entiende algo que yo no puedo comprender, aunque lo intento. Asustada, retrocedo un paso cuando corre hacia mí.

Pronto, sus manos encuentran mi rostro y me aparta la vista del cuadro.

—No lo mires —suplica—. Emma, mira a papá.

—¿Qué está pasando?

—¿Em? Necesito que me escuches muy bien, ¿vale? Sé que no he estado bien, sé que…

Y eso hago.

Lo escucho.

Su pincel ha caído al suelo y toda su desesperación se vierte sobre mí. Me sostiene por los hombros y parece darse cuenta entonces de que llevo una bolsa. Sonríe con orgullo y llora. Se limpia el rostro, se sorbe la nariz.

Le cuesta mantenerse cuerdo, pero se esfuerza, cierra los ojos con fuerza.

—Ah, esa es mi niña —dice entre carcajadas—. Coge tu bolsa, sí. Tienes que irte. Necesito que te vayas de aquí. Pero tú ya estabas preparada, ¿verdad? Siempre has sido la más lista de los dos, mi luz.

De nuevo, me sostiene las mejillas y me besa la frente con una súplica, con afecto, con miedo. Algo se mueve a su espalda y entonces mi padre me empuja.

—Ve.

—¿Qué está pasando? —le pregunto—. ¿Qué es eso? No…

—No te preocupes por eso, ¡ve! —insiste.

Me empuja con más fuerza ahora.

—Adéntrate en el Bosque de los Marcos y no vuelvas, ¿me oyes?

—La vela…

—¡No habrá vela ninguna! No puedes volver, Emma, ¿me entiendes? ¡Busca a doña Sol! Piensa… ¡Piensa en un suelo de baldosas!

Recupero el equilibrio y lo veo moverse. Entonces, Ciro cierra la puerta y se encierra con lo que sea que haya dentro de la habitación.

—¡¿PAPÁ?!

Golpeo la puerta e intento abrirla, pero él echa el pestillo. La doncella me encuentra, me pide que me aparte y que tenga en mente lo que me ha dicho tantas otras veces: que debo mirar por mí misma y debo buscar el sol.

No recordaba que la doncella siguiera con nosotros aquel día.

—¡Olvida Valemir! —grita Ciro desde del otro lado—. ¡No vuelvas, Emma! Vete y no vuelvas jamás.

Algo en la mujer cambia, como si estuviera preparada para ello.

—Coge una manzana —me pide arrastrándome hacia las cocinas.

La doncella repite las mismas órdenes cuando me sostiene por los hombros y ahora entiendo cuál era su afinidad.

—Emma —dice—, corre y olvida Valemir.

Recuerdo el peso de su voz, aterciopelada como lo es la de Sia.

—Olvida lo que no sea útil —insiste la mujer—. Huye al bosque y asegúrate de encontrar a doña Sol. Márchate y no vuelvas jamás por tu propio pie, ¿me has entendido?

Y sé, de hecho, que eso es lo que llevo haciendo desde entonces, ¿no?

—Emma.

Tomo una bocanada de aire.

—Emma, respira, venga.

Cuando vuelvo en mí, alguien me sostiene en sus brazos. Es Sebastián, que nos ha escondido en la galería, lejos de…

—Mi padre —empiezo.

Estoy en el suelo, rodeada por su cuerpo.

—Yo también lo he visto.

El príncipe me mantiene apartada de la mirada del dragón, aunque no tengo ni idea de cómo ha conseguido movernos.

Mi mente funciona tan rápido como puede: la leyenda, el pozo, el dragón y los recuerdos.

He visto dos recuerdos.

—¿Hemos visto lo mismo?

¿Nos está mostrando nuestros recuerdos?

—Mi padre… Él me obligó a irme —confieso—. Mi doncella era una doblegadora y me hizo olvidar…

Sebastián frunce el ceño entre jadeos.

—No, no —responde agitado—. Entonces hemos visto cosas diferentes.

Mientras los dos recuperamos la respiración, lejos de la mirada del dragón, el tiempo se detiene. Pasa los ojos de mí a la figura que está de pie, completamente paralizada. Cuando la sigo, cuando veo lo que Sebastián ve, solo puedo centrarme en las lágrimas que resbalan por las mejillas de Sia.

Ella, que tanto quería ver un dragón, sigue atrapada.

No me lo pienso dos veces.

Me pongo en pie, a tiempo de ver a la bestia seguirme con la mirada. Siento la presión, el cambio en el aire. Esta vez, evito que me encuentre. Evito el violeta y el naranja de sus iris, escapo de su pupila, mientras Sebastián maldice y sale corriendo detrás de mí. Porque echo a correr, claro. Corro para llegar hasta Sia y continúo a

buen ritmo para que me siga a mí con la mirada y deje a mi amiga en paz.

El eco de una carcajada hace que tiemble la cueva.

—Siempre corriendo, Emma —anuncia su voz.

Me detengo y clavo la vista al suelo. Le doy la espalda al dragón y Sebastián me atrapa.

Seguimos bajo las galerías, tras las columnas.

—Nementhalos —la voz de Sebastián parece detener a la del dragón, cuya atención se posa en nosotros.

—Un nombre antiguo, mas mi nombre.

—El nombre ante el que respondes, ¿no es cierto? —dice sin más el príncipe.

Le dedico una mirada, no entiendo lo que pretende, pero mi corazón sigue dividido. Desde donde estoy, y pese a que siento que el dragón se mueve, veo a Sia. Ha caído de rodillas, como si la hubieran arrojado al suelo, y parece que le cuesta respirar. Veo que pega las manos al suelo de piedra, en busca de algo frío.

Sia siempre ha sabido cómo controlar las emociones de los demás por una razón muy obvia: ha tenido que lidiar con situaciones igual de horribles, ¿verdad?

—Respondo al oírlo, es cierto —ronronea el dragón con retintín.

—Como príncipe regente de Valemir, te pido que recuerdes el contrato que hiciste con nuestros antepasados y entregues la reliquia que custodias.

El dragón se ríe de nuevo.

—¿Y por qué haría eso? En especial cuando el tal príncipe regente de Valemir ha decidido esconderse como un ratoncillo.

Vacilo, pero no estoy siguiendo mucho la conversación. Sin embargo, le lanzo una mirada de advertencia a Sebastián que él ignora.

Lo veo salir de detrás de la columna en la que se había ocultado y se enfrenta al dragón.

Su marca del cuello emite esa luz lavanda.

—Porque la reliquia pertenece al verdadero rey de Valemir —responde— y tú sabes quién es, ¿no es cierto?

Tiemblo de miedo, confusa, pero dejo que Sebastián tome el liderazgo. Sia sigue de rodillas en el suelo, confundida, catatónica, y creo que no necesito preguntar qué es lo que ha visto.

Sé suficiente como para adivinar quién podría hacerla llorar así.

Lord Azrael du Mort.

—Por supuesto que lo sé —se ríe el dragón—. Y tú también, ¿verdad?

Sebastián aprieta la mandíbula y endereza los hombros. Eso llama mi atención, por supuesto. ¿A qué se refiere?

—Le prometiste a Ciro que devolverías la reliquia cuando viniera a buscarla.

El dragón ríe de nuevo con crueldad.

—¿Te refieres al mismo Ciro que ahora se consume en el limbo junto al que se ha hecho llamar tu padre todos estos años? —Sus ojos se posan sobre Sebastián, que se tambalea—. ¿Deseas ser otro héroe estúpido y ciego, Sebastián?

Veo que se resiste y usa su afinidad. Aunque no sé exactamente qué está haciendo. Quiero pedirle que pare, que no se exponga más, pero no sé si eso será de ayuda.

Cuando alzo la vista, me pregunto qué le está mostrando.

Ha dicho que ha visto a mi padre.

Pero eso no es todo: ¿el dragón acaba de decir que Sebastián sabe quién es el verdadero rey de Valemir? ¿Qué está ocurriendo?

—Durante milenios, he visto a incautos como tú, ineptos con ínfulas de grandeza —empieza—. Arrogantes, valientes, idólatras.

Todos ellos han sucumbido al mismo destino, a lo que todo lo iguala. Algunos aquí y otros en otros lugares. ¿Qué te hace creer que esta versión será diferente? He visto cada uno de los finales, ¿qué sería de mi honor si no intentara mostrarte que esta es la misma historia otra vez? Que volverá a ocurrir como así ha sido.

Sebastián agacha la mirada, escapando del recuerdo.

—Deseas la reliquia sin saber qué fue del santo que la portaba. Sin conocer su historia —admite la bestia—. He aquí su historia, príncipe regente de Valemir. Por esto das la vida, no solo en su último suspiro, sino en cada uno de tus miserables e insignificantes años. ¡Por una maldición!

—Esa es mi decisión —gruñe.

—Tu sacrificio, Sebastián, no es suficiente—espeta el dragón—. Y nunca lo será. Ni siquiera arrojar tu alma a la carnicería lo detendrá, ¿no lo ves?

No puedo soportarlo más.

—¿A qué te refieres? —le pregunto al dragón—. ¿Qué le has mostrado?

El dragón centra su atención en mí, el torrente regresa y me arrastra con él.

Lo que en realidad no entiendo, apresada bajo los tonos naranjas y violetas de la mirada de la criatura, es por qué me muestra los últimos días de vida de alguien que no soy.

Sé que este no es mi recuerdo, como tampoco lo era el primero.

Me siento ingrávida, las imágenes que veo en mi memoria son débiles y distraídas. Estoy de pie entre dos hombres relativamente jóvenes, aunque ambos son más altos que yo.

Estamos en esta misma cueva.

—Entonces es cierto —dice Ciro.

Lo reconozco porque su voz es la misma.

Es la voz que lee conmigo cuando cojo cualquier libro.

—Es cierto —explica Nementhalos—. Como hizo con tantos antes que con él, Amira devorará el alma de Gael para seguir la lucha, para mantener el equilibrio.

—Teníamos razón y… —Ciro se vuelve hacia su amigo—. La línea de sucesión es un sacrificio generacional, es…

Gael lo agarra del brazo.

—Ciro —le pide.

—¡Podríamos revertirlo! —insiste el joven pintor—. Debe de haber una razón por la que estoy aquí, ¿no crees? ¿Por qué si no me traería La Fuente a este mundo, Gael? ¡Responde, Nementhalos!

Soy yo quien entiende lo que ocurre, la que es capaz de descifrar lo que el joven rey no puede entender y lo que el prodigio de la pintura, el nuevo profeta del rey, Ciro, es incapaz de ver.

—Tus pesadillas —digo, aunque no es mi voz.

Se oye débil, delicada. El dragón la respeta como un minero respeta la de un canario y siento que me mira con cierta ternura.

—Nuestras pesadillas —insisto buscando a Ciro—. La razón por la que nuestros poderes escapan de lo convencional. No nos eligió La Fuente, ¿no lo ves? Ella solo elige al rey. Amira solo reclama un alma.

Ciro me mira con el ceño fruncido y Gael parece haberse perdido en el laberinto de la verdad que acaba de descubrir.

—No nos eligió La Fuente —digo asustada—. Nos eligió él.

Gael me observa con la ternura que le dedicaría a una joven amiga de la infancia y se vuelve hacia Ciro, que parece entenderlo todo en la forma en la que su amigo le mira.

La tercera persona en este recuerdo es lady Basira, ¿verdad?

Este es su recuerdo.

—Si ella se alimenta de los reyes… —empieza Gael.

Ciro parece comprender lo que yo tardo un poco más en entender, cuando el recuerdo termina y vuelvo a mi propio cuerpo.

Recupero la respiración y me aferro a Sebastián, que mira al dragón con rabia. Creo que él ha visto lo mismo que yo.

A nuestros padres.

A su madre.

—Las profecías —anuncia el dragón—, los elegidos. Vuestra especie tiene una forma muy extraña de excusar el precio que pagáis por vuestra existencia. El destino lo llamáis.

Mis cabellos, como los del hombre que salió del pozo, son blancos.

Son blancos como los de lady Basira.

—El equilibrio que tanto deseas proteger es lo que destruirá todo lo que amas, príncipe Sebastián —proclama Nementhalos—. No hay ninguna solución, no hay salvación posible: el verdadero rey debe morir para que Amira pueda ganar y el Corruptor sesgará lo que crea necesario para derrotarla igualmente: Ciro, Basira…

Su voz se hace eco en la gruta.

—Tú.

Sebastián se tensa y yo me aferro a él, intentando que no se pierda de nuevo en la visión. Sia, desde el suelo, parece haber oído lo mismo que yo.

El príncipe ha perdido toda la fuerza y le tiemblan las piernas.

—Entréganos la reliquia —objeto.

—Ah, ¿no vas a correr esta vez, Emma? —dice el dragón.

Su voz sigue siendo horrorosa y sé que se burla de mí, pero no me importa.

—No. ¿Cumplirás tu promesa? —respondo.

—Que así sea, entonces —se ríe la criatura—. Lo que sea por el príncipe y por tu difunto padre. Soy consciente de que esas cosas os

motivan, pues muchas de vuestras historias se mueven por algo tan insulso como el amor.

Veo que el dragón descubre una pequeña caja de madera que tiene entre sus escamas. Por primera vez desde que hemos llegado, puedo apreciar la magnitud de la criatura. Me acerco a ella, pese a que Sebastián intenta detenerme. Le lanzo una mirada que pide paciencia y él me lo permite.

Más allá, Sia me suplica con un gesto que no haga nada extraño.

El dragón, sin embargo, me deja avanzar sin problema. Cruzo la línea del haz de luz blanca, alzo la vista y observo que el cielo aguarda por encima de mi cabeza, a través de un pozo que parece estar a cientos de metros de altura.

Cuando llego hasta la cajita, vacilo.

—Así sea —ronronea el dragón—. De nuevo y por última vez, Emma. ¿Tomarás la caja?

Dudo.

Es a lo que hemos venido, ¿no? ¿Por qué decidiría no hacerlo? Me pregunto si la caja en sí es la reliquia o si debo abrirla. Estoy segura de que el dragón tiene todas las respuestas y, aunque la idea de lo que le ha ocurrido a mi padre todavía no ha llegado a sellarse en mí, creo que he entendido su historia.

Amira devora al rey y el Corruptor se alimenta de todos los demás.

Como no hay mucho más tiempo que perder, decido coger la caja y preguntar después.

El problema es que, en cuanto rozo la caja, el dragón cae con un estruendo. Agarro el objeto y me separo, antes de que las escamas empiecen a desmoronarse y su cuerpo se bloquee. La gruta entera tiembla y, aunque no sabría cómo explicarlo, la respuesta llega a mí gracias a su última mirada.

Puedo sentir que algo me atraviesa desde dentro, se me hunde en el corazón. Y entiendo que no es mi recuerdo, sino el suyo.

El último recuerdo de Nementhalos, que ya no puede recordar nada. Nementhalos, el dragón cuya sangre se extiende ahora bajo mis pies, ardiente y humeante como el propio magma.

—¡Emma, corre!

Lo han matado.

Y yo sé quién ha sido.

—¡Emma!

Es Sia quien me hace reaccionar.

—Tenemos que salir de aquí —anuncio retrocediendo.

Pero vamos tarde.

Quizá siempre haya sido así. Puede que siempre haya ido cuatro pasos por delante de nosotros y lleva riéndose todo este tiempo.

Puedo sentirlo nacer del cadáver.

El Corruptor.

El magma se solidifica, se vuelve negro, y después retrocede para regresar al cuerpo. Cuando Nementhalos vuelve a abrir los ojos, los iris naranja y violeta han sido sustituidos por un pútrido color gris y una extraña neblina blanca.

Con la caja en las manos, no puedo hacer mucho más que retroceder, huir hacia donde está Sebastián, que desenfunda la espada. Pese al estruendo y lo irreal del momento, se prepara para la batalla.

El dragón ruge y parte del techo se desprende, bloqueando las galerías por las que hemos entrado al interior del extraño pozo en la montaña.

—¡Ahora me vendrían bastante bien tus habilidades de chanchullera! —le grita Sebastián a Sia, que me protege del polvo con un brazo.

Ella gruñe molesta desde el otro lado del destrozo.

—¿Crees que puedo controlar a un dragón de doce metros de altura?

Confusa, toso y sujeto la caja.

—Pensaba que eras la mejor doblegadora de tu generación.

Aturdida, y cuando el dragón decide golpear un par de las columnas con la cola, alzo las manos. El mero gesto hace que la luz brote de ellas y los pedazos de hueso se mantengan en el aire.

Sebastián y Sia se miran entre sí.

—¿Emma?

Alzo la vista para mirar a mi amiga, que a su vez mira al príncipe.

Este asiente, como si supiera exactamente cuál es su siguiente movimiento.

—Vas a tener que encontrar una forma de salir de aquí mientras nosotros mantenemos al dragón a raya —dice Sebastián—. Y de eso… —Apunta a los trozos de hueso que, cuando bajo las manos, caen al suelo—. ¿Sabes qué? Hablamos en casa.

Siento un extraño rubor y asiento, aunque no tengo ni idea de qué puedo hacer o qué me está pasando.

¿En casa?

Azorada, sostengo la caja en las manos y, mientras Sebastián y Sia luchan, consiguiendo distraer a la bestia que a las claras está poseída por el Corruptor, la abro.

Unos guantes.

Negros.

Alzo la vista cuando oigo otro estruendo y me preparo para el golpe, pero la cola del dragón se detiene a apenas unos metros de mí. Sia habla y su voz se extiende hacia la criatura, que lucha contra su poder.

Veo que la doblegadora se pasa una mano por la cara, se aparta

la sangre que le sale de la nariz.

Justo cuando parece que el dragón va a ganar la partida, Sebastián arremete contra él. Atraviesa el hueco entre sus escamas con la espada y lo hace caer al suelo de nuevo como un fardo. Se hace evidente entonces que la posesión no parece haberse completado y…

Claro.

Sebastián es un exorcista.

Le está haciendo retroceder.

Ahora entiendo su plan: Sia controla el cuerpo del dragón y Sebastián obliga al Corruptor a retirarse. Por desgracia, aunque logren detener al dragón, este se recupera. La criatura grita y vuelve a contratacar con más fuerza.

Esta vez, cuando Sebastián lo hiere, algo crece de él: látigos de pelo, dedos de carbón. Reconozco cada detalle, incluso las extrañas costillas de hueso de marfil que se abren paso a través de la herida.

Son espíritus arcanos.

Y todos ellos se lanzan a por Sebastián.

—¡Sia! —gruñe él, haciendo otra de sus florituras con la espada —. ¡No dejes a Emma sola!

Sia se vuelve hacia mí y parece horrorizarse cuando me ve.

O cuando ve lo que hay detrás de mí.

Me vuelvo.

Es entonces cuando veo la silueta, observándome como lo ha hecho todas las demás veces. Puedo verlo.

Al Corruptor.

Y sé que es él porque, ¿qué otra cosa puede ser?

—No te acerques —exijo retrocediendo.

Pero él avanza hacia mí con intención de tocarme o de lanzarme a la periferia del dragón. Acongojada, sostengo la caja contra el

pecho.

Doy un paso hacia atrás y trastabillo entre las columnas.

En el gesto, algo extraño ocurre. Otro recuerdo llega a mí: los pies sucios, el pelo blanco, los círculos en el papel.

La petición de lady Basira.

Mi padre era un pintor y yo soy su hija.

Si él pudo crear las puertas que llevaban a este mundo, ¿por qué no podría yo encontrar la forma de salir de ellos?

Retrocedo y el Corruptor me sigue con sus nuevos pies, con sus ojos brillantes.

Necesito un lienzo y un pincel. Pero tendrán que servirme el suelo y las manos, como hacía la soñadora. Como lady Basira.

Abro la caja y saco los guantes. Me los enfundo sin saber exactamente por qué lo hago. Al menos sin ser del todo consciente de por qué seguiría ese instinto.

Los guantes son negros porque están hechos de carbón.

—¡Sebastián, Sia! —los llamo rápida.

Ellos se vuelven y parecen entender que deben regresar junto a mí, aunque no sepan exactamente cómo. Ambos parecen ponerse de acuerdo en que el dragón es ahora la segunda de sus preocupaciones y que la primera es la criatura que mantiene su mirada fija en la mía.

Oigo a Sia usar su afinidad para mantener al dragón pegado al suelo.

Sebastián la levanta del suelo para que no pierda la concentración caminando.

—¿Emma? —lo oigo acercarse—. ¿Qué estás haciendo?

Clavo las rodillas en el suelo y trazo el círculo más amplio que puedo quedando en el centro. Aguardo hasta que Sebastián y Sia se adentran en él, mientras el Corruptor nos observa.

Juraría que sonríe, casi con orgullo.

No sé cómo, ni por qué, pero sé que tengo razón y esta es la forma de volver a casa, como ha dicho Sebastián. Por eso, en cuanto están dentro del círculo, lo cierro.

La luz blanca nos envuelve.

Lo borra absolutamente todo, excepto a ellos dos.

El destello solo dura un instante.

Escucho las voces de los presentes. Puedo oír el escándalo que sienten todos aquellos que nos acaban de ver aparecer, cubiertos de roña y sangre en mitad de la sala del trono del castillo de Valemir.

Sebastián deposita a Sia en el suelo, aunque la sostiene por la cintura.

La corte al completo está ahí reunida y presencia nuestro retorno. Los Luminares avanzan, aunque solo sea para dibujar un perímetro de seguridad que nos separa del resto de la gente en la sala.

Sebastián sostiene su espada y mantiene el mentón alzado.

—¿Ser Kergalot?

El caballero da un paso adelante, está claro que afectado por la imagen.

—¿Alteza?

Todo el mundo ve al príncipe tenderle el arma a su caballero, que la acepta y la retira con duda en la mirada.

Yo lo observo desde el suelo, con los guantes puestos y con el pelo completamente blanco, sin entender qué acaba de ocurrir.

El dragón.

La cuarta reliquia.

El círculo en el suelo, el portal.

—Frente a la corte de Valemir y todos los jefes de las casas herederas, tengo el honor de presentar al miembro de la Casa de

Amira que se postulará en la próxima cena de nombramiento —anuncia Sebastián con su porte real.

Mi vista se clava en Sia, que se separa de él y parece tan confusa como yo.

—Frente a los Luminares, que son testigos, hago saber al reino que Emma de Valemir es el verdadero rey de Valemir.

Mi corazón se detiene tan pronto como lo oigo.

¿Qué cojones acaba de decir?

EL REY DE VALEMIR

42

No puedo respirar bien, pero eso es lo de menos.

—Un atizador —murmura Sia—. ¿Cómo es posible que no haya un atizador en esta sala? Un palo. Puedo partir la silla, Sebastián.

Una silla.

Mareada, me apoyo en una silla.

Me veo las manos enguantadas y, de repente, el peso de la reliquia es demasiado grande. Me los quito y los arrojo en la silla, contrariada.

—¿Qué acabas de hacer? —pregunto atacada—. ¿P-por qué harías eso? ¿Q-qué…?

Sebastián se cubre la boca, se lleva un brazo a la espalda y evita mi mirada mientras camina de un lado a otro de la habitación en la que hemos ido a parar.

—Puedo clavarte la pata en el pecho. ¡Ras! —sigue Sia—. No creas que se me caen los anillos por empalarte.

Todavía tiene sangre en la cara por el esfuerzo.

—La profecía de mi madre —explica Sebastián ausente—, siempre dijo que la noche en la que la Casa de Amira se postulara, aparecería el verdadero rey de Valemir. Yo no pude hacer uso de la máscara ni del colgante. Tú has podido usar la máscara y los guantes.

Frunzo el ceño.

He usado los guantes para dibujar un círculo en el suelo, pero no tengo ni idea de por qué.

—Para ello debíamos encontrar las cuatro reliquias —sigue él confundido.

La profecía de lady Basira, que estuvo en esa misma cueva con el dragón, le pedía a Sebastián que recuperara las reliquias.

Que la noche en que la Casa de Amira se postulara…

—¿Dónde están las armas cuando las necesitas? ¿No podías colgar una espada de la pared? —Sia sigue dando vueltas por la habitación—. Eres una decepción en absolutamente todos los ámbitos de tu vida.

Busco los ojos de Sebastián, que sigue pasando de un lado a otro de la habitación como un loco. Lo veo pasarse las manos por el pelo.

—Para encontrar las cuatro reliquias, tu padre dejó una serie de cuadros que llevaban a otros universos —sigue—, todos ellos asediados por el Corruptor. Descubrieron que el equilibrio se mantiene en el sacrificio del rey, que hay un…

—Sebastián. —Mi voz sale mucho más contundente de lo que creía posible.

Él se vuelve y me mira.

—¿Por qué cojones me has postulado para ser el rey?

Abre los brazos en el aire con lágrimas en los ojos.

—Porque siempre fuiste tú —dice como si fuera obvio—. Esa es la razón por la que mi padre me envió a estudiar con el tuyo. Es la razón por la que nos conocíamos. Es la razón por la que…

Se sostiene la cabeza con las manos y se sienta en un rincón de la habitación.

—Podría pisarte la cabeza y separártela del cuerpo —añade Sia —, pero seguro que correrías un par de horas más, como una

cucaracha sucia.

—Me parece bien —le contesta él derrotado.

—¡Eres un…!

—¡Vale ya! —protesto—. Sia, para. Porque no me estás ayudando. Límpiate la cara, todavía tienes sangre. Y siéntate antes de que me dé un infarto.

Amedrentada, la joven doblegadora sigue mis órdenes sin rechistar. Sebastián, por su lado, hunde la cara entre las manos.

—Algo me ha estado mosqueando desde el principio —dice Sebastián sin más—. He intentado ignorarlo. Me he dicho a mí mismo que no tiene sentido. Pero necesito que seas sincera conmigo, Emma.

—¡He sido sincera contigo desde el principio!

—Lo sé, pero necesito que respondas a la pregunta en la medida de lo posible.

—¿A qué pregunta?

—¿Quién es tu madre, Emma?

Siento un nudo en la garganta y el vértigo me obliga a sentarme. Los tres nos quedamos en silencio durante lo que parecen largos segundos.

—No lo sé —admito.

Él asiente.

—Tu padre jamás te lo dijo —deduce en voz alta.

Sia se seca las manos en un trapo soltando un suspiro largo.

—Pero Ciro tampoco es su padre, ¿no? —protesta mirando a Sebastián—. ¿Por qué sería su madre más importante?

Cuando alzo la vista, el príncipe me mira a los ojos.

—Puede que la pintura se me diera fatal —dice el príncipe—, pero la ciencia me gusta, ¿sabes? La parte de hincar los codos es mi favorita.

Sia resopla frustrada.

—¿Ahora a qué viene eso, cuatro ojos?

—Sia —sigue él—, ¿qué color consigues si mezclas todos los colores de tus pinturas al óleo?

Ella duda, parpadeando, pero encuentra la respuesta pronto.

—Ah, ¿negro?

Me mira a mí, confusa.

—Ciro de Valemir —sigue Sebastián— era pintor. Nos explicó a ambos que la mezcla de los pigmentos es sustractiva y, por lo tanto, obtienes negro cuando mezclas todos los colores.

—Vale, ¿y…?

Frustrada, Sia arroja la toalla a un lado.

—Bien. También sabemos que nuestros sellos emiten una leve luz y que cada afinidad tiene un color, ¿no es cierto? —Sebastián la señala—. Rojo para los doblegadores, violeta para los exorcistas…

Agacho la mirada, sé exactamente lo que Sebastián va a decir.

—La mezcla de luces de colores no es sustractiva como en el caso de los pigmentos, Sia, sino aditiva, así que, si mezclas todos esos colores, no obtienes negro…

Sia lo entiende al momento y se apoya en la pared, como si tuviera vértigo.

—Obtienes blanco —dice en voz alta.

Él asiente.

—Que es el color de la extraña afinidad de Emma —concluye.

Sia toma una bocanada de aire y parece reflexionar.

—Así es como me salvó la vida en Madrid —dice sorprendida—. Obligó a mi cuerpo a regenerarse haciendo uso de todas las afinidades a la vez.

Sebastián asiente.

—Sin sello, Sia.

Ella se pasa las manos por el pelo y yo aprieto las manos asustada.

Aquí está.

Este es el momento.

No quiero saber qué significa.

Escondo las manos entre las piernas, asustada, sintiendo las lágrimas. Pienso en Ciro, en el recuerdo que el dragón me ha mostrado.

Mi luz.

Eso es lo que me llamó.

Me pongo de pie de inmediato y Sebastián me sigue como si estuviera atado a mí. Me sigue con las manos y no sé qué es exactamente lo que dice, porque lo único que oigo es mi propia voz.

—¡Es mi vida! —rujo—. ¡Mía!

—Emma, escúchame…

—Y tú… Tú acabas de… Yo no pienso acabar en una cripta, pudriéndome como tu padre, Sebastián —protesto empujándole.

—Déjame explicarte

—¡Acabas de condenarme!

—No me estás entendiendo.

—El dragón lo ha dicho. ¡Te ha dejado claro que todo esto es una maldición! Que Amira devora el alma del rey, que… que…

Sia intercede, buscando mi rostro, pero a ella también le grito:

—¡El Corruptor devoró a mi padre! ¡A tu madre, Sebastián!

El pánico lo domina todo.

—¡Eres un monstruo! —escupo.

Sia me detiene antes de que me lance a golpearlo y me pide que entre en razón. Me pide que recuerde que cabe la posibilidad de que La Fuente no me elija, de que Sebastián esté equivocado. Me pide que respire, que me calme.

Me aparta del príncipe, que vuelve a sentarse en la silla en la que se ha acomodado antes, en su trono de manipulador y carcelero. Mientras Sia me saca de la habitación, lo único en lo que puedo pensar es que Sebastián ha perdido todo por lo que ha luchado en la vida para conseguir las reliquias.

Lo ha perdido igual que me ha perdido a mí.

43

Unas horas más tarde, Rilke e Irina salen de la habitación en silencio. Apenas nos hemos dicho nada, porque creo que ambas han sabido entender a la perfección que he sido postulada para mi nombramiento en contra de mi decisión. Esta vez, Rilke no ha hecho ni un solo comentario respecto a Sebastián y, de hecho, me dejan a solas cuando alguien llama a la puerta.

En el espejo, me veo casi lista para mi cena de nombramiento. No entiendo por qué los colores son los que son: el vestido es verde, pero tiene detalles dorados. ¿A quiénes pertenecen?

Alguien cruza la puerta de mi habitación y la cierra.

—¿Sia?

Su visita me pilla por sorpresa porque, hasta el momento, ha sido muy cuidadosa con sus idas y venidas. La veo entrar en la sala, ataviada con lo que parece su propio vestido plateado y frunzo el ceño cuando veo su sonrisa.

Sé que tiene noticias.

—Uy, te han dejado a medias —observa.

Frunzo el ceño y le echo un vistazo a los botones de la espalda. Sin embargo, antes de poder decir nada más, Sia deja la caja que traía consigo misma sobre el baúl de la entrada y se acerca.

Pronto, sus manos cierran los últimos botones.

—¿Por qué vas vestida para la cena? —pregunto cuando me mira

a través del espejo.

Ella sonríe de nuevo y hace un gesto como de molestia fingida.

—Porque el príncipe es un liante y ha decidido que esta noche todo el mundo debería llevar una máscara.

La mención de Sebastián es suficiente para volver a hundirme los ánimos, pero Sia se ríe cuando me oye gruñir.

Sigo enfadada.

Por supuesto que sigo enfadada.

—La cuestión es que estaré en la cena contigo —anuncia Sia—. Me gustaría pensar que lo ha hecho por ser simpático conmigo, pero creo que tiene que ver con esto.

Recupera la caja que ha traído consigo y me la acerca. Me muestra lo que guarda en su interior: las reliquias.

Los guantes.

El anillo.

El collar.

Y…

—La máscara —resoplo—. Quiere que la lleve puesta y, para que no desentone, va a hacer que todo el mundo lleve la suya.

—*Voilà!*

Gruño, suspiro y me aparto del espejo para sentarme al borde de la cama sintiéndome prisionera una vez más.

Sia me sigue y se sienta a mi lado paciente.

Siento un nudo en la garganta.

—Está equivocado —protesto.

Ella encuentra mi mano.

—Mejor —dice—. Así no solo habrá perdido el tiempo, sino que además quedará completamente humillado.

—Él quiere ser el rey —digo dolida—. Sigo sin entender qué pretende o qué…

Siento la caricia de sus dedos sobre los míos.

—Sia, si La Fuente me elige, jamás podré salir de aquí —sollozo. Ella, rápida, me acaricia la mejilla—. Mi padre…

Me aclaro la garganta y ella espera.

—No sé qué le pasó y no sé cuándo o… —Niego con la cabeza—. Era mi padre. Me crio. Me cuidó. Pintaba conmigo, me contaba historias… No era solo un pintor famoso con habilidades mágicas en una aventura imposible… Él…

Ella asiente escuchando.

—Estaba enfermo —protesto—. Era cruel y me daba miedo.

—Pero lo querías.

Sus palabras impactan con tanta fuerza como su mirada, puesta sobre la mía. Puedo ver que ella también está cansada y la culpabilidad regresa al instante.

No estoy segura de estar siendo del todo justa con Sia al contarle todo esto.

—¿Quieres saber qué me mostró el dragón?

Frunzo el ceño, pero, como creo que quiere contármelo, asiento. La recuerdo llorando, catatónica, en un rincón de la extraña galería.

—Cuando era niña, mi padre usaba su afinidad en mi contra.

Abro mucho los ojos.

—Los Du Mort creen que puedes aprender a resistir los comandos de otro doblegador si te enfrentas a él lo suficiente —explica—. Es común. Y, de hecho, no es imposible. Solo hay que entrenar.

—Que sea común no lo hace menos terrorífico.

Ella asiente con una pequeña sonrisa.

—La cuestión es que siempre me obligaba a hacer cosas ridículas como: levanta ese jarrón, arroja esos libros, deshaz tu cama —sigue —. En las pocas ocasiones en las que era capaz de superar su poder,

por así decirlo, y se lo demostraba…

Siento un agujero en el pecho.

—Digamos que me abofeteó un par de veces.

Me estremezco y tiro de su mano para acariciarle la muñeca. Sia, sin embargo, no se achanta. Me sostiene la mirada con cuidado.

—El día de la boda —dice entonces—, mi padre entró en mi habitación, me miró a los ojos y me ordenó que me casara con Sebastián.

Mis ojos se abren de par en par.

—Pero ¿lograste contradecir la orden? Usaste tu afinidad, ¿verdad? Superaste su poder y así pudiste…

Sia agacha la mirada un momento y sus labios tiemblan. Niega despacio con la cabeza y traga saliva.

—No.

—¿No?

—No me hizo falta, Emma —ríe con suavidad—, porque él no hizo uso de la suya.

Niego con la cabeza, estoy perdida.

—Mi padre es un hombre horrible, Emma —dice—. Es cruel, violento y maquiavélico. El fin lo justifica todo. Pero aquel día me miró a los ojos y yo supe que era su favorita. Que siempre iba a serlo.

Mi corazón se parte por todo lo que Sia ha sufrido.

—Eso es…

—¿Horrible?

—Sí —ríe triste—. No es la mejor relación paternofilial que existe, desde luego. Pero sigue siendo mi realidad.

Le sostengo la mano.

—Tenías razón —concede.

—¿Sobre qué?

—Sobre Sebastián —dice.

—Tú misma querías matarlo esta tarde.

—Y no se me han quitado las ganas, no te creas.

—Entonces ¿qué quieres decir?

Ella suspira.

—Supongo que lo que quiero decir es que todo lo que Sebastián quiere de verdad es proteger al reino y salvar a su madre. Y ahora una de esas dos cosas ni siquiera es una opción.

Contrariada, niego con la cabeza y me aparto.

—Nada de eso es excusa para obligarme a formar parte de…

—No lo es —sigue Sia con calma.

—¡No quiero quedarme en Valemir! ¡Y me está obligando!

—Todavía no has sido elegida, Emma.

Hago una mueca para evitar el llanto y doy un pisotón. Las dos hemos visto las señales, los signos.

—Pero, si Sebastián tiene razón y la cosa que te persigue es el Corruptor, y tu afinidad… Bueno, de cualquier manera, puede que conseguir el trono sea tu única forma de sobrevivir. Si el rey de Valemir está vinculado a Amira y a La Fuente, el Corruptor deberá retirarse, ¿no?

Siento que se me hunden los hombros al seguir la lógica.

—Y las pesadillas se detendrían —entiendo.

No puedo creer que Sia esté frente a mí, intentando defender al hombre al que más odia en el mundo.

—Es posible que Sebastián ya no pueda salvar a su madre —dice —, pero todavía tiene la oportunidad de protegerte a ti y no va a dejarla pasar.

Las campanas dan la hora y las palabras de Sia se hacen hueco en la habitación. Aunque me cierro en banda, no la echo. En lugar de eso, dejo que me ayude a prepararme. Me pongo los guantes y el

anillo, luego dejo que ella me ate el collar.

No tenemos más tiempo, ¿verdad?

Sebastián no viene a buscarnos, quizá porque tiene cosas más importantes de las que ocuparse, como mantenerse lejos de mí para que no lo mate.

—¿Lista para volver a entrar en ese salón, lady Anastasia? —le pregunto bajando las escaleras de su brazo.

Soy consciente de que nadie debería descubrir que Sia es la antigua Anastasia du Mort y mucho menos con una máscara puesta.

—No he echado de menos ni a uno solo de esos gilipollas —responde con una sonrisa divertida—. Pero cualquier fiesta es mejor contigo.

44

Sia y yo caminamos juntas hacia el interior del salón.

—Vuestra excelencia, prometida del príncipe regente de Valemir, hijo de lady Basira de Pyrramiede y heredero del ascendido rey Gael de Amira —proclama una voz— y la candidata de la noche: lady Emma, heredera de la Casa de Amira.

«Heredera de la Casa de Amira».

Alzo el rostro hacia el paje que he visto tantas otras veces y alzo una ceja. Lo oigo aclararse la voz al ver que llevo compañía. Aunque vacila, acepta el papel que Alaric Kergalot le tiende.

—Acompañada de dame Sybil de Pyrramiede, prima de Sebastián de Pyrramiede.

Ambas avanzamos un par de metros, siguiendo hacia el interior de la sala mientras la gente nos observa. Sin embargo, no puedo evitar lanzarle un par de miradas a mi acompañante, que se aguanta la risa.

—¿Sybil? —pregunto.

—Es tan pedante —ríe ella.

—¿Su prima?

—Algo tenía que inventarse Alaric, supongo —se ríe ella.

Cuando llegamos al centro de la sala y todos los presentes saludan desde sus respectivas mesas, la realidad se asienta de nuevo.

Es mi cena de nombramiento.

Soy la persona que se ha postulado por la Casa de Amira.

Entre todas las siluetas que están en pie, esperando a que llegue hasta mi mesa, aparece la suya. Sebastián también viste con detalles dorados, aunque su traje es rojo. Tardo un instante en recordar que es el color del luto en Valemir. Veo su pelo y sus ojos negros, y la forma en la que, en cuanto su mirada se cruza con la mía, la agacha.

Y, aunque sé que suena ridículo, toda mi rabia se esfuma.

—Puaj —oigo.

Pongo los ojos en blanco, sabiendo que es Sia, y le piso un pie sin remordimiento alguno.

Lo siguiente que sé es que ser Kergalot aparece para llevar a la supuesta Sybil de Pyrramiede junto a dame Ygritte, que ha conseguido su propia mesa. Yo, por mi lado, me siento junto a Sebastián, que mantiene la compostura pese a la corte.

No decimos nada.

No mediamos palabra.

Después de todo lo ocurrido, ¿qué más podríamos decir?

Sebastián acepta el plato de su cena y yo como a su lado en silencio. La corte también cena, mientras los Luminares entran y salen, en sus habituales deliberaciones. Para mi sorpresa, descubro que he asistido a las suficientes cenas como para aborrecerlas.

Pero supongo que todavía me quedan sorpresas, porque cuando la música empieza a sonar, lo último que esperaba es ver a Sebastián ponerse en pie.

Cuando veo su mano frente a mí, contengo mis emociones.

No sé si preferiría matarlo usando uno de los cuchillos de la cena, directo a la yugular, o humillarlo delante de toda la corte rechazando su propuesta.

No hago ninguna de las dos cosas.

En lugar de eso, me levanto de la silla y avanzo hacia el centro de la estancia, donde cada noche desde la primera hemos visto bailar a los invitados de las cenas de nombramiento.

Sebastián me corrige la postura, sostiene mi mano enguantada en la suya, y espera a que empiece la siguiente pieza musical.

Mantengo la vista clavada en su cuello, en su sello. Aunque él intenta encontrarse con mis ojos, no le concedo nada más.

—Estás enfadada —murmura entre un paso y el siguiente.

Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad.

Debería haber dejado que se lo comieran las sirenas y ahora mi vida sería menos compleja. Quizá el Corruptor me habría devorado, como al parecer hizo con mi padre.

Quizá preferiría eso a tener que soportar esta tortura.

—¿Eso crees? —pregunto.

Él parpadea confuso.

—Sí —responde cínico—. Apostaría a que estás enfadada. Aunque admitiré que no es ni la primera ni la última vez que me pisas así, ¿cierto?

Sus palabras me devuelven a los primeros días en Valemir, cuando intentó enseñarme a bailar en la habitación de los cuadros.

Cuando comimos en el suelo.

—¿Y bien? —respondo no menos enfadada.

—¿Hum?

—¿Qué harás cuando esta noche sea un fracaso y hayas perdido tu oportunidad de ser el rey? —digo cortante.

Mis ojos coinciden con los suyos negros. Él me sostiene la mirada sin perder el ritmo del baile. Es ahora cuando, por primera vez en toda la noche, reparo en que Sebastián no lleva ninguna máscara.

—Sia me explicó su teoría de la quinta reliquia —dice él echándole un vistazo al resto de bailarines.

—Ah, cierto.

Por supuesto que eso es de lo que quiere hablar ahora.

—Es una hipótesis curiosa.

Pongo los ojos en blanco.

—Tienes una respuesta, ¿no? Porque tienes una respuesta para todo —resoplo—. Ilumíname, oh, príncipe Sebastián de Pyrramiede.

—Si te coronan esta noche, ¿seguiré siendo el príncipe?

Lo fusilo con la mirada.

—Si me coronan esta noche, me aseguraré de que te pases el resto de tu vida vestido de amarillo y limpiando retretes.

Aunque le duele mi rabia, pronto veo una sonrisilla en la comisura de su boca. Ah, porque le parece gracioso.

—Las cuatro reliquias son accesorios —dice tras un momento de silencio.

—Hum.

El balcón de los Luminares sigue vacío y la noche avanza con parsimonia.

—Un collar, un anillo, unos guantes y una máscara —continúa—. La teoría era que la quinta reliquia aparece cuando juntas el resto, ¿cierto?

Le presto atención a los pasos, giro cuando Sebastián me indica que lo haga. Cuando regreso junto a él, sé que va a ofrecerme la respuesta.

—Tú eres la quinta reliquia de Amira, Emma —susurra.

Y me mira como si lo fuera.

Me gustaría poder decir que no quiero cruzarle la cara casi tanto como quiero besarlo de nuevo, pero puede que el miedo y la rabia no sean capaces de sobrepasar lo que siento por Sebastián.

Sea cual sea el anuncio de los Luminares esta noche, tanto si él tiene razón como si no, mi vida ya ha cambiado para siempre y no tiene remedio.

Frunzo el ceño y siento que pierdo la rabia.

Sin embargo, antes de que pueda decir nada, la música se detiene. Las puertas del salón se abren de par en par y alguien detiene el baile.

La multitud se aparta mientras los pasos resuenan en el salón. Sebastián me sostiene por la cintura, como queriendo moverme y apartarme de la trayectoria de quien sea que aplaude y se adentra en el interior del salón.

La muchacha sonríe, con su pelo y sus ojos negros.

Cleia.

45

Aunque su mirada está puesta en mí, la atención del resto de los presentes está puesta en ella y en las criaturas que la acompañan. Cleia avanza con decisión, pero no sola.

El brillo del cuello de Sebastián me confirma que lo que la acompaña son, en alguna medida, espíritus. No es el único exorcista de la sala que parece apreciarlo y tampoco es el único que busca la empuñadura de la espada. Tantos otros, como él, parecen identificar a sus enemigos con rapidez y experiencia. Y, aunque parece que van a oponer resistencia, nadie lo hace.

Al menos no todavía.

Son cuatro criaturas y caminan junto a Cleia como si ella pudiera controlarlas. Tienen el tamaño de un león y avanzan a cuatro patas. Reconocería esas pupilas rasgadas o las escamas de su cola incluso si no pudiera verlas: tienen parte de dragón, parte de león y cuernos retorcidos, como las cabras.

—Quimeras —murmura Sebastián como si no pudiera creerlo.

Las bestias se unen al avance de Cleia, que parece disfrutar de la tensión del ambiente como una niña con zapatos nuevos. Las criaturas jadean, avanzando con ella. Cuando una de las quimeras clava su mirada en uno de los invitados, este cae de rodillas, preso de sus propios recuerdos, tal y como lo hicimos nosotros en el pozo de Nementhalos.

Alguien grita, cuando la quimera se acerca a su primera víctima, y se forma un revuelo casi inmediato. Se oyen copas romperse y se desenfundan algunas espadas. Cleia suspira, se detiene y parece aleccionar a la bestia con un gesto. Esta regresa a su posición tan pronto como lo desea.

La corte entera la ve detenerse a apenas unos metros de Sebastián y de mí con una sonrisa enorme.

—Enhorabuena por tu hallazgo, hermanito —dice en el silencio —. Solo has tardado casi un mes en averiguar lo que un sordo habría podido oír sin ni siquiera esforzarse. Pero ¿qué puede el diestro reprocharle al manco…?

Sebastián le sostiene la mirada y yo me fijo en su sonrisa pérfida, en su burla. ¿Qué acaba de decir?

—Tú debes de ser Cleia —responde Sebastián, tirando con suavidad de mí para colocarme a su espalda.

La interpelada se ríe ante el gesto y niega con la cabeza.

—¿De veras?

Sebastián mantiene el porte.

—Si quisiera hacerle daño a Emma, ya lo habría hecho, ¿no crees? —suelta con algo de malicia—. De hecho, traigo un regalo para ella. He oído que su padre no podía venir a su cena, así que le he traído un pedacito. Un recuerdo familiar. ¿Queréis verlo, lady Emma?

Sia, que estaba junto a Ygritte, se ha acercado a nosotros todo lo posible. Sebastián y yo seguimos en el centro, ahora rodeados por las quimeras de Cleia como gladiadores en un espectáculo. Sea como sea, los tres podemos ver lo que la que se hizo pasar por doncella ha traído consigo. Lo único que sería capaz de hacer que mi estómago se encogiera como se encoge.

Es el cuadro que quedaba en casa de mi padre.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, aunque no sé ni por qué lo hago.

Ella sonríe ladeando la cabeza con sutileza.

—Acabar con esta farsa —propone con un gesto.

Tan pronto como Cleia roza el lienzo, la pintura cobra vida. Pronto, el negro empieza a desprenderse de la tela, se estira y le da forma a un rostro, a otro y a otro más. Así hasta que cuatro consiguen escapar de la pintura y adoptar la forma de lo que parecen cuatro figuras.

Cuatro jinetes.

Ante el horror de la corte, las criaturas antropomórficas que pisan el suelo del salón de baile lo hacen con contundencia, desproporcionadas y aberrantes. Su peso se nota en la presión del aire y las luces fatuas de la sala huyen despavoridas. Las llamas tiemblan.

Sebastián me mantiene tras él, pero yo me resisto.

—¡Cleia, basta! —protesto.

Ella pone los ojos en blanco, divertida ante mi respuesta.

—Son hermosos, ¿no crees? —protesta—. Estaba cansada de verlos encerrados en el atrapasueños de tu padre.

Me zafo de Sebastián y doy un paso al frente para observar a los extraños jinetes. Cuando Cleia abre la boca para dirigirse a ellos, habla en un idioma que no logro entender, pero tampoco necesita traducción.

Porque lo siguiente que hacen los extraños jinetes es atacar. Y tan pronto como se mueven, se desata el infierno.

El tiempo se ralentiza y se pierde en la risa de Cleia.

Enseguida, los diferentes Herederos de Valemir se defienden como pueden. Hacen uso de sus afinidades, pero las quimeras y los jinetes arremeten con otras reglas, vulnerando las del espacio y el

tiempo como lo conocemos. De repente están aquí, de repente allí. Y, si uno de ellos se despista, puede encontrar a una de las quimeras atravesando el costado de uno de ellos de un zarpazo.

De hecho, Sebastián me hace retroceder para que una de ellas no nos encuentre.

—Evita sus miradas —pide.

—¿Y qué quieres que haga? —protesto—. ¡Usa la espada!

Me mira como si lo acabara de insultar, al menos hasta que algo cae en su rostro. Desde el techo.

Una gota.

Ambos miramos al techo y entonces recordamos qué estancia está justo encima de nosotros: la habitación de los cuadros, con las protecciones y sin ellas.

—Esto es culpa tuya —gruño.

—¿En serio?

Sebastián me devuelve el gruñido, pero no tenemos tiempo para nada más. Porque pronto los cuatro jinetes y sus quimeras no son nuestra única preocupación. Cleia, en el centro de la sala, alza el rostro al techo y siente las gotas de pintura caer como quien disfruta de la lluvia.

Y supongo que lo goza, porque de cada una de las gotas de pintura negra que caen a través del techo aparece otra extraña criatura del Corruptor para enfrentarse a los Herederos de Valemir.

—Emma, ¡por aquí!

Sigo la voz y dejo que Sebastián me guíe. Lo siguiente que sé es que Sia ha encontrado una ballesta, por supuesto, y no piensa dejarse vencer. Apunta y dispara sin miramientos. Sin embargo, Cleia usa una ráfaga de aire para desviar las flechas sin despeinarse.

Sia gruñe y recarga el arma.

—¿De dónde coño salen todos esos bichos?

—Las defensas de la sala de los cuadros habrán caído —anuncia Sebastián.

Me agacho a tiempo de esquivar una de las criaturas, maldiciendo por llevar un vestido tan pesado, y Sebastián se asegura de deshacerse de ella de una patada. Cuando la ensarta con la espada, esta se desmigaja, aunque no desaparece. En lugar de eso, toma la forma de otra criatura nueva, de algo extraño y abominable.

—Es ella —digo—. Ella es la que ha estado rompiendo todas las protecciones.

Sia asiente como si pensara lo mismo que yo.

—Por supuesto que tu acosadora es la que anda detrás de todo esto —masculla cínica.

Le dedico una mueca. En respuesta, ella me apunta con la ballesta y, aunque tardo un segundo, hago lo propio y vuelvo a agacharme para que ella dispare a mi atacante.

Me vuelvo para comprobar que, en cuanto la abominación cae al suelo, con la flecha clavada en la piel, lady Seraphina von Funke tiene espacio suficiente para hacerla arder. Nos hace un gesto con la cabeza y avanza para ayudar a más gente.

—¿Sebastián?

El príncipe arranca la espada de una mesa tras una estocada fallida y se vuelve hacia mí.

—Oh, menos mal —resopla cuando las puertas se abren—. Al menos van a hacer algo útil por una vez en su vida.

Sia y yo nos volvemos a tiempo de ver que los Luminares entran en la sala para ofrecer refuerzos.

Pero no somos los únicos que los ven.

Cleia, que tan entretenida parecía en mitad del desastre, que tan impertinente y ausente parecía, se vuelve para prestarles atención. Y con una sonrisa afilada, decide avanzar hacia la pequeña legión de

Luminares que se adentra en la sala. Con ella, todas sus abominaciones deciden volverse en busca de los extraños monjes y su misión.

Pero ¿por qué?

—Ellos son el objetivo —digo tirando de Sia—. Quiere deshacerse de ellos para que no puedan acceder a la corte, para que…

Ahogo un grito cuando observo que, con un simple gesto, uno de los jinetes arranca la cabeza de uno de los Luminares que están al servicio de Amira.

Cleia controla a esas criaturas.

Cleia quiere deshacerse de los Luminares.

Cleia, que cree que los Herederos de Valemir son un error, que creía que lady Basira, que había sido elegida por el Corruptor…

Las piezas encajan solas.

—¡Emma!

La advertencia de Sebastián es de ayuda, en especial cuando veo que la misma criatura que se lanza sobre mí acaba llevándose a Sia por delante. Esta pelea y se defiende con maestría, por supuesto. Justo cuando temo que vaya a perder, su tía aparece y erige un monolito para apartar a la abominación de encima de Sia.

Suspiro aliviada.

Pero ¿qué puedo hacer yo, además de sostener mi estúpido vestido?

Porque Sebastián puede usar su espada, como el resto de los exorcistas. Los Luminares sobreviven al asedio, devolviendo a algunas de las abominaciones al extraño plano del que parecen salir. Ygritte cubre a Sia y, a apenas unos metros de ellas, lady Agnes defiende a su marido, lord Azrael, que ha caído al suelo y parece resentirse.

El salón de baile se ha transformado en una carnicería.

Las abominaciones y Cleia se deshacen de la luz, así la noche se interpone entre nosotros y nuestra supervivencia.

Pero la voz de mi padre regresa con cariño, con súplica.

«Mi luz».

Me encuentro las manos bajo los guantes y me digo a mí misma que no pierdo nada por intentarlo. En cuanto alzo la vista, encuentro a Sebastián luchando por defenderse de otra de las abominaciones y hago lo propio: sostengo la mano en alto y la obligo a desvanecerse, la obligo a desaparecer como obligué a la sangre de Sia a volver a su cuerpo.

La luz blanca se propaga de mi mano a la criatura como si fuera electricidad y, por primera vez desde que han aparecido, una de las criaturas parece sentir dolor. Emite un grito escalofriante que hace que Sebastián retroceda sorprendido.

—No hacen eso normalmente —dice intentando romper la tensión del momento.

Ser Kergalot, que estaba al otro lado de la criatura, parece impresionado.

—Sea lo que sea que acabas de hacer —anuncia—, vamos a necesitar que lo sigas haciendo.

Junto con Alaric, la guardia lucha para intentar proteger a los herederos y a los miembros de la corte y las casas presentes. También al servicio. Quienes no huyen, usan las mesas y el mobiliario para defenderse, creando pequeñas barricadas desde las cuales protegerse los unos a los otros contra las abominaciones de Cleia, que parece haber decidido que los Luminares son su único blanco.

Acogida tras Sebastián, logro ver a Cleia alzar una mano por encima de la cabeza. Entiendo el trazo que forma con todo su cuerpo y veo la extraña luz que emite, o la ausencia total de ella.

La afinidad de Cleia se manifiesta con oscuridad y sus ojos brillan como los de un gato. Sin embargo, cuando Sia dispara y consigue golpearla, sangra como lo haría yo. Grita y gime mientras intenta arrancarse la flecha de la espalda.

Y tiene miedo.

—¡No!

Sia parece dudar y baja la ballesta antes de disparar por segunda vez. Yo tampoco entiendo por qué lo hago, pero escapo de Sebastián para alcanzarla. El corazón se me encoge, no puedo explicar por qué avanzo hacia la supuesta doncella que me ha engañado, que me ha enredado, que me ha…

Quien ha traído el cuadro de mi padre.

Quien tiene los ojos negros y el cabello negro, cuya afinidad es exactamente la opuesta a la mía.

Los Luminares aprovechan el momento para retenerla. Puedo ver la luz malva manar del suelo como lo harían las enredaderas y treparles por las piernas, por los brazos, por el rostro. Sebastián me tira del brazo para detenerme, para pegarme a su cuerpo y evitar que la trayectoria de cualquiera de esas cuerdas me roce.

Están reduciéndola.

Está completamente sola.

—¡Amira devorará a Emma como devoró a todos los anteriores! —grita Cleia desde el suelo—. ¡La vas a mandar al matadero, Sebastián!

El príncipe duda.

—¡Has estado luchando en las filas equivocadas todo este tiempo! —sigue ella.

Los Luminares parecen recuperar las fuerzas, pese a que las abominaciones siguen luchando. Al menos una docena se están centrando en retener a Cleia que, pese a la herida, consigue ofrecer

cierta resistencia: la oscuridad que mana de su cuerpo se resiste al agarre de los exorcistas.

—Si tanto quieres salvarla de él —gruñe Cleia—, ¡¿por qué se la entregas a ella?! ¡Son lo mismo, idiota!

Su rabia es lo suficiente poderosa como para reducir, de pronto, el avance de los Luminares. En especial porque sus jinetes regresan dispuestos a rescatarla. Pronto, todas sus fuerzas se centran en liberarla, en asegurarse de que pueda escapar.

Por un momento, parece que está dispuesta a retirarse, pero sonríe y suelta una carcajada. Al hacerlo, sus abominaciones, sus quimeras y sus jinetes vuelven a atacar.

Cleia se pone en pie.

Se arranca la flecha de la espalda sin ni siquiera inmutarse.

—Necesito llegar hasta ella —suplico mirando a Sebastián, que me retiene.

—¿Estás loca?

—Es como en la pesadilla —digo.

—¿Qué?

—Creo que ella era quien se me aparecía en las pesadillas, Sebastián —digo—. Si la toco, y si hago uso de mis habilidades, quizá pueda sacarla de aquí para que al menos…

—¿Cómo?

—No lo sé, pero vale la pena intentarlo, ¿no crees?

Las visiones, la información que tiene, la forma en la que Cleia parece ir siempre cuatro pasos por delante de nosotros. Todo cuanto sabe y todo cuanto me ha explicado ella misma.

Su oscuridad, frente a la luz que mana de mis manos.

—No —responde Sebastián.

—No te estoy pidiendo permiso.

—No, Emma, no puedo dejarte hacerlo. No puedo perderte, ¿no

lo ves?

Sebastián me retiene y sus ojos negros parecen estar al borde de las lágrimas. Pero no tenemos tiempo para discutirlo.

Sia está aquí, con su tía.

Alaric está en la sala.

Rilke e Irina, Enara y Niko.

—Tenías razón —le digo—. Siempre fue un espíritu arcano. Lo que perseguía a mi padre. O algo similar a él: el Corruptor.

Sebastián me sostiene por los hombros, frustrado. La gente sigue luchando, sigue intentando reducir a Cleia, y él no sabe ni cómo protegerme.

Porque no debería hacerlo.

—Pero el Corruptor no es lo que me ha estado siguiendo a mí, Sebastián. El espíritu arcano que me persigue es Cleia.

—No, no, Emma, los espíritus arcanos no sangran, no…

Ladeo la cabeza.

—Y si no sangran, ¿cómo pueden tener hijos? —pregunto intentando ayudarlo a entender lo que yo misma estoy entendiendo ahora—. Piénsalo. ¿Qué es lo que te ha llamado cuando te ha visto, Sebastián?

El rostro se le rompe en pedazos.

Yo no puedo dejar de darle vueltas: su pelo y sus ojos negros, la mirada que le lanzó a la torre, sus palabras en contra de Valemir. Pienso en la forma en la que me miró las palmas de la mano y de los pies, donde están los sellos de las afinidades del fuego y la tierra, cómo me abrió la boca para mirarme el paladar.

Me arranco algo de la mano, quiero ganarme la confianza de Sebastián.

—Ten.

Él me mira confuso y coge el anillo de Amira.

—¿Para qué…?

—Si recibes este anillo, es porque puedes aceptar la verdad —digo rápida.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que eres arrogante, imposible y mezquino. Pero también eres inteligente, amable y valiente. Dedicado. Que te quiero por todas esas cosas, por muy insoportable que seas. Que entiendo por qué has hecho todo lo que has hecho, a pesar de que me has hecho daño, Sebastián.

Sebastián abre la boca, se ha quedado sin palabras.

—Y que tienes que dejarme ir —insisto—. Porque si tengo razón… Si tenemos razón y Cleia es de verdad tu hermana, entonces solo tiene sentido que mi madre sea la misma persona que has sospechado que es desde el principio.

Me sostiene la mirada, contrariado.

—Emma, yo…

—Yo también lo he pensado.

Claro que lo he pensado.

La luz.

—Ni siquiera sé cómo sería eso posible, es una locura de…

Las trenzas.

La armadura y el recuerdo que me mostró Nementhalos.

—Solo di que me quieres —protesto— y no nos hagas perder más el tiempo.

Como no tiene nada más que darme, Sebastián me obliga a enredar los dedos en la empuñadura de su espada, sin apartar sus ojos de los míos.

Veo la súplica en ellos.

Justo cuando está a punto de soltarla, me tira de la cintura y me obliga a dar un traspié hacia él. Me roza los labios con los suyos y el

calor de su cuerpo sudado me deja helada cuando se aparta y hace exactamente lo que le he pedido.

Me deja ir.

—Vuelve conmigo —me pide.

Tras eso, Sebastián es el valiente de los dos y corre hacia Alaric, que le arroja otra espada. El joven príncipe se lanza a proteger a su corte, aunque no sabe exactamente cómo hacerlo. Un luminari que se le acerca parece informarle de algo y él, rápido, da un par de instrucciones.

Yo sostengo la espada de Sebastián con cuidado y avanzo hacia Cleia como lo he hecho otras veces.

Como llevo haciéndolo desde el principio.

Esta es la profecía de lady Basira, ¿verdad? La confusión de la soñadora, su receta de elementos: las cuatro reliquias, el verdadero rey de Valemir, el fin de los tiempos. Y esta es también mi pesadilla. Excepto que, en esta ocasión, el campo es el salón de baile y las grietas las ha causado ella.

Cleia.

Donde en su momento hubo bailes y cenas y fiestas, ahora hay gritos y bestias. Y donde en su momento hubiera estado aquella silueta, me aguarda Cleia.

Es alta, esbelta y majestuosa. Pese a las heridas, pese a la rabia. Tiene pies, como los tengo yo. Sangra, como lo hago yo. De hecho, no lo había notado, pero todo mi cuerpo parece resentirse tras las carreras. Tengo un par de rasgones en la tela y un arañazo en el brazo.

Si la capacidad de acceder a La Fuente de Cleia se parece en algo a la mía, supongo que tiene la capacidad de entrar en los sueños de la gente y crear pesadillas como la que creó para mí. Pero si lo es, ¿por qué no se ha curado?

Si mi cabello es ahora blanco, ¿qué supone su cabello negro?

Es como en la teoría de Sebastián: si mezclas todos los colores solo puedes obtener o bien uno u el otro, en función del método que utilizas.

Pigmentos o luz.

Negro o blanco.

Cleia o yo.

—¿Sabes cómo usarla? —pregunta con una risa cuando me ve llegar.

Se ha asegurado de que sus criaturas nos rodeen formando un círculo perfecto. Me encojo de hombros, me siento completamente fuera de lugar una vez más.

—Supongo que tengo que pincharte con el extremo afilado si intentas lanzarte a hacerme daño —respondo cínica.

—Si quisiera hacerte daño, ya te lo habría hecho —se ríe, aunque el gesto la obliga a escupir algo.

Sangre.

—Puedo curarte —digo—. Si detienes esta locura, puedo curarte y podemos hablar.

—¿Y por qué harías eso?

No lo había pensado, pero es como mirarse en un espejo a través del tiempo y del espacio.

Cleia está completamente sola, como solía estarlo yo.

—¿Por qué has llamado a Sebastián hermano? —pregunto.

Ella tose y eso la ofende aún más. Gruñe y el asedio se vuelve aún más violento. Escucho los gritos a lo lejos y, como si el tiempo quisiera confundirme, escucho el ruido de la armadura del recuerdo que me mostró el dragón.

Amira.

La mujer del recuerdo era Amira.

—Cleia, si sigues atacándolos, usaré la espada —advierto.

—No te tengo miedo —brama.

Frunzo el ceño.

—Solo eres un cordero de sacrificio —protesta—. Una idiota sin intenciones, que cree que ha venido a salvarnos a todos. Pero ¡yo te he guiado! Te he dado todas las pistas y, aun así, has tomado todas las decisiones equivocadas…

La imagen me pilla por sorpresa: los dientes de Cleia se han afilado, como los de un animal. Sus ojos negros emiten un extraño brillo malva, similar al del sello de Sebastián. Es entonces cuando una idea se me pasa por la mente: si Sebastián es su hermano de verdad, ¿por qué él sí tiene sello? ¿Por qué no lo tendría ella?

—No lo volveré a pedir: detén la batalla.

No tengo tiempo que perder en explicaciones: necesito detener a Cleia antes de que todo esto acabe en una masacre. Necesito más poder, algo que la detenga.

Cuando siento el calor en la mano diestra, la misma con la que sostengo la espada, sé cómo conseguirlo.

—Papá tiene hambre —murmura.

Cuando sonríe de nuevo, entiendo sus palabras: lo único que quiere es alimentarle, ¿verdad? La advertencia de lady Basira, las historias del dragón sobre el equilibrio.

Ella misma dijo que todo tiene un precio.

—¡No! ¡Cleia, vuelve aquí!

La veo echar a correr.

La veo rasgar el aire como quien aparta una tela.

La veo adentrarse en el pliegue y yo, sin pensarlo dos veces, la sigo.

46

Me siento como si alguien me hubiera arrancado la piel a tiras. Mi cuerpo entero se resiente y, aun así, no me detengo.

Por delante de mí, Cleia sigue huyendo. Apenas se vuelve para comprobar que la sigo cuando pisa lo que parece un tablón de madera que gruñe como si el gesto en sí fuera otro insulto más.

No la dejo escapar.

Corremos a través de la gente, a través del castillo, y a través del tiempo. Oigo el fragor de la batalla, los golpes de las bestias y las espadas.

—Si consigue lo que pretende, padre —dice una voz—, todos estaremos condenados.

—¿Y por eso debes entregar tu vida?

La joven que recorre el pasillo repite siempre las mismas palabras.

—¿Y por qué otra cosa la daría?

Me detengo, porque no veo a Cleia. La he perdido entre los pasillos en este laberinto de fantasmas.

—¡Cleia! —la llamo enrabietada.

La oigo toser, pero no correr. Cuando giro sobre mí misma para buscar la dirección adecuada, descubro los cielos de Valemir cubiertos por tres lunas. Las tres sangran sobre el cielo nocturno, entre las llamas; la roya consume las calles y la gente huye.

A través del humo y las cenizas, siento la presencia de dos cosas mayores y mucho más antiguas. Y sé exactamente qué dos criaturas imposibles conforman esa presión en el aire: una es noble, valiente y sacrificial. Sus paladines, entre ellos el rey Gael, pasan por mi lado como una ráfaga de aire para unirse a su lucha.

Quiero decir algo.

Quiero gritar.

Pero algo me dice que la visión es solo eso, una visión. La imagen no es real y es solo resultado del extraño universo en el que Cleia nos ha metido.

Cleia, que mira al cielo mientras se sostiene un hombro.

—¡Dijiste que, si te ayudaba a salir, la dejarías ir! —protesta—. ¡Que me la devolverías!

La otra energía es oscura, cruel y codiciosa. Es la fuerza contra la que Cleia parece querer enfrentarse incluso si esta no le contesta.

El Corruptor se ríe de ella.

—¡Era mía! —grita.

¿A quién se refiere?

Como no quiero perder tiempo, corro hacia ella y la arrojo al suelo.

En cuanto pierde el equilibrio, ambas caemos de nuevo en algún lugar. Le clavo las manos en los hombros, me siento sobre ella y recuerdo las palabras de Sia: «Defiéndete, Emma. Defiéndete».

Cleia también se defiende, se sacude justo debajo de mi peso. No me lo pone fácil ni me hace sentir orgullosa cuando debo asestarle un puñetazo para que no recupere la fuerza necesaria para ganarme.

Escupe a un lado.

—¿Lo has entendido ya? —pregunta como si fuera una idiota.

—No me has contado nada de nada.

—Hay ciertas confesiones que no pueden hacerse jamás —gruñe —. ¡Debes verlo con tus propios ojos! ¡Tienes que dejar de huir, de mirar a otro lado!

—Detén las abominaciones —exijo.

—¿O qué?

¿Podría matarla? ¿Es eso a lo que he venido? ¿Por eso la he seguido hasta aquí? ¿Hasta qué punto deseo proteger Valemir?

El lugar que es mi cárcel.

El lugar del que mi padre huyó, al que me pidió que jamás regresara.

—¡Haz lo que te digo! —ordeno.

Siento la luz, la calidez, y algo que se parte en mi interior. Le clavo los dedos en los brazos para retenerla e insisto.

Siento la sangre que le corre por las venas, el aire de los pulmones y el fuego de su rabia. Noto su espíritu, sus sueños y su voluntad. Siento todo cuanto la compone y estoy segura de que la conexión va en ambos sentidos.

La vida de Cleia se vuelve un recuerdo: veo la silueta que la arrancó de la cuna, que la apartó de lady Basira; oigo la voz que la arrulla en la oscuridad y le promete que, si le ofrece el mundo, podrá regresar con su madre. La veo trabajar en el campo y en las cocinas. La veo transformarse en un gato para visitar los rincones escondidos del castillo, buscando al joven príncipe. Cuando este se mete en un carruaje, ella lo sigue y llega hasta la casa de Ciro; asusta a las gallinas cuando se esconde para echarnos un vistazo a los dos.

Siempre estuvo ahí, escondida.

Oculta.

—¡Suéltame! —contrataca Cleia.

Me empuja y logra darnos la vuelta. Caigo sobre mi propia

espalda y, aunque intento zafarme de ella, sus manos encuentran mi cuello. Sus dedos se cierran alrededor de mi garganta y sé que la oscuridad que mana de su cuerpo no es otra cosa que un sinónimo de la fuerza que está utilizando.

Intento zafarme, pero no lo consigo.

Y supongo que por eso aparece ella, con su trenza y su espada. Una se alza en los cielos y la otra atraviesa el estómago de Cleia.

Ahogo un grito y siento el peso de la joven sobre el mío. Ella tose, pierde el conocimiento. La mujer que me ha salvado la vida me ayuda a quitármela de encima y me aparta el pelo de la cara con el mismo cuidado con el que lo ha hecho otras tantas veces, mientras sus paladines luchan en esta extraña eternidad que le pertenece; en el lugar donde nunca pierde, pero tampoco triunfa.

—Emma —murmura—, mi luz.

—¿Amira?

La mujer sonríe y, aunque no entiendo cómo es posible, me alza en brazos como si no fuera más que una niña. Quizá porque aquí, en este momento, es lo que soy.

Una niña.

—Alteza —suplica otra de las voces, alta, robusta—, debe darse prisa.

Las piedras del castillo son tan familiares como lo fueron en su momento, pese a que las veo desde el hombro de la reina, que me sostiene en brazos.

Pero ¿qué ha sido de Cleia? ¿O de Sebastián?

—Soy consciente, Lace, y sé que estoy siendo egoísta —contesta ella sin soltar la espada—. Pero no puedo sacrificarla a ella también.

Siento el roce de su mejilla húmeda y sucia contra mi pelo.

—Ordénales al resto de paladines que no bajen la guardia —anuncia— y yo me uniré a vosotros tan pronto como me sea posible.

El tal Lace me observa, con su cabello rojo fuego, pero no duda en obedecer. Yo frunzo el ceño confundida y me aferro al cuello de la extraña guerrera, de Amira, que entra en otra sala huyendo de la batalla.

Es un recuerdo, ¿verdad?

No sé dónde empieza o dónde acaba ni tampoco qué ha sido de Cleia. Solo sé que, cuando Amira avanza hacia el interior de la sala, me deposita en los brazos de un hombre al que conozco demasiado bien.

—Su nombre es Emma —dice Amira— y es todo cuanto deseo salvar.

Ciro me sostiene en sus brazos y, aunque grito, hace lo que la primera reina de Valemir le pide y me saca a través del espejo, a través del marco que él mismo guardó en su casa, en su mansión, entre sus cuadros.

Y ahora yo sí recuerdo cuál era el cuadro que Ciro quiso tapar.

Un retrato.

Mi madre y yo.

47

El mundo regresa a mí con ímpetu. Por acto reflejo, acongojada, tomo una bocanada de aire. Esta vez no hay ni humo ni ceniza. La presión de la atmósfera parece normal y las fuerzas imposibles han desaparecido.

Mis manos parecen mis manos.

Mi cuerpo parece real.

Alguien me sostiene en sus brazos y tantos otros rostros nos observan.

Me lloran los ojos, pero el mundo todo ha dejado de dar vueltas. Me siento agotada.

Sin embargo, cuando él sonríe, algo en mí vuelve a la vida. Alrededor de Sebastián veo a los cortesanos que siguen presentes: distingo a Sia, a dame Ygritte, a Alaric.

Parece que seguimos en el salón de baile, donde todo estaba ocurriendo. Pero ¿qué ha sucedido?

No hay rastro de las abominaciones.

No hay rastro de Cleia.

No tengo palabras y Sebastián, que me aparta el pelo de la cara, tampoco parece saber qué decir.

Suspira.

Intento encontrarme en su rostro, aunque descubro que parece que tiene un corte en la ceja. Estiro una mano, contrariada, y trato

de borrar la herida. Orgullosa, descubro que es tan fácil como borrar un pequeño trazo de carbón.

—¿Estás bien? ¿Está todo el mundo…?

Él asiente mordiéndose el labio inferior.

—¿Y tú?

—He perdido tu espada.

El príncipe se ríe, como si no esperara oír algo así.

—Me haré otra —suspira aliviado.

Sonrío sentándome en el suelo e intento hacerme con la información suficiente como para entender qué ha ocurrido: Cleia, el Corruptor, Amira, sus paladines, Ciro, el cuadro. De hecho, el cuadro que pintó sigue en la sala, donde Cleia lo ha dejado.

Ha estado ahí desde el principio.

Pese a que la espada de Sebastián rasgó el rostro de Amira, el mío está intacto en la tela. Mi padre supo pintar mis ojos, mi pelo, mis trenzas. En él alzo la vista para admirarla a ella.

A la reina.

Entonces suenan las doce campanadas y los Luminares que se ven capaces de ello se colocan en su puesto. Encuentro la mirada de Sia, que parece aguantar la respiración asustada.

Creo que todos sabemos exactamente qué va a ocurrir.

—La Fuente ha entendido vuestro sacrificio, lady Emma de Valemir —anuncia un luminari—. Vos sois la verdadera reina de Valemir y aquella que puede guiarnos a la victoria.

Como dijo Nementhalos: «De nuevo y una última vez».

Valemir ha encontrado a su reina.

A la hija de la reina Amira.

Epílogo

Desmonto y Meda protesta, como si pudiera recordar que una vez la dejé tirada en este mismo lugar. Por suerte para mí, la presencia de Emir hace que se relaje un poco, porque pronto para de relinchar y se queda tranquila.

Cojo aire y observo la casa en la que crecí, el hogar del hombre que construyó un portal imposible y nos atrapó a todos…

Bueno, qué más da.

Mi padre fue un pintor loco y yo soy ahora la reina legítima de Valemir.

—Al príncipe consorte no hacía falta que lo trajeras, alteza —ríe la nueva propietaria de la casa.

Sia nos observa desde la puerta, vestida con lo que parece una toga. Y va descalza, claro. Al parecer se ha hecho a las costumbres de su tía.

—El consorte va adonde le da la gana —protesta Sebastián.

Yo suelto una risa.

—Bienvenida a casa —masculla Sia, mientras nos invita a pasar.

—Gracias.

Los oigo pelearse de fondo, pero ya me he acostumbrado.

—Buenos días, Ygritte.

La mujer sonríe, desde la esquina en la que está alzando su libro para dejarme claro que no requiere conversación ninguna.

Un año después de todo lo ocurrido aquella noche en el castillo, la vida parece haberse encauzado. Según cuentan los presentes, yo me deshice de las aberraciones haciendo uso de La Fuente. De repente, haces de luz blanca salieron expulsados de mi cuerpo y redujeron a nuestros enemigos a cenizas. Cómo ocurrió es probablemente lo que todo el mundo querría saber, incluso yo.

Aunque nadie encontró el cadáver de Cleia, los Luminares creen que podría haberla borrado del mapa haciendo uso de esa misma magia. Porque, al parecer, ahora es *vox populi* que no solo no tengo sello ni soy humana, sino que también tengo acceso directo a La Fuente y mi madre biológica es la primera reina de Valemir.

Y eso me ha transformado en la favorita de los Luminares y de la gran mayoría de los valmirienses.

Irina sigue tratándome igual, pero creo que Rilke tenía razón: me ha cogido cariño y por eso ha aceptado hacerme trajes de pantalón sin chaquetas pesadas.

Poco después de esa noche, las cosas empezaron a estabilizarse en el reino. Cuando tomé el trono, Sebastián decidió mantenerse como mi consejero. No tardé mucho en despedirlo y ofrecerle el puesto de príncipe consorte. Pensé que era un poco estúpido estar andándonos con rodeos. Sin embargo, en venganza por haber jugado conmigo cuando decidió nombrarme su prometida, decidí llevarlo al altar sin avisar.

Fue un día la mar de divertido.

Alaric todavía me da las gracias cada vez que se acuerda.

Seguimos sin tener respuestas para muchas cosas. Pero, para sorpresa de nadie, parece ser que el legado de Gael y Ciro sigue vivo: Sia, Sebastián y yo hemos recuperado sus investigaciones para intentar desentrañar cómo vencer al Corruptor de una vez por todas. Debe de haber una razón por la que decidieron intentar alcanzar a

Amira. Por no hablar de los cuadros o de los otros universos.

Si lo que vi es cierto y Amira habló con él, eso supone que mi padre no solo era capaz de crear portales espaciales, sino también temporales.

Pero ese es solo otro de los millones de misterios que nos aguardan.

Sebastián, sentado en la oficina de la segunda planta de la casa de mi padre, en la que ahora vive Sia, gruñe. Evita lanzarle un libro a nuestra anfitriona cuando esta propone una teoría que le resulta desagradable. Lo veo quitarse las gafas y presionarse los ojos y suelto una carcajada.

Me apoyo en el escritorio mientras Sia añade otro detalle más a su historia, ya que tiene horas y horas que dedicarle a su estudio. Nadie parece tan dedicada a ayudarme a descubrir cómo demonios Amira no me reclamó para luchar en la batalla en la que Gael se ha perdido, claro. Excepto Sebastián, que está dispuesto a repetir estas sesiones una vez a la semana.

Le echo un vistazo a Sia, que ha abandonado su vida en Madrid para construir una donde los tres podamos resolver esta historia. Sia, que sigue a mi lado, leal, honesta y sincera.

Por desgracia, siento que hay cosas que no puedo decirle a ninguno de los dos. Por eso no les cuento nada sobre ese extraño pinchazo que siento en el pecho. O el ruido de su latido, más allá del mío. El sonido de las cadenas, su grito. O la sensación de que ni siquiera la espada de Amira en ese recuerdo hubiera sido suficiente para hacerla desaparecer.

De nuevo, no puedo poner en palabras cómo lo sé, pero sé que Cleia sigue ahí fuera. Porque, cuando me vuelvo hacia la ventana para observar los terrenos en los que me crie, puedo verla.

De pie donde el viento se levanta.

Y sé que ella puede verme a mí.

Agradecimientos

A mis padres, quienes me enseñasteis a amar el cine, los libros y las historias cuando aún no sabía que algún día intentaría contar las mías. Los libros se convirtieron en mi lugar seguro gracias a vosotros, y este mundo nació ahí.

A mis amazonas, mi familia elegida. Gracias por aceptarme siempre tal y como soy, por nuestras risas interminables, por nuestras locuras —ya llueva o nieva— y por seguir apoyándonos y celebrando los logros de las otras como si fueran propios.

A Penguin Random House, por confiar en *Pinceladas de una traición* y hacerlo real. Y especialmente a Belén y Paula, por acompañarme, guiarme y sostenerme durante todo este proceso con tanta paciencia y cariño.

A Manuel, por saber captar la esencia de esta historia y reflejarla de una forma tan especial, convirtiendo la portada en la primera puerta hacia Valemir.

A esas primeras personas que supieron la noticia cuando ni siquiera estaban escritos los primeros capítulos y, aun así, se alegraron como si ya fuese un sueño cumplido.

Si estás leyendo esto y lo supiste antes que nadie…, felicidades: eso significa que te quiero un poquito más de lo que pensabas.

A vosotros, mis seguidores, porque sin vuestro apoyo, vuestro cariño y vuestros comentarios del día a día Valemir no existiría. Este

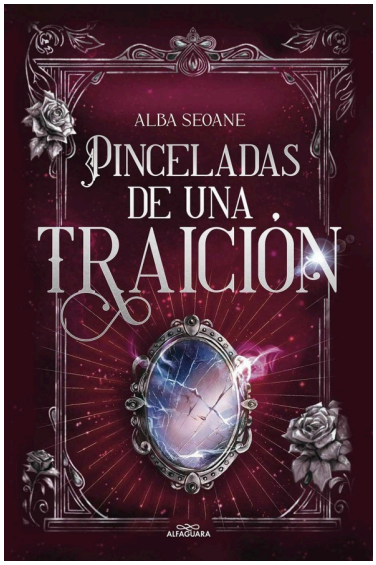
libro es tanto vuestro como mío. Gracias por estar ahí incluso antes de conocer esta historia.

A la persona que sabe cómo estoy con solo mirarme, con la que he atravesado momentos difíciles y también los más bonitos, siempre juntas. La que entra en una habitación y la llena de luz. Esa persona que todo el mundo quiere cerca, porque no conozco a nadie mejor. Gracias por cuidarme, por sostenerme cuando no podía sola y por dar incluso más de ti para que yo pudiera tenerlo todo. Eres mi mejor amiga, pero también mi madre, y no podría haber tenido más suerte.

Y a Cándido, por ser mucho más que un abuelo. Por haberme criado también a tu manera, entre pinceles, canciones y mañanas en las que me despertabas para ir al colegio cantando desde la puerta hasta llegar a mi cama. Por inventar historias solo para mí, como la del dragón que dormía en una montaña y que conseguía que siempre terminara desayunando. Historias que nacían de tus cuadros, porque tú no solo pintabas: creabas mundos.

Nunca pude darte la exposición que merecías para que todos vieran el arte que llevabas dentro, pero he creado Valemir para que, de alguna forma, siga vivo. Para que quienes entren en estas páginas puedan sentir lo mismo que yo sentía al mirar tus pinturas. Porque tus cuadros nunca fueron solo cuadros: eran magia.

Royal romance, un triángulo amoroso irresistible y un príncipe destronado: el romantasy que no podrás soltar



Emma aprendió a sobrevivir ocultando lo que es. Sin prestar atención a las sombras que la persiguen en sueños… ni al poder que la reclama. Hasta que una noche, la magia rompe el espejo entre mundos y la obliga a regresar al lugar del que huyó.

Valemir es un reino al borde del colapso, con un trono sin heredero y una amenaza que crece en silencio. Allí, Emma creció creyendo que los cuadros de su padre eran solo arte, cuando en realidad eran mentiras pintadas con magia. A su regreso descubre que ella misma es la pieza clave de una profecía que nunca quiso cumplir.

Sebastián, el príncipe, es tan peligroso como irresistible: un

enemigo potencial, una alianza necesaria… y una tentación que podría destruirla. **Sia**, su mejor amiga, su ancla, es el único lazo con la vida mundana que Emma aún quiere proteger.

Emma tendrá que decidir qué está dispuesta a sacrificar… y a quién.

Alba Seoane nació el 20 de mayo de 1998 en Madrid. Desde niña, el cine y los libros fueron una fuente constante de inspiración y una forma de entender el mundo.

Siempre ha encontrado en la creación un espacio donde imaginar otras vidas y dar forma a historias nacidas del caos y la intuición. Además, en redes es conocida cómo @itsalbaseoane, dónde crea contenido compartiendo su visión creativa y su pasión por la narración.

Esa misma pasión la impulsó a crear su primera novela, Pinceladas de una traición, una obra de fantasía juvenil que une sus influencias literarias y cinéfilas.

Este libro es una parte íntima de su autora y también un homenaje a su abuelo, cuya huella se revela a lo largo de la historia, dando vida a un mundo pensado para ofrecer al lector una vía de escape del día a día.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Alba Martínez Huerta
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Sara Gil Alfageme (Gracer Studios)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19982-90-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Pinceladas de una traición

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

El príncipe

- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Los cuadros

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
El compromiso
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
El corruptor
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
El sacrificio
Capítulo 6
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
El rey de Valemir
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alba Martínez Huerta
Créditos